Bases materiales de la (r)evolución permanente.

Alfredo A. Repetto Saieg.

Los dominantes van por la represión y la conquista, nosotros por la libertad, la equidad y por el humanismo. Ellos van por la codicia, nosotros vamos por la justicia en su máxima expresión social y política. Es una etapa histórica épica. No entenderlo de ese modo abre grietas en el camino y desalienta la esperanza en un régimen mucho mejor. Todo el tiempo promueven el país y la región de las tinieblas, de la reacción, volviendo a la carga contra la democracia, contra el poder popular y contra el cambio y la (r) evolución que es permanente. Están en plena operación. Y no es para menos porque con la (r) evolución nos disputamos el poder, desafiando la añeja coreografía mediática y ordenando de manera más equitativa la sociedad, el régimen y el Estado que representa. La (r) evolución entonces es permanente o se condena de antemano al olvido de la historia y de la cultura popular. No es una tarea fácil, los sectores y grupos históricamente dominantes están debilitados sin embargo tienen tanques con municiones de tinta, una infantería que difama y opera por doquier, creando miedo, el boicot y la falsa alarma. Sus medios de comunicación no son una tribuna de opinión, son un parte de guerra. No son una tribuna de doctrina, de ciertas tomas de posición democrática sino que son un paredón contra la verdad. Lo que necesariamente debe lograr el avance del poder popular es crear otro sentido común entre los trabajadores, un imaginario más inclusivo, un inconsciente colectivo que discute todo y pone en tela de juicio cualquier verdad relativa, que llena las plazas, las calles y alamedas sintiendo que ahora sí tenemos Patria. Es la única forma que la (r) evolución permanezca en el tiempo. Con este nuevo libro busco contribuir en ese sentido.

Contacto con el autor:

http://teorianacionalypopular.blogspot.com/

Bases materiales de la (r) evolución permanente.

Alfredo A. Repetto Saieg.

Reconocimiento-No comercial-Compartir Igual 3.0 Unported

Autor de la obra: *Alfredo Armando Repetto Saieg.*

De acuerdo a esta licencia usted es libre de:

• copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra
• hacer obras derivadas

Bajo las condiciones siguientes:

Reconocimiento *-* ***No comercial*** *-* ***Compartir igual:*** *El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial y las obras derivadas tienen que estar bajo los mismos términos de licencia que el trabajo original.*

El texto legal completo de esta Licencia puede encontrarse al final de esta obra.

Indice:

Capítulo 1: El modo de producción como base de la libertad.....10

La producción y reproducción material, concreta y real de la vida de los trabajadores….....10
La concepción histórica de la existencia del hombre.....17
Falacias de la teoría económica y del constitucionalismo neoliberal en el proceso de dominación.....23
El trabajo, la producción y distribución de los bienes.....32

Capítulo 2: El modo de distribución de bienes desde la perspectiva del cambio social y político.....38

El ser social como premisa del análisis materialista.....38
La primacía del derecho a la vida en el proceso de liberación de los trabajadores.....44
La batalla por la conciencia, el lenguaje y el saber.....49
El sentido político de la distribución.....55

Capítulo 3: El fenómeno de la circulación.....60

El proceso de producción expresado en la forma de plusvalía.....60
Las formas de circulación en la caracterización del Estado.....65
La circulación como síntesis del Estado capitalista.....71
Circulación de mercancías, plusvalía y explotación.....77

Capítulo 4: Elementos característicos y definitorios de la *fuerza de trabajo* en la creación del valor.....83

Cuestiones sobre la fuerza de trabajo como mercancía.....83
La fuerza de trabajo en el proceso de creación del valor.....88
Algunas consecuencias de la ley de producción de plusvalía sobre la mercancía *fuerza del trabajo*.....93
La intervención del régimen político en la compra- venta de la fuerza de trabajo: la función del reformismo, el sindicalismo y el Estado.....98

Capítulo 5: La generación de la plusvalía y sus consecuencias.....105

Algunas consideraciones sobre el proceso de la plusvalía.....105
El proceso de rotación, de circulación y la plusvalía.....111
El valor de la mercancía, la plusvalía, la inversión, la acumulación de capitales y la relación conflictiva entre el trabajador y el patrón.....117
La base de la producción del Estado capitalista.....122

Capítulo 6: La economía, la lucha por el poder y la (r) evolución....128

La inflación como método de disciplina social y política.....128
El consumo popular, su relación con la acumulación del capital y el sentido final del neoliberalismo.....134
El consumo respecto del fenómeno crítico del Estado capitalista.....138
La relación de lo político y lo económico en la defensa del gobierno popular y la permanencia de la (r) evolución.....144

Capítulo 7: Análisis del sentido epistemológico de algunas ideas y conceptos en los que se basa la ideología neoliberal.....150

La relación entre el Estado, el régimen político y el mercado.....150
Libertad de los mercados.....156
La relación del Estado capitalista con la igualdad del hombre.....162
Falacias de la economía de la especulación y las finanzas.....168

Epílogo.....175

Referencias bibliográficas.....181

Texto legal completo de la Licencia de esta obra.....183

Capítulo 1: El modo de producción como base de la libertad.

La producción y reproducción material, concreta y real de la vida de los trabajadores.

Por supuesto, los teóricos al servicio del Estado capitalista pronto se colocan del lado de la teoría económica clásica porque es parte y núcleo de la fundamentación de la lógica de las razones del Estado capitalista, es decir, es una teoría que logra racionalizar los mitos y fábulas sobre las que se sostiene el régimen político defensor del modo capitalista de producción. De hecho, la teoría económica clásica concibe el *trabajo* como la esencia del hombre pero inmediatamente después sólo es capaz de ver el aspecto positivo del trabajo, no su aspecto negativo. El *trabajo* es el devenir para sí del hombre dentro de la enajenación o como hombre enajenado. El único *trabajo* que el neolibeal conoce y reconoce es el *abstracto espiritual* para el que viene al rescate el propio Hegel y su idealismo bastante absoluto. Lo que en estas circunstancias es la esencia del saber de la filosofía en términos de Hegel, la enajenación del hombre que se reconoce, o la ciencia enajenada que se piensa, lo capta como la esencia del trabajo y por eso puede, frente a la filosofía precedente, reunir sus múltiples momentos, presentar su conocimiento filosófico como El saber de la filosofía. En general, los pensadores idealistas captan momentos aislados de la naturaleza y de la vida concreta del hombre y lo relacionan con momentos de autoconciencia o, para ser más preciso, de la autoconciencia abstracta que solo está capacitada para reivindicar un hombre que también es abstracto. Entonces, este saber filosófico no hace sujeto de análisis al hombre real y concreto y, por lo tanto, tampoco a la naturaleza (de hecho, el hombre es la naturaleza humana) sino sólo a la abstracción y formalidad del hombre, al sujeto abstracto. El problema general para el conocimiento filosófico en esos términos ideales es que es completamente natural que los hombres o un ser vivo cualquiera, natural, dotado y provisto de fuerza esencial y objetiva, es decir, material, tenga objetos reales, naturales, de su ser, así como que su autoenajenación sea el establecimiento de un mundo real, bien objetivo, pero bajo la forma de exterioridad, no perteneciente a su ser y dominándolo. No hay nada inconcebible en ello porque al final sería misterioso lo contrario. Al respecto Marx en su crítica a la posición idealista, presentada en su crítica a Hegel, nos dice:

"*El hombre es inmediatamente ser natural. Como ser natural, y como ser natural vivo, está, de una parte dotado de fuerzas naturales, de fuerzas vitales, es un ser natural activo; estas fuerzas existen en él como talentos y*

capacidades, como impulsos; de otra parte, como ser natural, corpóreo, sensible, objetivo es, como el animal o planta, un ser paciente, condicionado y limitado; esto es, los objetos de sus impulsos existen fuera de él en cuanto objetos independientes de él, pero estos objetos los son objetos de su necesidad, indispensables y esenciales para el ejercicio y afirmación de sus fuerzas esenciales. El que el hombre sea un ser corpóreo con fuerzas naturales, vivo, real, sensible, objetivo, significa que tiene como objeto de su ser, de su exteriorización vital objetos reales, sensibles, o que sólo en objetos reales sensibles, puede exteriorizar su vida. Ser objetivo natural sensible, es lo mismo que tener fuera de si objeto, naturaleza, sentido, o que ser para un tercero objeto; naturaleza, sentido. El hambre es una necesidad natural; necesita, pues, una naturaleza fuera de si, un objeto fuera de si, para satisfacerse, para calmarse. El hambre es la necesidad objetiva que un cuerpo tiene de un objeto que está fuera de él y es indispensable para su integración y exteriorización esencial. El sol es el objeto de la planta, un objeto indispensable para ella, confirmador de su vida, así como la planta es objeto del sol, como exteriorización de la fuerza vivificadora del sol, de la fuerza esencial objetiva del sol".

Un ser contrario al hombre, ese ser que no tiene su naturaleza fuera de sí mismo no es un ser natural porque no participa del ser de la naturaleza. Un ser que no tiene ningún objeto fuera de si no es un ser objetivo porque es un ser anti natural. Un ser que no es, a su vez, objeto para un tercer ser no tiene ningún ser como objeto suyo, es decir, no se comporta objetivamente, su ser no sería en absoluto objetivo. La falacia central del idealismo como saber-donde también se incluye el materialismo de Feuerbach- es que concibe las cosas, la realidad, la vida y cotidaneidad de los hombres, su sensoriedad y sentidos varios en la forma de contemplación abstracta y no como actividad sensorial de los hombres, no como una acción práctica donde participa y es protagonista el trabajador. El idealismo solo puede actuar, en oposición al materialismo, de un modo abstracto, reivindicando la idea o ser antinatural como la misma idea absoluta de Platón, de Hegel o de un Dios al modo de Santo Tomás de Aquino, porque naturalmente no conoce ni puede reconocer la actividad real, sensorial y humana como tal. Muchos idealistas si bien quieren objetos sensoriales como parte de su análisis para racionalizar sus ideas, están incapacitados para tales menesteres porque no pueden entender la actividad humana como una gran actividad objetiva. La cuestión de si al pensamiento de los trabajadores en su proceso de emancipación se le puede atribuir realmente una verdad objetiva no es un problema teórico sino que es en primer término una cuestión bien práctica. A partir de Marx precisamente sabemos que es en la práctica donde los trabajadores necesariamente deben

demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poderío, la terrenalidad de su pensamiento. La batalla sobre la realidad o falsedad de una idea, de ciertos valores, del saber, del conocimiento y pensamiento que se aísla de la práctica del trabajador, es un asunto simplemente abstracto al que el idealista intenta dar un manto de posible realidad. Sin embargo, es este mismo pensar y saber idealista la base de un cultivo sistemático y continuo de la infamia y el ultraje que se constituye sobre la opción popular y democrática que acompaña esa visión del mundo reaccionaria de muchos de aquellos que dicen defender los ideales de una república democrática. Claro que en esa república, siempre tan abstracta, formal en demasía, no hay lugar alguno ni posible a la expresión de la cultura popular, para que se hagan presentes y visibles los trabajadores que son, desde siempre, la amenaza al orden republicano de los neoliberales. Está muy bien para ellos que así sea pero se defienden apelando al idealismo. Para estos sectores de poder que históricamente dominaron a expensas de la mayoría, el derrame de las multitudes venidas de los suburbios de la historia y de la Patria misma bajo ningún aspecto significan otra cosa que la simple barbarie ideológica conjugada sobre una acción política depredadora de lo que sería la genuina institucionalidad plural- democrática. Lo que no era muy esperable es que desde la nueva trinchera neoliberal impuesta por la fuerza de los hechos durante los '90 se sumaran a ese idealismo y reacción fuerzas, sujetos y actores políticos- sociales que en otra época habían sido parte de los grupos progresistas, habitantes de la trinchera de las luchas populares. Ahora, junto a los sectores más conservadores, que desde siempre buscaron destruir toda iniciativa igualitaria, de matriz popular, abarcó, no sin grandes sorpresas para algunos grupos desprevenidos, a una parte importante de antiguos y de aguerridos, democráticos e incluso revolucionarios luchadores que en manos de la renovación se entregaron sin más a la trinchera neoliberal. Entonces, tanto por derecha como por la izquierda (si todavía esta definición les puede caber a los que desterraron de su lenguaje y acción política práctica cualquier referencia a la memoria insurgente, de la resistencia o, más sencillo y menos comprometido, a cualquier genealogía que pueda identificarlos con la idea de la emancipación del trabajador o con el mito del populismo con quien buscan desprestigiar cualquier intento popular por mejorar la vida y militar en favor de la libertad de las mayorías) le dan forma a una misma argumentación: el régimen popular, populismo de acuerdo a ellos, no hace más que desplegar un discurso demagógico sin ninguna posibilidad de futuro. Claro que como la realidad es contraria a sus designios apelan, una vez más, al idealismo. Para ellos, los que se dicen profetas de la auténtica república, de la democracia y del saber, el régimen popular representa, y lo sigue haciendo, la alquimia de

demagogia, de la alta corrupción, la impostura y la mitología de la violencia. Lo peor de lo peor. La más alta denigración de la libertad del hombre.[1]

Paralelamente la poderosa usina comercial, económica, financiera y especulativa de la actualidad, que estructura la estrategia política- ideológica de los grupos de interés neoliberales, que además no tiene nada de idealista porque a partir de sus normas y ley fundamenta el mercado de intercambios comerciales globales, amasan a su vez una cultura idealista de época- tanto conservadora como falsamente progresista- que a través de su forma plantea y sofoca el presente con reiteradas y eficaces consignas sobre el final de la historia, de las ideologías, del rol del sector público y de los actores estatales en general como rector de la economía, el fin de la política como acción real de cambios, de una democracia en términos de inclusión social, de cualquier tipo de proyecto nacional y el final de toda utopía, claro, menos la de ellos. Entonces, la revisión crítica del pasado de la lucha de los trabajadores y la propaganda contrapolítica del mercado neoliberal, basado como ya sabemos en el automatismo, gestan el miedo político a la historia, a la realidad y a la propia materialidad de los hombres: ahora crean y reivindican la pérdida de la conciencia, la falta de participación y el sentido de la historia relacionada con las necesidades de los trabajadores. A partir del idealismo nos muestran el miedo que tienen a los trabajadores en el sentido que puedan actuar en la historia, el miedo exacerbado que tienen a que los trabajadores de una vez por todas la protagonicen, el miedo que tienen a que los sectores del pueblo intervengan en la historia en tanto marcha posible para poder encauzar en términos prioritarios de real justicia y equidad, la emancipación del hombre. Todo esto sumado también a la retracción de la experiencia social y política en tanto crisis de la conciencia en su relación con la historia en sí. O sea, fuerte caída cultural de la perspectiva del sentido de la historia. Lo que no quieren aceptar es que la historia de los hombres deposita su viga maestra en

[1] El caso de Chile es paradigmático respecto al régimen neoliberal con su correspondiente democracia abstracta, de una democracia bien condicionada por los factores de poder dominantes desde hace por lo menos unos cuarenta años o, mejor dicho y para ser un poco más exacto, desde la fundación misma de nuestro país también formalmente independiente. Es paradigmático porque precisamente la Constitución que nos rige, del todo ilegal en su origen, autoritaria, demagógica y de élites, en favor de un orden legal para el beneplácito de unos pocos, niega la soberanía popular hasta en las cuestiones más básicas. De allí que la gobernanza de la Concertación, la falsa transición en la que se comprometieron, que se basa en las reformas “en la medida de lo posible” que a su vez nos remite al también falso “realismo político” al que hacen referencia los reformistas al servicio de los dogmas dominantes, se muestra incapacitado para resolver los asuntos de todos, los relacionados con la educación, con la salud, las jubilaciones, etc., en términos democráticos.

el poder de la historia y la cultura como fragua, el potencial de las posibles crónicas y hechos de rehacerse. Lo importante es que finalmente el mundo simbólico, el mundo de lo discursivo y lo retórico, tanto el idealismo como el materialismo, emanan, palmo a palmo, de la matriz de hechos que construyen la realidad. Lo que le queda entonces al régimen popular es quebrar en mil pedazos esta cómoda visión estética idealista que se pretende más allá de la historia, de la realidad del trabajador, esa atroz celebración reaccionaria del final de la ideología y del agotamiento de la política entendida como acción redentora. La historia, los relatos y las crónicas que fundan a los neoliberales, una historia falsa, antojadiza, muy inoportuna y bien liviana, banalizada en extremo desde la primera época de la humanidad, nos develará el interesante claroscuro de la clase dominante. Nos revela sus extrañas medias tintas, su falso idealismo y su conocimiento, su romántica luz pero en primer lugar su sombra espiritual que no traspasa los límites del conservadurismo. En este otro contexto político el régimen popular tendría que impedir siquiera que continúe desplegándose una repetición malsana que, de la mano hegemónica del sistema comercial global y del reino sacrosanto de la democracia formal, decretó hace un buen tiempo la expulsión del conflicto de clases al interior de las sociedades supuestamente serias y modernizadas de acuerdo al patrón proveniente de los países centrales como si fuera posible. Así, recurren otra vez al idealismo, al miedo a la historia y a la cultura popular. En cambio, el humanismo sale al rescate de la tradición popular envilecida y prostituida por los tecnócratas reivindicando formas de acción política, de cultura y de saber material, luchando con su fuerza contra el idealismo. Con la mayor voluntad y audacia, desentendiéndose del formalismo bien abstracto y colocando en entredicho las instituciones vaciadas y corrompidas de los tecnócratas, sale el régimen popular, bajo la impronta del retorno de la política como una acción redentora, a conmover las bases del poder y, con ello, a cuestionar, de manera radical y decisiva, el núcleo más duro, reaccionario y subliminal de los múltiples dispositivos neoliberales reabriendo la compuerta de un proyecto que necesariamente es democrático, inclusivo y popular porque colocará en primer término las urgencias y las necesidades del trabajador para desde ahí, a partir de esta portura que reivindica la materialidad de la historia, intentar las transformaciones que conduzcan a una mejor forma de vida, a la batalla más decisiva.

De hecho, a partir de la teoría materialista- histórica de Marx sabemos que el hombre es producto de las circunstancias históricas, de la educación, de los valores y de una razón determinada y así el trabajador modificado es producto de circunstancias distintas, de una educación, de una razón y lógica también distinta y modificada, que hace que cambien las circunstancias y que así el educador o el racionalista también necesitan ser educados. El idealismo

está lejos de esta cuestión porque la modificación de las circunstancias y de la actividad del hombre sólo pueden entenderse racionalmente como práctica revolucionaria. Mal que les pese a los idealistas de toda estirpe, la esencia del hombre no es abstracta e inherente a cada individuo, por el contrario, solo en el ser social el hombre se hace partícipe del ser genérico como vimos en otro de mis libros. La esencia del hombre es, en su realidad, el conjunto de sus relaciones sociales. El idealismo no se ocupará de la crítica de esa esencia del hombre, del trabajador, no puede hacerlo sin revelarnos el dominio social y político ejercido por el Estado capitalista. Por lo tanto, se ve obligado a hacer abstracción de la trayectoria histórica del trabajador y del Estado capitalista porque en su necesidad de dominio sobre la mayoría, el neoliberal tiene que mostrarse más allá de la historia, como ahistórico, presuponiendo un sujeto humano abstracto, aislado, individualista y racional- que solo busca el mejor medio para fines que considera importantes- que es tan característico de las teorías que buscarán fundamentar la lógica del Estado capitalista. A partir de estos preceptos, la esencia humana se piensa como *género*, como generalidad interna, limitada a unir naturalmente al sujeto. Algunos idealistas tales como Platón, Hegel e inclusive Feuerbach no verán que su *mundo ideal*, su *idea absoluta* o el *sentimiento religioso* son también un producto social y que el sujeto, el mundo o la idea abstracta que analizan pertenece a determinada forma de régimen político que a su vez representa y manifiesta las estructuras del Estado capitalista. La vida social entonces es una vida práctica, una lucha por mejores condiciones de vida, lucha por la conquista de las necesidades y urgencias de los sectores y grupos que representan la cultura popular. Todos los misterios del hombre, su misticismo, su idealismo, su sicología y esencia encuentran solución racional en la acción práctica de los trabajadores y en la comprensión de esta práctica.[2]

En todos estos años y siglos de historia de la humanidad, el idealista no hace más que interpretar los modos de ver el mundo pero, en palabras de Marx, *de lo que se trata es transformarlo*. De hecho, el origen, el desarrollo y consolidación del Estado capitalista nos demuestra empíricamente que con la caída del Estado feudal por obra de la revolución burguesa en Francia y luego con la imposición democrática del régimen popular, que es alternativo al neoliberalismo, es posible el cambio en favor de los trabajadores. En ese momento, cuando la cultura popular se impone sobre los mitos, las fábulas e

[2] Cuando me refiero al idealismo como teoría del saber incluyo al propio Feuerbach porque su materialismo al final no es tal. Su materialismo es del tipo contemplativo, es decir, no concibe la sensoriedad del hombre como actividad-acción práctica, si no que más bien contempla a los sujetos en la *sociedad civil*. El punto de vista del materialismo del autor, contrario al de Marx, es la *sociedad civil* mientras que en el materialismo marxista es la humanidad socializada.

irracionalidad de la lógica capitalista, se disuelve ese poder tan misterioso para el teórico idealista y, entonces, la emancipación de cada sujeto, de los trabajadores, se impone en la misma medida que la historia se convertirá en universal. Por lo expuesto queda claro que la verdad, la razón, los valores, la ética, la religiosidad del hombre y su riqueza espiritual depende de la riqueza de sus relaciones reales. Sólo entonces se libera el trabajador concreto de las contradicciones del Estado capitalista llevadas a su máxima expresión por el neoliberalismo. Así es como finalmente los trabajadores se ponen en contacto teórico y práctico con la producción (incluyendo la espiritual) del mundo en su globalidad y se coloca en condiciones de poder adquirir la capacidad para disfrutar de esta completa producción de toda la tierra que son los bienes, los servicios y creaciones del hombre. El materialismo histórico- dialéctico del que nos hablará Marx es la idea del mundo y del los hombres que consiste en exponer el proceso real de producción, de reproducción y acumulación del capital en manos privadas a partir de las estructuras del Estado capitalista, partiendo sí de la producción material de la vida inmediata y explicando en base a estos preceptos las ideas, los valores y todos los productos teóricos y formas de conciencia como la filosofía, la religión o la ética en determinado contexto. El materialismo dialéctico e histórico, a diferencia del idealismo, no busca una categoría en cada período, sino que se mantiene en el terreno de lo real, no explica la práctica partiendo de la idea absoluta o esencia probable o no de los hombres, sino que explica las formaciones ideológicas y políticas, sociales y culturales sobre la base de la práctica material, por lo cual llega, consecuentemente, a la conclusión que todos los productos de la conciencia no pueden ser destruidos por obra de la crítica espiritual, del idealismo, sino que sólo pueden disolverse por la caída de las relaciones sociales del Estado capitalista y sus formas de producción, de distribución y circulación.

En el contexto del análisis del materialismo histórico y dialéctico, para batallar contra estas relaciones sociales establecidas bajo el Estado capitalista o cualquier otro, tendríamos que empezar por entenderlas, o sea, por revelar las auténticas relaciones que subyacen detrás de la organización del Estado y del respectivo régimen político que lo representa frente a los hombres. Es ahí precisamente donde el idealismo metodológico no es opción posible porque lo que hace distintivo al Estado capitalista de los otros Estados anteriores es la función que desempeñan los medios y las formas de producción durante el proceso de producción mismo y que tiene que ver con la forma que se crea valor y, por tanto, con la forma que se produce plusvalía, donde los medios y factores de producción (la maquinaria, la tecnología, el *capital* como *dinero*, como *capital productivo* y la *fuerza de trabajo* entendida desde ahora como una mercancía) considerados como modalidades del capital desembolsado, se distinguen como *capital constante* y *variable*, respectivamente. En cuanto a

las diversas partes integrantes del capital productivo, se distinguen en que el capital lo es aún fuera del proceso de producción de las mercancías mientras que la *fuerza de trabajo* de los obreros para el caso, sólo es capital dentro del proceso de producción. Solo dentro de éste es en realidad una modalidad del capital individual de los trabajadores. Entonces, si la *fuerza de trabajo* como mercancía que crea valor sólo lo es en manos de su vendedor, del trabajador, en cambio, sólo es capital en manos del comprador, del dueño de los medios de producción, de la clase patronal, a quien se adjudicará su uso y abuso por determinada duración de la jornada laboral. Además, esta duración de la jornada de trabajo también dependerá de la evolución de la lucha de clases en el sentido que ésta manifiesta los derechos, las garantías y conquistas de los trabajadores en determinado momento histórico. Por lo mismo, los medios de producción en manos de la clase patronal solo se convierten en encarnación material del capital productivo cuando se les incorpora la *fuerza de trabajo*, como modalidad personal de él. De ahí viene la importancia del trabajador en el proceso de producción capitalista en relación a la acumulación privada del capital. Sin embargo, la fuerza humana de trabajo como tal no es de por sí, por propia naturaleza, origen del capital como no lo son tampoco los medios de producción sino que adquieren este carácter social específico bajo ciertas condiciones sociales y políticas, históricamente dadas, del mismo modo que sólo bajo esta condición los metales preciosos pueden convertirse en dinero y éste en capital.

La concepción histórica de la existencia del hombre.

Toda la concepción histórica basada en los valores del idealismo, si se puede en verdad hablar en semejantes términos, hasta ahora, lo único que hizo es omitir la base real de la historia, considerándola como algo accesorio, anecdótico y banal que nada tiene que ver con el desarrollo de los hechos y crónicas que forman este proceso histórico. En ese sentido, aparecen teorías como las del “fin de la historia” o del “final de las ideologías” que a pesar de ser altamente irracionales (de hecho ese tipo de ideas hace mucho que fueron superadas por el saber del hombre) logran sobrevivir solo al ser funcionales a los dogmas y necesidades de control del neoliberalismo sobre la conciencia de las mayorías que, muy a pesar de ellos mismos, son los protagonistas de la historia pero solo en la medida que luchen en favor de este protagonismo. Esto hace que la historia de nuestros pueblos se escriba siempre con arreglo a ciertas pautas situadas por fuera de ella donde ahora la producción real de la vida del hombre, que es lo que al final importa, se revela como prehistórico al tiempo que lo histórico se manifiesta como bien separado de la vida usual, como una cuestión supraterrenal. Es que serán demasiadas las cuestiones que

el régimen neoliberal deberá esconder a la conciencia de los trabajadores. De este modo, se excluye de la historia la actitud del hombre hacia la naturaleza, lo que engendrará la oposición central entre la naturaleza y la historia. El hombre ya no es un "ser natural" como viéramos más atrás. Por esto mismo, el idealismo está incapacitado para entender el proceso general, los hechos y crónicas que constituyen la historia y solo acierta a ver en ésta grandes actos políticos y acciones del régimen protagonizadas por líderes y grandes héroes. Sin embargo, nunca ve en esos actos la acción protagónica del trabajador. Es como si Bolivar, San Martín o Manuel Rodríguez, José Miguel Carrera (…) actuaran en el limbo, más allá de la realidad en que vivieron. Al idealismo no le queda otra opción si quiere ser el sustento ideológico del dominio y se verá obligado a compartir, especialmente, en cada época histórica, las ilusiones de esta época. Es decir, si una época determinada se imagina que se mueve por motivos puramente *religiosos*, a pesar que la *religión* solo es la forma de sus motivos reales, el historiador de ella, al servicio de los dominantes, aceptará sin más esa opinión. Y entonces, cuando la forma pueril en que se presenta la división del trabajo entre los hindúes provoca en este pueblo la división en castas propio de su régimen y religión, el historiador cree que esa división en castas fue la fuerza que engendró esta tosca forma social. Así, el idealismo estará totalmente incapacitado para entender el proceso general de la historia de los hombres, la forma en que llegado el caso el modo de producción del capitalismo influye en la organización del Estado. Por ejemplo, es evidente que el capital que se usa en la producción de mercancías puede encontrarse almacenado en diversas proporciones como *capital latente*, es decir, que se usará en un futuro, sea éste lejano o próximo, para no interrumpir el mismo proceso de producción de las mercancías. La cuestión es que el tiempo en que el capital se almacena y la composición de éste, las características de los recursos, materias primas o mercancías almacenadas, también definen hasta cierto punto la forma de organización social- política de los hombres lo que conlleva, a su vez, un tipo de ideología, razón, crónicas e historia. Existe, por ejemplo, una gran diferencia según que el productor de cables de cobre como conductor de electricidad tenga que dejar el cobre y el plástico que recubre los cables inactivos durante un mes o solamente durante seis meses o un año. Lo que importa acá es que el almacenamiento del cobre y del plástico como materias primas para producir los cables de electricidad podría disminuir relativamente, aún aumentando en sus términos absolutos. Esto dependerá de ciertas condiciones, que se reducirán todas ellas, en lo esencial, a la mayor rapidez, a la regularidad e inclusive a la seguridad que la masa necesaria de materias primas, en este caso el cobre y el plástico, puedan suministrarse para que no haya interrupción del proceso de producción que nos conduzca a anomalías como el desabastecimiento de los cables o el faltante de materias

primas. De hecho, cuanto menos se den esas condiciones, cuanto menor sea la rapidez, la regularidad y seguridad del suministro, mayor tendrá que ser la parte que el capital necesario para producir- el *capital productivo*- tendrá que permanecer almacenado, en su estado latente. Estas condiciones de rapidez y de celeridad, de regularidad y seguridad en el suministro de la materia prima necesaria en el proceso de producción de una mercancía determinada, en este caso el cable, están en razón inversa al grado de desarrollo de la producción al interior del Estado y, por lo tanto, a la fuerza productiva del trabajo social. Lo mismo pasará con el almacenamiento bajo esta forma. Lo que aquí hay es simple cambio en la forma de almacenamiento. Por ejemplo, si es importante la cantidad de cobre y plástico que diariamente produce Chile, y por lo tanto el volumen y la energía de su producción, quien se encarga de la producción de los cables de electricidad no necesitará tener grandes existencias de cobre y plástico para reasegurar la continuidad de su fabricación. De hecho, cuando la renovación de las materias primas es constante y segura no será necesario este almacenamiento. Por otro lado, tenemos el tema de la rapidez con la que el producto de un proceso productivo pueda eventualmente pasar a otro como medio de producción que depende del desarrollo de los medios de transporte y las comunicaciones. Así, el que los medios de transporte y comunicaciones se abaraten o se encarezcan desempeñará una función central al respecto. Por ejemplo, no es económicamente rentable el transporte continuo de pequeñas cantidades de cobre desde de la mina a la fábrica de cables ya que resultaría mucho más caro que el suministro de una gran masa de cobre en el caso que el transporte sea relativamente más barato. Esto último, el ser relativamente más barato, es lo que finalmente sucede.

Entonces, cada circunstancia examinada en el ejemplo, sus funciones y determinaciones, la forma en que se manifiestan y las materias primas a usar en el proceso de producción, el tiempo de almacenamiento de las mercancías inclusive (...) se desprenden del proceso de producción del que el idealismo no tiene nada que decir. En la práctica cuanto menos dependa el fabricante de cables de la venta rápida e inmediata de los mismos para poder así renovar su existencia de cobre y plástico en el ejemplo, menor será el volumen relativo de existencias que se vuelven necesarias para asegurar en una escala dada la producción continua de cables sin estar sujeto a la contingencia de su venta. Además, tenemos que considerar que existe una gran cantidad de materias primas, de productos y artículos a medio fabricar, que necesitarán de largos períodos de tiempo para su producción, que es lo que pasa en un principio con las materias primas suministradas por la agricultura. Por lo tanto, para que el proceso de producción no se vea interrumpido, será necesario contar con determinadas existencias de esos elementos, para hacer frente a todo el período en el que no aparece el nuevo producto que sustituye al antiguo. Se

sigue de todo lo anterior que si estas existencias disminuyen en manos del productor esto solo demuestra que aumenta, en forma de almacenamiento, las mercancías en manos del comerciante que cumple un rol fundamental en el proceso de circulación. Respecto del proceso de circulación de mercancías, el desarrollo de los medios de transporte nos permite trasladar rápidamente, por ejemplo, desde Antofagasta a Valparaíso, el cobre que está almacenado en el puerto de desembarque, de manera que el fabricante de cables puede renovar sus existencias de cobre en cantidades relativamente pequeñas y en la medida que lo necesita. Pero, el cobre que no se compra se acumulará en una masa mayor, como mercancía almacenada, en manos del comerciante del puerto de Valparaíso. Por lo tanto, se trata finalmente de un simple cambio de la forma de almacenamiento. Lo que estoy diciendo es que en un país determinado, el volumen en que se haya disponible la masa necesaria de cobre para un año de producción de cables de electricidad disminuye en la justa medida que se desarrolla el transporte y las comunicaciones. Si entre Chile- gran exportador de cobre a los países capitalistas desarrollados- y Estados Unidos navegan muchos barcos comerciales, cada vez más modernos, más seguros y rápidos, la posibilidad de renovar la existencia de cobre en los Estados Unidos y en cualquier país que dependa del cobre chileno, aumentarán, disminuyendo así la masa de cobre almacenado que por término medio deberá existir en el país receptor. En este proceso también influirá el desarrollo del sistema comercial globalizado y, por lo tanto, la multiplicación de fuentes para el suministro de la mercancía. Es decir, el cobre generalmente suministrado parcialmente por diversos países y en múltiples períodos de tiempo definirá las formas de las relaciones de producción, las comerciales, las políticas o diplomáticas entre los países involucrados en la compra- venta de esas mercancías.

Lo que quice mostrar con el ejemplo de producción y almacenamiento del cobre y del plástico para la producción de los cables de electricidad, es la forma decisiva en que ese modo de producción capitalista, y con ello el modo de almacenamiento y de circulación de las mercancías que intervienen en el proceso, de la materia prima a usar y otros tantos factores a tener en cuenta, influyen en la forma de la estructura política- social a través de las que los hombres se organizan tratando de darle sentido a su vida colectiva. Y de esto solo puede ocuparse el análisis materialista, histórico y dialéctico porque del otro lado tenemos como única opción válida apenas al idealismo llevado a su más abstracta manifestación que, en tanto es idealismo, girará alrededor de pensamientos puros que necesariamente se devorarán los unos a los otros intentando así explicar absurdos e irracionalidades que hacen a la defensa del interés dominante. La función del idealismo es presuponer que este absurdo, estas irracionalidades, mitos y fábulas tienen sentido propio, el que sea, que es necesario desentrañar, cuando de lo que se trata es de explicar el porqué de

las relaciones sociales realmente existentes entre los hombres. El idealismo nos insiste en la abstracción de la realidad del trabajador porque las ideas de la conciencia del hombre es obra del cambio de circunstancias tanto políticas como históricas, de las que el trabajador en tanto clase es protagonista, y no de las deducciones teóricas que solo extravían el rumbo de los que intentan la emancipación. En estas circunstancias, la teoría de la historia, cuando intenta tratar sobre temas históricos, deberá alejarse del idealismo que solo se limita a ofrecernos la historia de ideas desconectadas de los hechos y del desarrollo práctico que le sirve de base. También en esto solo lo movilizará el exclusivo propósito de presentar esta época como preámbulo imperfecto, como simple antecesor aún incipiente de la auténtica época histórica que tiene mucho que ver con el propósito de hacer que brille con los mayores destellos la fama de una persona no- histórica o de líderes y héroes que se mueven en una especie de limbo mientras el pueblo (que siempre es ignorante y despreciado por esta historia) no existiría, sería mero espectador de crónicas realmente históricas, ofreciendo a cambio un relato no basado precisamente ni en estudios ni en análisis, sino en construcciones, mitos e irracionalidades literarias varias. El saber idealista siempre es tan arrogante porque se considera tan infinitamente por encima de todos los prejuicios pero lo único que hace es desconocer toda realidad del hombre y se convierte así él mismo en un ignorante. Por lo tanto, cuando millones de trabajadores no están satisfechos, ni mucho menos, con sus condiciones de vida y de trabajo, que además son condiciones que están directamente ligadas una con la otra, cuando su jornal no se corresponde ni de lejos con lo que consideran su esfuerzo, la productividad de su mercancía *fuerza de trabajo*, trátase, con arreglo a los postulados del idealismo, de una desgracia simplemente inevitable que, según se pretenderá, hay que soportar tranquilamente como enseña el conformismo basado teóricamente en el fin de las ideologías o la falsa pretensión absoluta y eterna del Estado capitalista. Pero, estos millones de trabajadores llegado el caso razonan de manera muy distinta y lo prueban cuando se hacen con la gestión del gobierno a través de la creación primero del arte de resistencia y luego con la creación del arte de poder y dominio sobre la minoría. En palabras de Marx, l*o prueban cuando llegue la hora, cuando de modo práctico, mediante la revolución, pongan su "ser" en correspondencia con su "esencia"*. En ese caso concreto, el teórico idealista nunca nos habla por esto de la realidad del hombre, sino que busca su refugio en la esfera exterior que además es una esfera todavía no sometida a la dominación del hombre.

Sin embargo, con cada nueva tecnología, con cada nueva técnica y con cada nuevo paso de la industria, se arranca un nuevo trozo de la esfera de la realidad del hombre al saber idealista reduciéndose cada vez más la supuesta racionalidad de sus puntos de vista. Es de esta forma como paulatinamente se

nos revelan las irracionalidades de la lógica dominante. Como lo dijera en el artículo anterior se trata en realidad y para el materialista práctico de cambiar el mundo existente, de accionar prácticamente y hacer cambiar las cosas que no nos parecen lógicas ni justas para reivindicar el bienestar de las mayorías. El idealismo entonces no está en condiciones de pensar a los hombres dentro de cierta conexión social, bajo las condiciones de vida existente que hacen de ellos lo que son, y no llega nunca, por lo mismo, hasta el hombre concreto y real, quedándose a medio andar, deteniéndose en el concepto abstracto de los hombres, obviando no solo las relaciones sociales sino también las relaciones humanas de afecto entre unos y otros que sostienen las relaciones sociales como el amor por el prójimo, la amistad, la solidaridad y el compromiso, etc. El idealismo en tanto es un saber que se comprometerá con los fundamentos del Estado y del modo capitalista de producción bajo ningún concepto puede ofrecernos cualquier crítica sobre las condiciones de vida y de trabajo de las mayorías. Por tanto, el idealismo no consigue nunca ver el mundo sensorial como una actividad viva del sujeto que lo forma cuando en realidad la vida e historia es una sucesión de las diferentes generaciones, cada una de las que explota los materiales, los recursos, los capitales y las fuerzas de producción transmitidas por cuantas la precedieron. Esta será la definición más clara y simple de la historia de un pueblo. Además, las ideas, la historia, las teorías y conceptos políticos e ideológicos dominantes son las ideas, la historia, teorías y conceptos ideológicos de los grupos dominantes en una época determinada. Es decir, la clase social que ejercerá el poder material dominante a partir del control del régimen político, de sus definiciones e implementación de ciertas políticas es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante. La clase social que domina- que por el solo hecho de hacerlo tiene a su entera disposición los medios para la producción material de vida, los recursos y los beneficios de la acumulación de los capitales- dispone con ello también de los medios para la producción espiritual. Esto hace que se le sometan, al propio tiempo, por término medio, las ideas de los que carecen precisamente de los medios necesarios para producir espiritualmente, es decir, los sectores que así serán sojuzgados. Ahí se entiende precisamente que haya muchos trabajadores en favor de la patronal, de sus verdugos, convirtiéndose ellos mismos en la peor víctima del Estado capitalista imperante. Ahora es cuando la idea, las teorías, los valores y conceptos políticos- ideológicos dominantes se muestran tal y como son, como expresión ideal de relaciones materiales dominantes, donde esas mismas relaciones dominantes, por las necesidades propias del proceso de fetichización de la mercancía- base ideológica de explotación del hombre por el hombre- son concebidas como ideas abstractas en base al idealismo que así busca reforzar las ideas de su dominación. Los sujetos que formando la clase dominante tienen conciencia de ello, que se saben social, económica

y políticamente dominantes piensan a tono con esa función que le asignará y encomienda el Estado capitalista de producción. Por eso, en cuanto dominan como clase y en cuanto determinan el ámbito de la época histórica que les tocará habitar, se comprende que lo hagan en toda su extensión, y, por ello, entre otras cosas, también como productores de ideas regulan en su favor la producción y la distribución de las ideas de su época que presenta un interés particular, el de ellos mismos, como un interés general.

Falacias de la teoría económica y del constitucionalismo neoliberal en el proceso de dominación.

La teoría económica clásica, el liberalismo devenido en neoliberalismo a fines del siglo XX, parte del hecho de la primacía de la propiedad privada de los medios y factores de producción. Sin embargo, no lo explica porque el análisis más profundo colocaría en fuertes aprietos los postulados de ésta. La teoría económica neoliberal que capta el proceso material de la propiedad en términos privados, también entiende que ésta recorre la realidad del hombre pero apenas lo hace con fórmulas abstractas y generales a las que después les prestará valor de leyes absolutas, inmutables, más allá del bien y del mal, que sabotean cualquier análisis de las condiciones reales de vida del trabajador. De hecho, la escuela económica ricardiana fracasó por culpa de la *plusvalía* misma, que no pudo entender en todas sus amplitudes. El problema que ella no sería capaz de resolver, el del sentido y origen de la plusvalía, volverá al neoliberalismo en tanto teoría económica que se basará en el siempre falso libertinaje del mercado, en el automatismo de éste y en la economía vulgar que no está a la altura de las circunstancias para resolver las necesidades de las mayorías. Son dos los puntos centrales sobre los que falla David Ricardo en sus análisis. En primer lugar, falla al plantear que el *trabajo* es la medida del *valor*. Sin embargo, el *trabajo vivo*, al intercambiarse por un *capital* correspondiente, nos presentará un *valor* inferior al *trabajo materializado* por el que realmente se cambia. Además, el salario, en tanto que es el *valor* de determinada cantidad de *trabajo vivo*, entonces será siempre inferior al valor del producto creado por la misma cantidad de *trabajo vivo*. Así formulado por la escuela ricardiana el asunto no tendría solución pero lo que hace Marx al respecto es plantearlo en otros términos, en sus auténticas implicancias, y al plantearlo de este modo simplemente lo resuelve a expensas en general de la economía vulgar. Entonces, no es el *trabajo* quien tiene *valor* porque como actividad creadora de *valor* que es, el *trabajo* no puede tener valor especial. Lo que se compra y se vende como mercancía en el mercado capitalista al fin no es el *trabajo* sino la *fuerza de trabajo*. Al convertirse en mercancía, su valor se rige por el trabajo encarnado en ella como bien social y equivale por

lo tanto a *trabajo socialmente necesario para su producción y reproducción*. Así, la compra y venta de la mercancía *fuerza de trabajo* sobre la base de ese valor no contradice la ley económica del valor. Por último, según la ley de David Ricardo sobre el valor, dos capitales que emplean la misma cantidad de trabajo vivo y con el mismo salario, producen bienes y productos de igual valor y de plusvalía en cantidad igual siempre suponiendo que las demás circunstancias sean idénticas. Se sigue que el problema es que si se emplean cantidades desiguales de trabajo vivo, no pueden producir la plusvalía. De hecho, lo que pasa es lo contrario porque capitales iguales, en la cantidad que sea de *trabajo vivo* que estos empleen, producen en el mismo tiempo y por término medio, ganancia (plusvalía) igual. Acá será la teoría económica de David Ricardo la que queda presa de la contradicción de la *ley del valor* que su escuela está totalmente incapacitada para resolver.

En este contexto, la teoría económica neoliberal no está en condiciones de entender la ley que fundamentaría la economía moderna, el mismo Estado capitalista y sus formas manifestadas a través del régimen porque no está en condiciones de proceder al análisis de la esencia de la propiedad privada y de sus derivaciones. La teoría económica neoliberal no está tampoco capacitada para proporcionarnos explicación alguna sobre el núcleo de la división del trabajo, del proceso de *fetichización de la mercancía* en favor del capital y de la generalización o dominación de las mercancías (según el país al que nos referimos), también a favor de la acumulación privada del capital. A modo de ejemplo, cuando determina la relación entre el beneficio de los capitales y el salario real de los trabajadores, acepta como fundamento último el interés del capitalista, lo que produce que parte su análisis precisamente de aquello que debería explicar. Lo mismo pasará con el asunto de la competencia, que será explicada por circunstancias que son siempre externas. En qué forma estas circunstancias externas, aparentemente casuales, son expresión del desarrollo necesario, es algo sobre lo que la teoría de los neoliberales tampoco nada nos dice. Inclusive, para esta teoría el intercambio aparece como hecho ocasional sin ninguna vinculación real con la lógica y estructuras del Estado capitalista. Lo único que le parece válido a la teoría económica neoliberal para explicar sus fenómenos son la codicia y la guerra entre codiciosos, la competencia. Y sin embargo no puede ser de otra manera porque a pesar que partimos de los presupuestos de la economía clásica (que al final solo fundamenta el Estado capitalista y su forma en cuanto al régimen de control y de dominación social sobte las mayorías) y hasta aceptamos sus términos y elementos, sus normas, valores y sus leyes, y que también daremos por supuesta la propiedad privada de los medios de producción, la separación del *trabajo*, del *capital* y salario, si además admitimos la división del trabajo, la competencia, el concepto del valor de cambio y de otros tantos factores que hacen al modo de producción

y distribución capitalista, es con la misma teoría económica clásica- ahora devenida en neoliberal-, que se demuestra que el trabajador es rebajado a una simple mercancía, a la más miserable de todas ellas. Por eso mismo, la teoría económica neoliberal no es capaz de profundizar el análisis de sus categorías y elementos sin revelar que la miseria del trabajador está en razón inversa de la potencia de su producción; sin revelar además que el resultado final de la competencia en sus términos es la acumulación privada de capitales, es decir, la terrible reconstitución de los monopolios e intereses ligados a los centros globales del poder que controlan la vida de la mayoría. De ahí entonces que la primera tarea del humanismo es lograr comprender la conexión esencial, el núcleo que existe entre la primacía de la propiedad privada de los medios de producción y la calidad de vida del trabajador; entre la codicia y la avaricia, entre la separación de los capitales, de la tierra y del trabajo, entre el cambio y la competencia, el valor y la desvalorización de los hombres y los intereses y necesidades de los monopolios. Al final, se trata de comprender la íntima relación de enajenación respecto al Estado capitalista y sus estructuras. Un hecho actual a través del que Marx describe con toda simplicidad las formas de la lógica del Estado capitalista nos dice:

"El obrero es más pobre cuanta más riqueza produce, cuanto más crece su producción en potencia y en volumen. El trabajador se convierte en una mercancía mucho más barata cuantas más mercancías produce. La desvalorización del mundo humano crece en razón directa de la valorización del mundo de las cosas. El trabajo no sólo produce mercancías; se produce también a sí mismo y al obrero como una mercancía, y justamente en la proporción en que produce mercancías en general".

De lo anterior se deduce que la enajenación del trabajador en su objeto se expresa, según las leyes económicas, de la manera que sigue: cuanto más produce el trabajador, tanto menos consume. De hecho, el neoliberalismo se basa en la exclusión de los trabajadores del mercado de consumo a partir de la marginación de éstos del mercado de empleo para en este momento perder su ciudadanía en un régimen basado en una democracia abstracta cuando se trata de defender las garantías y necesidades de los trabajadores en general. Además, cuanto más valor crea el trabajador, tanto más sin valor, tanto más indigno es en cuanto ser humano. De acuerdo a Marx (la realidad otra vez le daría la razón) también cuanto más elaborado es el producto del trabajador, tanto más deforme se vuelve él; cuanto más civilizado su objeto, más bárbaro son los trabajadores y cuanto más rico espiritualmente se hace el trabajo, más banal es el trabajador. La teoría económica de los neoliberales así nos oculta la enajenación esencial del trabajo porque no considera la relación inmediata

entre la *fuerza del trabajo* y el *capital* que en primer lugar se manifiesta en la relación directa de los trabajadores (el trabajo) y la producción de bienes que hacen a un régimen en cuanto expresión del Estado capitalista. La cuestión es que mientras el Estado capitalista a través del trabajo será capaz de producir fastuosas, grandes maravillas, oropeles que deslumbran a muchos, ese oropel y bienes son para los que están incluidos en el régimen, para los privilegiados que cada vez son menos en número, al tiempo que reproduce las privaciones, la miseria, marginación y exclusión para los trabajadores. Produce fastuosos casas y departamentos en condominios, pero para los trabajadores solo habrá chozas y poblaciones básicas, al borde de las necesidades primarias. Produce belleza para unos y deformidad para las mayorías. Produce un mejor espíritu en el hombre pero a su vez origina embriaguez, estupidez y cretinismo para el trabajador. Por lo tanto, para entender la lógica del Estado capitalista hay que entender la producción en la forma que nos la plantea el capitalismo a partir de los regímenes políticos que lo representan.[3]

De ahí que tenemos que interrogarnos en qué consiste la enajenación del trabajo. Primeramente en que el trabajo es externo al trabajador, es decir, no pertenece a su ser, núcleo ni definición fundamental. La enajenación tiene que ver además con el hecho que en su empleo el trabajador no se reafirma a sí mismo sino que por el contrario se niega, no se realiza como sujeto, como ser genérico, no es ni se siente feliz, sino que más bien es un desgraciado que a veces está en condiciones de entender la fuente de su vida y desgracias y en la medida en que lo hace logra luchar por el cambio social. Batalla porque en

[3] Ya vimos en otro lugar como el neoliberalismo, basado en la economía de la especulación y sus finanzas, viene a solucionar el problema de la exclusión del trabajador de los mercados de consumo para que los dueños de los medios de producción puedan seguir acumulando capital en propio beneficio. No lo hace a través de la inclusión que significa generar empleos de calidad sino a través del gran negociado que significa el retail. Por ejemplo, en el caso de Chile gran parte de la población es víctima de la tarjeta de crédito, de la especulación. De hecho, es una amplia mayoría de trabajadores los que en nuestro país viven endeudados con los bancos y casas comerciales a través de la tarjeta y del crédito al consumo porque simplemente el sueldo no les alcanza para cubrir necesidades tan básicas como es la vestimenta, la alimentación, el acceso a una vivienda digna, el acceso a la educación e inclusive a la salud. Además, la economía de la especulación hoy eclosiona en los países más desarrollados en términos capitalistas porque precisamente tiene sus límites al ser enemiga de la economía real, esa que crea bienes y servicios tangibles, que defiende nuestra producción nacional a través de políticas como un tipo de cambio de equilibrio desarrollista y otras medidas a disposición de quienes buscamos crear riqueza auténtica, generar empleos de calidad, inclusión social, consumo popular y desarrollo equilibrado, racional y viable para el país en el largo plazo.

el trabajo enajenado el trabajador no desarrolla bajo ningún aspecto una libre energía física- espiritual sino que mortifica su cuerpo y arruina el espíritu, su esperanza y vida. Por eso, el trabajador sólo se siente en sí fuera del empleo, y en el trabajo está fuera de sí. En esas condiciones el trabajo no es para nada voluntario sino forzado. Por esto no es la satisfacción de una necesidad, sino solo un medio para satisfacer necesidades fuera del trabajo. Ahora su carácter extraño se evidencia en el hecho que tan pronto como no existe una coacción física o de cualquier otro tipo huye del trabajo precisamente porque el éste no es la plena realización del ser genérico sino que es un gran sacrificio, es una tremenda inmolación. En última instancia, para los trabajadores se muestra la exterioridad del empleo en el hecho que éste no es realmente suyo sino de otro, de la patronal, a la que ahora le pertenecerá no solo su tiempo de trabajo sino también su tiempo libre, su ocio, que también está al servicio de los intereses de la acumulación privada del capital que no tiene nada que ver ni con el ser genérico, con la reafirmación de éste digo, ni mucho menos con la vida del hombre como parte de la naturaleza. Además, que el hombre viva de la naturaleza significa que ésta es parte de su cuerpo, con el que mantiene un proceso continuo e ininterrumpido por seguir viviendo. Que la vida física-espiritual de los trabajadores esté ligada con la naturaleza significa ni más ni menos que la naturaleza está ligada consigo misma desde el momento que el hombre es parte de ella. Precisamente es ahí cuando estamos en presencia del ser genérico, social, en contraposición con el ser individual- egoísta que nos plantea la teoría económica neoliberal como base del Estado capitalista y sus formas de producción. Entonces, partiendo de la enajenación de los hombres respecto de la naturaleza, de su mismo trabajo, será necesario interrogarnos a quien pertenece el trabajo del hombre si en realidad el producto de aquel me es ajeno. En otras palabras, si mi propia actividad no me pertenece y si por lo tanto es una actividad ajena, una actividad que fuerza al trabajador, ¿a quién le pertenece? Pertenece a otro que no tiene nada que ver con un Dios o con un ente sobrenatural. Este ser al que pertenece el trabajo y el producto del mismo, a cuyo servicio está aquél y para cuyo placer sirve éste, es el hombre mismo. Pero, éste es un hombre muy distinto al trabajador en tanto es dueño de los medios de producción. Y este otro hombre, dueño de esos medios de producción donde queda incluido el trabajo mismo, la *fuerza del trabajo*, es la patronal, es esa clase que acumula capital en beneficio propio y del Estado capitalista que así sostiene. Es de esa manera como la relación del trabajador con el empleo engendra la relación de él con la patronal donde la propiedad privada es resultado, es consecuencia definitiva, del trabajo enajenado, de la relación externa del trabajador con la naturaleza y consigo mismo.

Partiendo de la teoría económica clásica, liberal o neoliberal, para el caso nos dará lo mismo, llegamos al concepto de *trabajo enajenado* (que a su

vez implica la vida enajenada del hombre que impide su plena realización en cuanto ser genérico) como resultado del movimiento y de la lógica a partir de la que se organizará la producción capitalista. Sin embargo, este concepto lo que hace es demostrarnos que aunque la propiedad privada de los factores de producción aparece como fundamento, como causal del trabajo enajenado, es más bien consecuencia del mismo, de igual forma que Dios no es la causa originaria, sino el efecto de la confusión del saber del hombre en la medida que no aceptemos el credo de la religión, que no es mi caso en particular. Esa relación luego se convierte en interacción recíproca. Desde este punto de vista, la propiedad privada se revela primeramente como producto del trabajo enajenado pero también como un medio por el cual el trabajo se enajena, la realización de la enajenación. Pero, el final de la enajenación y la libertad del trabajador solamente es viable, se presupone, a partir de una definición de la propiedad en términos humanistas, cuando queda definitivamente supeditada a la supremacía absoluta de la vida. Solo de esta manera la propiedad privada deviene en propiedad social, gestionada por el trabajador, en contraposición absoluta con la propiedad privada monopólica pero también con la estatal en términos de lo que fueron el mal llamado *Estado de bienestar* y el también muy mal llamado *socialismo real*. Finalmente, la producción, la definición y formas que se plantea ésta por parte del hombre es fundamental en el proceso de la (r) evolución permanente. Lo que digo es que de la relación establecida por el trabajo enajenado con la propiedad privada de esos mismos medios de producción se sigue, además, la libertad o la servidumbre de los hombres en relación al Estado capitalista y su régimen político centrado en la primacía de la propiedad privada. La libertad o servidumbre del trabajador se expresa en la manera que adquiere la relación del trabajador con la producción, y todas las relaciones serviles son sólo modificaciones y consecuencias directas de esta relación que además se fundamenta a través de normas y una legalidad concreta que se muestra fundamental para la convivencia colectiva. Es decir, bastante lejos de los mandatos de la divinidad y más lejos aún de los textos revelados a los que muchos rinden culto. De hecho, las diversas y en varias ocasiones enfrentada legalidad y norma que fundamentan cierta Constitución Política en determinado momento histórico de nuestros pueblos son solo eso: expresión de la forma que adquiere la lucha de clases, la lógica y los actores políticos dominantes en ese momento histórico en cuestión, de los valores y designios de los que perduran y la defensa de intereses y formas de vida. Al respecto, la Constitución de 1980 en Chile es paradigmática en el sentido que se convirtió en el resultado de complejos y muy contradictorios entramados políticos, ideológicos, económicos y culturales para racionalizar el régimen neoliberal y así lo que ella hace, lo que mejor hace, es negar definitivamente la cultura y la soberanía popular para que nunca más en Chile pueda darse un

gobierno como el de Allende como si en algún texto pudiera garantizar esto. La Constitución, las que nos gobernaron pero también las de otros países, sufren múltiples modificaciones e inclusive cambios radicales ahí donde se alteran dramáticamente las circunstancias de la historia exigiendo a partir de ahí que la carta fundamental sea revisada por los sectores democráticos. Es entonces cuando se produce el giro ideológico, el conflicto, la reivindicación de ciertos intereses de clase, la ruptura social- política, las transformaciones, el cambio en la cultura o en la razón que no son más que algunos motivos que vuelven imprescindible la adaptación o revisión de los textos que buscan darle entidad jurídica a la trama de la particular convivencia colectiva que atraviesan los países. Lo concreto es que en este sentido la Constitución de un país es un texto normativo, una ley en continuo movimiento- interpretada y sobreescrita a lo largo del tiempo- que se relaciona con las vicisitudes que atraviesa cada país, nuestras sociedades.

De todas maneras el asunto no es tan automático porque muchas veces el conflicto es aún más grave. De hecho, el que la Constitución de un país, la de Chile en este caso, sea sobreescrita o interpretada todo el tiempo no quiere decir que ésta represente actualmente el sentir de las mayorías. En realidad, hoy en nuestros país tanto los estudiantes como los trabajadores- los mineros y pirquineros, los postuarios y pescadores, los mapuches y la dueña de casa también, la mujer de la Patria, esa que se escribe con mayúscula en los anales de nuestra historia, todos, la mayoría- estamos en continua movilización para demandar la satisfacción de nuestras necesidades, la concreción del derecho para acceder a la educación, a la huelga, al trabajo, a una vida más digna; en fin, el derecho a que se nos considere con dignidad y respeto. El problema es que la Constitución de 1980 nos niega la soberanía del pueblo para hacernos con la que nos parezca la mejor forma del gobierno, nos niega la posibilidad por ley de plantear un régimen nacional y democrático en lo político, popular en lo cultural e inclusivo socialmente. Además, en la medida que nos niega también por ley la posibilidad de convertirnos en los protagonistas de nuestra vida republicana, de los cambios necesarios para la convivencia en términos democráticos y populares, entonces, hoy al movimiento social solamente le queda plantear sus posturas desde la calle, desdes las escuelas y liceos, desde las plazas, minas, fábricas y factorías entendidas todas ellas como un espacio mayor de lucha para que de una vez por todas se abran las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad un tanto mejor. Por otro lado, como los sectores dominantes (fielmente representados en su interés por la derecha duopólica, por la Alianza y la Concertación más toda la falsa progresía de seudo socialistas y reformistas por doquier que pupulan por todos lados) no están dispuestos a ceder parte de sus intereses de clase en favor de las pretensiones de los sectores populares por acceder a la educación

pública, de calidad, igualitaria, libre, democrática e inclusiva socialmente, o a la convocatoria de una Asamblea Constituyente, al movimiento social hoy en ascenso solo le queda plantear los cambios por la vía insurreccional en el sentido que no puede confiar ni valerse de esta legalidad para producir la transformación que la mayoría demandamos. Una "vía insurrecional" que no tiene que ver con la lucha armada ni mucho menos sino con la constatación de que la mal llamada transición a la democracia, basada en "las reformas en la medida de lo posible", a su vez basada ésta en el falso "realismo político" dominante, en estos veinte años no fue una alternativa real para recuperar la democracia, para acabar por la vía institucional con la peor herencia de la dictadura en lo formal conducida por Pinochet: el neoliberalismo. De hecho, aún hoy el país está en dictadura, bajo la lógica de la ideología de seguridad nacional, que en estos cuarenta años ya transfiguró en diversas formas pero manteniendo su función originaria, la de negar sistemáticamente la soberanía popular.

Los cambios, más temprano que tarde, mucho más temprano de lo que algunos creen, se producirán. De hecho, el movimiento social en Chile es el protagonista, es quien fija la agenda de gobierno a pesar de la censura venida desde los medios masivos de comunicación y "desinformación"; pero solo se producirán cuando el movimiento esté en condiciones de plantear y sostener una conducción política unitaria de los sectores del pueblo en el sentido que logre unificar los grandes temas que nos preocupan y ocupan- la educación, la salud, el fin de las AFP, las relaciones entre la patronal y el trabajador, la recuperación de recursos estratégicos como el cobre, el litio, la electricidad, el agua y el gas, los recursos del mar, la autonomía de los mapuches, etc- que además y por lo mismo tendrá que ser una conducción alternativa al régimen neoliberal y su odiosidad. Esa sola construcción basada en la participación, en la movilización y toma de conciencia de los estudiantes y trabajadores que así sientan las bases para el surgir de una conducción de esas características, representativa de los sectores populares, por el solo hecho de serlo ya es bien insurreccional. Después, llegado el momento, de acuerdo al contexto político que se plantee, será el propio movimiento social, las bases de éste, quienes definirán la estrategia a seguir para que la conducción política se haga con la gestión del gobierno. Desde esa perspectiva de lucha por crear poder popular que por necesidad será insurreccional, es un tremendo error estratégico de los grupos de intereses dominantes intentar anclar las leyes que favorecen a la patronal de una vez y por siempre a través de textos legales o normas como la Constitución de 1980. Es una estrategia no solo ingenua sino totalmente ajena a la dinámica de la historia y de sus actores, de los hombres y mujeres, del pueblo soberano, de los trabajadores que al final son quienes instituyen la vida política y en el proceso le dan forma al texto normativo en cuestión. No

es de extrañar entonces la rigidez de la Constitución del '80 en el sentido que no solo será expresión del autoritarismo y anhelo conservador de la dictadura desde el momento que entendemos que en tanto *neoliberales* se creen y se piensan más allá de la historia, de la evolución del hombre. Esto además nos demostró que si bien la constitución debe ser producto de amplios consensos y de la puesta a punto de ciertos acuerdos estructurales que le dan forma a la trama institucional del país, la realidad histórica es bien diferente y, por lo general, muchas de las constituciones que normaron las relaciones entre los hombres al interior del pueblo, luego sacralizada y vuelta intocable inclusive, nacieron de tremendos actos de violencia o como corolario de la exclusión de los trabajadores porque fueron los factores de poder más conservadores los que primaron históricamente. Dicho con otras palabras, las constituciones de los pueblos de Latinoamérica siempre han sido grandes campos de batalla en los que los sectores dominantes definen las estructuras del régimen avanzado dramáticamente sobre el cuerpo y la memoria, sobre las expectativas, sueños y necesidades de los vencidos. Sin embargo, también es tremenda la saga con la que esos pueblos actúan cuando los sectores democráticos, representantes de la cultura popular, multiplican su fuerza transformadora y empiezan por fin a hacerse responsables de su emancipación.

En esta perspectiva, los trabajadores buscan cumplir con sus sueños ya soñados por quienes los precedieron y lo hacen bajo el mandato sagrado de volver a unir la libertad con la igualdad y la fraternidad. Época única, mágica y renovadora en las que las grandes multitudes populares, el trabajador en plena movilización, recoge los hilos perdurables que entrelazan la lucha por la dignidad y la convierten en antesala de un nuevo régimen político basado en la inclusión. Ahora, la Constitución es reflejo de un proyecto de Nación pero esta vez, cuando se impone la gestión popular de un país inclusivo, este proyecto es democrático porque reivindicará la vida de las mayorías. Por lo mismo, en esta oportunidad de cambio lo que se impone es una Constitución que acabe con el proyecto neoliberal, de sumisión de la cultura popular, del saqueo de los recursos naturales y de la exclusión, marginación y pobreza de millones, que se quedan sin pan y sin trabajo. Cuando dejemos atrás, en otro tiempo, lugar y espacio la época neoliberal con su Constitución, cambiarán nuestros países, la región de Latinoamérica que así derrumba los paradigmas que nos someten a poderes corporativos de un Estado y modo capitalista de producción. Hay que hacer las cosas, tenemos que cumplir con esta tarea, sin prisa pero sin pausas, para construir un país y una región más igualitaria. De ahí la importancia de tomar el control del núcleo del modo de producción en un proceso de transición humanista que no por simple casualidad define otra forma de producción relativo con la técnica a implementar para llevar a buen

término la meta del pleno empleo de los trabajadores en un contexto histórico de generación de trabajo de calidad y digno en todo sentido.

El trabajo, la producción y distribución de los bienes.

Es común escuchar que el trabajo es la fuente de toda riqueza pero hay que aclarar algunas cuestiones que hacen que esta afirmación sea verídica porque tomado a la ligera, como en general hacen los intelectuales al servicio de los sectores y grupos de intereses dominantes, para el caso sin considerar que el trabajo de los hombres se efectúa con ciertos objetos y herramientas, podemos caer en una falacia que otra vez solo favorece a la razón del Estado capitalista. De hecho, el trabajo no es la fuente de toda la riqueza sino que la naturaleza es la fuente de los valores de uso (que son los que verdaderamente integran la riqueza material del hombre), y en ese sentido el trabajo solo es una manifestación de una fuerza natural, de la *fuerza de trabajo* del hombre. Pero, en la medida que el hombre se sitúa en el proceso de producción como propietario frente a la naturaleza- que es primera fuente de todos los medios y objetos del trabajo- y la trata como posesión suya, su trabajo se convierte en fuente de valores de uso, y, por tanto, en fuente de la riqueza. Así, en este momento preciso el trabajo es fuente de riqueza y de cultura, y como al fin el trabajo sólo será posible en el ámbito de la sociedad y a través de ella, todo trabajador tiene el mismo derecho a percibir el fruto íntegro de su trabajo, de su esfuerzo. Precisamente, por el hecho que el trabajo está condicionado por la naturaleza, en el sentido que es fuente primera de riqueza en cuanto sostén del valor de uso, se deduce que el hombre que no dispone de más propiedad que su *fuerza de trabajo* es un esclavo de otros hombres, de los amos de los factores de producción, de los que se adueñan de las condiciones y elementos materiales del trabajo. Es así como en estas condiciones este trabajador en particular no podrá trabajar, ni, por consiguiente, vivir en paz, sin el permiso de los dueños del capital. De todas formas, la propiedad social de los medios de producción solo conduce a la libertad y emancipación de los trabajadores en la medida en que se funda en la primacía y la lógica de defensa de la vida de las mayorías quedando esa misma propiedad bajo el yugo del objetivo del buen vivir que estructura una mejor calidad de vida posible para la mayoría. Al respecto hay que entender que como el trabajo es la fuente misma de toda riqueza, con las salvedades anteriormente establecidas, ninguna persona al interior del régimen político puede realmente adquirir riquezas que no sean producto del trabajo. La cuestión es que bajo el yugo del Estado capitalista si una persona no realizara ella misma el trabajo significa que vive del trabajo ajeno y adquiere su cultura a costa del trabajo de otro, con la explotación de trabajadores que ya dejan de ser sus semejantes por las condiciones propias

de esta forma de régimen político. Como primera conclusión entonces tengo que decir que el trabajo sólo es fuente de riqueza y de cultura del hombre en la medida en que es *trabajo social*, o lo que es lo mismo, dentro del régimen político y a través de éste porque aunque el trabajo del individuo aislado crea eventualmente valores de uso, no puede crear ni riqueza ni cultura.

En relación a la distribución de los bienes producidos socialmente por los trabajadores tengo que decir que es equivocado tomar como esencial para la (r) evolución humanista solo la llamada *distribución* y hacer hincapié en ella, como si fuera lo fundamental para una mejor y más elevada justicia. De hecho, la distribución de bienes y servicios relacionados con el consumo del hombre es, en todo momento y en todo lugar, un corolario de la producción. En palabras un poco más simples, las formas del consumo del hombre son una extensión de la distribución de esas condiciones de producción. Y ésta es una característica del modo mismo de la producción. Por ejemplo, el Estado capitalista y su régimen político- que se expresará en múltiples maneras en la producción de bienes- descansa en el hecho que las condiciones materiales de esta producción le son adjudicadas a los que no trabajan bajo la forma de la propiedad de los medios de producción, del capital mismo o bajo la forma de propiedad de la tierra, al tiempo que el trabajador solo tiene como medio para la supervivencia, como propiedad, su condición personal de producción, es decir, la *fuerza de trabajo* que reivindicará una injusta relación entre esta *fuerza de trabajo* y el *capital* que fundamenta finalmente el *Estado* y modo capitalista de producir en el proceso que conocemos como *fetichización de la mercancía*. Entonces, distribuidos de esta manera los diversos elementos, los medios y factores de producción, la distribución de bienes relativos con los medios de consumo es una consecuencia natural que reivindica esas formas de producción injusta. Así, antes que hablar de *distribución de los medios de consumo* lo fundamental de la (r) evolución del humanismo- que reivindica el derecho a la vida por sobre las formas de propiedad- son las maneras de producir. Por ejemplo, si las condiciones materiales de esa producción fuesen propiedad colectiva, fuesen de los trabajadores en tanto clase social, este solo hecho determinaría una distribución de los medios de consumo distinta de la actual, lo que a su vez define otras formas de relaciones políticas y sociales donde tanto los grupos y sectores populares como los conservadores, siempre minoritarios en términos cuantitativos, asumen nuevos y antiguos roles que reivindican y redefinen ante esas transformaciones. Por lo mismo, aunque en lo formal los opositores podrían insistir en el carácter democrático y plural del régimen nacional y popular, al mismo tiempo, por todos los medios y recursos, buscarán terminar con estos proyectos. De hecho, en determinado momento, cuando el asunto se les complica en términos de acceso al poder, simplemente llaman a la insurrección ante el “autoritarismo” que significaría

ese régimen que no les favorece. El caso de Venezuela es paradigmático al respecto porque las elecciones solo son justas, no se comete fraude, cuando los ganadores son dirigentes como Capriles. Así, buscan deslegitimar a los trabajadores y gobiernos que sustentan. Siempre, no nos hagamos ilusiones al respecto, ellos estuvieron contra toda expresión de la cultura y movimiento popular, contra la democracia, la inclusión y contra la justicia, de manera que actuaron así en consecuencia a través de la reacción violenta y conservadora. Estos medios y recursos incluyen la fuerza, la sedición, la traición e incluso el golpe de Estado cuando las elecciones y los mecanismos de la democracia formal no son suficientes para resguardar los intereses minoritarios de estos grupos de poder altamente reaccionarios. Son dos lógicas irreconciliables que podremos encontrar: Por un lado, están ellos y por el otro están los sectores populares. Unos incluyen en beneficio de los trabajadores mientras los otros excluyen. Unos pacifican y los otros apadrinan las formas reaccionarias de manifestación a falta de cierta representatividad política. Ya sabemos quien es quien.

La estrategia política de los neoliberales, su enorme, tremenda y nunca bienvenida capacidad para impregnar con su visión el mundo, con su lógica y preceptos el sentido común de los hombres, logrará apropiarse- cuando sí lo necesite- de la gramática del poder e incluso de la memoria que pertenecía a sus adversarios políticos. Lo hace vaciando de contenido y reduciendo cada idea, valor o ética alternativa a un espectáculo especialmente armado para las conciencias más sensibles. Es así como de un partido revolucionario, de clase popular, se produce una renovación en los ideales, que finalmente no es tal, y que derivará, al final del proceso, en un partido claramente socialdemócrata y reformista. También lo hace reescribiendo y definiendo otra vez la turbulenta historia de la modernidad destinando sus críticas más destructivas al cambio de genealogía de la (r) evolución popular convirtiéndola en materia prima de una especie de barbarie homicida típica de los totalitarismos aunque en ello también tienen directa responsabilidad los dirigentes, otrora revolucionarios, que terminaron por apoyar política e ideológicamente la primacía del derecho a propiedad por sobre los derechos genuinos del trabajador; de trabajadores que si bien en su momento fueron carne de cañón de aquellos dirigentes hoy reformistas eso no quita la validez de sus acciones que buscaron terminar con un Estado reaccionario en demasía. La astucia con la que deconstruyeron la saga de los diversos intentos históricos por la libertad, que tempranamente se expresa en la revolución francesa por ejemplo, donde los sectores populares buscaron la emancipación de los hombres (que en el caso de esta revolución empieza tempranamente con la etapa jacobina, sigue y atravesará hasta la revolución bolchevique, pasando por la de China y de Cuba hasta alcanzar a todo movimiento de liberación nacional y a la forma del régimen popular) se

hace en nombre de una democracia formal, abstracta, que además se pretende republicana, normativa y capaz de ofrecerse a sí misma como el paradigma ético de esa República siempre soñada por el mal llamado sector político del progresismo que terminó por creer que a la historia del hombre le sobró un Rousseau y su nunca bien ponderada *voluntad general* y le faltó un Locke; o que abundó en Marx, en su amigo Engels y Keynes y escasearon personajes como Von Hayek y Milton Friedman, Popper y otros. Esos mal llamados sectores progresistas, todos provenientes de la mitología revolucionaria, que son los antiguos cultores de la vertiente del marxismo ortodoxo e incluso de regímenes políticos que se pretendieron transgresores de la razón capitalista, mutaron en defensores de la alquimia neoliberal, de aquel multiculturalismo importado desde las usinas dominantes, de una legalidad basada en el dogma y en el rechazo visceral de cualquier recuperación de la política como acción que buscaría resolver los conflictos a los que se ve expuesto el trabajador que en tanto hombre que vive de un jornal acabará vendiendo su fuerza de trabajo como mercancía al mejor postor. Finalmente, también en lo ideológico son partidarios de una *sociedad abierta* que bajo las ideas de Popper solo busca multiplicar infinitamente el espíritu supuestamente libertario de la mercancía y sus mercados. Lo otro, cualquier intento de emancipación del trabajador, es una barbarie bajo las formas de una genealogía del horror revolucionario que cambia nuevamente de forma y se viste con las ropas plebeyas del populismo más reaccionario posible.

Queda claro así que con la contraofensiva política, cultural y mediática que se lanzará cada vez que los sectores populares se hacen con el gobierno, que se inicia con cada triunfo electoral de éstos, los grupos afines al interés de las transnacionales no están dispuestos a respetar la voluntad popular, la gestión del gobierno por parte de los trabajadores. Ellos son destituyentes sin remedio, lo llevan en su ideología. Sin embargo, como la historia reciente de Latinoamérica nos lo demuestra, cuando en base a la eficiencia del régimen popular en relación a la aplicación de políticas de inclusión del trabajador este régimen logra consolidar su poder, la contraofensiva dominante no logra sumar ninguna franja realmente importante del movimiento que representa al trabajador o a una fracción de ellos. Así, no logran desestabilizar gobiernos, ni la economía ni la institucionalidad, no logran amedrentar a los jóvenes ni acallar a los periodistas como tampoco logran desabastecer por completo a un pueblo de sus recursos básicos. Es válido preguntarse por qué fracasan los sectores reaccionarios en esta circunstancia. Lo hacen no solo por la eficacia de los trabajadores sino también porque el piso de sustentación del Estado de derecho y del régimen democrático, más allá de la abstracción dominante, se ha corrido definitivamente de lugar porque los sectores reaccionarios ya no disponen de la capacidad de daño de otras épocas y porque finalmente luchan

y disputan contra la corriente de la historia. Atrapados entonces en esa lógica usan categorías políticas del pasado. Apreciando dialécticamente el cuadro de esta situación, el régimen popular creará nuevos escenarios, otra situación y nuevos sujetos políticos como sociales de la mano de la movilización, de la participación y gestión de la agenda pública por parte de los trabajadores, lo que descoloca inevitablemente a los que sólo tienen la reacción política como remedo de acción. La historia y la realidad les chocará de frente. Fracasan porque van contra la corriente de la democracia y de la inclusión que implica otra forma de acción política, que van más allá del mero reformismo, porque la vida en sociedad y sus manifestaciones implica totalidad, otra globalidad. Simplemente los reformistas, que nos insisten en el *crecimiento con igualdad* como la panacea del falso progresismo, deben entender que la distribución de los medios de consumo, de los bienes y servicios por todos generados, no es independiente del modo de producción social. Por lo tanto, exponer la propia (r) evolución del humanismo como doctrina que solo gira alrededor de la distribución es errado porque desde el momento en que la producción de esos bienes es definida en términos de tecnología conveniente, de la búsqueda del pleno empleo como política central del cambio social, etc, ya estamos frente a una (r) evolución que cambia de forma central la manera del consumo.

Si bien es estratégicamente correcto en la batalla por la primacía de los derechos e intereses de los trabajadores al nivel del régimen político insistir en una justa distribución de las riquezas, en la equidad, en el *crecimiento con igualdad* y en el valor del trabajo de los hombres, siempre es necesario tener en cuenta que lo central es la forma de producción de bienes y servicios. Para que haya justa distribución hay que definir justas maneras de producción social de los bienes y servicios que son necesarios para el hombre. A partir de ahí se define la forma de otras variables y elementos de la (r) evolución a saber, la equidad, la igualdad, las relaciones entre la *fuerza del trabajo* y el *capital* y la misma distribución. De hecho, si vamos más atrás en el tiempo veremos que cuando cambia la forma de producción artesanal, del siervo de la gleba ligado a la tierra y su lealtad al señor feudal, cuando el taller da paso a la industria y la servidumbre y esclavitud del hombre toma la forma del proletariado, el Estado feudal conduce al capitalismo que, a su vez, es quien produce otras formas de distribución que serán acordes con la nueva manera de producción. El que los trabajadores- a través de la gestión popular de la agenda pública en el caso del régimen popular o del arte de resistencia y del poder popular en el caso que buscan hacerse con el dominio bajo el régimen neoliberal- quieran establecer nuevas condiciones, elementos y otra lógica de producción colectiva a nivel del régimen político, a escala nacional, sólo significa que actúan social y políticamente por subvertir las condiciones de producción que caracterizan al régimen que habitan. Este proceso es el que

precisamente define los términos de la (r) evolución en la medida que pueda o no eventualmente derivar en el cambio permanente. En este contexto, es un buen ejercicio explorar las causas de la pérdida de algunas revoluciones en el sentido que no son capaces de permanecer en el tiempo. No lo hacen porque no pudieron satisfacer las necesidades y requerimientos de los trabajadores a los que siempre pretenden emancipar. La revolución de los bolcheviques, en el pensamiento del Che Guevara, se derrumbó al *usar las armas melladas del Estado capitalista* en la construcción el socialismo. De hecho, la *Nueva Política Económica* de Lenin, que se implementó como forma de resistencia a una situación concreta y momentánea, fue instaurada como una estrategia más allá de la coyuntura. En el caso de los chinos, en contra de la opinión de Mao, que ensayó la terrible *revolución cultural* para impedir el deslizamiento al capitalismo, terminaron seducidos por el oropel de la forma de propiedad, producción, consumo y distribución del Estado y modo capitalista de manera que después exhibieron con gran orgullo sus dólares al tiempo que escondían con vergüenza a cientos de millones de explotados.

Finalmente, hay otros factores y elementos relacionados con el fracaso de la (r) evolución en la medida que no puede derivar en permanente y que tienen directa relación con el dogmatismo y la soberbia que la acompaña y que así son pecados que causan gran daño al proceso de libertad. Reivindicar o defender la forma del trabajo, de la producción y distribución de los bienes y servicios por todos generados bajo los dogmas del modo capitalista, buscar el cambio a partir de las armas melladas del Estado y del modo capitalista tal como lo dijo el Che, nos conduce a un proceso de ostentación y chauvinismo (en el caso de los chinos) que solo producirá desconfianza y derroche: los autos, el rolex, las casas suntuosas y el lujo, son malas compañeras para la permanencia de la (r) evolución. La soberbia vuelve ciego y también sordo al dirigente que ya no atiende las necesidades de los trabajadores. Pero, lo peor es que nubla la conciencia e impide el entendimiento, desprecia el análisis, cultiva la vanidad y apenas simula sapiencia. La soberbia impide la discusión por los medios para conseguir el fin justo que no es otro que la libertad del trabajo bajo el reinado de la abundancia bien distribuida pero en primer lugar bien producida en términos de tecnología que necesariamente es conveniente a nuestra propia necesidad. Todo ello teniendo en consideración el contexto en que nos insertamos no para conocer nuestras propias limitaciones políticas en relación al cambio sino para aprovecharlas y cambiarlas siempre en favor del trabajador.

Capítulo 2: El modo de distribución de bienes desde la perspectiva del cambio social y político.

El ser social como premisa del análisis materialista.

En el capítulo anterior traté sobre la función central que le corresponde al modo de producción en el proceso de dominio neoliberal, y en general del capitalismo, como la función que le corresponde en cuanto a la emancipación del trabajador cuanto éste gestiona otras formas y maneras de producción que reivindica la vida de las mayorías a partir de la defensa del interés y del bien común. Por esto es importante la crítica al idealismo y sus dogmas. En este caso se trata, sin duda, de un acontecimiento bastante interesante: del proceso de caída del espíritu e idea absoluta, que se sustenta en la irracionalidad de sus postulados, para desde ahí en más mejorar las condiciones de vida de los trabajadores a partir de la construcción de un arte de poder popular, arte que es alternativo al Estado y modo capitalista. Una vez que se apaga la vida del idealismo, las diversas teorías que lo fundamentan, una vez que entran todas ellas en descomposición, darán paso a nuevas combinaciones formando otras sustancias. Sin embargo, con el neoliberalismo y su necesidad imperiosa de control sobre el trabajador, ese idealismo, ahora de las más diversas formas y manifestaciones, vuelve a resurgir a partir de teorías como las del final de las ideologías, de las expectativas racionales, del choque de civilizaciones e incluso del fin de la historia y de la lucha de clases, lo que nos muestra que el saber del hombre no tiene relación alguna con la búsqueda de la verdad absoluta sino con la necesidad del poder, de racionalizar el Estado capitalista. El único problema para los industriales de la filosofía, para el idealista que hasta aquí vivió de la idea absoluta, es que ahora tiene que defender nuevas teorías (como las recién nombradas) que se sustentarán en combinaciones nuevas que cada vez son más irracionales. Mientras tanto, en el mundo real, con la revolución burguesa que se manifiesta en dos ámbitos principales (la revolución francesa en lo político y la inglesa en lo industrial) el sujeto se dedica a explotar el negocio de la parcela que le había tocado en suerte. No podía por menos que surgir la competencia y el idealismo que diera crédito a este nuevo estado de cosas. Más tarde, en la medida que el Estado capitalista empieza al fin a desarrollarse y consolidar sus nuevas maneras, cuando ya el mercado de los nuevos Estados capitalistas se abarrotan de mercancía, de la generalización y dominación de ésta, a pesar del esfuerzo, del idealismo de adulterar la materia prima, la falsificación de rótulos y las compras y ventas más bien simuladas, la competencia se convierte- bajo las premisas de estos

diversos regímenes políticos que hacen a la lógica del Estado capitalista- en una enconada lucha que actualmente se presenta como un tremendo hecho de la historia de la humanidad.

Al tiempo que esto sucede el régimen neoliberal, en su afán de control cada vez más irracional sobre el bienestar de todos, se pretende el origen de los resultados y conquistas más formidables mientras la miseria, la pobreza y la exclusión son una realidad no desmentible. La crítica al régimen neoliberal así no puede venir del terreno propio del idealismo y su método, del terreno de la especulación filosófica sino antes bien de la realidad concreta de los trabajadores, del análisis de sus vivencias y experiencias, de sus urgencias y necesidades. Y esto bastante lejos está del análisis de las premisas y dogmas filosóficos generales al modo del idealismo porque los problemas del Estado capitalista surgen de la acción y las consecuencias que esa acción- expresada como política pública- defiende y aplica el régimen. No sólo de las políticas públicas en forma de respuesta a los desafíos sociales, políticos, económicos y culturales, sino también las preguntas mismas, en el caso éste, entrañan un engaño y un mito que se aleja cada vez más de la realidad. La dependencia respecto del interés y cosmovisión de una minoría- pequeña pero poderosa, atada a la visión de los centros globales del poder- es la razón del por qué ninguno de los problemas que genera el neoliberalismo puede resolverse sin abatir la lógica del Estado capitalista, sus múltiples formas de producción y reproducción del capital, que adquiere la manera de acumulación privada a partir del proceso de fetichización de la mercancía *fuerza de trabajo*.[4]

[4] Como bien lo establece el marxismo, el *dinero* que el capitalista le paga a los trabajadores por el empleo, por el uso y abuso de su *fuerza de trabajo* no es sino la forma general de equivalente de los medios de vida necesarios para que el trabajador pueda satisfacer sus necesidades, cada vez más básicas, y sobrevivir como *mercancía* ligada a determinado proceso de producción, de valorización y de acumulación del *capital*. En ese sentido, puede decirse que el *capital variable* se forma, materialmente, por los medios de vida básicos que requiere y necesita el trabajador para reproducirse así mismo y constantemente en el tiempo a favor del capitalista en tanto este es propietario de los medios de producción que hacen a la lógica de la primacía de la propiedad privada en el Estado capitalista. Pero el problema de la rotación del *capital* es también problema de la forma. Es decir, el capitalista no compra los medios de vida del trabajador, sino su misma *fuerza de trabajo* y por eso es fundamental entender en todas sus implicancias la diferencia que existe entre los medios de vida propios del trabajador y su *fuerza de trabajo* en cuanto tal, como una mercancía que crea valor en el proceso de producción de la mercancía. La parte variable del capital de los dueños de los medios y factores de producción- el capitalista- no está formada por los medios de vida del propio trabajador, sino por su *fuerza de trabajo* que adquiere toda su potencia cuando es puesta en acción, cuando se convierte en una mercancía que creará valor en el

La polémica contra el Estado capitalista de mano del idealismo apenas se limita a que éste destaque un aspecto virtual, parcial y en primer término anecdótico de la globalidad que hace a las estrucuturas del Estado capitalista para que así aquel pueda seguir durmiendo tranquilo, en paz, sin la crítica ni las molestias de los disconformes, de los socialmente vulnerables. Se hecha mano del mito, del idealismo, incluso del imperio de la religión. Poco a poco, la relación de dominación se explicará de forma ideal, religiosa, fabulesca y mitológica. Por todas partes surgen los dogmas, nada más que dogmas, y la fe en todos ellos, en la irracionalidad de la manera capitalista, pretenderá que creamos que él es el reino de la libertad y satisfacción de las necesidades del hombre. El Estado capitalista, ahora expresado políticamente en el régimen neoliberal, es por éste canonizado en proporciones cada vez mayores. Así, el arte de lo posible del trabajador necesariamente arranca de otros ámbitos, de premisas por lo menos no tan arbitrarias, ilógicas ni irracionales como las del idealismo. La teoría que funda el arte de poder popular parte de premisas que no son dogmas sino premisas concretas, bien reales, de las que sólo podemos abstraernos en la imaginación. Es el sujeto real, en su acción y su condición

proceso de producción. Lo que así el capitalista consume productivamente en el proceso de trabajo es la *fuerza de trabajo* misma, no son los medios de vida del trabajador en cuanto tal. Además, en esa perspectiva es el trabajador quien debe invertir en medios de vida el *dinero* (*salario*) que logra obtener a cambio de la venta de su *fuerza de trabajo*, para luego convertir otra vez en *fuerza de trabajo* los medios de vida y poder entonces seguir viviendo, exactamente lo mismo que, por ejemplo, el capitalista invierte en medios de vida para su consumo personal una parte de la plusvalía obtenida de las mercancías que vende, que intercambia, por dinero, sin que por esto podamos afirmar que el comprador de su mercancía le paga en medios de vida.

En caso que al trabajador se le pague en medios de vida, en especies, una parte del *salario*, que es algo tan común en el campo por lo menos en los países menos desarrollados, esto ya es una segunda transacción en la forma del Estado capitalista. Lo que pasa es que acá el trabajador vende su *fuerza de trabajo* por un precio- el salario- acordándose que una parte de éste lo recibirá en medios de vida. Esto en realidad lo único que hace es cambiar la forma de pago de la venta de su *fuerza de trabajo*, pero no altera en nada el hecho de que lo que realmente vende el trabajador es su *fuerza de trabajo*. Se trata de una segunda transacción, que no media entre el trabajador y el capitalista, sino que ahora media entre el trabajador considerado como comprador de la mercancía y el capitalista que solo actúa como vendedor, a diferencia de la primera y central transacción, en la que el trabajador es el vendedor de la mercancía *fuerza de trabajo* y el capitalista su comprador. Pasa lo mismo que si el capitalista hiciese pagar sus mercancías, sus productos, por otra mercancía. Por ejemplo, es lo mismo que si aceptase cierta cantidad de hierro en pago de la máquina vendida a una empresa de altos hornos.

material de vida, tanto aquellas con que se han encontrado ya hechas, como las engendradas por su acción, el fundamento del análisis para la lucha por el arte popular.

Lo primero a considerar en el arte posible de los trabajadores, que por supuesto se funda en el análisis materialista, dialéctico e histórico de la vida del hombre, del ser genérico, que nos conduzca a éste, es que la historia del hombre se basa en la existencia de sujetos humanos vivientes. De acuerdo a Marx *el primer estado que cabe constatar es, por lo tanto, la organización corpórea de estos individuos y, como consecuencia de ello, su relación con el resto de la naturaleza*. A partir de ahí el hombre se distingue del resto de los animales por la conciencia, por la religión o por lo que sea. Sin embargo, en un momento histórico el hombre es quien empieza a ver la diferencia entre él y los animales y esta situación histórica tiene que ver con el puntual momento que empiezan a producir sus medios y formas de vida, paso este que se haya condicionado por su organización corpórea. Ahora, el hombre al producir sus medios de vida produce indirectamente su propia vida material, los factores de producción de éstos. Entonces, tal como vimos en el capítulo anterior, el modo de producir los medios de vida del hombre depende, ante todo, de la naturaleza misma de los medios de vida con que se encuentran y que hay que reproducir. Este modo de producción no debe considerarse solo en sentido de reproducción de la existencia física de los sujetos porque el hombre en tanto trabajador, bajo las premisas y cierta organización específica de la forma y del modo de producción, además determina una manera de la actividad del sujeto, cierto modo de manifestar su vida. Los sujetos de ahora en adelante son tal y como manifiestan su vida. Lo que son coincide, por consiguiente, con su producción, con la manera que ésta se organiza, con sus metas, objetivos, con la máquina, la técnica, con los factores de producción y el uso de algunos recursos específicos en desmedro de otros tantos que no se relacionan solo con la extracción de materias primas sino también con la tecnología a aplicar, con la manera de aplicar el saber tecnológico, con las características del régimen e incluso con la definición de la democracia a que aspiramos, todo lo que determina nuestra vida. Lo que el sujeto es depende, por lo tanto, de las condiciones materiales de producción. Esta producción además presupone un trato entre los sujetos y la forma del intercambio que está condicionada, a su vez, por la producción y distribución de esos bienes. No voy a insistir en este asunto porque éste es un hecho ya reconocido, por lo menos por mis lectores (...)

Toda nueva fuerza productiva, cada factor tecnológico que se aplica en desmedro de otros y cada nueva conquista del saber trae como consecuencia un nuevo desarrollo de la división del trabajo y una mayor complejidad de la forma del control y dominio por parte del régimen político sobre la mayoría.

Al mismo tiempo, la división del trabajo conduce a la formación de diversos sectores productivos entre los sujetos que cooperan en determinados trabajos específicos. Por último, la posición que ocuparán entre sí estos sectores de la producción queda condicionada por el modo de aplicar el trabajo agrícola, el industrial y el comercial que se manifiesta por ejemplo en el patriarcalismo, en la esclavitud, en estamentos y finalmente en las clases sociales. El análisis empírico del arte popular, alternativo, nacional e inclusivo entonces tiene que considerar en cada caso concreto, empíricamente y sin ninguna especulación o abstracción, la relación realmente existente entre las estructuras políticas, la social, económica y cultural y la producción y distribución de los bienes que siempre son socialmente generados. La estructura del régimen precisamente surge de las estructuras del Estado, que así defiende sus intereses, brotando constantemente del proceso de vida del sujeto. Pero, del sujeto no surgido de la imaginación, formalidad y abstracción propia del idealismo metodológico, sino tal y como es, tal y como actúa y produce materialmente y, por tanto, tal como desarrollará su actividad bajo ciertos límites, premisas y condiciones materiales también independientes de su voluntad. Entonces, la producción de las ideas, la representación y la misma conciencia de los sujetos tampoco es parte del reinado del idealismo porque aparece, desde el principio de los tiempos, directamente conectada a la actividad material del hombre, como un lenguaje más de la vida. Las ideas, el pensamiento, las diversas necesidades materiales pero aún las espirituales del hombre se presentan como emanación directa de su comportamiento material manifestándose en el lenguaje de la acción política, en el derecho positivo, en la ética, en el credo, la teología, la metafísica (…) que son todas representaciones de una cultura y una historia que puede ser la oficial o la popular. Ello depende de la propia actitud que al respecto asuman los trabajadores en tanto estén en condiciones de entender la función protagónica que les corresponde en su historia y condiciones de vida. La clase social dominante es la que produce sus ideas, su representación, su cultura y valores pero también están en las mismas condiciones de hacerlo los trabajadores como clase. Lo central al respecto es entender que se trata de hombres reales y activos tal y como se hallan condicionados por la forma del desarrollo y definición de la producción. La conciencia- de la que hablaré más adelante- nunca puede ser otra cosa que el ser consciente, y el ser del hombre es su proceso de vida real que no tiene relación con el idealismo de los dominantes.

La importancia del materialismo como método analítico que sustenta el arte de poder de los trabajadores es que no arranca desde el sujeto formal y abstracto al modo que lo hace el idealismo sino que, en primer término, lo hace desde el hombre concreto, de sus necesidades y urgencias reales como trabajadores, de sus condición de vida inmediata. Es decir, no parte de lo que

el sujeto dice representar, tampoco del sujeto predicado o imaginado por la metafísica, para llegar, desde ese lugar profundamente idealista, al hombre de carne y hueso. La metodología materialista, histórica y dialéctica se origina desde el hombre que realmente actúa en tanto trabajador y, arrancando de su proceso de vida concreta, expone también el desarrollo de la conciencia, de las ideas y los puntos de vistas ideológicos que son parte del régimen y del Estado dominante. Finalmente, este modo de considerar y analizar al hombre en su realidad, en toda su materialidad, posee sus ideas y premisas a las que se refiere Marx de la siguiente manera:

"Parte de las condiciones reales no las perderá de vista ni por un momento. Sus premisas son los hombres en tanto ser social, es decir, no tomados en un aislamiento y rigidez fantástica, sino en su proceso de desarrollo real y empíricamente registrable, bajo la acción de determinadas condiciones. En cuanto se expone este proceso activo de vida, la historia deja de ser una colección de hechos muertos, como lo es para los empíricos, todavía abstractos, o una acción imaginaria de sujetos imaginarios, como lo es para los idealistas".

Ahí radica la importancia del hombre (en tanto ser social) desde el cual necesariamente arranca cualquier posibilidad de análisis y acción política en el intento de construcción y reconstrucción de un arte de poder que funda la gestión y la cultura popular. De ese modo, el arte de resistencia del trabajador si en realidad quiere ser tal, si en verdad busca presentarse como alternativa al régimen neoliberal, y más aún al propio Estado capitalista, si pretende con su accionar subvertir las estructuras del Estado para dar paso a formas mucho más racionales de organización colectiva de la vida del hombre, si pretende con su acción representar la cultura popular y aún más resolver los problemas y dramas diarios, cotidianos y constantes, a los que nos hace enfrentarnos y nos expone el neoliberalismo en tanto sobrevivientes, en tanto trabajadores, o peor aún, en tanto excluidos o marginados de los supuestos beneficios de su también falso orden, de su mediocre democracia que no puede concretar nada o su ineficiente e ineficaz gobernabilidad, que a la vez nos demuestra con todos sus bríos las múltiples incapacidades que tienen los tecnócratas para pensar y actuar en términos del bien común, si entonces portulamos un arte de resistencia que transitando el camino desde el arte de poder que conquista el dominio social- político, en todos los ámbitos, logra gestionar la agenda de gobierno en favor de los trabajadores, de los que siempre fueron postergados a pesar de ser los que generan finalmente la riqueza de las naciones, entonces nos urge pensar y actuar en términos más racionales, menos dogmáticos, nos urge dejar de lado en su justa medida el idealismo metodológico con el que

refuerzan sus mitos los dominantes para desde ahí, en base al ser social que definitivamente es *genérico* plantear las políticas que estamos dispuestos a defender y sostener en el largo pero fructífero proceso que nos conducirá a la (r) evolución permanente.

La primacía del derecho a la vida en el proceso de liberación de los trabajadores.

Allí donde termina la especulación propia del idealismo metodológico, en la vida real de los trabajadores, empieza también la ciencia real y positiva, un saber científico que se expresa en la exposición de la acción práctica, del proceso práctico de desarrollo de los hombres para desde ese ámbito intentar solucionar los problemas y dramas de las mayorías con vistas al bien común. Ahí precisamente radica la lógica de la razón del humanismo militante. Ahí radica además su superioridad respecto de la razón y lógica capitalista que en su afán abstracto, en su falsa reivindicación de independencia y objetividad que se impone ella misma por su imposibilidad de solucionar los problemas prácticos de las mayorías, se convierte en un saber cada vez más irracional e inundado de mitos por doquier. En cambio, el conocimiento del humanismo (siempre comprometido con el interés del trabajador) es un saber ligado a las urgencias del hombre, a la búsqueda de soluciones para las mayorías, que así no tiene nada de independiente ni objetivo; está bien que así lo sea porque de esa manera se vuelve profundamente racional. Lo que estoy diciendo es que el saber del humanismo, en la medida que busca resolver los dramas de las amplias mayorías al interior de determinado país, en la medida que logra mostrarse como genuino representante de los intereses de esas mayorías y en la forma en que los trabajadores lo perciban como tal, como un real arte de posibilidad de solución de los problemas que son considerados socialmente problematizables, sobre los que es lícito ocuparse y preocuparse en el ámbito del régimen político en general y del gobierno en particular, no es para nada objetivo ni imparcial desde el momento preciso que postula la reivindicación de los intereses y formas de vida de los trabajadores a expensas inclusive de los interés de la minoría; sí será mucho más racional al postular formas de convivencia que por ser más democráticas, que por ser inclusivas y justas, equilibradas y humanas, son más sustentables en el largo plazo en términos de convivencia colectiva. Entonces, es totalmente válido que dejando de lado las pretensiones de *objetividad* e *imparcialidad* de los sectores dominantes hagamos hincapié en la cuestión de la racionalidad de las políticas públicas que estemos dispuestos a proponer en el ámbito de la gestión del poder que también es popular. O mejor aún, que denunciemos la falsa *objetividad* y la también falsa presunción de *imparcialidad* de los dominantes para plantear

nuestra propia definición de esos conceptos que necesariamente están ligados a la lógica o no del planteamiento de cierta política que busque resolver los asuntos comunes a todos. Así, me parece que la *racionalidad*, la *objetividad* e *imparcialidad* de una política pública será tanto más *racional*, más *objetiva* e *imparcial* cuando defiende el derecho a la vida por sobre la primacía de la propiedad, las conquistas y los valores del trabajador en cuanto clase social que aspira al poder, que aspirará a recrear el poder popular que tantas veces quedó pendiente, truncado por la reacción fuertemente violenta de los grupos y factores de poder históricamente dominantes que hace mucho tiempo se deshicieron de su careta democrática cuando está en juego el poder mismo.

Es en este saber humanista- desde ahora mucho más racional, objetivo e imparcial en los términos recién descritos- donde se terminan por fin las frases grandilocuentes, las teorías absolutistas y las verdades absolutas sobre la conciencia, el conocimiento, la idea y el objeto absoluto y pasa a ocupar su sitio el saber fundado en el arte popular que busca resolver los problemas que se presentan como desafíos socialmente importantes para una convivencia mucho más humana de los hombres que conquista una mejor calidad de vida. De hecho, a través del conocimiento humanista, la filosofía, esa que se funda en la especulación independiente- abstracta, en seres del cielo del más allá antes que en el hombre del más acá, pierde, con la exposición de la realidad, el medio por el cual existe en la medida que, lo reconozcan o no los factores de poder dominantes, todas las abstracciones y especulaciones filosóficas en que se basa el neoliberal de por sí, separadas de la historia concreta, carecen de valor ante la contundencia metodológicamente racional del saber popular. La cultura dominante sólo se puede servir para facilitar la ordenación del material histórico, para indicar determinada sucesión de los diversos estratos, pero no ofrece bajo ninguna consideración un patrón real con arreglo al que pueda aderezarse la época histórica. Por el contrario, la dificultad arranca ahí donde se aborda la ordenación del propio material histórico, sea de una época pasada o presente, con el objetivo de exponer la realidad o no de los hechos que fundan esta historia. La eliminación de estas dificultades metodológicas del idealismo dominante hállanse condicionadas por algunas premisas que en modo alguno pueden darse aquí, pues se derivan del análisis del proceso de la vida real y la acción de los individuos en cada época.

Es bueno metodológicamente hablando destacar ciertas fábulas, mitos y abstracciones del saber de los dominantes para oponerlas directamente a la ideología, ilustrándolas con ejemplos históricos que no por eso dejan de ser recientes en el sentido que todavía condicionan la vida de miles y millones de trabajadores por el mundo. Tratándose del neoliberal, situado al margen del racionalismo, al límite del absurdo incluso, hay que empezar por señalar que la primera premisa de toda la existencia humana y también, por tanto, de

la historia del hombre, es que éste se halle, para poder hacer la historia, en condición de vivir, con vida digo. Ahora bien, para existir el hombre necesita el agua, la comida, necesita vestimenta, ropa, vivienda y en la medida en que la sociedad se complejice, necesitará algunas cuestiones más relativas con las necesidades básicas para la vida urbana moderna como el gas, la electricidad, la salud, el transporte y el trabajo. A partir de ahí, el primer hecho histórico es el de la producción de los medios indispensables para la satisfacción de aquellas necesidades básicas para la vida del hombre, es decir la producción de la vida material misma. Y no me cabe ninguna duda que es éste un hecho concreto e histórico porque es condición fundamental para toda historia, que lo mismo hoy como desde hace miles de años atrás, necesita cumplirse todos los días para reasegurar la vida de todos. Estoy diciendo que la supervivencia es indispensable para cualquier historia. Así de obvio y contundente. Y aún cuando la vida de los sentidos del hombre se reduzca a lo más elemental y prehistórico, este mínimo presupondrá la producción de este mínimo. De ahí que lo primero a considerar en toda concepción de la historia del hombre es poder observar este hecho fundamental en todo su alcance colocando la vida y los medios de supervivencia en el lugar que le corresponde como manera de reivindicar la vida misma. Por esto, el idealismo metodológico neoliberal cae en el nihilismo absoluto mientras la concepción del humanismo, que ahora se expresa en los regímenes nacionales y populares que reivindican la primacía de la vida de las mayorías, es la base central de la (r) evolución permanente. Ahí radica la complejidad de reivindicar la vida concreta de los trabajadores y del saber que le asiste. Entonces, surge la imperiosa necesidad de supeditar el idealismo como saber a la vida del hombre, al cumplimiento y la satisfacción de sus necesidades. Cosa que los neoliberales, como es sabido, no han hecho nunca, razón por la que jamás tuvieron una base terrenal para la historia ni menos un historiador que convocara a esas mayorías en favor del bienestar general. Ni siquiera están en condiciones de resguardar la vida y por eso bajo el neoliberalismo, a partir de sus premisas y la definición que nos plantea del crecimiento pero en primer lugar del desarrollo y su forma de la producción de los bienes que son necesarios para la vida, la distribución y la manera de uso indiscriminado de las materias primas y los recursos del planeta, colocan en peligro inclusive la supervivencia de la especie humana. La lucha contra el régimen neoliberal es así una cuestión de supervivencia al nivel de la especie humana porque reivindicando las necesidades e intereses de la acumulación privada del capital se termina colocando en peligro la vida de todos, a vida del planeta. Así de peligrosos son estos muchachos, así de parciales, de funestos e irracionales se muestran cuando las cosas son puestas en su lugar, en su justo medio.

El neoliberalismo, en base a sus múltiples irracionalidades, termina al fin planteando antes que el buen vivir y una mejoría sustancial de la calidad de vida del trabajador a través de la satisfacción de sus necesidades básicas, el consumo desenfrenado, sin ninguna consideración, porque éste no tiene valor alguno por la vida desde el momento que logra anteponer el derecho a propiedad sobre la primacía de ésta y porque, bajo su parcial punto de vista, el sistema de satisfacción de necesidades funciona de manera tal que cuando es satisfecha una primera necesidad la acción de satisfacerla y la adquisición de las herramientas necesarias para eso, nos conduce inmeditamente a nuevas necesidades; es esta creación constante y continua de necesidades nuevas el primer hecho histórico- en el sentido que resguardará la vida de los hombres- del que el neoliberalismo trata de sacar provecho en favor de su dominio. En este proceso queda inmediatamente claro que la sabiduría histórica y cultura neoliberal basada en el idealismo metodológico, una vez que es expuesto a estas cuestiones, le falta material positivo y no resuelve ninguna necesidad política, ni teológica ni literaria, ni de ningún tipo, salvo las que se refieren al interés de la acumulación privada del capital. El saber neoliberal no ofrece historia alguna, sino que hace desfilar frente a nosotros la historia oficial, de manual, esa falsa historia que habría terminado en los '90, con la caída de los mal llamados socialismos reales y la supremacía absoluta de las formas del Estado capitalista. Pero, toda esta gente al servicio de los factores de poder más reaccionarios ni siquisiera es capaz de explicarnos el final de la historia en sentido propio, aunque es evidente que, por otra parte, sus especulaciones y abstracciones se lanzarán con especial fruición a este final porque ahora en este terreno creen hallarse por fin a salvo de la ingerencia de las ideologías, que también acabaría, para dar rienda suelta a sus impulsos especulativos y proponer y echar por tierra miles de hipótesis, ideas y políticas públicas que eventualmente puedan mejorar la vida de la mayoría. Otro factor central en la reivindicación del derecho a la vida como realidad que fundará un saber crítico, un conocimiento mucho más racional en los términos que definí, es que desde el principio en la historia del hombre intervienen medios, útiles, instrumentos, herramientas y el propio hombre que renueva diariamente su vida al tiempo que en el proceso, del que nadie puede sustraerse realmente, de ahí su carácter social, crean otros hombres. Estoy hablando de la relación entre marido y mujer, entre padres e hijos, de la familia como núcleo básico de la organización social. Esta familia, un poco más tarde, cuando el hombre empieza a desarrollarse, cuando en este contexto también las necesidades se multiplican y se desarrollan, creará nuevas relaciones sociales, bastante más complejas, donde también se complejizan los usos y necesidades básicas que a su vez en este ámbito crean otras necesidades, ajustándose los conceptos e ideas anteriores de los hombres, su cultura, su saber y el mismo hombre, a la

nueva situación planteada por este desarrollo. Es de esa forma que el proceso histórico crea definitivamente nuevos hombres.

Hasta este punto lo único que he hecho es reivindicar las formas más gregarias y elementales de la vida y aún de la supervivencia del hombre. Es un ejercicio que no está demás y en el que hay que insisitir majaderamente por las mismas irracionalidades de la cultura y saber capitalista en general, que a pesar de la inherente irracionalidad de sus formas, es profundamente complejo y dominante a nivel global. Entonces, la reproducción de la vida, tanto de la propia en el trabajo como de la ajena en la procreación, ahora se manifiesta inmediatamente como una relación doble- tal y como nos plantea Marx- donde por una parte tenemos una relación bien natural, más gregaria y elemental pero necesaria para la vida del hombre, y de otra parte tenemos una relación social en el sentido que por ella se entiende la cooperación de diversos sujetos, cualesquiera sea su condición, su modo o fin. De esta doble relación natural- social se desprenderá que cierto modo de producción y de distribución de bienes, con sus medios y factores que determinan una forma tecnológica de pensar y definir la realidad, lleva siempre aparejado un modo de cooperación y de dominio político- social que por supuesto también se expresa en el ámbito de lo económico y lo cultural. Lo único que finalmente varía entre un modo de hacer cada cosa, de cooperación, de producción y de distribución de bienes así por todos generados, es quien ejerce el dominio y a favor de qué interés o forma de vida. En este contexto solo me cabe decir que el dominio de la mayoría sobre la minoría es mucho más racional, inclusive justo históricamente, por el solo hecho que los trabajadores son la mayoría y están en todo su derecho a imponer sus modos de vida, su cultura, intereses y bienestar sobre la clase capitalista. Tremenda diferencia y responsabilidad la de poder definir el modo de producción, de cooperación y de distribución de los bienes. Otra vez solo puedo decir que la liberación de los hombres no es posible si no es en el mundo real y con los medios reales, que no se podrá abolir la esclavitud sin la teología necesaria, compleja y conveniente que busca por todos los medios la mejoría de la calidad de vida de todos a partir de políticas de pleno empleo de la fuerza de trabajo de la forma más racional, que no se puede abolir la servidumbre y el hambre sin tomar poseción de los recursos de la agricultura, que, en general, no se puede liberar al trabajador en cuanto clase mientras no estén en condiciones de asegurarse plenamente el alimento, la bebida, la vivienda, la vestimenta y en general las necesidades básicas de forma adecuada en relación a la calidad y a la cantidad suficiente. Luego de este primer paso que busca resguardar la vida de los trabajadores, además, en consonancia con el grado del desarrollo de esa calidad de vida, el sujeto individual, el absurdo de la sustancia, la autoconciencia, la idea y cada concepto puro y abstracto, la verdad absoluta, absolutista y la crítica formal,

todas y cada una de las diversas expresiones de la necesidad de dominio del Estado capitalista, se vuelven grandes ilusiones frente a la gallardía del arte popular, de la gestión del trabajador sobre las temáticas que nos involucran a todos porque siempre, lo reconozcan o no los enemigos del hombre en su delirio por la defensa de la acumulación privada del capital, está primero la vida como el mejor fundamento de libertad de la mayoría.

La batalla por la conciencia, el lenguaje y el saber.

Solamente ahora, después de haber considerado ya este gran momento en la historia de los hombres, después de ver como el proceso de creación y satisfacción de las necesidades de estos mismos hombres crea otros hombres en un doble aspecto, en el sentido doble de esa relación natural a través de la procreación física pero también a través de aquella relación social y colectiva que es la que acá me interesa, nos daremos cuenta que el hombre también es portador de una conciencia que eventualmente puede reforzar o debilitar la forma del saber y la cultura dominante. Pero, tampoco esta conciencia- en la medida en que es parte y manifestación sustancial del proceso de satisfacción de las necesidades del hombre, que involucra además ciertas formas de hacer y de no hacer, cierta razón e interés, instrumentos y herramientas a usar en el trabajo, en la búsqueda de los medios de vida que respondan a determinada manera de producción y distribución social y política con su propia lógica- podría ser la conciencia pura al modo que se refiere el idealismo neoliberal. El espíritu ya no puede definirse en base a ese idealismo y su idea absoluta, verdades inmutables y relajación intelectual porque inclusive él está preñado de materialidad, que aquí se manifiesta en forma de capa de aire en constante movimiento, de sonidos, de definiciones, en una palabra, bajo la forma de un lenguaje fundado en una gramática del poder donde unos lo ejercen contra el interés de las mayorías. El lenguaje como poder, como gramática de dominio entonces es tan antiguo como la conciencia porque es resultado de múltiples relaciones sociales inherentes y constitutivas del proceso de supervivencia de los hombres. El lenguaje es la forma más básica, elemental y gregaria, pero también es la más compleja y absoluta relación establecida entre los sujetos y en tanto es herramienta primera de relación social, de socialización, al mismo tiempo es instrumento de control y dominio basado en la defensa de ciertas definiciones, cierto sentido y conceptos que involucran determinadas formas de entender y de expresarse, de manifestarse y relacionarse con el mundo que nos rodea y al hombre que lo constituye tanto en el ámbito individual como en el ámbito de sujetos sociales- políticos colectivos. En palabras de Marx:

"El lenguaje es la conciencia práctica, la conciencia real, que existe también para los otros hombres y que, por tanto, comienza a existir también para mí mismo; y el lenguaje nace, como la conciencia, de la necesidad, de los apremios de relación con los demás hombres. Donde existe una actitud, existe para mí, pues el animal no tiene "actitud" ante nada ni, en general, podemos decir que tenga "actitud" alguna. Para el animal, sus relaciones con otros no existen como tales relaciones. La conciencia, por tanto, es ya de antemano un producto social, y lo seguirá siendo mientras existan seres humanos".

Sin embargo, *conciencia* y la *clase social* no implican necesariamente una relación inmediata en el sentido que los diferentes sujetos sólo están en condiciones de formar una clase social cuando están obligados a sostener una batalla común contra otra clase, cuando se ven en la necesidad imperiosa de defender su interés que por definición será contrario al interés de la otra clase social, pues de otro modo ellos mismos se enfrentarían los unos a los otros, hostilmente, en el plano de una competencia feroz. Además, hay que tener en claro que la clase se sustantiva, asume su función de ser, a su vez, frente a los sujetos que la conforman, de tal manera que éstos se encuentran ya con sus condiciones de vida preestablecidas. En otras palabras, el sujeto en tanto que pertenece a una clase social se encuentra con que la propia clase le asigna su posición en su vida particular, su función y roles y, con eso, la trayectoria de su desarrollo personal, sus sueños, sus expectativas, valores, la ética y de ahí la propia conciencia que le corresponde. En ese sentido, la conciencia- ya sea del trabajador o de la clase patronal- es parte del proceso de procreación de un nuevo sujeto social y político, con determinados intereses, expectativas de vida y una cultura en particular. El sujeto se ve absorbido por la clase social fundada en determinada conciencia. Es el mismo fenómeno que se producirá con el sometimiento de los diferentes sujetos a la división del trabajo, que les asigna ciertos roles y funciones específicas en el ámbito de la producción, y que para eliminar no hay otra ruta que la primacía de la vida de las mayorías sobre el derecho de propiedad y del trabajo establecido bajo los términos del Estado capitalista y los regímenes políticos que lo expresan. De hecho, ya en varias oportunidades indiqué cómo ese sometimiento de los sujetos a la clase social se desarrollará hasta convertirse, al mismo tiempo, en un sometimiento ligado indefectiblemente a ciertas ideas específicas, a determinada forma de ver, de pensar e inclusive de sentir el mundo y la realidad cotidiana de los trabajadores bajo el modo capitalista por ejemplo. En este momento preciso es cuando entraría en acción la necesidad de una gramática de dominio y de control fundada en el lenguaje de poder de las minorías sobre la mayoría. Si consideramos filosóficamente esta procreación social y este desarrollo de los

individuos en las condiciones comunes de existencia de los estamentos y la clase social que se suceden históricamente y con arreglo a las ideas generales que de este modo les imponen, a la manera como hacen los autores adscritos al idealismo metodológico, fácilmente podemos imaginar que en este sujeto no hay nada de trascendente, nada real ni concreto, y antes bien hay un sujeto carente de lógica, un sujeto que violenta la forma de reacción política de los trabajadores en su largo y arduo proceso de emancipación que así involucra otro lenguaje, otra forma de acción política, una nueva gramática en favor del arte posible constitutivo de los actores y del sujeto político que representa y manifiesta la cultura e intereses populares. Un proceso de liberación de los trabajadores que solo es posible cuando la inclusión del sujeto en el ámbito político, social, económico y cultural lo conduce a la formación de una clase donde ya no se oponga ningún interés especial, parcial y particular al interés y bienestar común.

La transformación de las relaciones personales de los trabajadores en relaciones materiales, la nueva relación que se establece desde la procreación natural a la procreación social de los sujetos en el sentido de búsqueda de la satisfacción de las necesidades y urgencias de la amplia mayoría a través de un proceso de producción y distribución justa de los beneficios del régimen, no puede revocarse a través del idealismo sino haciendo que el sujeto someta a su mando y control las formas de producción y distribución a través de una nueva definición de estos procesos lo que de por sí involucra una tremenda conciencia popular desde el momento que implica la superación definitiva de las estructuras del Estado capitalista y sus regímenes políticos, su lenguaje y su gramática. Por supuesto que todo esto no es posible sin la comunidad, de ahí la importancia de la conciencia de los trabajadores. Conciencia que funda y a su vez fundamentará el arte de poder de los mismos. Solo en el ámbito social, de las relaciones sociales, el trabajador adquiere los medios necesarios para desarrollar sus capacidades en todos los sentidos. Solamente dentro de la comunidad es posible, por lo tanto, la libertad personal y la conciencia del rol histórico que a los trabajadores les corresponde como protagonistas de la historia. Dentro de la comunidad real, los trabajadores adquieren, al mismo tiempo, su libertad al asociarse y por medio de esta asociación de clase ellos fundamentan la defensa del interés y la primacía de la cultura popular. Así, la conciencia en un principio, en su origen más simple, banal y original, será la conciencia del mundo inmediato y sensible, de las cosas que nos rodean, de nuestras vivencias y experiencias más directas y naturales en el sentido que como especie intentamos sobrevivir ante la hostilidad propia de la naturaleza. Sin embargo, la conciencia también es mucho más compleja en la medida en que el hombre se desarrolla porque también existe y se manifiesta en esos nexos limitados que establece con otras personas y cosas, porque se expresa

además fuera del sujeto consciente de sí a través de relaciones sociales. Esta conciencia más compleja se desarrolla en la medida que los hombres tienen necesidad de entablar relaciones con otros hombres y con otras cosas que los circundan. Es este precisamente el origen e inicio de la conciencia de que el sujeto vive y se desarrolla, adquiere sus capacidades y sus roles, en general, dentro de un régimen político- social que involucra también el ámbito de lo cultural, lo económico y lo comercial. Este proceso tiene un comienzo en las relaciones tribales, en la familia ahora entendida como primera unidad básica de organización del hombre que es tan elemental como la propia vida social, por lo menos en esta fase. Esa conciencia gregaria se desarrolla y también un poco después se perfecciona decididamente al aumentar la productividad del modo de producción, al incrementarse las necesidades de los hombres y al multiplicarse la población, todo lo cual involucra además desafíos nuevos y racionales en el ámbito de la distribución de los bienes generados por todos.

Al final, la conciencia de los propios trabajadores sólo se convierte en auténtica conciencia del rol que les corresponde a partir del momento en que, dada la nueva complejidad que adquiere el Estado y el régimen, se separan el trabajo material del trabajo mental. A partir de este momento preciso, puede ya la conciencia social imaginarse que es algo distinto de la conciencia de la acción práctica elemental, la que llevará al hombre a buscar los alimentos y a sobrevivir como especie. Será esta conciencia social también la que llevará a los hombres a crear de manera constante un lenguaje cada vez más complejo y rico en conceptos que respondan a su modo de vida. A partir de este nuevo momento en el desarrollo del hombre la conciencia se encuentra en reales condiciones de emanciparse y entregarse a la creación de una teoría, de una teología, del saber de la filosofía, de la ética y la moral, de la cultura y los valores que justifiquen la primacía de ciertos intereses sobre otros. Es decir, a partir de ahora el hombre desarrolla un lenguaje- tanto real como abstracto- que justifica ese mundo real e imaginario, esa teoría, ética, valores y cultura. Sin embargo, la historia nos demuestra que la teoría, la teología, el saber y la cultura que logra primar por los siglos de los siglos se basa desde siempre y en primer término en el idealismo metodológico. Eso se produce por el hecho que esta teoría, esta teología, filosofía, moral y cultura basada en el idealismo metodológico, en un lenguaje y léxico de poder contradictorio y minoritario, lo es porque está en contradicción profunda con las relaciones sociales que existen lo que necesariamente implica que esas mismas relaciones se hallan, a su vez, en contradicción con la forma en que se expresa la producción y la distribución dominante. Y estas expresiones de la forma de control y dominio se manifiesta en la definición, en los conceptos e ideas dominantes que desde siempre hace a la estructura del lenguaje del poder. Pero, desde la perspectiva del lenguaje como parte de una gramática del poder esta vez de las mayorías,

del trabajador, tenemos el desafío de plantearnos el cambio y la (r) evolución como necesariamente permanente. Es un tremendo desafío concebir nuestra (r) evolución como *permanente* porque para serlo también será anticapitalista en los términos de creación, expansión, multiplicación y aún de confluencia de las grietas y rupturas que se expanden por toda la red de dominación del modo y Estado capitalista que se expresa además a través de las acciones del régimen. Es un rechazo, es una rebeldía, una nueva dignidad del hombre que se construye a través del arte de resistencia de los trabajadores que involucra un *No*, pero un *No hasta vencer* como en cierto momento de la historia de nuestro país lo pensaron los comunistas. Sin embargo, ahora ese *No hasta vencer* involucra no solo la herencia de la dictadura (de la cual el régimen neoliberal es clara expresión) sino también la herencia de la lógica del Estado capitalista manifestada en maneras únicas de producción, de distribución y de circulación de las mercancías. Este *No* involucra superar definitivamente la estructura de este Estado por todo lo que está en juego en este proceso. Un *No*, pero un *No hasta vencer* donde el verbo *vencer* va abriendo otro hacer, otra forma de acción política y social, un modo redentor, de *negación* que se convierte en arte de resistencia pero también de *creación* del poder y gestión popular. Es en esta segunda conjugación verbal donde se definirá el arte de poder, la posibilidad de emancipación y libertad. No es tarea fácil pero todo el tiempo, en tanto somos reales trabajadores y mercancías al servicio de los designios e intereses del capital, y así somos las víctimas predilectas de la organización capitalista de la vida, nos rebelamos contra la lógica agresiva de la acumulación privada y desenfrenada, tratando de crear otro sujeto y otros actores colectivos, ciertos espacios de resistencia política, social y cultural de una profunda conciencia porque, sea de modo natural o conciente, sabemos al fin que el Estado capitalista y la vida, la procreación y la reivindicación de las dignidades del hombre son claramente incompatibles e irreconciliables.

De hecho, a partir de esta constatación, que es muy real a expensas de los intereses del idealismo capitalista y en favor del empirismo de la historia de los hombres, la humanidad es una lucha constante, desde siempre, contra el Estado capitalista donde el trabajador trata de crear otras formas de hacer las cosas, de pensar la democracia, más allá de la abstracción y la formalidad, una democracia pensada desde abajo, colectivamente, que se expresa en otra manera de organización e instituciones que batallan contra la sujeción de los recursos naturales, mineros y energéticos al capital e interés privado, que busca terminar con la sujeción de nuestros recursos a la lógica del mercado, que además se manifiesta en la lucha que cotidianamente llevamos adelante para intentar vivir lo más dignamente posible, con trabajo, con educación y con salud, todos ámbitos que deberían pertenecer a la esfera pública en tanto son los pilares sobre los que descansa la defensa de la vida. Por esto mismo,

nuestros países, Latinoamérica, cada zona que compone el sistema comercial globalizado bajo los parámetros neoliberales, está llena de contradicciones y de grietas del sistema, de lucha contra estas contradiciones que no hacen otra cosa que favorecer la posibilidad de un lenguaje alternativo a la realidad que impera por omisión de la mayoría. Es que la mayor parte de los trabajadores, de una u otra manera, por más que respalden el estado actual de las cosas, se sienten agredidos por la dinámica del Estado y del modo capitalista, y casi todos así- aunque sea de una forma no tan perceptible como quisiéramos- nos resistimos al régimen político y su Estado, tratamos de caminar en sentido opuesto a su lógica, a su saber y convicciones. Es que vivimos y sentimos en un Estado capitalista (cuya expresión global se desarrolla a partir del sistema comercial globalizado bajo los parámetros neoliberales y que es el ámbito donde se relaciona con otros Estados) plenamente contradictorio donde este antagonismo nos atraviesa y nos sobrepasa en algunas ocasiones. Se impone así la realidad que nuestra existencia como trabajadores (bajo la condición de tener que vivir de un jornal determinado a priori por el Estado capitalista y los factores de poder que racionalizan la dominación política- social de una clase claramente minoritaria que poca relación tiene con el bienestar común) es una existencia contradictoria en que la lucha contra el Estado capitalista, una vez más, nos demuestra que el mundo, con todos los antagonismos que implica bajo la directriz capitalista, tiene dos ámbitos que lo definen. Por un lado, un ámbito que predomina y postula la subordinación total de la vida del trabajador a la gran lógica del dinero, del automatismo de los mercados, de la plusvalía arrancada por el dueño de los medios de producción al trabajador, que nos conduce a la destrucción de la humanidad cuando vemos que esta necesidad de plusvalía, que justifica y fundamenta la acumulación privada de los capitales, violenta incluso nuestro medio ambiente y depreda los recursos naturales que al final, todos y cada uno de ellos, se agotan bajo la concepción del desarrollo y de la tecnología de los neoliberales. Por otro lado, tenemos el ámbito de la lucha, de la rebeldía que significa la resistencia, el lenguaje de una gramática del poder que gestiona en favor de la cultura popular, de la vida, que se basa en un régimen que intenta crear una sociedad basada en el reconocimiento mutuo de la dignidad del hombre y en otro modo de convivir que busca superar la forma no humana de vida. En este contexto, la primera tarea del régimen popular es definida inexhorablemente por la reconstrucción política, social, económica y cultural posterior al cataclismo que nos conduce y nos lanza el neoliberalismo en su afán de espuria ganancia. En estos años iniciales de gestión popular, de una gramática del poder popular que intenta hacerse camino al andar como bien lo dijo en su oportunidad el poeta, en esos años iniciales digo, el trabajador a través de sus representantes tiene que rehacer, paulatina y progresivamente pero sin descanso, una nacionalidad en

ruinas a partir de la defensa irrestricta de la razón que se funda en la vida de las personas, en una mejoría notable de la calidad de vida de la mayoría. Para eso hay que actuar con ahínco, con decisión, con astucia y sin renunciar, bajo ningún concepto ni momento, a las convicciones, a las ideas, al verbo y al lenguaje que nos lleva a entender que es el Estado capitalista y su estructura la que nos oprime en demasía. Actuar con ahínco también se traduce en otros momentos, únicos, en los que la historia logra quebrarse para emerger de ella lo nuevo, lo mejor, lo insospechado, lo que enloquece todo lo establecido por los dominantes, lo que enloquece las fábulas aceptadas desde siempre y que buscan abrir una brecha profunda por donde se produce un gran giro de esa historia que fluye hacia otras posibilidades que nada tienen que ver ahora con el estado actual de la situación.

El sentido político de la distribución.

Con la división del trabajo en el ámbito de lo espiritual y lo material a que nos conduce la constante complejidad de las relaciones y organizaciones políticas y sociales a través de las que el sujeto busca satisfacer sus urgencias en un ámbito de constante mejoría de las condiciones de vida y trabajo o no de las amplias mayorías, que además lleva implícita todas las contradicciones en relación a la conciencia social, el lenguaje y la gramática de un poder que se ejerce contra los sectores y grupos mayoritarios, contra los trabajadores en tanto clase y que, a su vez, descansa sobre la división natural del trabajo en el seno de la familia y en la división de la sociedad en diversas familias que son opuestas, se dará, al mismo tiempo, una distribución desigual de los bienes y servicios generados socialmente lo que además involucrará al trabajo y sus productos. Entonces, la propiedad tiene su primer germen, su forma original en el núcleo familiar, donde la mujer y los hijos serán esclavos del marido. Por supuesto, esta es una esclavitud bastante rudimentaria pero no por eso menos importante para el desarrollo posterior del sujeto y de su organización colectiva. Ciertamente, esta esclavitud elemental, bien latente en el núcleo familiar, es una primera forma de propiedad, que además se corresponderá perfectamente con la definición de los economistas al servicio del neoliberal, según los cuales es el derecho a disponer de la fuerza de trabajo de los otros. Por lo demás, si lo entendemos desde esta lógica, la división del trabajo y la supremacía de la propiedad privada son dos conceptos que se identifican y aún solidarizan entre sí. De hecho, la *división del trabajo* dice, referido a la actividad del trabajador, lo mismo que la primacía de la propiedad privada cuando se refiere al producto generado por cierta división del trabajo y no por otra. En el Estado, en su modo capitalista y en su razón, la división del trabajo llevará aparejada la contradicción entre el interés del sujeto concreto-

la satisfacción de sus necesidades- y el interés común de individuos entre sí relacionados; interés común que no existe ciertamente sólo en la abstracción, como algo que es *general*, al modo de la *voluntad general* de Rousseau, sino que se presenta en la realidad como una relación de mutua dependencia de los trabajadores entre los que aparece dividido el trabajo. Precisamente, dada esta contradicción entre la lógica de la división del trabajo y la forma de propiedad de los factores de producción e inclusive sobre la misma cadena de distribución de los beneficios del régimen- que se expresa en la contradicción del interés particular del sujeto y los intereses ligados al bien común- cobra el Estado y el régimen que le asiste una forma independiente, separada de los intereses particulares y colectivos del hombre en tanto trabajador y, al mismo tiempo, adquiere la forma de comunidad ilusoria, formal y abstracta, pero siempre justificado sobre la base real de estas relaciones sociales que existen y, sobre todo, sobre la base del interés de clase, esta vez condicionada por la misma división del trabajo, y entre las que existe una que domina.[5]

De lo anterior simplemente se desprende que todas las luchas libradas por los sujetos políticos al interior del régimen, que además se libran en base a una idea, una definición y sentido de "lo público" y del Estado en general, la lucha entre la democracia, la aristocracia y la monarquía, la lucha por el derecho al voto o por la inclusión social del trabajador, no son sino diversas y múltiples formas ilusorias de lucha si no están dirigidas contra las estructuras del Estado y modo capitalista, momento en que se ventila la lucha real entre

[5] Al profundizar en el proceso de fetichización de la mercancía, que oculta la auténtica relación entre la *fuerza de trabajo* y el *capital* en favor del interés de este último y que por tanto es un proceso que está en las antípodas para reforzar y racionalizar la lógica del Estado capitalista y su régimen político respecto a sus víctimas, los trabajadores, vemos que el *dinero*, en tanto categoría que también integra el proceso de producción, de distribución y de circulación capitalista, no le interesa en realidad el que se le invierta en esta o en otra mercancía porque lo que le importa solo es la forma general de equivalencia de las mercancías en la medida que hace posible el intercambio, las que indican ya por los precios que representan idealmente una suma de dinero. Sólo entonces, cuando se convierte en dinero, asumen la forma por la que pueden cambiarse en valores de uso para quien la posee. Por lo tanto, cuando la *fuerza de trabajo* aparece en el mercado como mercancía exclusiva del trabajador, como medio exclusivo en el proceso de su vida (que eventualmente usa para hacerse con los recursos necesarios para satisfacer sus necesidades básicas) vendida en forma de salario, es decir, como pago del trabajo por él efectuado, su compra y su venta no se distingue en nada de la compra y venta de cualquier otra mercancía porque acá lo característico no es que la mercancía *fuerza de trabajo* pueda comprarse o venderse en el mercado capitalista sino que lo central es el hecho atroz que precisamente esta *fuerza de trabajo* aparezca como mercancía.

las clases por la primacía de sus respectivos intereses. Se desprende de todo lo anterior, asimismo, que cualquier clase social que aspire a implantar su arte de dominación y de control sobre la otra, aunque ésta, como ocurre en el caso de los trabajadores condicione en absoluto la abolición de toda la forma de Estado anterior y de la dominación en general, debería empezar por la conquista del control del régimen político, para poder presentar, a su vez, su interés de clase en particular como "interés general", cosa que en el primer momento se verá obligada a hacer por los medios que disponga a su alcance. En todo caso, la diferencia de los trabajadores respecto de la clase patronal es que el interés particular de los trabajadores como clase es al fin y al cabo el interés particular de la mayoría de la población. De ahí radica la legitimidad del trabajador para imponerse políticamente hablando. Precisamente porque el sujeto sólo busca su interés particular, que para él en general no coincide con su interés común en cuanto individuo, y porque *lo general* es siempre la forma ilusoria de la comunidad, se hace valer esto ante su representación como algo *ajeno* a ellos e *independiente* de los sujetos, como cierto *interés general* a su vez especial y bien peculiar. Por otra parte, la lucha y la acción práctica de este interés particular de los sujetos que constantemente se opone al interés común bajo el Estado y el modo capitalista o que ilusoriamente se cree tal, impone como necesario la interposición práctica y el refrenamiento por el interés definido como general e ilusorio bajo la forma del Estado. La división del trabajo brinda un ejemplo claro de que mientras los trabajadores vivan bajo un régimen que defiende la razón del Estado y modo capitalista, mientras se da en este contexto una separación entre el interés particular del sujeto y el interés común, mientras la actividad, por consiguiente, no aparece dividida voluntariamente sino de modo espontáneo, el acto del sujeto se erige ante él como poder ajeno y hostil, que le sojuzga, que lo somete desde todos los ángulos, en vez de ser él quien los domine. En este contexto, *lo general* es un concepto que sojuzga no solo *lo particular* del sujeto, su interés en el mejor sentido, sino principalmente el *interés común* de modo de reforzar las formas dominantes de la lógica capitalista.

En efecto, a partir del momento en que comienza a dividirse el trabajo, cada sujeto necesariamente se mueve en un determinado círculo exclusivo de actividad, que le es impuesto por la racionalidad y las necesidades del Estado capitalista y del que por lo tanto no se puede salir sin violentar y tomar por asalto las estructuras del régimen político. Es decir, el sujeto es pescador, es minero, obrero de la construcción, es médico, enfermero, pastor o profesor, intelectual o comerciante, y no tiene otra alternativa que continuar siéndolo, si no quiere verse privado de hecho de los medios para sobrevivir porque en cierto momento del desarrollo del capitalismo- bajo el auspicio del régimen neoliberal por ejemplo- ya ni siquiera podremos hablar en términos de vida

sino apenas de supervivencia. El problema acá es que en estas circunstancias el sujeto quedará acotado a un círculo exclusivo de actividades y no podrá desarrollar sus aptitudes en todos los ámbitos que le parezca. Así, desde esa perspectiva, el régimen político que represente al humanismo militante, por una necesidad inherente a su constitución política, se encarga de regular la producción general, con lo que hace posible que yo pueda dedicarme hoy a esto y mañana a aquello, que pueda por la mañana trabajar en determinado oficio, por la tarde en otro y por la noche tal vez escribir un libro, y después de comer, si me parece bien, dedicarme a la crítica literaria o a la política sin necesidad de ser exclusivamente escritor, crítico o político. La consolidación por parte del Estado capitalista del producto de nuestro trabajo y esfuerzo en un poder material que se erige sobre los trabajadores, sustraído al control de éstos por la lógica del régimen político, que levanta una barrera ante cada expectativa de desarrollo del hombre y del trabajador de manera que destruye progresivamente nuestras expectativas por mejorar las condiciones de vida de todos, que buscaría conformarnos ante la aplastante realidad, es una forma bastante cruel del control que los sectores y grupos dominantes de nuestros países, parapateados detrás de los intereses de los centros globales de poder que de por sí contradicen el interés nacional, ejercen sobre las mayorías. En primer lugar, habría que entender que el poder social y político del modo de producción y de distribución, cualquiera que este sea, nace por obra y gracia de la cooperación de los trabajadores bajo la acción propia de la división del trabajo. La cuestión es que a partir del Estado capitalista esta cooperación se le aparece al trabajador, por no tratarse de cooperación voluntaria sino que forzada e impuesta por las necesidades de la acumulación privada del capital, no como poder propio, asociado y libre sino como un poder ajeno, situado al margen de las necesidades del trabajador, de la gestión popular de la agenda pública, que no sabe de dónde procede ni a que lugar se dirige este poder y que, por tanto, no domina. Este poder social no queda librado al azar porque de él toman posesión los factores de poder históricamente dominantes que siempre batallaron contra el desenvolvimiento de las facultades del hombre, contra la cultura popular que además siempre despreciaron. El poder en esas condiciones al final solo recorre una serie de etapas de desarrollo peculiar e independiente de la voluntad y los actos de los trabajadores que incluso está capacitado para dirigir sus voluntades y actos.

El cambio en favor de los trabajadores entonces radicaría en la propia movilización, en la participación de los trabajadores en cuanto clase social, en tanto colectivo protagónico de la historia, de lo mejor de la historia de los hombres. Sin embargo, para que el Estado capitalista y su régimen político se convierta en un poder insoportable, es decir, en un poder contra el que habrá que hacer la (r) evolución que necesariamente será permanente en el sentido

que movilice constantemente el poder popular y engendre una mayoría social por el cambio, estructurada en base a un arte de poder alternativo que batalla por los intereses de los desposeídos y, a la par con ello, en contradicción con el mundo de la riqueza, de la educación, lógica y necesidades de la patronal, lo que presupone un gran incremento de la fuerza productiva, de la propia conciencia del trabajador, de un alto grado del desarrollo y de definición del modo de producción y distribución que altere la forma de los capitalistas, que altere esa manera tremendamente reaccionaria de la distribución de la riqueza bajo los términos de los neoliberales y de los beneficios que al final son por todos producidos, es necesario que la estrategia del poder sea insurreccional. Que sea "insurreccional" en el sentido que buscará por todos los medios a su alcance, por medios respetuosos de la vida, deslegitimar la forma capitalista de hacer cada cosa. Sin una distribución justa de los bienes producidos, que conlleva otra definición del modo de desarrollo de los pueblos, por más que mejore la productividad del trabajo, solo generaliza la escasez al ser aún este producto acaparado por los dominantes. Por tanto, no estaríamos planteando ninguna solución al problema de la pobreza, la exclusión o la marginación. A la par, tendríamos que empezar de nuevo la lucha por lo indispensable para la vida del hombre, por mejores condiciones en la distribución de las riquezas y recursos productivos en general y se caería en la reacción anterior al impedir la gestión popular de los asuntos públicos. La (r) evolución permanente ahora involucra un proceso de distribución más justo definido a partir de las nuevas metas del modo de producción. La distribución un poco más justa- ligada a esta lógica del modo de producción basado en la tecnología conveniente- involucra así el desarrollo universal de las fuerzas productivas y contiene un intercambio y una distribucion universal entre los trabajadores, en virtud del que la *represión excedente* se reduce a su mínima expresión de forma que el trabajador se desenvuelve en un régimen político más justo, equitativo, con mayor igualdad de oportunidades y racionalidad de la forma de producción y distribución de la riqueza que involucra una mejoría sustancial de la calidad de vida de todos.

Capítulo 3: El fenómeno de la circulación.

El proceso de producción expresado en la forma de plusvalía.

El hombre bajo el drama del Estado capitalista, y de todas las formas y regímenes que adquiere la organización colectiva de la humanidad bajo la primacía del derecho a la propiedad por sobre la vida de las personas, se ha pasado desde el inicio del tiempo produciendo plusvalía y, poco a poco fue formándose, además, una idea acerca del origen de ésta a través de teorías que justificaran esta noción y los procesos sociales, políticos, económicos y comerciales que subyacen tras ella. El primer concepto sobre la *plusvalía* brota de la acción mercantil inmediata de los primeros hombres, es decir, de la idea que la *plusvalía* nacía de un recargo sobre el valor del producto. Esta idea fue la que predomina entre los mercantilistas e incluso en los llamados "socialistas utópicos" pero si así fuese lo que unos ganaran necesariamente tenían que perderlo otros. En este contexto, fue Adam Smith quien desplazó esa idea de la ciencia económica clásica. En su obra sobre la "*Riqueza de las Naciones*", libro 1, capítulo VI, nos dice:

"Tan pronto como el capital se acumula en poder de ciertas personas determinadas, algunas de ellas procurarán regularmente emplearlo en dar trabajo a gentes laboriosas, suministrándoles materiales y alimentos, para sacar provecho de la venta de su producto o del valor que el trabajador le añade a los materiales. Este se resuelve en dos partes; una de ellas paga el salario de los obreros, y la otra las ganancias del empresario, sobre el fondo entero de materiales y salarios que adelanta". Y más adelante nos plantea: "*Desde el momento en que las tierras de un país se convierten en propiedad privada de terratenientes, éstos, como los demás hombres, desean cosechar donde nunca sembraron, y exigen una renta hasta por el producto natural del suelo... El obrero ha de pagar al terrateniente una parte de lo que su trabajo produce o recolecta. Esta porción, o lo que es lo mismo, el precio de ella, constituye la renta de la tierra".*

En el citado pasaje de Adam Smith vemos que la *plusvalía*, es decir, el trabajo sobrante producido por la fuerza de trabajo, el remanente del trabajo materializado en la mercancía después de cubrir el trabajo retribuido, cuyo equivalente es el salario del trabajador, es por sí mismo la categoría general de que la ganancia propiamente dicha y la renta del suelo no son más que modalidades. Es en otro momento pero en el mismo libro 1, esta vez a partir del capítulo VIII, donde también nos dice:

"Tan pronto como la tierra se convierte en propiedad privada, el propietario exige una parte de todo cuanto producto obtiene o recolecta en ella el trabajador. Su renta es la primera deducción que se hace del producto del trabajo aplicado a la tierra. Rara vez ocurre que la persona que cultiva la tierra disponga de lo necesario para mantenerse hasta la recolección. La subsistencia que se le adelanta procede generalmente del capital de un amo, el granjero que lo empleará, y que no tendría interés en ocuparlo sino participando en el producto del trabajador... este beneficio viene a ser la segunda deducción que se hace del producto del trabajo empleado en la tierra. El producto de cualquier otro trabajo está casi siempre sujeto a la misma deducción de un beneficio. En todas las artes y manufacturas, la mayor parte de los operarios necesitan de un patrón que les adelante los materiales de su obra, los salarios y el sustento hasta que la obra se termina. El patrón participa en el producto del trabajo de sus operarios, o en el valor que el trabajo incorpora a los materiales, y en esta participación consiste su beneficio".

En este párrafo, A. Smith nos presenta la renta del suelo y la ganancia del capital como deducciones simples hechas sobre el producto del trabajador o sobre el valor de su producto, e iguales a la cantidad de trabajo añadida por él a las materias primas para su producción. La cuestión es que esa deducción sólo puede consistir, como el mismo teórico pone en claro con anterioridad, en la parte del trabajo que el trabajador (el obrero en este caso) añade a las materias primas después de cubrir la cantidad de trabajo que su salario real se limita a resarcir o arroja un equivalente de éste. En otras palabras, no puede consistir más que en *plusvalía*, en trabajo no retribuido que fundamentará la explotación del hombre por el hombre en términos marxistas. Así, A. Smith sabía de dónde surgía la plusvalía inherente al capitalista pero el mismo autor no diferencia la plusvalía de por sí, como una categoría propia, de las formas específicas bajo las que se presentará como ganancia y renta del suelo en este caso a favor del terrateniente. De aquí surgen todos y cada uno de los errores que adolece la investigación de A. Smith y más aún la de David Ricardo. Por el contrario, la *plusvalía* en los términos propios de Marx es la forma general de la suma de valor que se apropia sin equivalencia el mismo poseedor de los medios de producción, suma que se descompone en una forma específica, transformada, de ganancia y renta del suelo, con arreglo a leyes que Marx fue el primero en descubrir.[6]

[6] La existencia de la *plusvalía* ya se había comprobado mucho antes de Marx porque ya se expresaba, con mayor o menor claridad, en lo que consiste, a saber: en el producto del trabajo por el que quien se lo apropia no paga ningún

Cualquiera que sea lo que al capitalista le corresponda (desde el punto de vista del capitalista) sólo puede apropiarse el trabajo excedente del propio empleado porque el trabajador necesita con urgencia satisfacer necesidades que son básicas para vivir lo más dignamente posible. Pero, cómo viva, como sea la calidad de vida del trabajador y cuán grande pueda ser, por lo tanto, el trabajo excedente apropiado por el capitalista sobre la *fuerza de trabajo* en función de la primacía de la propiedad sobre la vida de las mayorías, es muy relativo. Si en realidad el capital no disminuye de valor en la proporción que aumenta de volumen, el capitalista explotará de los trabajadores el producto de cada hora de su trabajo por encima del mínimo que el trabajador necesita para poder vivir. En último término, el capitalista en función de la legalidad del Estado capitalista, puede imponer al trabajador, directa o indirectamente, que elimine el pan de su dieta alimenticia y que lo suplante con productos de

---

equivalente por esa apropiación que además queda legalizada por la propiedad de los medios de producción que catacteriza el sistema de producción capitalista para desde ahí definir en sus términos la circulación y la posterior distribución de los bienes generados socialmente. Sin embargo, los teóricos anteriores de Marx no podían profundizar en el tema sin revelarnos el auténtico sentido del Estado capitalista. Por esto no podían cruzar esta frontera. Los economistas burgueses clásicos a lo sumo solo investigaban la proporción en que el producto del trabajo se repartía entre el trabajador y los dueños de los factores de producción. Otros (por ejemplo, los llamados socialistas utópicos) encontraban ese reparto injusto y buscaban medios también utópicos para corregir esa injusticia.

Por otro lado, en la modernidad definida por los paradigmas del régimen neoliberal, es el reformista quien insiste continuamente con el "crecimiento con igualdad", en la "equidad" o en la "igualdad de oportunidades", pero sin plantear el cambio en las bases de la estructura del Estado capitalista, es decir, sin dudar del modo de producción y sus derivaciones. En otras palabras, pretenden cambiar la forma de distribución sin alterar el modo de producción. Finalmente, tanto los unos como los otros siguen aferrados a categorías, ideas y conceptos económicos del mercantilismo por poner un ejemplo. Es en este momento cuando aparece Marx y ahí donde todos los teóricos veían la solución, Marx ve un problema, el central. Así, Marx vio que no se trataba ni de comprobar un hecho económico común, ni del conflicto de este hecho con la eterna justicia y la verdadera moral, sino de un hecho llamado a revolucionar toda la economía y que daba- a quien supiera interpretarlo- la clave para entender la producción del Estado capitalista. A la luz de este hecho, Marx investigó todas las categorías anteriores a él y el único camino que se podía seguir, para ello, era el de someter a crítica, ante todo, la teoría del valor de Ricardo. Es de este modo que Marx entiende el trabajo en su función de creación del valor y pone en claro qué trabajo, por qué y cómo crea valor, descubriendo que éste, es decir, el *valor* no es otra cosa que trabajo de esta clase materializado.

menor calidad y precio para incrementar su plusvalía. Hasta ese punto hemos llegado en la necesidad de defender el interés de la acumulación privada del capital. Entonces, si de una u otra manera quienes controlan los medios de producción logra que el trabajador se alimente con productos suplementarios al pan, es indiscutible que podrán arrancar así un producto mayor a su trabajo y aumentar la plusvalía al tiempo que empeoran las condiciones de vida de la mayoría. Es decir, si los trabajadores para vivir de pan, necesitan retener para su sustento y el de su entorno familiar el trabajo que realizan entre los días lunes y martes, alimentándose de productos inferiores al pan sólo retendrá para sí la mitad del día lunes, con lo que el resto de ese día y todo el martes quedaría libre en favor de la plusvalía del capitalista, para la patronal no hay objeción alguna toda vez que así incrementa la explotación del trabajador en propio beneficio. Llegados a este punto hay que preguntarse qué es lo que Marx realmente entiende sobre la *plusvalía* y cómo podemos explicarnos que la teoría sobre la misma haya desencadenado una tormenta tan repentina, y además en los países más desarrollados y civilizados, mientras que las teorías de sus predecesores como los mercantilistas o socialistas utópicos quedaron en el olvido, sin dejar ningún rastro histórico. Lo que pasa es que esta teoría representa un progreso notable respecto a David Ricardo y los economistas anteriores y posteriores a Marx. Acá, el padre del socialismo científico define la plusvalía como el *trabajo excedente*, como el que realiza el trabajador de forma gratuita al capitalista después de haber cubierto la cantidad de trabajo que le sirve para reponer el valor de su *fuerza de trabajo* y que, por lo tanto, produce un equivalente para su salario. De ahí en adelante, Marx establece su teoría del dinero cimentada sobre esta base que además es la primera teoría completa, actualmente tácitamente aceptada por todos los economistas, por los más racionales por lo menos. Investigó la conversión del dinero en capital y demostró que este proceso descansa en la compra y en la venta de la *fuerza de trabajo* como mercancía que crea valor a favor de la acumulación privada del capital bajo el Estado fundado en el capitalismo. Sustituyendo el trabajo por la mercancía *fuerza de trabajo*, por la cualidad que es creadora de valor, resolvió la imposibilidad de colocar el intercambio del *capital- trabajo* en consonancia con la ley de David Ricardo de la determinación del valor por el trabajo. Por fin, en la distinción que Marx establece entre el capital constante y el variable consigue explicar el proceso de formación de plusvalía en su verdadero desarrollo, cosa que ningún otro teórico logró hacer por el mismo compromiso político que establecieron con el Estado capitalista imperante. Así, el proceso cíclico del capital se desarrolla en lo que son tres etapas, que se forma según de la siguiente manera:

a) En una etapa primera el capitalista, en tanto que es dueño de los medios y factores de producción de mercancías, aparece en el mercado de mercancías y en el mercado de trabajo como un comprador donde de ahí en más su dinero lo invierte en otras mercancías recorriendo un primer acto de circulación, a saber: el *dinero* que compra *mercancía* (D- M).

b) En una segunda etapa, tenemos el consumo productivo por parte del capitalista respecto de las mercancías así adquiridas. Aquél actúa como productor de mercancías y su propio capital recorre el proceso de producción de ésta. El resultado es una mercancía de valor superior al de los elementos que la producen.

c) En una última etapa, el capitalista vuelve al mercado como un vendedor donde sus mercancías se convierten ahora en dinero. Constituyen un nuevo acto donde recorren el proceso, inverso de la primera etapa, de la *mercancía* que ahora se convierte en *dinero* (M- D).

Acá ya estamos en condiciones de entender el proceso de creación del capital, cuando la mercancía *fuerza de trabajo*, comprada por el capitalista, se convierte en *dinero*, es decir, en *capital* y que se expresa en la fórmula que expresa el ciclo del capital y el dinero que es *dinero, mercancía, producción, mercancía* y otra vez *dinero* que Marx expresará en la siguiente fórmula: D-M... P... M'- D' donde los puntos suspensivos nos indican la interrupción del proceso de producción y M' y D' representan la *mercancía* y *dinero* que son incrementados por la *plusvalía*. Precisamente esta plusvalía producida por la *fuerza de trabajo* es el incremento (la acumulación) del capital. Pero Marx en su análisis no se queda ahí porque a través de la transformación del *capital* en cuanto *dinero* en *capital productivo*, el capitalista obtendrá la combinación de los factores materiales y personales de la producción en la medida en que estos factores consisten en mercancías. Entonces, para que el *dinero* por vez primera se convierta en *capital productivo* o que funcione como *capital* en tanto *dinero* para quien lo posee, debería empezar comprando los medios de producción, o sea, los materiales, los recursos, las herramientas y útiles, la maquinaria y los edificios en que se trabajará antes de comprar la *fuerza de trabajo* porque al momento que esa mercancía *fuerza de trabajo*, de la que lo provee el trabajador propiamente tal, se encuentra a su disposición, necesita disponer de los medios y factores de producción adecuados para así poder emplearla como *fuerza de trabajo*. Es de esta manera como se planteará el proceso de producción de *plusvalía* en lo que se refiere al capitalista que lo es por el hecho de ser el dueño de los medios y factores de producción. En lo que se refiere al trabajador propiamente tal, su *fuerza de trabajo* sólo puede

funcionar productivamente una vez que al ser vendida se coloca en contacto con los medios de producción socialmente dominantes en esa etapa histórica. Por lo tanto, antes de su venta existe separada de los medios de producción, es decir, de las condiciones materiales necesarias para su empleo que también dependen de los intereses de los sectores y clase dominante. En este estado de separación, la *fuerza de trabajo* no puede emplearse para la producción de valores de uso destinados a su poseedor ni para la producción de mercancías de cuya venta puede éste vivir. Pero, la *fuerza de trabajo* una vez que por fin es vendida y entra en contacto con los factores de producción, ya es parte del *capital productivo* de su comprador. Ahí además se nos revela nuevamente la importancia del proceso de producción, de circulación y de distribución, de la definición de las formas de producción de los bienes que son necesarios para la vida, de la maquinaria a usarse y del tipo de tecnología a implementar. La cuestión tecnológica es prioritaria al redefinir un tipo de régimen, claramente alternativo al neoliberalismo, que combata en todos los sentidos por mejores condiciones de trabajo para los que vivimos de un jornal.

Las formas de circulación en la caracterización del Estado.

Existen ciertas formas básicas que reviste el valor del capital dentro de sus fases de plena circulación bajo las condiciones mercantilistas del Estado capitalista- y su correspondiente régimen político- que en lo inmediato son el *capital* expresado como *dinero* y el *capital* expresado como *mercancía*. Por último, en la forma de la etapa de producción de mercancías para el mercado se distingue el *capital productivo*. El *capital* que, a lo largo de su ciclo global abandona continuamente estas formas (como *capital- dinero*, como *capital-mercancía* y *capital- productivo*) cumpliendo en cada una de ellas la función correspondiente en cada etapa, es lo que Marx denominará *capital industrial*, que implica y contiene todos los anteriores. Entonces, este *capital industrial* lo es porque abarca todas las ramas de la producción que son explotadas bajo los términos de la lógica capitalista. Estos tres conceptos- *capital en dinero*, *capital en mercancías* y el *capital productivo*- no son así simples categorías independientes de *capital* cuya función se haya adscripta a ramas industriales específicas, separadas e independientes unos de otros. Igual, solo hago esta distinción con fines analíticos porque al fin y al cabo son formas funcionales específicas del *capital industrial*, es decir, maneras que éste asume de forma sucesiva bajo las directrices del Estado capitalista. Lo importante es entender dos cosas: la primera es la forma en que este *capital industrial* condicionará, definirá y también dará un sentido general y particular a las estructuras del Estado capitalista, tema de este artículo, y por otra que el ciclo del *capital* sólo se desarrolla normalmente cuando sus fases se suceden sin ningún tipo

de interrupción, es decir, primero como *capital dinero*, después como *capital productivo* y finalmente como *capital mercancía*. Por ejemplo, si el *capital* se inmoviliza en la primera fase de la circulación capitalista, es decir, en el intercambio entre el *dinero* y la *mercancía*, el *capital dinero* queda paralizado como tesoro bajo el colchón o en otro lado. Si se inmoviliza en la fase de la producción de las mercancías, quedarían paralizados, de un lado, los medios de producción, mientras del otro lado la *fuerza de trabajo* permanece ociosa. Por último, si se inmoviliza en la última fase donde se intercambia la nueva *mercancía* por la nueva cantidad de *dinero* que reviste otra característica por el mismo cambio producido a partir de la *plusvalía* generada, la mercancía almacenada sin vender pondrá un límite a la corriente de la circulación que al final expresa la forma de distribución de bienes, de servicios y la riqueza en general. Así, no podemos hacer como los reformistas de la política que desde siempre nos insisten en el "*crecimiento con igualdad"* pero, una vez más, lo hacen de una manera abstracta porque no consideran en toda su dimensión los modos, implicancias y características inclusive de la organización social que implica necesariamente la circulación de mercancías como fundamento del proceso de producción y distribución en el Estado capitalista que a la vez conlleva el concepto de *capital industrial* como síntesis del modo en que se manifiesta el capital en las distintos momentos del proceso de producción.[7]

[7] En Marx, el *capital* reviste por un lado la forma de *capital constante (*la maquinaria, los edificios, herramientas de trabajo, etc) y el *capital variable* que son los salarios reales con los que se retribuye el uso por parte del capitalista de la *fuerza del trabajo*. A su vez, este capital se dividirá, en el propio proceso de acumulación y reproducción, en *capital* en la forma del *dinero*, en la forma de la *producción* y capital en la forma de *mercancías*. Finalmente, todos ellos, es decir el *capital constante* y el *variable*- que es la forma básica que reviste el capital- constituyen el *capital industrial* que contiene los anteriores. El *capital constante*, en el proceso de producción y de circulación de mercancías, se desglosa por su parte en *capital fijo* y *circulante*. En este punto tengo que hacer una importante aclaración en relación a cómo se desglosa en el mismo proceso de acumulación del capital el *capital industrial*. En palabras de Marx, en relación a la crítica que le hace a A. Smith en el sentido que confunde el *capital circulante* con el *capital de circulación,* o sea, el capital bajo la forma adecuada al proceso de circulación (al cambio de forma por medio del intercambio de materia y de manos, de capital en la forma de *mercancía* y en la forma de *dinero*) en contraste con su forma adecuada al proceso de producción- la del *capital productivo*- nos dice:

"No se trata de distintas clases en que el capitalista industrial divida su capital, sino de diversas formas que el valor- capital desembolsado reviste y abandona sucesivamente y sin cesar, en su curriculum vitae. Adam Smith - y esto representa un considerable retroceso respecto a los fisiócratas- confunde esto

Por otra parte, la naturaleza de este asunto exige además que el propio ciclo de circulación de la mercancía se encargue de retener el *capital*, durante determinado tiempo, en las distintas fases de este proceso. En cada etapa, el *capital industrial* se vincula directamente a cierta forma, ya sea como *capital dinero*, *capital productivo* y *capital mercancía*. Es muy importante señalar al respecto que solo después de realizar la función que le corresponde en cada una de estas formas, asume aquella bajo la que puede pasar ya a otra fase de cambio. Es decir, solo cuando realiza la función que le corresponde en tanto *capital dinero* puede pasar al momento siguiente, de *capital productivo* y lo mismo para el caso del *capital mercancía*. Por su parte, el *capital industrial* es la única forma de existencia del *capital* en que es función de éste no sólo la apropiación de la plusvalía generada por la *fuerza de trabajo* en el proceso de producción (cuando esa fuerza de trabajo se pone en movimiento a partir del uso de los medios de producción) o del producto excedente, sino también su creación. Acá llegamos a un punto interesante en el análisis materialista y dialéctico en contraposición del idealismo como método de análisis porque el *capital industrial* debe su importancia al hecho que condicionaría el carácter capitalista de la producción al interior del Estado y ello también condiciona su estructura, la define y conduce a un sentido común que es representado en la forma del régimen. Este *capital industrial* en su existencia lleva implícita la contradicción que se produce entre la patronal y los trabajadores. En otras palabras, en la medida que el *capital industrial*, al modo definido por Marx, se apodera del proceso total de la producción de mercancías, que siempre es social, no solo revoluciona la tecnología, su objetivo y la organización social del proceso de trabajo, sino que también revoluciona, define y defiende cierta manera de organización política, social, económica y cultural como proceso histórico de la posible evolución del hombre en tanto trabajador. De hecho, las otras modalidades de capital que aparecieron antes de éste en el seno de

con las diferencias de forma que surgirán dentro de la circulación del valor-capital en el ciclo de sus formas sucesivas, mientras el valor- capital reviste la forma del capital productivo, diferencias que corresponden, además, al distinto modo como los diversos elementos del capital productivo se comportan en el proceso de valorización y transfieren su valor al producto. Más adelante, vemos cuáles son las consecuencias en que se traduce esta confusión fundamental entre el capital productivo y el capital en circulación (capital- mercancías y capital-dinero), de una parte, y de otra el capital fijo y el capital circulante. El valor-capital desembolsado en forma de capital fijo circula a través del producto, exactamente lo mismo que el desembolsado en forma de capital circulante. Y ambos se convierten del mismo modo en capital- dinero, mediante la circulación del capital- mercancías. La diferencia estriba simplemente en que el valor del primero circula gradualmente, debiendo, por tanto, ser repuesto, reproducido en forma natural gradualmente también durante períodos más cortos o largos".

estados sociales de producción condenados a morir por sus irracionalidades, no sólo se subordinan a él y se modifican en el proceso con arreglo a él en el mecanismo de sus funciones, sino que ya sólo se mueven sobre la base de aquél, y por tanto viven y mueren, se mantienen y desaparecen con el sistema que les sirve de sustento. El capital expresado en forma de dinero y el capital expresado a la manera de mercancía, en la medida que aparecen con sus roles como exponentes de una rama de negocios al lado del *capital industrial*, al final solo constituyen modalidades de las distintas formas funcionales que el *capital industrial* asume unas veces y otras abandona dentro de la órbita de la circulación de las mercancías, modalidades substantivadas y estructuradas unilateralmente por la división social del trabajo que se define a su vez por las formas que adquiere la producción como proceso germinal de cualquier tipo de organización política, social y colectiva que constituyen los hombres para sobrevivir en un mundo que, por lo menos en el inicio de este proceso de continuidad de la vida, considera hostil. Es fundamental al respecto, para que el proceso de producción se lleve a cabo y entonces defina la forma de la estructura del Estado capitalista, su régimen y los actores políticos que actúan como representantes de la clase patronal y de los trabajadores en la continua batalla por imponer sus intereses en base a determinadas políticas públicas, que ese proceso de circulación del capital no sea interrumpido en sus diversas fases.

En primer lugar, este originario ciclo de circulación que caracteriza al Estado y modo capitalista aparece como ciclo del *capital dinero*, porque el *capital industrial* bajo su forma de *capital dinero*, es el punto de partida pero además es el punto de retorno del proceso en su conjunto. De por sí, esta fase que dará inicio al proceso de circulación de mercancías nos muestra que el *dinero* no se invierte como *dinero*, sino que simplemente se desembolsa, es decir, que no es más que la forma *dinero* del *capital* en *dinero*. Además, nos muestra que el factor central de la circulación de mercancías es el *valor de intercambio*, y bajo ningún aspecto el *valor de uso*. En palabras un poco más simples, lo que digo es que en esta primera fase se trataría de hacer dinero a través de la venta de cierta *mercancía* que se expresa en la fórmula "*dinero- mercancía- dinero"*, cuyo punto de partida y final es el *dinero* efectivo, es el hacer dinero, que nos expresa del modo más tangible el motivo propulsor de la producción bajo el capitalismo. El proceso y las formas que adquiere la producción, la circulación y distribución de las mercancías no es más que el eslabón inevitable, el mal necesario de hacer dinero. Incluso, llegado a cierto desarrollo del Estado capitalista, ya en su forma neoliberal, los tecnócratas llegan a la osadía de saltearse el proceso de producción de las mercancías para hacer dinero, sin usar como medio el proceso de producción, lo que se refleja en la primacía de la economía de la especulación financiera por sobre

la economía real, aquella que genera trabajo, bienes y servicios, bienestar y desarrollo en un ámbito de plena inclusión. El proceso de producción aparece dentro de la forma del proceso cíclico, formal y expresamente, como lo que es en el Estado capitalista y sus formas de producción: como medio de lo más simple para la valorización del capital como *dinero* ahora desembolsado, lo que significa que el fin último de la producción es enriquecerse, es generar más capital en la forma de plusvalía. El proceso cíclico del *capital industrial*, como síntesis final de los diversos momentos que adquiere ese *capital* en el proceso de circulación, formará parte también de la circulación general de mercancías. Pero como secciones funcionalmente determinadas, como etapa del ciclo del *capital industrial*, tanto el *capital* entendido como *dinero*, como *producción* y *mercancía*, no pertenecen solo a la órbita de circulación de las mercancías, sino además a la órbita de la producción y la distribución. Al *capital industrial* la circulación original de las mercancías en su primera fase, en el *dinero* que crea *mercancía* y ésta dinero acrecentado, en la forma de *plusvalía* como base del capital mismo, le sirve, en esta primera fase, para asumir la forma en que funcionará luego como *capital productivo*. En la segunda etapa, para descartar la forma de mercancía bajo la cual no puede renovar su ciclo al tiempo que le permite separar su ciclo de capital de la circulación de la plusvalía con que se ha acrecentado. De lo anterior entonces se deduce que el ciclo del capital en tanto dinero es la forma característica, más real y menos formal o abstracta, en que se manifiesta el ciclo del capital industrial, cuyo motivo propulsor es precisamente la valorización del valor, es hacer *dinero* y acumular a través de un simple y bien complejo proceso de comprar para vender más caro. El hecho es que esta primera fase de comprar mercancías con dinero para poder vender más caro y así generar ganancia de la que vive la clase patronal a expensas de los trabajadores, hace que resalte también el mercado de mercancías como origen de los elementos del *capital productivo* y, en general, la circulación y el comercio como los factores que condicionan este proceso de producción del modo capitalista de hacer cada cosa y así también la organización del Estado y su forma política, social, cultural, ideológica y económica. En este punto el idealismo metodológico y la política basada en el reformismo como fin ya se nos muestran cada vez más absurdo e inconsistente. De hecho, el ciclo del capital expresado en su inicio como *dinero* no es solo producción de mercancías porque este ciclo solamente brota por medio de la circulación y así la presupone. A su vez, ésta implica por necesidad la forma de distribución que tiene directa relación con la manera en que se manifiesta la lucha de clases, es decir, la batalla por la primacía de los intereses y cosmovisión de las relaciones sociales, políticas, económicas, culturales, de todas las formas colectivas en que se expresará el

hombre, en favor de una clase sobre la otra que así es sometida por la cultura y formas sociales y políticas dominantes.

La cuestión de la circulación de mercancías en los términos del Estado capitalista (por supuesto entendiéndola como parte del proceso de producción y distribución) es fundamental en relación a la supremacía de la lógica de ese Estado y su régimen político porque ésta responde a la vocación global de la producción del *capital industrial*. Esta vocación global del capital industrial se hace manifiesta en el proceso que derivará en la instauración de un sistema comercial globalizado que responde a la necesidad de expansión del Estado y modo capitalista de producir. A partir de la circulación del capital a este nivel global se estructura toda una lógica del poder que condicionará las formas de expresión del Estado nacional y sus relaciones comerciales en este ámbito internacional. En lo ideológico este nuevo Estado capitalista, globalizado en el sentido que responde a los centros de poder controlados por ciertos clanes familiares dominantes que ya conocemos, nos presenta otra forma, posturas ideológicas y teorías en los que se basan las políticas públicas que en cuanto tales condicionan nuestra forma de vida y, en este caso en particular, nuestra forma de liberación como trabajadores. Al respecto tenemos la ideología que nos habla del final de la historia intentando mostrarnos al Estado capitalista como un orden natural donde incluso el régimen puede variar, fundamentar otras formas de convivencia, pero siempre que estas formas no impliquen el cambio de las estructuras del Estado porque el capitalismo ya sería ajeno a las clases sociales. Ahora, el Estado capitalista se mostraría totalmente ajeno, sin ninguna vinculación, con los intereses económicos de las transnacionales e inclusive con las relaciones de dependencia entre los países producto de la asimetría generada por los centros globales de poder. Sin embargo, hace siglo y medio que Marx y Engels observaron el carácter histórico universal pero además transitorio del Estado capitalista de producción e identificaron sus tendencias principales respecto a la responsabilidad que le corresponde en cuanto a la aparición de aquellas asimetrías que nos conducen a relaciones de dependencia de unos países en relación a otros. En ese sentido, nos dijeron:

"*Expoliada por la urgente necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero... Mediante y a través de la explotación del mercado mundial de bienes la burguesía le dará un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países... Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas... por industrias que ya no emplean las materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo y cuyos productos no solo se consumen en el propio país sino en todas las partes del globo*".

Luego, premonitoriamente advertían:

"La burguesía... obliga a todas las naciones si no quieren sucumbir a adoptar el modo burgués de la producción, las constriñe a introducir la llamada civilización, es decir a hacerse burgués. En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza".

A modo de conclusión, la forma en que se expresa el *capital industrial* (como *dinero*, como *producción* y *mercancía*) bajo el capitalismo es parte de un proceso de producción, de circulación y de distribución de mercancías que define, defiende y violenta nuestras estructuras políticas- sociales a través de las que nos organizamos en el proceso de continuidad de la vida del hombre. Estas formas de organización colectiva además son muy distintas de las que predecían en su delirio los liberales de antaño y su idealismo como método analítico en relación a los efectos niveladores e igualitaristas del automatismo del mercado, donde la competencia y circulación global del capital impediría el surgir de los monopolios. Todo esto tiene muy poco que ver con la realidad de hoy de los trabajadores. Sin embargo, la actualidad que vivimos se parece más a la anticipada por Marx y Engels. Lo que planteaban entonces era cierto para Inglaterra como hoy es cierto para todo el planeta. De ahí la racionalidad del método marxista en contraposición al idealismo.

La circulación como síntesis del Estado capitalista.

En el momento particular que el *capital dinero* se convierte en *capital productivo* estamos frente a un proceso que se caracterizará por la compra de mercancías para la producción de otras mercancías por parte del capitalista en tanto que es éste el dueño de los medios de producción. El consumo acá entra en la órbita del *capital* mientras se trata de ese consumo productivo. Su condición primera, el punto originario del sentido del Estado capitalista, es que, por medio de la mercancía consumida de esta manera, se cree *plusvalía* y desde ahí la acumulación privada del capital para que el proceso no quede interrumpido en sus fundamentos. Sin embargo, este proceso es distinto de la producción, e incluso de la misma producción de mercancías, cuya finalidad es asegurar la existencia del producto. Es decir, el cambio de una mercancía por otra, condicionado así por la producción de la *plusvalía*, es bien distinto de lo que es de por sí el intercambio entre productos. El consumo productivo del *dinero*, en tanto que es *capital dinero* que se convierte de esta manera en *capital productivo*, involucra en este proceso de generación de *plusvalía* los medios de producción como puede ser la *ciencia* (que además implicaría una

forma técnica de trabajo que así define cierto modo de producción que, a su vez, se verá reflejado en la manifestación institucional que adquiere el Estado capitalista a través del régimen) pero también involucra otros tantos factores de producción como es la *fuerza de trabajo* que también es condicionada por las formas de la técnica. De la circulación que caracteriza al trabajador en la forma del uso de su *fuerza de trabajo* que así adquiere *dinero* (a través de un *salario*) para comprar *mercancías* necesarias para su vida y la de su entorno familiar para el caso, que incluye su propio consumo, hay que decir que no es importante para el capitalista en la medida que el trabajador menos calificado continuamente se verá desplazado del consumo del mercado que compone la organización y el modo capitalista de producción. De hecho, el trabajador en tanto consumidor sólo le importará al capitalista apenas en el primer eslabón, como resultado de la circulación del dinero en forma de salario por el cual el obrero vende su *fuerza de trabajo.* Ahí, el trabajador entra en el ciclo de la producción y acumulación de capital. Por esto, a pesar que el consumo de los trabajadores, por lo menos de bienes suntuarios y de una mayor complejidad tecnológica, no es central para el capitalista (así lo demuestra la organización excluyente del neoliberalismo), es decir, el proceso que se constituye por el *dinero* en la forma de *salario* que será consumido a su vez en la forma de *mercancía*, donde esta representa los bienes básicos para una vida digna de los trabajadores, no es fundamental porque no entraría en la circulación del *capital individual* propiamente dicho, igual brota de él. Es decir, aunque lo anterior es cierto la patronal necesita la existencia constante de trabajadores en la medida que ellos le proveen al capitalista la *fuerza de trabajo* necesaria para poner en marcha el proceso de producción y, por consiguiente, también requiere del trabajador un consumo mínimo para que este pueda mantenerse con vida y entonces ser explotado por el capital.

Por otro lado, como la proporción en que se puede ampliar el proceso de producción no es para nada arbitraria, sino que está sujeta a modos, ideas, metas, objetivos, valores y razones técnicas y tecnocráticas en el ámbito de la acción política, con frecuencia se da que la plusvalía generada en el proceso productivo, aunque eventualmente se destine a la capitalización, aumenta, es decir, se acumula en la proporción que sea necesaria a fuerza de repetirse los distintos ciclos del modo de producción y circulación de la mercancía, hasta adquirir el volumen con que puede ya realmente funcionar como un capital adicional. La *plusvalía* en este sentido se convierte en *ahorro* y es, bajo esta forma particular, un *capital dinero* en modo latente. Latente, en el sentido que mientras conserve la forma de *dinero* no actúa como *capital*. De ahí que el ahorro, el atesoramiento en términos de Marx, aparece aquí como un factor que va implícito en el proceso capitalista de acumulación, como factor que le es inherente, pero al mismo tiempo substancialmente distinto de él. En otras

palabras, la conformación de un *capital dinero latente* no ampliará el proceso de reproducción de las mercancías. Diría más bien que acá se trata de lo contrario en el sentido que la formación de *capital dinero* en su forma latente se da porque el capitalista, en tanto dueño de los medios de producción, no puede ampliar su escala de producción directamente. Se sigue que todo el carácter de la producción capitalista se determinará por la valorización del valor del capital desembolsado, es decir, en primer término, por la mayor producción posible de *plusvalía* y en segundo término, por la producción de capital que conlleva la transformación de la *plusvalía* en *capital*. A su vez, la acumulación constante del capital pasa a ser condición para que este capital pueda seguir existiendo. La forma del ahorro es, simplemente, el dinero que no es parte aún del proceso de circulación, de ahí su condición de *latente*. Su circulación se interrumpió por los motivos ya vistos, por lo tanto, se guarda en forma de dinero destinado por ahora al ahorro. Este proceso de ahorro es común a toda la producción de las mercancías y como fin último desempeña una función rudimentaria. Sin embargo, aquí, en el proceso de producción, ese ahorro se presenta como forma de *capital dinero* y el atesoramiento como un proceso que acompaña de manera transitoria y posible la acumulación del capital en cuanto el dinero figura en este estado como latente. De hecho, este carácter transitorio, de posibilidad real, se dará porque el ahorro, el estado de tesoro de la *plusvalía* que ahora existe como *dinero*, representa una etapa de preparación para que esa misma plusvalía se convierta en capital operante, ya concreto, que implica una fase funcionalmente determinada que se desarrolla al margen del ciclo del capital. Lo importante de este asunto es entender que mientras este ahorro permanece en estado latente, no funciona todavía como *capital dinero*, no cumple aún realmente su función porque es capital dinero inmóvil.

Los diversos momentos de la acumulación privada de capitales en que se fundamenta precisamente el Estado capitalista (el modo de producción, de circulación y de distribución de los bienes generados en el proceso) aparecen como punto de partida, como punto de transición y posteriormente como del retorno. El proceso de producción del modo capitalista como globalidad, en su conjunto, se presenta como unidad del mismo proceso de producción y del proceso de circulación de las mercancías. El proceso de producción sirve de mediador del proceso de circulación, que a su vez fundamenta las formas de distribución, y viceversa, donde la circulación de las mercancías vendría a ser la síntesis en que se condensa el proceso de valorización y acumulación del capital. Nota común a los tres momentos de la producción capitalista es la valorización del valor como finalidad determinante, como motivo propulsor. De ahí la exclusión a que nos conduce el neoliberalismo en el sentido que el salario de los trabajadores, que expresa el valor de su *fuerza de trabajo* en el

mercado, es visto como un costo en el proceso de producción de mercancías. A partir de esta idea empeora sustancialmente las condiciones de vida de los trabajadores reflejándose ello en múltiples y diversos dramas sociales que no serán resueltos por el régimen político debido a su ineficiencia estructural. Entonces, también esta idea de entender el salario como un costo incide en la organización social y política, en el régimen, en especial en los países menos desarrollados o directamente subdesarrollados donde la legalidad y estructura del sistema político es más permeable a formas más primitivas y violentas de acumulación privada de capital que así condiciona el modo de producción y la forma de la organización colectiva de la sociedad. Por ejemplo, veamos el tema de la violencia y la represión que se supondría debe ser hegemonizada por el sector público para que los actores privados no tomen la justicia por mano propia ni para que los múltiples conflictos sociales, de intereses, que se desarrollan al interior de todo régimen, no se desborden ni conduzcan al caos o la ingobernabilidad. Partamos del hecho que de acuerdo a la visión política de Weber, el uso de la violencia es un factor determinante en la construcción y fortalecimiento del Estado y sus instituciones; instituciones que bajo mis términos integran el régimen político como una expresión cabal del Estado capitalista. Pero, por las consecuencias de ese mismo Estado capitalista bajo el neoliberalismo, en la mayor parte de los países que son estructuralmente dependientes de los centros del poder globales, el monopolio del uso de la violencia no está en manos de su legítimo detentor, en el sector público, sino que recaería a veces en poderosas organizaciones criminales. Básicamente, la autoridad del poder armado en estos países, que debiera estar bajo el control del sector público (en este caso entendido como el actor gubernamental que representa legítima y legalmente al Estado) no puede cuestionarse al interior del territorio nacional. Sin embargo, ¿qué pasa si en estos países las agencias de seguridad privada tienen más hombres que el sector público, la corrupción al interior de las fuerzas armadas y fuerzas de seguridad estatales en general es escandalosa y las organizaciones criminales dominan extensas partes del territorio? ¿En términos de Weber a dónde fue a parar el Leviatán de Hobbes en el real caso de estos países subdesarrollados? ¿Cómo explicar esta oleada desenfrenada de violencia, de caos, ingobernabiliad y corrupción? Se explica por la imposición del neoliberalismo que produce tres problemas centrales dadas ciertas condiciones puntuales y estructurales de dependencia en estos países en relación con los centros globales del poder que todo lo corrompen. En primer lugar, está la cuestión del narcotráfico, después el de las diversas organizaciones criminales y por último la debilidad institucional del régimen que deriva de todos los problemas anteriores que a su vez derivan de la lógica neoliberal en el sentido que éste reivindica y es funcional a la pobreza, a la exclusión y a la marginación de amplios contingentes de trabajadores de los

beneficios del modo de producción, circulación y distribución de los bienes y servicios generados socialmente. El narcotráfico es un factor muy importante en el auge de la violencia en los países que se impone este flagelo. Además, una cuestión grave respecto al narcotráfico se refiere al hecho de que, tras la neutralización de una ruta del comercio de drogas, al poco tiempo se abren otras. Lo mismo para la producción: cuando la producción se ataca en un país y se ve reducida, ésta se desplaza a algún país vecino u otra región del tercer mundo. Se desplazará a los regímenes más débiles, cuyo nivel de impunidad son más elevados, donde también abundan las armas y jóvenes desesperados dispuestos a unirse a las filas del narcotráfico como respuesta a la situación en que están. En cuanto a la organización criminal, los gobiernos en estos países, lejos de trabajar por un régimen más o menos progresista, reaccionan con políticas represivas, de mano dura, y con muy limitadas iniciativas de rehabilitación y de reintegración social. Finalmente, en ese macabro contexto político y social, las instituciones de estos países no están a la altura de las circunstancias históricas. Así, la violencia, el tráfico de armas, de drogas y las organizaciones criminales evidencian gran debilidad institucional de parte del régimen. Hobbes no lo creería: una policía y unas fuerzas armadas corruptas e ineficientes, insuficientes en todo contexto. Las fuerzas armadas además no defiende la soberanía nacional, menos la popular, mientras en las cárceles se crean más criminales de los que se reforman. En lo que se refiere a la justicia solo basta entender la inherente injusticia a que conduce el neoliberalismo al militar contra el derecho a la vida de las personas.

Precisamente en estos países menos desarrollados, los que claramente son subdesarollados, que lo son porque definieron sus expresiones políticas, sociales, económicas, culturales y comerciales del desarrollo en los términos de una inserción subordinada al capitalismo global, que se manifiesta a través de la obediencia a los dictámenes y directrices de los clanes familiares anglo-estadounidenses dominantes, digo, precisamente en estos países es donde con más ahínco veremos las contradicciones, cada día más diversas y múltiples, que existen y que se producen entre el régimen neoliberal, su gobernabilidad, su razón, la circulación de las mercancías y su lógica respecto de la razón, los valores, la gobernabilidad y la gramática del poder popular que reivindica por todos los medios- que son siempre lícitos- la vida de las mayorías. Lo que demuestran las contradicciones entre la razón neoliberal y el régimen popular es que solo de esta forma definitiva, de la manera popular y democrática, se está en condiciones de aspirar a mejores posibilidades de vida, de trabajo, de sentir y de relacionarse con nuestros semejantes. Esta contradicción inherente del neoliberalismo con el derecho a vivir del hombre se muestra en la forma del narcotráfico, en la debilidad institucional del mismo régimen político, en la forma de circulación de las mercancías y en todos los problemas y asuntos

que en general vimos por ahora. Mientras tanto, en vez de plantear soluciones a estas cuestiones desde la trinchera de los dominantes se insiste siempre en la retórica del fracaso de la experiencia que significa para el pueblo, para su libertad y mejoría sustancial de la vida de las mayorías, el régimen popular. Se insiste en un nunca materializado ni real apocalipsis económico que viene a terminar, de una buena vez y por siempre, con los sueños de igualdad y los derechos del trabajador. Agoreros de profecías que se creerán autocumplidas intentan instalar, bajo la forma de la certeza y de la impunidad que siempre los caracterizó, con las que fueron favorecidos por poco más de doscientos años de historia latinoamericana, la idea que la llegada del régimen popular se traduce en el fracaso de las políticas de inclusión social para desde ahí, desde este fracaso, intentar imponer otra vez las políticas que reivindican el neoliberalismo. No sorprende porque desde el origen de nuestra historia los grupos de interés dominantes son los portadores de la impunidad en el ámbito político y carecen por eso de cualquier espíritu crítico mientras se dedican a propalar, con todo su entusiasmo, la llegada del fin del tiempo que, para su devoción neoliberal, supone la caída estrepitosa de la experiencia que ellos consideran estatista, asistencialista y clientelar- del populismo de la izquierda según ellos- que se viene desarrollando siempre en favor de los trabajadores. El colmo de la hipocresía, se hacen los distraídos frente a las crisis que con cierta periocidad implica la imposición del neoliberalismo; incluso se hacen los distraídos respecto de las consecuencias y causas de las mismas porque ellos contribuyen decididamente al respecto a través de sus políticas de ajuste moldeadas desde la más pura dogmática del automatismo del mercado y la valorización financiera, baluartes estructurales del régimen que solo rescata a los poderosos y castigará a los más débiles siempre en nombre de la salud de las cuentas del sector público. El laboratorio de los neoliberales, sus dogmas y convicciones conservadoras y su idea enemiga de cualquier manifestación de la cultura popular, insiste en experimentar con la vida, con la salud, con la educación, con el trabajo y las jubilaciones de millones de trabajadores que ven como el esfuerzo de toda la vida se convierte en base de la especulación de sujetos y actores políticos al servicio de intereses, cada vez más espurios, que apenas sí tienen la virtud de representar la cosmovisión de los centros globales del poder. Trabajadores que ven como son esquilmados sus ingresos y derechos que, todas las veces, fueron conquistados con sudor, con lágrimas, con la sangre, el esfuerzo y movilización de otros movimientos sociales y sujetos políticos, de otra época histórica y en otro contexto político, pero que comparten con el movimiento social y sujetos políticos actuales la necesidad de una vida digna para todos. Sin embargo, en su ceguera, los dominantes, aunque no lo digan por que hoy no rinde frutos y no por pudor, añoran ese tiempo en que el gran capital, tanto el local como el extranjero, se convirtió

en el vencedor temporal de las contiendas y de la lucha de clases a través de los golpes de Estado y de la violencia sobrecogedora pudiendo avanzar solo de esta manera con una política de brutal revanchismo contra los sectores populares dedicándose con particular desparpajo a desmontar los derechos que venían de la época inmeditamente anterior, del mal llamado "Estado de Bienestar", cercenando impúdicamente los derechos sociales y laborales que encontraron en su ruta de depredación y reacción. Después, cuando en base a la movilización y la movilidad del trabajador se impone el régimen popular, sorprendidos y resentidos los dominantes, no alcanzaron a comprender que nada es eterno en el movimiento de la historia, no comprenden que el Estado capitalista es una fase apenas transitoria en el largo camino de la libertad. Su medianía intelectual les impedirá descubrir que algo importante acontece a nivel del sistema comercial globalizado y que su máximo objeto de deseo, el régimen neoliberal, ya no es viable en el largo plazo.

Circulación de mercancías, plusvalía y explotación.

Los viejos fundamentos de la globalización del sistema comercial bajo el modo neoliberal no excluyen desconocer la existencia de otros y nuevos desarrollos que se vieron favorecidos por formidables avances tecnológicos, de la técnica, tanto en el campo de la informática, las telecomunicaciones, la microelectrónica y los medios de transporte. Sin embargo, me parece que lo anterior es una banalidad de tremenda cuantía si consideramos los efectos y las consecuencias del sistema comercial global sobre la vida del trabajador en todo el mundo. Aunque también es importante aclarar que estos adelantos, las nuevas técnicas de la información, de las telecomunicaciones, el transporte y la informática, sancionaron el triunfo del tiempo sobre el espacio por lo que necesariamente obliga a colocarlas bajo la órbita del modo de producción, de circulación y de distribución de mercancías basado en tecnología que sea lo más conveniente para nuestros pueblos. Este desarrollo de hecho nos explica el dinamismo extraordinario que adquirió la globalización que además está directamente ligada a la expansión de los flujos financieros, de la economía virtual, que supera con creces al del producto, al comercio global e inversión extranjera directa y concreta, en maquinaria, tecnología, fábricas y factorías. La dominación de la transacción puramente financiera y especulativa- que también es parasitaria y muy dañina para el bienestar del trabajador- sobre la inversión productiva es la primera consecuencia de la crisis de acumulación del capital en el sentido que bajo los términos de los regímenes anteriores al neoliberalismo llegaría un momento en que por las propias características del modo de producción y circulación, la *plusvalía* decae y ya no se realiza en su plenitud a través de la expansión del sistema productivo debido a la creciente

desigualdad en la distribución de los ingresos que amenaza también al capital con su desvalorización. Por ejemplo, las cifras a nivel global son elocuentes porque nos describen una realidad fenomenalmente reaccionaria en relación a los intereses de los trabajadores: el 95% de la actividad económica a nivel del sistema comercial global es virtual, mientras que apenas un 5% es economía real, de producción de bienes tangibles. Esta cuestión, el de la primacía de la economía financiera- especulativa por sobre la producción de mercancías, de la economía real, desvirtúa incluso el propio ciclo del *capital industrial* en el proceso de producción que es fundacional al Estado y modo capitalista. Bajo los términos ideales el *capital* se presenta en toda la magnitud de su valor, de manera íntegra y global, tanto siendo *capital dinero*, *capital productivo* o *capital mercancía*. Entonces, una cantidad determinada de pesos aparecen en primer lugar y totalmente como *capital dinero*, luego se convierte en *capital productivo* para terminar apareciendo bajo la forma del *capital mercancia* en el fin del ciclo del proceso de producción y su correspondiente circulación. Esas diferentes etapas en que se manifiesta el *capital industrial* forman aquí otras tantas interrupciones. Mientras, por ejemplo, los pesos permanecen bajo la forma de *capital dinero*, este capital en bloque funciona solo como *capital dinero*, valga la rebundancia. Pero, una vez que se da inicio al proceso de producción de las mercancías, es decir, al convertirse en *capital productivo*, deja éste de funcionar como *capital dinero* y *capital mercancía* a pesar que continuamente fluctúa en todas estas fases. Pero, los tecnócratas en su delirio pretenden que el *capital* bajo la forma del *dinero* cumpla exclusivamente la función del *capital productivo* lo que se traduce en especulación financiera y en la primacía de una economía y bienes virtuales por sobre la economía y bienes reales. Pretenden mostrar al *capital dinero* como *capital productivo*, inclusive como *capital mercancía*, es decir, como el *capital industrial*, como síntesis de los momentos del *capital* tanto al nivel nacional como global en relación a su circulación.[8]

[8] Para entender un poco mejor la forma en que se desarrolla el ciclo del *capital industrial* veamos lo que nos dice Marx al respecto:

"(…) todo su proceso de circulación se interrumpe, lo mismo que se interrumpe todo su proceso de producción tan pronto como empieza a funcionar en una de las dos fases circulatorias, bien como dinero o como mercancía. De ese modo, el ciclo Producción... Producción aparece no sólo como la renovación periódica del capital productivo, sino también como la interrupción de su función, del proceso de producción, hasta que este proceso de circulación se termina; en vez de discurrir de un modo continuo, la producción se efectúa a saltos y sólo se renueva en plazos de duración fortuita, según que las dos fases del proceso circulatorio se recorran con mayor rapidez o mayor lentitud. Es lo que ocurre, por ejemplo, tratándose de un artesano chino que sólo trabaja para

Una expansión geográfica sin precedentes ni antecedentes históricos anteriores que protagoniza el Estado y modo capitalista de producción, esta vez en su versión neoliberal y mediante la incorporación de distintos espacios exteriores al sistema, llevó a que estos espacios en integración a la dinámica globalizada se convirtieran de manera gradual en espacios de intercambio desigual y explotación económica para las zonas centrales del sistema que se explicaría en última instancia por el funcionamiento de la *ley el valor* a nivel global. También está el hecho de creciente homogenización cultural e incluso política y económica producida a través de la universalización de imágenes y mensajes audiovisuales que ahora controlados por transnacionales al servicio

clientes particulares y cuyo proceso de producción se interrumpe hasta que llegan nuevos encargos. En realidad, esto es aplicable a cada una de las partes del capital que se hallan en movimiento, y todas ellas lo van recorriendo por turno. Las 10,000 libras de hilado, por ejemplo, son el producto semanal de un fabricante de hilados. Estas 10,000 libras de hilado salen por entero de la órbita de producción y entran en la de circulación; el valor- capital contenido en ellas tiene que convertirse íntegramente en capital- dinero, y mientras permanezca bajo esta forma no puede entrar de nuevo en el proceso de producción; tiene que entrar previamente en la órbita de circulación y volver a convertirse en los elementos del capital productivo Trabajo + Medios de producción".

De acuerdo al párrafo precedente, el proceso cíclico del capital es así una constante interrupción, es el abandono de una fase para entrar en la que sigue volviendo luego al mismo punto, de forma circular por decirlo de alguna manera, algo así como un eterno retorno al modo de Nietzsche; será un proceso que en definitiva superará una forma y existencia bajo otra distinta. Además, se entiende que cada una de estas fases no sólo condiciona la otra, sino que al mismo tiempo la excluye. De todas formas, la característica central del modo de producción del Estado capitalista, definitivamente determinada a través de su base tecnológica, aunque no siempre incondicionalmente asequible, es la continuidad, es el eterno retorno al que me acabo de referir. En la práctica, mientras la netbook aparece en el mercado como *capital mercancía* que después se convierte en *dinero* (dará lo mismo que actúe éste como medio de pago o como dinero aritmético), entra en el proceso de producción, ocupando su lugar, el nuevo plástico, el nuevo circuito electrónico, etc., el nuevo capital que por lo tanto abandona su forma de *capital dinero* y *capital mercancía* para recobrar la forma de *capital productivo* y así abordar la función que le corresponde; a la par que los pesos que componen el precio de la computadora se convierten en dinero, vemos que otros pesos de las netbooks anteriores recorren la segunda fase de su proceso de circulación y dejan de ser dinero para volver a tomar la forma de elementos del *capital productivo*. Todas las partes integrantes del capital recorren por turno este proceso cíclico y se hallan simultáneamente en las diversas etapas del mismo. De esta forma, el *capital industrial* aparece necesaria y simultáneamente, en la continuidad de su

de los centros globales del poder se muestran altamente eficientes para crear cierto sentido común, de los sueños y expectativas de cada cual, que pondrá de relieve las supuestas y nunca reales bondades o beneficios que ofrecería el automatismo de los mercados y que vendría a ser el triunfo más significativo de la reestructuración del capitalismo en su versión neoliberal. Este contexto de un nuevo sentido común, que origina políticas públicas unilaterales, que además son altamente irracionales, conduce a los dominantes a desplegar por doquier, hasta el último rincón del planeta, sus irracionalidades, su economía y bienes virtuales que finalmente son muy reales en el sentido que afectan las formas de vida de todos. El Estado capitalista, quien continúa orientado a la fuerte expansión global de su interés, que a la vez se guía por la acumulación privada del capital, por el uso y el abuso del *capital industrial* por parte de los factores de poder más concentrados y reaccionarios (con el inestimable apoyo del régimen neoliberal), genera crisis que llegado el momento actual es histórica porque no tiene precedente alguno. De hecho, lo único que falta para que ésta sea de tipo terminal es que se imponga la lucha del trabajador por todo el mundo. No es tan descabellado hablar de nuestra (r) evolución

ciclo, en todas las etapas de éste y revistiendo las maneras funcionales que a ellas corresponde. Entonces, el auténtico ciclo que recorre el *capital industrial* en su continuidad no es solo la unidad establecida en el proceso de circulación y en el proceso de producción, sino la unidad de esos tres ciclos que recorre el *capital industrial* en tanto *capital dinero*, *capital productico* y *capital mercancía*. Para que esto pase es necesario que cada parte del capital en cuestión vaya recorriendo sucesivamente las distintas etapas del ciclo, pase de una etapa funcional a otra. En palabras más simples, que el *capital industrial*, como conjunto que involucra necesariamente todas las partes en que se manifiesta el *capital*, aparezca, por lo tanto, simultáneamente, en las diferentes fases y funciones, describiendo con ello los tres ciclos a un mismo tiempo. La sucesión de las diversas partes se halla aquí condicionada por la división del capital.

Por otra parte, el proceso del *capital industrial* y sus diversas etapas y en su conjunto representa la unidad de todos los ciclos, que son la forma en que se expresa la continuidad del proceso del capital. Las diversas fracciones del capital recorren sucesivamente las diversas etapas y su forma funcional. Por ejemplo, una parte del *capital industrial* que cambia constantemente, que constantemente se reproduce, existe como *capital mercancía* que a su vez se convierte en dinero, en *capital dinero*, que a su vez se convierte en *capital productivo* y como capital productivo se convierte en *capital mercancia*. Es la unidad de los tres ciclos y no la interrupción de que hablábamos más arriba, la que realizará la continuidad del proceso global. El capital total de la sociedad que se organiza en el régimen así posee siempre la continuidad y su proceso representa la unidad de los tres ciclos.

permanente a nivel global porque por primera vez en la historia las crisis del Estado capitalista afecta a todos los hombres. Entonces, existe de continuo una destrucción de la naturaleza que afecta la vida humana, del derecho a coexistir hablo. Nuestro régimen en estas circunstancias no tiene posibilidad real de sobrevivir porque el neoliberalismo, así se ha manifestado hasta el fin, es un complejo derivado del desenfrenado impulso, gradual pero incesante, por satisfacer el lucro y la ganancia privada, tendencia que se manifiesta en la vida colectiva desintegrada, en un ambiente en constante destrucción y en una profunda crisis política, social y económica que también es ética.

El neoliberalismo instaló la lucha de clases en términos implacables, en un juego de suma cero donde los intereses, los puntos de vista y la propia ideología es extrema. El neoliberal en su afán de control y dominio acabó con todos los matices, con todos los grises y sus derivados e impuso el negro y el blanco, los extremos que en el caso de las ciencias sociales nunca se atraen, más bien se repelen. Por esto, el Estado capitalista es por naturaleza, por su propia lógica y modo de producción, de distribución y circulación, totalmente incapaz de promover el bienestar común. Así, en la resolución de los dramas que aquejan a los trabajadores ya no es posible seguir confiando en el mejor funcionamiento de las instituciones relevantes donde el reformismo político como fin juega un rol preeminente; no es posible seguir confiando en su FMI o en la Organización Mundial del Comercio y/o en el Banco Mundial. En ese contexto son muy actuales las consideraciones efectuadas en su momento por teóricos como Engels o Rosa Luxemburgo para quienes el capitalismo, en su afán destructivo, deja solo dos alternativas posibles: *socialismo o barbarie*. Si el hombre tiene futuro, si es capaz de forjarse una nueva realidad, entonces es claramente humanista o no será nada. Si hay un hecho concreto y real en el Estado capitalista es que la producción y la circulación de mercancías al final no puede considerar al hombre bajo el sometimiento de una economía virtual porque siempre se impondrá esta realidad que demuestra que la producción capitalista lo es de mercancías concretas. Es que el trabajo de los hombres, su *fuerza de trabajo* para ser más exacto, aparece como mercancía precisamente porque el trabajador vende su *fuerza de trabajo*, o sea, la función de la *fuerza de trabajo*, que es la que crea y genera plusvalía, que luego se convierte en el capital que requiere no solo la clase patronal sino también el capitalismo para sobrevivir como Estado y régimen de explotación del hombre. Por lo mismo, los trabajadores venden su *fuerza de trabajo*, según nuestra hipótesis, apenas por el valor de su costo de producción. A medida que el trabajo se convierte en trabajo asalariado, en *fuerza de trabajo* que es apropiada por la patronal por la que los trabajores reciben un salario ligado directamente con el modo y la forma de producción, de circulación y distribución capitalista, el productor se convierte en capitalista industrial. Y en la relación entre el capitalista y los

trabajadores que entregan su fuerza de trabajo por un jornal, la relación entre el comprador y el vendedor, se convierte así en una relación inmanente a la producción de la mercancía. Pero, esta relación descansa fundamentalmente en el carácter social de la producción y no en la circulación o en el tráfico. Finalmente, se impone bajo el modo de producción del Estado capitalista la explotación del hombre por el hombre porque la patronal lanza a circulación, en la forma de *dinero*, menos valor del que saca de ella, porque hace circular más valor en forma de la mercancía del que bajo la misma forma retira de la circulación. Cuando actúa como personificación del capital, es decir, como *capitalista industrial*, su oferta de valor en la forma de mercancías es siempre mayor que su demanda de valor en idéntica forma. Si la oferta y demanda logran coincidir en este ámbito no se podría valorizar en verdad su capital. Es decir, éste no funcionaría como un *capital productivo* sino que este *capital productivo* se convertiría en *capital mercancía*, sin llevar adherida plusvalía alguna. Si fuera de este modo no habría arrancado a la *fuerza del trabajo*, durante el proceso de la producción de las mercancías, la menor *plusvalía* en forma de la misma, lo que se traduce en que éste no habría funcionado como capital, no habría cumplido la función que le corresponde. Necesariamente el capitalista debe vender un poco más caro de lo que compró, pero si lo logra es gracias al modo capitalista de producción, de circulación y de distribución que convierte la mercancía más barata, por ser de menos valor, comprada por él mismo, en una mercancía más cara, por ser de mayor valor. Sí vende más caro es porque la *fuerza de trabajo* crea un valor que no es retribuido en su integridad al trabajador por parte de la clase patronal.

Capítulo 4: Elementos característicos y definitorios de la *fuerza de trabajo* en la creación del valor.

Cuestiones sobre la fuerza de trabajo como mercancía.

Marx analiza el trabajo del hombre en varios momentos para su mejor comprensión. Por un lado, directamente arranca desde su conceptualizacion, luego pasa por definir la alineación de los trabajadores en tanto mercancías que crean valor dentro del proceso de producción del Estado capitalista, con todas sus consecuencias, y termina haciendo un pequeño planteamiento sobre como vendría a ser el trabajo en una sociedad futura, comunista, donde ya los medios de producción son socializados. En cuanto a la definición del trabajo, Marx deja correctamente establecido que este es un proceso entre el hombre y la naturaleza propiamente tal. Es en definitiva un proceso por el cual ya el hombre media, regula y controla su metabolismo con la naturaleza, es decir, coloca en movimiento las fuerzas naturales que pertenecen a su corporeidad, sus brazos y piernas, su cabeza y sus manos, con la finalidad de apoderarse de los diversos materiales y recursos dados por la naturaleza al hombre bajo una forma útil para su vida; recursos que hacen a la propia satisfacción de las necesidades básicas del hombre en cuanto a la cuestión de su supervivencia. Así, el hombre al operar sobre la naturaleza exterior y al transformarla en beneficio mutuo, como un esfuerzo más o menos racional en relación al fin que busca satisfacer sus necesidades, transforma a la vez su naturaleza. En este proceso además el hombre desarrolla ciertas potencias que dormitaban en la naturaleza y sujeta a su dominio el juego de esa fuerzas y recursos.[9]

Lo importante es que el trabajo es facultad exclusiva del hombre. Esto significa que ahora el trabajador, ya alejado de la forma instintiva, primitiva y básica de producción, al modo del resto de los animales y a diferencia de la

[9] De todas maneras al respecto hay que tener cuidado sobre la concepción que estemos dispuestos a sostener en relación al dominio del hombre sobre la naturaleza en el proceso de búsqueda de la satisfacción de nuestras necesidades. En otras palabras, este dominio del hombre sobre la naturaleza me parece válido solo en la medida que haya cierto respeto por el medio ambiente y el ecosistema. Entonces, antes que una cuestión de control y dominación se plantea una relación de equilibrio, de un justo medio, entre las necesidades de los hombres y el uso de los recursos naturales y materias primas en el proceso de trabajo con miras a la satisfacción de esas necesidades. Por supuesto, ese equilibrio, una buena relación entre el hombre y los recursos que le entrega generosamente la naturaleza solo es viable en términos de primacía de la vida de los hombres por sobre la lógica de la propiedad y del lucro privado a cualquier costo, incluso al punto de violentar la vida y el equilibrio del planeta.

abeja para el caso, no se dedicará sólo a la transformación de la naturaleza, sino que también se dedicará a tejer un suéter que ya existía en su cabeza idealmente que es el objeto de su trabajo, al cual aferra su voluntad como ley. En otras palabras, estamos en presencia de la voluntad orientada a un fin que se mantiene en el proceso global de la producción. Entonces, la obra primera del hombre, lo que lo define en toda su materialidad, es que produce bienes y servicios para la satisfacción de sus necesidades que lo distingue de este modo de otros animales. En mano de los hombres, ahora entendidos como trabajadores, producir significa poder transformar la naturaleza, y al hacerlo expresa su rasgo esencial. No se limita a tomar de la naturaleza los recursos y las materias primas que le son necesarios para satisfacer sus necesidades, sino que deliberada y racionalmente buscará modificarla y en este proceso construye su realidad, su historia. Y la forma, el sentido común que adquiere la historia, precisamente se relaciona con la manera que encara el proceso de producción que, a su vez y tal como vimos en el capítulo 1, tiene que ver además con la forma que se manifiesta la distribución y circulación de bienes producidos. La historia, la realidad, las crónicas y hechos que la conforman, están íntimamente ligadas al modo en que el hombre define y encara la producción en el sentido que implica una manera de hacer y de no hacer las cosas, cierta relación de respeto o de dominación sobre la naturaleza. Eso es fundamental. De ahí que el trabajo sea el concepto central para entender al hombre, el desarrollo de la técnica y la forma colectiva en que se organiza. El trabajo, como actividad productiva libre es de ahora en adelante la actividad en que los trabajadores expresan su humanidad y su auténtica naturaleza. La producción es en su obra la actividad vital, es la vida productiva, porque se presenta al hombre como medio primero de satisfacción de la necesidad de conservación de la especie, de la defensa y reivindicación de la vida. La vida del hombre es vida que engendrará más vida pero que también engendrará miseria, exclusión, muerte y marginación de acuerdo a qué rol estemos dispuestos a asumir colectivamente. Esto no quita el hecho que nos revele el tremendo significado del trabajo como realización de la personalidad y de las múltiples potencialidades del hombre tanto para el bien como para el mal. Como nos lo señala Marcuse en su obra *El Trabajo alienado* respecto a las potencialidades del hombre:

"(…) *liberadas de las limitaciones de una ciencia especializada, las categorías económicas se manifiestan como factores determinantes de la existencia humana (...) Lejos de ser una simple actividad económica, el trabajo es la actividad existencial de los hombres, es su actividad libre y consciente, de ninguna manera un medio solo para mantener su vida, sino para desarrollar su propia naturaleza universal. [un fin en sí mismo] (...) la*

esclavitud del trabajo y su liberación son condiciones que van mas allá del marco de la economía política y afectan los fundamentos de la existencia humana".

Sin embargo, para que el trabajo le permita a los hombres realizarse es necesario que se den ciertas condiciones que tienen que ver en primer lugar con la libertad para que el hombre, en base a su voluntad y conciencia, pueda definir en sus términos su vida. Y esa voluntad y libertad para definir su vida se alcanza cuando además puede expresar sus capacidades en forma amplia, cuando con el trabajo que realiza despliega su naturaleza social y cuando el acto productivo rebasa la necesidad de subsistencia, de satisfacción de las necesidades básicas para ir un poco más allá, en favor de la felicidad de los hombres a partir de la reivindicación del ser genérico. El problema es que en el Estado capitalista el trabajo del hombre, en realidad su *fuerza de trabajo*, es definida y se despliega solo como mercancía. El hecho que lo sea no es acá la cuestión más problemática sino que en primer término lo es el hecho determinante que la clase patronal hace uso y abuso de ésta, la forma en que se apropia de sus frutos bajo la lógica que hace primar el derecho a propiedad sobre cualquier otra consideración. Esta es la problemática central porque la mercancía *fuerza de trabajo* es objeto exterior que merced a sus propiedades satisface necesidades humanas del tipo que fueran: ya sean *naturales* ya sean *creadas* lo que también se relaciona directamente con la forma del Estado y del régimen político en el que vivimos y nos desenvolvemos colectivamente como trabajadores. En otras palabras, no son las mismas necesidades que tiene el hombre bajo un Estado capitalista y su régimen, que nos convierte en eternos insatisfechos, en consumidores compulsivos que solo refuerzan los dogmas del automatismo de los mercados, del individualismo, de la teoría de los dos mundos para el caso, del egoísmo, del idealismo metodológico y sus múltiples fábulas, mitos e irracionalidades (la teoría del fin de la historia, del final de las ideologías, de la historia nacional, cristiana y occidental) que las necesidades que se nos plantean bajo las directrices de un régimen nacional-popular, democrático e inclusivo tanto política como socialmente que busca satisfacer de la mejor manera, por lo menos la más racional, las múltiples y diversas necesidades de los hombres a partir de una definición del bienestar común que nos involucra a todos en tanto trabajadores.

El hecho que las mercancías tengan un doble valor, un *valor de uso* y uno de *cambio* donde el primero es el contenido material de la riqueza y se efectiviza en el uso o en el consumo de la cosa, el hecho que sea cuantitativo y no tenga relación con lo que le costó al hombre hacerse de sus propiedades que lo transforman en útil, el hecho que el *valor de cambio* sea el auténtico valor de cada cosa que se determinará por la cantidad de trabajo socialmente

necesario para producir la mercancía en condiciones normales de producción, es decir, el hecho que el *valor* esté determinado por el trabajo y que todas las mercancías se midan por el *dinero*, en una medida de valor de las cosas, finalmente nos está diciendo que el *valor de cambio* de las mercancías tienen un orden cultural, no así el *valor de uso* que remite a lo natural. Entonces, la mercancía *fuerza de trabajo* tiene la particularidad de crear valor. Es decir, esta es una mercancía a través de la que se obtienen otras mercancías. Por *fuerza de trabajo* se entiende así el conjunto de todas las facultades físicas y mentales de los hombres, que existe en su corporeidad y que coloca en movimiento cuando produce valores de uso de toda índole. Quien posee esta mercancía (que es el trabajador) además tiene que querer venderla a otro y para eso, para que este proceso se lleve adelante de la manera más natural en términos del dogma capitalista, el trabajador debe ser propietario libre de su *fuerza de trabajo*, de su persona, de forma que de ahora en adelante ciertos fenómenos tan aberrantes como la esclavitud u otras maneras anteriores de avasallamiento, como la serviedumbre, acá no tienen cabida; y no lo tienen pero solo en lo formal porque en este contexto de libertad abstracta, idealista, teórica y falsa se sustenta el proceso de *fetichización de la mercancía* en el sentido que esconde la real vinculación contractual entre la *fuerza de trabajo* y el *capital*. Es decir, para que en este contexto la relación entre el trabajador y clase patronal perdure es necesario que la persona venda su capacidad de trabajo por un tiempo limitado porque si en realidad la vendiera toda de una vez sería un esclavo, dejaría de ser libre, pasaría de poseer mercancía a ser una mercancía. Lo único que finalmente hace el trabajador cuando vende su *fuerza de trabajo* es ceder el consumo de ésta, su mercancía. Lo que hace la patronal es encontrarse en el mercado en la búsqueda de la *fuerza de trabajo* que le es necesaria para iniciar el proceso de producción y acumulación en términos de los intereses privados del capital. En tanto la *fuerza de trabajo* necesita del cuerpo para existir como mercancía, el valor de esta mercancía es el valor de los medios de subsistencia necesarios para la conservación de quien la posee, de los trabajadores, pero también esos medios son definidos de acuerdo a la lógica e intereses del Estado capitalista por lo que se produce la alienación del hombre primero como *trabajador* y después como *persona*, es decir, se mantendrá vivo porque la *fuerza de trabajo* necesitará venderse en ciertas condiciones que siempre son desfavorables para los trabajadores, para así alimentarse, vestirse, habitar una vivienda, para acceder a la salud, a la educación y otras cuestiones básicas de la vida urbana moderna.

Por otro lado, la determinación del valor de la *fuerza de trabajo*, en clara oposición con las otras mercancías que existen en el mercado, encierra cierto elemento histórico y uno político que también se relaciona con la ética y la moral en la medida que fundamenta la organización de los hombres, sus

posibilidades y opciones sean reales o no. Pero, como el trabajador en tanto propietario de la *fuerza de trabajo* es mortal, el Estado capitalista necesitará que continúe su presencia en el mercado; es por esto que el vendedor de la *fuerza de trabajo* debe procrear la oferta de trabajo en el mercado. Entonces, la abstracta libertad de los trabajadores, al igual que la satisfacción de sus necesidades básicas para sobrevivir, para no morir de hambre digo, no tiene nada que ver con el poco probable altruismo del capitalismo y sus formas de regímenes, sino con la necesidad de reproducir el sistema, la acumulación privada del capital que involucra una forma de organizar la producción. Es de esta manera como la suma de los medios de subsistencia necesarios para que los trabajadores vivan incluye la necesaria substitución de esta *fuerza de trabajo*, es decir, un salario para criar hijos, para educarlos en la técnica y en el oficio de la producción de los bienes que finalmente lo reemplaza cuando él muere. Este salario, esta educación en la técnica, etc., deben ser el mínimo posible de manera que la tasa de ganancia media del capital sea cada vez más elevada. En ese contexto se deben entender las políticas de productividad, de flexibilización laboral y la caída general de los derechos del trabajador en el capitalismo. De esta forma también se perpetúa en el mercado esa particular raza de los poseedores de las mercancías. El valor de la mercancía *fuerza de trabajo*- que la patronal compra por un salario determinado de antemano por las condiciones sociales y políticas que imperan en relación a la lucha de clases, de acuerdo a la relación de fuerzas entre el capitalista y el trabajador en cierto momento histórico- entonces se traducirá en el valor de los medios de subsistencia considerados necesarios para que el trabajador pueda vivir. Las necesidades de los trabajadores se reducen a la necesidad de mantenerlo durante el trabajo, para que no desaparezca la raza de los trabajadores. En consecuencia, el *salario* tiene exactamente el mismo significado que en el mantenimiento de cualquier otro instrumento productivo: vendría a ser como el aceite que se le aplica a la rueda para que funcione. Una cuestión además importante, en el sentido que define la calidad de vida de los trabajadores, que también se relaciona directamente con las condiciones de su trabajo, es que bajo la óptica capitalista el *salario* formará parte de los costos necesarios en relación a la producción de mercancías. Y cuando el salario es definido como un *costo* ya entramos de lleno en el proceso de exclusión, de pobreza y marginación que es tan típica y extrema en el ámbito neoliberal.

Por último, es importante señalar que mientras la *fuerza de trabajo* circula en el mercado no es bajo ninguna circunstancia parte del capital, no constituye ninguna forma de *capital mercancía* porque en realidad el obrero, el trabajador en general, no es un capitalista, aunque en la práctica aporte al mercado una mercancía que crea valor, su propia piel, sudor y esfuerzo. Sólo a partir del momento en que se vende, en que se incorpora al proceso de la

producción capitalista, es decir, a partir del momento en que deja de circular como mercancía en el mercado, se convierte esta *fuerza de trabajo* en parte integrante del *capital productivo* en la forma en que Marx denominará como *capital variable*, considerada y cumpliendo ahora sí su función como fuente de la *plusvalía*, de la parte circulante del *capital productivo*, con respecto a la rotación del *valor- capital* invertido en ella. Además, la operación básica de comprar para volver a comprar la *fuerza de trabajo* del obrero por parte de la patronal en tanto es mercancía, constituye parte del proceso de circulación del capital. Pero, valga la aclaración, es al interior del proceso de producción donde el *valor* invertido en *fuerza de trabajo* se convierte (en ningún caso para el trabajador, sino para el capitalista) de una magnitud determinada, fija y constante, en magnitud variable, a partir de la que el valor desembolsado se convierte también en valor- capital, en capital, en valor que se valoriza.

La fuerza de trabajo en el proceso de creación del valor.

Lo esencial de comprender el *salario* de los trabajadores como *capital variable* es que nos lleva a dilucidar en todas sus complejidades el modo de producción del capital, su valorización, su creación y acumulación privada. Entonces, ya estamos en condiciones de considerar que el capitalista cambia una suma de valor dada y constante por la fuerza creadora de valor. El hecho que el capitalista cambie magnitud de valor por producción de valor, por una fuerza que se valoriza por sí misma, que es la propia *fuerza de trabajo* como mercancía especial, no cualquier mercancía, además a disposición de la clase patronal y no del trabajador (porque esta mercancía solo está en condiciones de crear valor cuando ingresa en el proceso de producción del que en fin el capitalista es el propietario como viéramos más atrás) nos remite al núcleo de la lógica del Estado capitalista dominante y de los regímenes políticos que lo han asistido en su historia de control sobre las mayorías. Por otro lado, que el capitalista pague al trabajador por el uso de su *fuerza de trabajo* en *dinero* o en medios de subsistencia no alterará para nada este concepto esencial de creación del valor en favor de la clase patronal y sus intereses relacionados siempre con la acumulación privada de capitales. En realidad, lo único que altera es la modalidad de existencia del valor que en un momento previo fue desembolsado por él, que en un caso existe en forma de dinero a través del que los trabajadores compran por su cuenta, individualmente, en el mercado los medios de subsistencia y en otro caso existe bajo la modalidad de medios de subsistencia directamente consumidos por él que como sabemos son los alimentos, la vestimenta y, en la medida que la vida colectiva se complejiza, también la vivienda, el acceso a la salud o la educación, el transporte, etc. La producción bajo la modalidad capitalista en su etapa desarrollada presupone

además que el trabajador sea pagado en *dinero* porque es éste el equivalente general que hace posible el intercambio de las mercancías, en primer lugar el intercambio de la *fuerza de trabajo* que a través del *salario* expresará el mínimo posible para que el trabajador y su familia pueda reproducirse. Por otro lado, en relación a los medios de trabajo que intervienen en el proceso de producción, me refiero a la maquinaria, etc., el mayor o el menor grado de fijeza de los mismos depende de su grado de duración, de ciertas cualidades físicas. Es decir, según el grado de duración y considerando la igualdad de condiciones, esos medios se desgastan de manera más o menos rápida o lenta de modo que funcionan durante más o menos tiempo como parte del *capital fijo*. Sin embargo, lo que les permite funcionar como *capital fijo* no es solo esta cualidad física que representa su grado de duración, de desgaste, porque las materias primas con las que trabajan las fábricas metalúrgicas tienen el mismo grado de duración que las máquinas con las que se fabrica el metal y un grado más alto que el de algunas partes de estas máquinas, hechas por ejemplo, de materiales menos resistentes como la madera. Pero, mientras el metal en la metalúrgica es materia prima y parte del *capital circulante*, el medio de trabajo, o sea, la máquina construida probablemente de ese mismo material, de metal para el caso, y en la misma factoría, es parte del *capital fijo* y no del *circulante*. Lo que digo es que no es, por lo tanto, la naturaleza física material, su mayor o menor grado de desgaste en el propio proceso de producción capitalista, lo que hace que el metal figure como *capital fijo* y en otras oportunidades como un *capital circulante*. La diferencia en este caso se relaciona directamente con la función que le corresponde en el proceso de producción de la mercancía, en la que a veces es objeto del trabajo, materia prima del proceso de producción, y en otros casos es medio de trabajo.

La función del metal o de cualquier otro bien como medio de trabajo en el proceso de producción propiamente dicho requiere por término medio que sirva constantemente, una y otra vez, durante un período más o menos prolongado, en repetidos procesos de trabajo. No tiene mucho sentido el uso de herramientas o de maquinaria en el proceso productivo del moderno modo capitalista de hacer las cosas si ésta se consume de una vez y totalmente en el proceso de producción. En este contexto, hay que buscar alternativas menos onerosas, que no se desgasten de esta manera, como factores de producción porque esta función como medio de producción exige, por lo menos, que su materia tenga un grado mayor de duración que la haga así viable y racional en términos tecnológicos. Sin embargo, tampoco es el grado de duración de la materia de la que se forma la que lo convierte de por sí en *capital fijo*. De hecho, la misma materia- como ya hemos visto- puede ser *capital circulante*, si interviene como materia prima en el proceso de producción, o puede ser *capital fijo* en cuanto es un medio de trabajo. Pero, aunque lo definitivo para

que sean *capital fijo* no es la calidad duradera de la materia de que está hecho el medio de trabajo, su función como tal, como medio de trabajo, exige que por lo menos estén hechos de cierto material que sea relativamente duradero, que no se pierda completamente en este proceso de producción. El grado de duración de su materia es, por tanto, condición previa para que éstas puedan desempeñar su rol como factor y medio de trabajo y también es base material del sistema de circulación que los convierte en *capital fijo*. Así, en igualdad de condiciones, el mayor o menor desgaste de la materia de estos medios le imprime el sello de la fijeza y se haya, por tanto, esencialmente enlazada a su cualidad de *capital fijo*. Por otra parte, la materia del capital invertido en los salarios- para el caso el *capital variable*- es el trabajo, o dicho de una manera más específica, es *fuerza de trabajo* puesta en acción, cumpliendo la función que le corresponde en el proceso de producción de mercancías. Es *fuerza de trabajo* puesta en acción para crear valor; es trabajo vivo que la patronal en tanto dueña del Estado capitalista y los regímenes que lo representan, cambia por trabajo materializado e incorpora a su capital y sin el cual el valor que tiene en sus manos no se convertiría en valor que se valoriza. Por lo mismo, la *fuerza de trabajo* es una mercancía que crea valor solo para el capitalista (cuando éste la compra al trabajador y la pone a su disposición como medio de producción de mercancías) y no es mercancía para los trabajadores como ya vimos en el artículo anterior. Entonces, esta capacidad de ser la *fuerza de trabajo* una mercancía especial, de valorización de capitales, no la vende a la patronal de una vez y para siempre una vez iniciado el proceso productivo sino que es siempre parte integrante de su *capital productivo*, como su medio de trabajo, y nunca de su *capital mercancía*, como por ejemplo lo es un bien terminado que se vende de una vez en el mercado. De esto se sigue que bajo la lógica del proceso de producción de mercancías, como parte integrante del *capital productivo*, los medios de trabajo no se contraponen en absoluto a la *fuerza de trabajo* como un *capital fijo*, del modo que el material del trabajo y materias auxiliares, como son las materias primas, el metal para el caso, no se engloban con ella como *capital circulante*. Ahora, la *fuerza de trabajo* se contrapone al capital como factor personal, puesto que los dos son factores materiales y esto entendido desde el punto de vista del proceso del trabajo. Estos dos capitales, tanto el *productivo* como el *circulante*, por su parte, se contraponen a la *fuerza de trabajo*, es decir al *capital variable*, como *capital constante*, desde el punto de vista del proceso de valorización del capital. De la propia naturaleza del valor, que no es sino el trabajo materializado en un bien, y de la naturaleza de esta *fuerza de trabajo* de ahora en más puesta en acción por la clase patronal en propio beneficio, para incrementar y acumular capital que es el núcleo sobre el que gira el Estado capitalista y su lógica, la cultura, la razón e interés de los grupos dominantes (que son conservadores,

reaccionarios y antidemocráticos en el sentido que creen estar más allá de cualquier organización colectiva que aspira al bienestar común) digo, de la naturaleza de la *fuerza de trabajo* que es trabajo materializado, se desprende que la *fuerza de trabajo* mientras cumple su rol, mientras se halla en función en el proceso de producción, crea plusvalía y valor constantemente al tiempo que así se vuelve representante del movimiento y creación del mismo.

Por otro lado, cuando me refiero a la jornada laboral de un trabajador cualquiera, me refiero en realidad a la cantidad de tiempo durante el que el trabajador en cuestión pone a funcionar su *fuerza de trabajo* al cabo de un día laboral, me refiero al tiempo durante el que trabaja diariamente, para el caso las ocho horas reglamentarias y las extras sean o no remuneradas. Por el contrario, cuando me refiero al *periodo de trabajo* aludo definitivamente al número de jornadas laborales del trabajador que son coherentes con una rama industrial para suministrar un producto elaborado en su totalidad. A modo de ejemplo, si suponemos que la cantidad de las horas totales necesarias para construir una netbook sea de unas cinco jornadas de trabajo, en lo tocante a los obreros que trabajan en la fábrica de computadoras, esas cinco jornadas son una magnitud homogénea y discontinua, que según esa hipótesis consiste en cinco procesos de trabajo, separados y sucesivos, de ocho horas cada uno donde tampoco hay horas extras solo a afecto de simplificar el caso. Pero, en lo tocante a la netbook, que es el producto final, las cinco jornadas de trabajo forman una magnitud continua, una sola jornada de trabajo de cuarenta horas (la suma de las ocho horas por las cinco jornadas laborales) un solo acto bien coherente de producción. En este caso, el producto de cada jornada de trabajo bajo los designios del Estado y modo capitalista de producir es un producto parcial que sigue elaborándose jornada tras jornada y que solo adquiere su forma definitiva, su forma final, como *valor de uso* terminado, al llegar al término del período de trabajo. Por esto, la interrupción y perturbación que se dará en el proceso social de producción a consecuencia de las crisis, también repercuten de distinta manera sobre los productos del trabajo de carácter homogéneo y discontinuo y sobre aquellos que exigen para su producción un período más largo y coherente. Durante el período de trabajo de las netbooks en el ejemplo va acumulándose por etapas sucesivas la parte de valor que el *capital fijo* transfiere diariamente a las netbooks hasta su elaboración final. Y es en este momento donde se revela, en su importancia práctica, la diferencia entre el *capital fijo* y el *capital circulante* tal como lo plantea Marx. En este sentido, el *capital fijo* se desembolsa para iniciar el proceso de producción de la netbook por un período de tiempo más largo no siendo necesario renovarse antes de transcurrido este período, que puede ser un buen tiempo. El hecho que en este caso la netbook en su proceso de producción transfiera de forma fragmentaria, jornada laboral tras jornada laboral, su valor en un proceso de

trabajo homogéneo y discontinuo, o que lo transfiera cada tres semanas si se tratara de un auto, producto de un acto de producción continuo, no altera la inversión del capital necesario para la compra de las netbooks. En el primer caso, su valor refluye en pequeñas dosis, por ejemplo semanalmente mientras que en el otro caso, en gran masa como por ejemplo de forma trimestral. Pero la renovación de las netbooks se plantea, tanto en uno como en otro caso, al cabo de unos cinco años, en el cual ésta sigue funcionando en el proceso de producción durante varios períodos de trabajo. Es lo que hace distintivo al *capital fijo* en relación al *capital circulante* en el sentido que no pasará lo mismo con los diversos elementos circulantes del capital que desembolsa en el proceso de producción de las netbooks. De hecho, la *fuerza de trabajo* que se compra para esta semana se gasta durante esa semana y se materializa en el producto. Así, es necesario pagarla al final de esa semana. Y esta inversión de capital en *fuerza de trabajo* que hace el capitalista para dar marcha inicial a la producción de determinados bienes se repite periódica y semanalmente, a lo largo del tiempo que demora la producción final de la netbook en ese caso, sin que el desembolso de esta parte de capital en esta semana en particular permita al capitalista sufragar la compra de trabajo la semana siguiente. De ahí que tendrá que invertir todas las semanas capital adicional para pagar la fuerza de trabajo y no interrumpir el proceso de producción. Además, durante el proceso de trabajo se transfiere de forma constante a la netbook no sólo el valor de la fuerza de trabajo que es empleada por la patronal, sino además la plusvalía, pero no al producto terminado, sino al producto a medio terminar, que no reviste todavía la forma de mercancía acabada y que aún no es, por tanto, susceptible de circulación ni distribución.

Después de lo anterior, después de haber actuado la *fuerza de trabajo*, se sigue que el capital ya no está formado por *fuerza de trabajo*, de una parte, y de la otra por medios de producción. El *valor- capital* que se invirtió en la mercancía *fuerza de trabajo* es desde ahora el valor propiamente dicho más la *plusvalía* que fue añadido en el proceso al producto. Para que el proceso se repita de manera continua es necesario vender las netbooks así producidas e invertir de manera constante, una y otra vez, el *dinero* obtenido en comprar *fuerza de trabajo* e incorporarla al *capital productivo* de forma que vuelva a empezar todo nuevamente, sin interrupciones, para la buena salud del Estado y modo capitalista. Esto es lo que da a la parte del capital invertida en *fuerza de trabajo*, lo mismo que la empleada en los diversos materiales que también se verán involucrados, como materias primas y como auxiliares, el carácter del *capital circulante*, por oposición al *capital fijo*, ese que permanece fijado en los medios de trabajo. El punto es que el idealismo metodológico y la falta de honestidad teórica- intelectual de los neoliberales nos conduce a un falso entendimiento de la *fuerza de trabajo* como *mercancía* que crea *valor* como

de todas las variables que hacen al Estado y al modo capitalista y sus formas de producción, de circulación y distribución. Al mismo tiempo, con sus ideas y conceptos ponen fin- a través de ocultarnos el proceso de *fetichismo de las mercancías*- a la distinción que existe entre la generalización y el dominio de ésta que es tan característico de la economía que hace al Estado capitalista y a las especificidades nacionales relativas a los pueblos latinoamericanos. Nos ocultan el carácter social de la producción de bienes, de las mercancías, de la naturaleza de la *fuerza de trabajo* en el sentido que le imprimen sus propios elementos de valor a cada cosa. Nos ocultarán inclusive el proceso social de producción haciéndonos creer que éste tiene apenas un carácter natural, un carácter que sería inherente a la misma naturaleza material de las cosas. Por ejemplo, nos afirman que los medios de trabajo son *capital fijo* pero esta idea lo único que logra es crear confusión, un falso análisis de la cuestión central, que al final nos induce a las contradicciones insalvables del modo capitalista.

Algunas consecuencias de la ley de producción de plusvalía sobre la mercancía *fuerza del trabajo*.

La importancia siempre fundamental de la *fuerza de trabajo* en tanto mercancía en el estado del modo de producción, de circulación y distribución capitalista es que finalmente es el único *capital* que engendra *plusvalía*, que luego se traduce en acumulación de capital a favor de la clase patronal; es la única que realmente se invierte en el proceso de trabajo donde interviene esa *fuerza de trabajo* para crear el valor correspondiente: sólo para ella rigen las leyes acerca de la *plusvalía*, entre las que se cuenta esa según la que la masa de *plusvalía*, partiendo de una cuota dada de la misma, se determinará por la magnitud relativa del *capital variable*, es decir, por el costo de la *fuerza de trabajo* traducida en el salario real de los trabajadores. El proceso de trabajo se mide por el tiempo, ya lo vimos. Entonces, partiendo de una longitud dada de la jornada de trabajo, la semana laboral se conforma por un número cierto de jornadas de trabajo. Marx nos lo explica en el Tomo II de El Capital de la siguiente forma:

"También podemos considerar un período de trabajo cualquiera, por ejemplo, en nuestro caso, un período de trabajo de cinco semanas, como una gran jornada de trabajo de unas 300 horas por ejemplo, suponiendo que la jornada de trabajo = 10 horas y la semana = 6 jornadas de trabajo. Pero, además, deberemos multiplicar esta cifra por el número de obreros que se emplean todos los días, simultáneamente, en el mismo proceso de trabajo. Suponiendo que este número sea, por ejemplo, de 10, el total de una semana será = 60 X 10 = 600 horas. y el de un periodo de trabajo de cinco semanas

= 600 X 5 = 3,000 horas. Por lo tanto, los capitales variables serán iguales cuando, siendo las mismas la cuota de plusvalía y la duración de la jornada de trabajo, se movilicen masas iguales de fuerza de trabajo (una fuerza de trabajo del mismo precio, multiplicada por el mismo número) en el mismo plazo de tiempo. La ley de producción de plusvalía es que, a igual cuota de plusvalía, masas iguales de capital variable en acción producen así masas iguales de plusvalía. Si, por tanto, los capitales A y B emplean, en el mismo período, de tiempo y con la misma cuota de la plusvalía, masas iguales de capital variable, producirán necesariamente en el mismo espacio de tiempo masas iguales de plusvalía. Además, al lado de la verdadera acumulación, o sea, la transformación de la plusvalía en cierto capital productivo (con su correspondiente reproducción a escala ampliada), discurre la acumulación de dinero, mediante la cual se va amasando una parte de la plusvalía como capital- dinero latente, llamado a funcionar como capital activo adicional tan pronto como cobra cierto volumen. Así se plantea el problema desde el punto de vista del capitalista individual. Sin embargo, al desarrollarse la producción capitalista se desarrolla también, en paralelo, el sistema del crédito. El capital- dinero que el capitalista no puede emplear todavía en sus negocios sería utilizado por otros, quienes le pagan los correspondientes intereses. Este capital funciona para él como capital- dinero en un sentido específico, como una especie de capital distinto del capital productivo. Pero actúa como capital en manos de otros".

Es evidente que, al hacerse más frecuente la realización de la plusvalía a favor de la clase patronal y aumentar la escala en que se produce de manera continua y constante, aumenta la proporción en que se lanza al mercado del dinero nuevo capital en forma de dinero o dinero como capital, de esa forma reabsorbido aquí, al menos en gran parte, para ampliar la producción de las mercancías. Sin embargo, lo que vendría a constituir el *ahorro*, la masa de la riqueza realmente acumulada en el proceso de producción y de reproducción del Estado capitalista, considerada en cuanto a su volumen, es absolutamente insignificante si se la compara con las fuerzas productivas de la sociedad a la que pertenece, cualquiera sea el grado de civilización de ésta, o aunque sólo se la compare con el consumo real de esta sociedad durante unos años. Digo, tan insignificante es esta riqueza acumulada en la forma de *ahorro* en cuanto a su volumen y en relación a las diversas fuerzas productivas de la sociedad en su conjunto, que involucra además cierta manera y modo de producción, de circulación y distribución de los bienes generados socialmente que define la forma del Estado y su correspondiente manifestación a través de algunos regímenes políticos múltiples que se van sucediendo a través de la historia del hombre bajo el yugo del Estado capitalista. Tan insignificante es el ahorro

que la atención primera de los teóricos y legisladores al servicio del Estado y modo capitalista y sus intereses en cuanto a perdurar en el tiempo, siempre se dirigió a la propiedad de las fuerzas de producción de las mercancías y a su futuro libre desarrollo, y no, como hasta entonces, al ahorro o a la riqueza acumulada que salta a la vista. De hecho, Marx definió la libertad del hombre a partir de la propiedad social de los medios y factores de producción lo que no es errado siempre que los consideremos, los definamos y coloquemos en práctica políticamente a través de la legitimación que le da la supremacía absoluta del derecho a la vida para que precisamente esa propiedad social no derive ni deforme en los mal llamados "socialismos reales" u otras formas de autoritarismos que solo están a favor de los intereses de los clanes familiares dominantes globales. En este contexto, cuando se nos revela la importancia de las fuerzas productivas, de la *fuerza de trabajo* como mercancía que crea valor en el proceso de reproducción, vemos que la inmensa mayoría de la *riqueza acumulada* es puramente nominal porque no se conforma por objetos materiales, por los trenes, los barcos, las casas y departamentos, las mejoras en la tierra o la tecnología, la informática o las comunicaciones (...) sino que está formada por simples títulos jurídicos, por el derecho a participar en las fuerzas productivas futuras que le dan su sentido al régimen político, títulos y bonos creados y desde hace mucho tiempo perpetuados por expedientes o instituciones políticas, una lógica y una razón que hace al Estado capitalista una realidad hostil a la vida del hombre porque lo inserta en un medio social, político, económico y cultural de perenne y permanente estado de miseria e inseguridad. Una inseguridad que por ejemplo se expresa en la transitoriedad del empleo del trabajador, que se expresa en la caída del poder adquisitivo de los salarios reales, del jornal de cada uno, inseguridad que se manifiesta en la siempre latente amenaza de la pobreza, la exclusión, marginación, la falta de perspectivas y sueños, en la flexibilización laboral que acaba con cualquier proyecto de vida, de familia inclusive, inseguridad que tiene que ver también con la violencia, con la pérdida de derechos adquiridos conseguidos a través de décadas de lucha, de sudor, de lágrimas, de movilización y participación, consecuencia y conciencia de trabajadores de otras épocas, una época donde muchos de ellos ofrendaron lo más preciado, sus vidas, para exigir el derecho a una vida un poco más digna, menos insegura. Una inseguridad que además se expresa en la ineficiencia del capitalismo y sus regímenes para favorecer la gobernabilidad en términos democráticos, inclusivos, en términos de una democracia que va más allá de la mera formalidad a que nos acostumbran los grupos de interés dominantes.

A través del empleo de estos diversos artículos (que son acumulación de objetos materiales o riqueza real) como simples medios, sus poseedores, los dueños digamos, se valdrán para apropiarse de la riqueza que es por todos

producida. Sin embargo, es esta riqueza la que crea las fuerzas productivas futuras de la sociedad en el proceso que intentará satisfacer las necesidades de todos a pesar que en el capitalismo, ahí está su gran contradicción, esta misma riqueza socialmente generada es distribuida en favor de los sectores dominantes pero ya casi sin acción violenta sino a través del dominio de las razones del capitalismo, que legitima la compra de la *fuerza de trabajo* en un proceso específico de un intercambio caracterizado por la falsa relación de igualdad entre ésta y los dueños del capital. No se considera, en realidad la mayoría de los trabajadores ni siquiera lo sospecha, cuán extraordinariamente pequeña, lo mismo en cuanto a la masa que en cuanto a la fuerza de acción, es la proporción existente entre la acumulación efectiva de la sociedad y las fuerzas humanas productivas, de la que sobresale la *fuerza de trabajo* por la característica que le asiste en tanto creadora de valor, e incluso entre estas fuerzas humanas que intervienen en la producción y el consumo ordinario de una sola generación de hombres en el espacio de unos pocos años. La razón de esto salta a la vista, pero el efecto es bastante perjudicial. La riqueza que los trabajadores producen en el proceso de producción que busca satisfacer las necesidades de la mayoría (proceso altamente ineficiente, de poca valía y muy ineficaz por la sencilla razón que solo de manera muy marginal, solo en cuanto es necesaria la reproducción de la fuerza de trabajo, cumple con las expectativas de mejoría de la vida del trabajador) se consume y desaparece con el uso, es decir, permanece de manifiesto durante un instante y produce impresión solamente mientras se la disfruta o se la consume en su totalidad. Sin embargo, como la cuestión no es nada simple bajo los dogmas del Estado capitalista y su modo de producción, también existe una parte de la riqueza que se va consumiendo lentamente- las máquinas, los muebles y edificios- que permanecen frente a nuestra vista desde la infancia hasta la ancianidad, como monumento perdurable del esfuerzo que el trabajador cotidianemente hace en el duro proceso de supervivencia. La posesión de esta parte fija del capital, permanente de la riqueza pública, que se consume más lentamente, poco a poco y más allá de la inmediatez de otros bienes- de la tierra y de las materias primas contenidas en ella, de las herramientas y máquinas con las que se trabajará y define la forma del modo de producción, la tecnología y factores de producción a considerar en este proceso específico y particular, de los edificios que albergan a los trabajadores durante su jornada laboral-, permite al propietario de los objetos, las herramientas y maquinaria diversa, dominar y controlar en propio provecho las fuerzas de producción sociales, que se compone de todos los trabajadores involucrados en la producción y de los objetos verdaderamente productivos de la sociedad, por insignificantes que puedan ser, comparados con los productos constantemente reiterados de ese trabajo.

En esta perspectiva de control de esa minoría sobre la mayor parte de los trabajadores, en esta nueva perspectiva que involucra la movilización de la razón dominante precisamente para conservar e intentar perpetuar hasta el final del tiempo en su estado actual esta masa aparentemente gigantesca de capital existente o dicho en palabras más simples, el mando y el monopolio que permite ejercer sobre los productos del trabajo social, se racionaliza a partir de la supremacía de la propiedad privada de esa maquinaria espantosa, de sus factorías y de la *fuerza de trabajo* (que repitámoslo solo es mercancía para la patronal, no para el trabajador), se racionaliza y aceptará la ruindad, la esclavitud, pobreza y la represión de cualquier manifestación de la cultura popular, del arte de la resistencia- eficaz y gallarda- de los trabajadores. Se racionaliza otra vez el vicio, el crimen, los sufrimientos y la inseguridad de la mayoría de la que hablé apenas hace un momento. A partir de esta cuestión, la lógica del Estado capitalista entonces ejerce el control y el dominio, ejerce formas de acción política y producción, circulación y distribución del poder en favor de un léxico, de una gramática de dominio que en nada favorece a los trabajadores en cuanto son un colectivo protagonista de la historia. Pero, también sabemos que nada es automático sino que más bien la lucha, que al final conduce al trabajador al protagonismo, no se produce por generación espontánea. Ahí es donde entra en escena la toma de conciencia. Y esa toma de conciencia es definitiva y es probable, real y muy racional porque nada puede acumularse sin satisfacer ante todo las necesidades y requerimientos del trabajador, las más básicas y las más complejas, todo aquel tremendo torrente de las inclinaciones humanas que siempre buscan fluir hacia el goce, a la búsqueda de una mejor vida. A partir de aquí se verá mejor el volumen relativamente insignificante de riqueza real de la sociedad en cada momento dado en comparación con el despliegue de la *fuerza de trabajo* y en general de todos los medios y factores de producción que se encuentran involucrados en este proceso. Simplemente en tanto trabajador, en tanto poseedor de la mercancía *fuerza de trabajo*, nos encontramos siendo parte integrante de un ciclo eterno de producción, de reproducción y de consumo de bienes.

En esta masa inmensa de producción, de reproducción y del consumo de bienes puede desaparecer, sin apenas notarse, la acumulación real pero, por las propiedades de ésta, lo definitivo del despliegue de la creación del *valor*, que finalmente nos revela en todas sus consecuencias la forma en que el Estado capitalista organiza su modo de producción, que en primer lugar se relaciona con la explotación del hombre por parte del hombre, la explotación del trabajador por parte de la patronal en favor de la acumulación privada del capital, los teóricos y los legisladores al servicio de esta muy refinada forma de control social y político que es ni más ni menos que el modo capitalista, nos insisten y ponen la atención no sobre aquella masa de fuerza productiva,

sobre la característica única de la *fuerza de trabajo* de la que dispone la clase patronal, sino sobre esta mínima acumulación de riquezas para así distraer la atención y evitar la toma de conciencia, la rebeldía, el arte de poder de los trabajadores. Quieren que obviemos el hecho que la mercancía *fuerza de trabajo* en tanto creadora de valor es mercancía solo para el patrón porque es él quien le da su sentido final al poder adueñarse del proceso de producción de bienes, al colocarla a producir. Quieren que obviemos que es acaparada por unos cuantos, por una minoría que entonces se convierte en instrumento de apropiación de los productos constantemente reiterados del trabajo. Pero, la masa de bienes producidos pasan como la ola eterna e innumerable de la corriente poderosa y se pierden en el océano olvidado del consumo que bajo esa lógica no tiene límite alguno. Pero, este consumo eterno condiciona, no sólo todo goce sino la misma existencia del género humano, condiciona su forma de trabajo, sus sueños, su vida y la relación que establecen con sus semejantes. Sobre la cantidad y la distribución de este producto así debieran recaer sobre todo nuestras reflexiones si queremos una vez más subvertir la razón del Estado capitalista en provecho del trabajador. Es en este momento preciso donde se nos revela que la real acumulación tiene una importancia secundaria, que además se deberá casi exclusivamente a la influencia que ejerce en la distribución de los bienes como productos sociales porque la verdadera acumulación y distribución de esos bienes se consideran siempre con referencia a la fuerza productiva y en función de la misma. En cambio, los demás sistemas proceden casi todos a la inversa: consideran la fuerza productiva con referencia a la acumulación y en función de ella para intentar de esa forma perpetuar el modo de distribución existente. Es cuando la razón de los neoliberales tergiversa todo, nuestra vida, nuestros conceptos, todo. De hecho, se da el nombre de *seguridad jurídica* a la perpetuación de lo que es obra de la *violencia* en el que nos envuelve el proceso de fetichización de la mercancía, su dominación o generalización, y para conservar esa abstracta y poco probable *seguridad* sacrifican toda fuerza productiva del hombre. Por lo mismo se vuelve necesario que el régimen político de una vez y por siempre, por lo menos mientras dure la transición a otro modo de hacer y organizar la vida colectiva, se involucre en este proceso de intercambio desigual entre la fuerza del trabajo y el capital en favor de la primera.

La intervención del régimen político en la compra- venta de la fuerza de trabajo: la función del reformismo, el sindicalismo y el Estado.

En el análisis de Marx resulta más o menos obvio detectar en el Estado capitalista una relación fuertemente contradictoria entre la igualdad jurídica de los ciudadanos, que este Estado capitalista instituye en propio provecho, y

la desigualdad económica, que también el Estado capitalista (desde siempre a través del régimen) contribuye a mantener otra vez en beneficio propio, en favor expreso de la acumulación privada del capital. A pesar de esto, para los autores que se encuentran comprometidos con la teoría dominante, e incluso para autores que se reclaman así mismo como marxistas- lo que conocemos como *reformistas de "izquierda*"-, cualquiera que haya sido la pertinencia de las afirmaciones de Marx en relación al Estado, actual y progresivamente, se estaría produciendo una nueva tendencia a la igualación social y económica que Marx no habría previsto, tendencia que encontraría también un reflejo en el ámbito de lo legal, lo jurídico y político que implicaría nuevas estructuras de funcionamiento del régimen. Sin embargo, el núcleo conceptual del modo de producción del Estado capitalista, su estructura, su lógica e intereses están en la especificidad estructural del mecanismo de extracción compulsiva del *trabajo excedente* al trabajador, de la *plusvalía*. Al respecto, el supuesto de esta real especificidad del modo de producción capitalista es la presencia, en la esfera de la circulación, del trabajador libre- abstracto como señala Marx:

"La transformación del dinero en capital exige, por lo tanto, que el poseedor de dinero se encuentre en el mercado con el trabajador libre, y libre desde un doble punto de vista. Es decir, libre jurídicamente y «libre» de cualquier otra propiedad que no sea su fuerza de trabajo".

A modo de síntesis hay que aclarar en este punto que las relaciones de producción al interior del Estado capitalista suponen, pues, el fenómeno de la compra y la venta de la mercancía *fuerza de trabajo* que no es negado por la mayor parte de los críticos de Marx. Sin embargo, algunos de esos críticos llegan a afirmar que hoy, en la sociedad actual, en pleno neoliberalismo y el colmo de la embriaguez que nubla la vista pero en primer lugar la conciencia, ya no se notarían sus consecuencias más atroces (la explotación del hombre por el hombre a través de la apropiación del trabajo ajeno) con la intensidad de épocas anteriores de la historia del hombre. Entonces, se produce el gran festín y pretenden que nosotros reivindiquemos el reformismo más estéril, el más atroz, en base a poco probables, nuevas y numerosas garantías político-sociales de amparo al trabajador que ahora vivirían en mejores condiciones; pretenden que reivindiquemos ese reformismo estéril que conlleva un Estado capitalista y un régimen que reivindica así un proceso virtuoso de creciente responsabilidad social- política del sector público y de las empresas privadas, con la intensidad y con la productividad que hubo en los comienzos de la revolución industrial. Lo que ellos no están dispuestos a aceptar- los teóricos del reformismo como final- es que si bien el trabajador jurídicamente libre es propietario de su *fuerza de trabajo*, al mismo tiempo la igualdad jurídica, la

igualdad del ciudadano ante la ley, su igualdad en tanto trabajador que forma parte de un específico modo de producción (que además determina la forma de manifestarse políticamente el régimen) no es más que la transposición de esta igualdad de los propietarios y dueños de la *fuerza de trabajo* en la esfera de la circulación de las mercancías. En consecuencia, a partir de Marx, la contradicción entre la igualdad jurídica y la desigualdad económica de los trabajadores al interior, en la base del Estado y del modo capitalista, es una condición estructural de la manera de definir la producción, la circulación y la distribución de bienes. Son las dos caras de una misma moneda, en modo alguno, por eso, son reductibles a una temática de explotación circunstancial de los trabajadores, circunstancial en el sentido que a partir del desarrollo del moderno capitalismo esa explotación se haría menos brutal, más soportable, o de efectividad del régimen democrático para mejorar la calidad de vida de la mayoría a través de políticas del todo reformistas que solamente buscan consolidar el estatus que impera desde hace un buen tiempo. Sin embargo, el reformismo continúa planteando la contradicción entre la igualdad jurídica y la desigualdad económica como circunscrita a una fase del Estado capitalista, fase hoy en vía de superación en el seno del continuo desarrollo del modo de producción capitalista. Pero, como negación de lo anterior otra vez viene en nuestro auxilio la historia del hombre, la realidad e historia que nos muestra que el problema se plantea inmediatamente en cuanto pasamos del análisis de la cuestión política, del derecho político formal y abstracto, a los llamados derechos sociales de los trabajadores bajo el Estado capitalista. En rigor, las tesis que avanzan los autores al servicio de la razón capitalista supondrían en primer término que los *derechos sociales* implican una proyección específica del principio de la igualdad, en tanto que más allá de esta igualdad formal y connatural al derecho, la ley del Estado capitalista, perseguiría la igualación de las condiciones materiales de la vida, al tiempo que los *derechos sociales singulares* solo reposarían en un *derecho social general* que remite a un nivel mínimo de existencia del trabajador. Según otros autores reformistas, yendo más allá del *derecho social general*, existiría un *derecho social fundamental* relacionado con la participación igualitaria respecto del confort espiritual y material del hombre.

La primera observación de las tesis anteriores sobre el derecho social, sea singular, general o fundamental, es que estos autores usan una noción del derecho tan carente del necesario rigor analítico que es bastante susceptible de una aberrante instrumentalización. Por ejemplo, en ese contexto nunca en el Estado capitalista y su correspondiente régimen ha existido un derecho, esto es, una pretensión que sea jurídicamente exigible a la participación lo más igualitaria posible en el confort espiritual y material. Ni existe, ni puede existir. No es sólo que ninguna pretensión jurídicamente exigible pueda ser

virtualizada en la ley del Estado capitalista sobre una formulación normativa con tal margen de indeterminación (lo más igual posible), sino que la misma juridización de la pretensión a la igualdad material del hombre sería simple y radicalmente incompatible con los propios supuestos económicos, políticos y estructurales del modo de producción capitalista y las relaciones sociales que deja establecidas. De hecho, si encontráramos una formulación de ese tipo, u otra que sea similar, de encontrarse en un texto legal digo, no sería más que una expresión ideológica y semántica de orientación de la política social. Lo que sí se encuentra en el orden jurídico de la mayor parte de nuestros Estados capitalistas modernos es apenas la garantía de un salario mínimo (garantía más o menos nominal y más o menos efectiva, pero esto es otro tema) y la garantía de una prestación sustitutiva del salario en caso de paro forzoso que incluso se pierde con la imposición del neoliberalismo y sus crisis.[10]

[10] Otro importante error en el que incurren los reformistas políticos en su desesperación por salvar al Estado capitalista de sus contradicciones tiene que ver con la distinción que dejan establecida entre la determinación de la estructura genérica de las relaciones de producción bajo el Estado capitalista, que se revela preferentemente en el análisis del valor, y la modulación de tal estructura por un estado histórico (o *fase)* de aquellas relaciones de producción- el capitalismo de competencia- que se manifiesta en relación a este tema, en ciertos desarrollos del análisis de la acumulación por parte de los reformistas. Sin embargo, la falacia teórica en la que incurren cuando se trata del análisis marxista del valor es que de éste no se desprende, en modo alguno, que la determinación del precio de la *fuerza de trabajo* se efectúe necesariamente en el nivel mínimo de subsistencia biológica. Este nivel mínimo de vida, es la condición para la subsistencia y la reproducción de la *fuerza de trabajo*, determinante, por ello, del valor de esta mercancía. Al respecto nos dice:

"(…) *Esta mercancía, como cualquier otra, posee un valor. En tanto que valor, la fuerza de trabajo representa el quantum de trabajo social materializado en ella. Para que siempre haya fuerza de trabajo en el mercado, como lo requiere la transformación continua del dinero en capital, es preciso que sus poseedores se perpetúen como se perpetúa todo ser viviente por la generación. La suma de los medios de subsistencia necesarios para la reproducción de la fuerza de trabajo incluye, pues, los medios de subsistencia de los sustitutos, es decir, los hijos de los trabajadores, a fin de que esta raza especial de poseedores de mercancías se perpetúen en el mercado".*

Lo que en definitiva nos plantea Marx es que el umbral mínimo del valor de la *fuerza de trabajo* dependerá de criterios que no son para nada biológicos, como pretenden hacernos creer los reformistas, sino que dependerá de criterios histórico-culturales, incluso particularizados en cada país. De hecho, nos dice en

Entender estos derechos sociales como una proyección específica del principio de igualdad es muy aventurado y contrario incluso a su naturaleza. Es que su supuesto de efectivización no es la condición del hombre en tanto miembro de la sociedad capitalista sino en primer lugar en tanto su condición de trabajador, de vendedor de la mercancía *fuerza de trabajo*. En ese aspecto, el que no trabaja no cuenta con derechos sociales y en el régimen neoliberal, por el fenómeno de la exclusión y marginación, son cada vez menos los que trabajan. Entonces, el paradigma reformista sigue siendo la defensa de los derechos civiles, formales y bien abstractos, esa expresión jurídica del sujeto propietario de mercancías. En este contexto, los *derechos sociales* son para los trabajadores al tiempo que se impone la exclusión y la marginación del régimen neoliberal; son para el propietario formal de la mercancía *fuerza de trabajo*, esto es, sólo para aquellos miembros de la sociedad que ocupan un determinado lugar en las relaciones de producción del modo capitalista. De ahí que la influencia de la organización del trabajador por ejemplo a través de la democracia sindical pero también a través de organizaciones políticas, culturales, vecinales, de ayuda mutua, de asistencia y reivindicación de los derechos laborales, sea tan importante bajo el yugo del Estado capitalista. La presión de los sindicatos y de todas y de cada una de las instancias en que se organizan, también en los clásicos partidos de izquierda en continua crisis y de los partidos obreros en general, son así también fundamentales. Al final, veremos que en la génesis de estos *derechos sociales* hay un significado muy distinto en relación a la estructura del modo de producción capitalista porque los llamados *derechos sociales* precisamente son sólo para los que trabajan y así funcionan como instrumentos de sometimiento de los trabajadores y bajo ningún aspecto como una herramienta correctora de la desigualdad material al interior del Estado y modo capitalista. Donde más directamente se percibe el proceso de someter a los trabajadores a través de estos derechos sociales pensados por el régimen para resguardar y racionalizar el control sobre la conciencia de la mayoría es en el mal llamado *Estado de Bienestar* quien a través de sus políticas de asistencia y beneficiencia convierte al trabajador en un cliente más del sector público y bajo ningún aspecto lo reivindica como ciudadano pleno de derechos. En el modo de producción capitalista, y por

relación al tema que "*los orígenes de la clase asalariada en cada país y el medio histórico en que se ha formado dicha clase continúan ejerciendo la mayor influencia sobre los hábitos, las exigencias y, de rechazo, sobre las necesidades que trae consigo a la vida*". En conclusión, si en la determinación genérica de la estructura de las relaciones de producción capitalista, el precio de las mercancías se ajusta a su valor, a la *cantidad media de trabajo socialmente necesario para su producción*, pasa exactamente lo mismo con la mercancía *fuerza de trabajo*. No tiene porque ser de otra forma.

una necesidad lógico-estructural del mismo (la apropiación de la plusvalía, del trabajo excedente se basa en la libertad abstracta del trabajador), el plano económico-social es el negativo del plano jurídico, político y formal. Así, la igualdad del estatus en relación a los derechos civiles y políticos traduce la inherente desigualdad económico y social de los *no trabajadores-poseedores de medios de producción* y de los *trabajadores-no poseedores de medios de producción*, de los excluidos y marginados de los poco probables beneficios del modo capitalista de producción, de circulación y distribución. Y así los intentos de corrección de los límites de esta desigualdad en el ámbito de lo social y lo económico se traducen en derechos cuya condición de efectividad implican- además de convertir al hombre en *cliente* que sustenta *relaciones clientelares* entre el trabajador y el sector público- una ubicación específica en las relaciones de producción definidas a través del modo capitalista, esto es, la pertenencia a la clase trabajadora. El problema es que bajo la relación clientelar todo intento por corregir las desigualdades sociales y económicas, inclusive las políticas, se dará en un ámbito que necesariamente somete al trabajador, en tanto propietario de su *fuerza de trabajo*, quedando limitado en su acción por las estructuras del Estado capitalista que en este caso se manifiestan a través de la subordinación de las instituciones de seguridad social que responden a la temática genérica de la acumulación privada de los capitales.

Entonces, en este punto crítico ya no es posible seguir sosteniendo los dogmas de esos teóricos del reformismo, siempre tan incorregibles y falaces, poco metódicos en sus análisis, porque solo favorecen el interés y el estatus de los dominantes a expensas del trabajador, de la mayoría de la población de nuestros países. Los llamados *derechos sociales*, plenamente integrados en los derechos civiles- políticos (en realidad la separación establecida entre los derechos sociales- políticos ya sería un dogma del Estado capitalista y de los regímenes políticos que, en todo caso yo uso como una cuestión meramente analítica, para que se entienda mejor este asunto) solo es posible de llevarse a la práctica concreta y real, a partir de la primacía del derecho a la vida de los trabajadores por sobre cualquier otro tipo de manifestación del derecho a la propiedad. En esas circunstancias políticas las múltiples teorías y expresiones ideológicas de los grupos dominantes y reformistas políticos a su servicio, expresiones como *Estado de bienestar*, *Estado social de Derecho* o cualquier otra analogía referida a la beneficiencia, al asistencialismo y a las relaciones clientelares, son todos conceptos que necesariamente extravían el rumbo de los trabajadores porque pretenden denotar la incorporación de una actitud y de una actividad de igualación material, o *social*, a la teleología del Estado capitalista y del régimen, que encubren un proceso de acrecentamiento y una mayor sistematización de las políticas públicas correctoras de la autonomía y

del automatismo de los mecanismos de los mercados que son exigidas por la tremenda concentración monopólica del capital a que nos conduce el mismo neoliberalismo, en este caso respecto a una mercancía fundamental como es la *fuerza de trabajo*.

Capítulo 5: La generación de la plusvalía y sus consecuencias.

Algunas consideraciones sobre el proceso de la plusvalía.

Una importante conclusión respecto de la forma en que se desenvuelve el Estado capitalista y sus dogmas es que finalmente el único capital que en realidad engendra y genera plusvalía a favor de los dueños de la mercancía *fuerza de trabajo* es el que precisamente se invierte en el proceso de trabajo. Entonces, sólo para ese capital que se invierte en el proceso mismo de trabajo rigen todas las leyes acerca de la plusvalía, entre ellas aquella según la cual la masa de *plusvalía* que el capitalista extrae a los trabajadores, partiendo de una cuota de *plusvalía* dada, se determina por la magnitud relativa de *capital variable* que tiene que ver con los salarios reales de los trabajadores, que a su vez tiene que ver con lo que efectivamente en ciertas condiciones sociales y políticas, de acuerdo a la evolución de la propia lucha de clases, el *salario* de los trabajadores realmente puede comprar. El proceso del trabajo se medirá por el tiempo. Como bien nos lo dice Marx:

"*Partiendo de una longitud dada de la jornada del trabajo (como partimos aquí, al equiparar todos los factores entre los capitales A y B, para esclarecer bien la diferencia existente en relación a la cuota anual de la plusvalía), la semana de trabajo se halla formada por un determinado número de jornadas de trabajo. También podemos considerar un período de trabajo cualquiera, por ejemplo, en nuestro caso, un período de trabajo de cinco semanas, como una gran jornada de trabajo de 300 horas por ejemplo, suponiendo que la jornada de trabajo = 10 horas y la semana = 6 jornadas de trabajo. Pero, además, deberemos multiplicar esta cifra por el número de obreros que se emplean todos los días, simultáneamente, en el mismo proceso de trabajo. Suponiendo que este número sea, por ejemplo, de 10, el total de una semana será = 60 X 10 = 600 horas y el de un periodo de trabajo de cinco semanas = 600 X 5 = 3,000 horas. Por tanto, los capitales variables serán iguales cuando, siendo las mismas la cuota de plusvalía y la duración de la jornada de trabajo, se movilicen masas iguales de fuerza de trabajo (una fuerza de trabajo del mismo precio, multiplicada por el mismo número) en el mismo plazo de tiempo*".

Las circunstancias sociales y políticas que introducen diferencias en la proporción existente entre el *capital variable* que se desembolsa en una etapa determinada y el que efectivamente es usado sólo influyen en la producción y generación de *plusvalía*- partiendo de una cuota dada de ésta– en la medida

que establecen por medio de ellas diferencias en relación a la cantidad del *capital variable* que pueda emplearse realmente en cierto período de tiempo, a modo de ejemplo en dos o tres semanas. El *capital variable* desembolsado entonces sólo funcionaría como *capital variable* durante el tiempo en el que realmente se usa, pero no mientras se halla, aunque ya desembolsado, en reserva para ser usado en el momento oportuno. Sin embargo, todas las circunstancias que diferencian la relación entre el *capital variable* que será desembolsado y el *capital variable usado* en el proceso de producción se resumen en la diferencia de los períodos de rotación (que queda determinado por la diferencia en relación al período de trabajo, en relación al período de circulación o en los dos casos). Las leyes de hierro de la producción, de la circulación y la distribución del Estado capitalista, entre ellas la ley de la producción de la plusvalía que es la que acá me ocupa, nos dice que a igual cuota de *plusvalía*, masas iguales de *capital variable* en reacción producen masas iguales de *plusvalía*. Si, por tanto, los capitales en cuestión emplean, en la misma etapa y con la misma cuota de plusvalía, igual masa de *capital variable*, producirán también en el mismo período de tiempo masas iguales de plusvalía, por más que difiera la proporción entre el capital variable usado en un período de tiempo y el capital variable desembolsado durante el mismo tiempo y por más que difiera incluso la proporción entre la masa de plusvalía producida y el *capital variable*, esta vez no usado, sino que simplemente desembolsado. Así, desde ahora veremos como las diferencias que afectan a esa proporción en vez de contradecir la ley sobre la producción de plusvalía lo que hace es confirmarla siendo consecuencia inexcusable de ella. Además, un punto central a considerar respecto del funcionamiento de la producción bajo los dogmas y las directrices del Estado capitalista y los regímenes que lo solventan y racionalizan, es que cuando entendemos por fin la manera que el *dinero* se convierte en *capital* entendemos al mismo tiempo que el *valor-capital*, aunque sea desembolsado, no hay que considerarlo gastado, ya que, después de recorrer las diversas fases de su ciclo, retornaría a su punto de partida, enriquecido por la plusvalía que generará la mercancía *fuerza de trabajo*, el obrero mismo. Esto es lo que caracteriza precisamente al *valor-capital* como desembolsado. El ciclo que recorrerá el *valor- capital*, siempre medido por el tiempo que media entre su desembolso en el proceso de la producción de mercancías y su retorno enriquecido por la propia plusvalía generada en el período en cuestión, constituye su proceso de rotación como ya vimos, y la duración de ésta forma un período determinado de rotación. De lo anterior se sigue que una vez transcurrido este período, terminado el ciclo de la rotación, este mismo *valor- capital* está capacitado para iniciar de nuevo el mismo ciclo de producción de mercancías, y por lo tanto volver a

valorizarse, es decir, producir nuevamente plusvalía en un eventual proceso que no tiene fin para los intereses de la acumulación privada del capital.

Cualquiera sea la forma social y política en que se exprese el proceso de producción al interior del Estado capitalista que se manifiesta a través de las normas y estructuras que hacen a la lógica del régimen político, la forma y el modo que éste adquiere a favor de la acumulación privada del capital en manos privadas, éste por necesidad es continuo y recorre periódicamente las mismas fases para derivar en la generación de plusvalía. De esa manera, todo proceso social de producción, de circulación y de distribución de los bienes y servicios socialmente generados (que en su conjunto constituyen los procesos que definen el modo de producción a través de la tecnología empleada, de la lógica o no de las políticas públicas tendientes a resolver los problemas que se presentan como socialmente importantes a los ojos de los medios de poder que dominan, etc) considerado en sus vínculos y en el flujo constante de su renovación es, al mismo tiempo, un proceso de reproducción y acumulación de capitales en base al que se definen las formas de vida de todos. De hecho, en el primer período de rotación del capital, que origina por vez primera la producción de las mercancías y también la plusvalía en base a la explotación de la *fuerza de trabajo* y en el que se desembolsa cierta cantidad de capital variable que tiene que ver con el sueldo de los trabajadores, esa cantidad se invierte entonces en *fuerza de trabajo* donde además esa cantidad de capital invertida y que primitivamente forma parte del capital global desembolsado, deja de ser capital porque se gastó en los sueldos del trabajador al tiempo que ese mismo trabajador gastará ese sueldo, a su vez, en comprar sus medios de subsistencia, de vida, como la vestimenta, el alimento, la educación, el gas, la electricidad, el transporte y todas y cada una de las necesidades que hacen a la vida moderna en nuestras ciudades. Esto simplemente significa que ellos-los trabajadores- consumirán medios de subsistencia por el valor del capital desembolsado. Se destruye, pues, una masa de mercancías por importe del valor del capital desembolsado y usado como capital variable en el proceso de rotación del capital. Sin embargo, el ciclo final de la rotación del capital nos conduce a la generación de la plusvalía y la consiguiente acumulación de nuevo capital; entonces, si bien esa masa de mercancías se consumió de una forma improductiva por parte de los trabajadores en el proceso de sobrevivir, improductiva desde el punto de vista de la acumulación privada del capital, sirve para mantener en condiciones de funcionamiento su *fuerza de trabajo*, que constituye un instrumento indispensable para el Estado capitalista en el sentido que la mercancía *fuerza de trabajo* es la que origina la valorización y la acumulación de capitales y solo ella está en condiciones de hacerlo. Por lo mismo, el capitalista invierte en *fuerza de trabajo*. Lo hace porque al final del ciclo de rotación del capital invertido en el proceso de producción de las

mercancías se encuentra con plusvalía que extrae del trabajador, se encuentra con plusvalía nuevamente producida. De acuerdo a este nuevo razonamiento el trabajo que solo ayer funcionó en el proceso de producción no es el mismo que funciona hoy. Su valor, más la plusvalía creada por él, existe ahora como valor de algo distinto de la *fuerza de trabajo*: el producto. Sin embargo, la transformación del producto en dinero permite cambiar de nuevo por fuerza de trabajo la parte de valor del mismo igual al valor del capital variable que fue desembolsado, haciendo, por tanto, que funcione de nuevo como capital variable.

Llegados a este punto del análisis el problema no consiste en saber de dónde proviene la plusvalía, cuestión ya aclarada, sino de dónde proviene el dinero que luego insertado en el proceso de producción de las mercancías se convierte en plusvalía. Otra vez los neoliberales no están en condiciones de darnos respuestas satisfactorias al respecto porque eso significaría ir a la raíz misma de la historia de los hombres, al análisis de la acumulación originaria del capital de la que nuestra Latinoamérica como región, y en general los países menos desarrollados en términos capitalistas, contribuyeron de forma decisiva. En verdad, la historia muestra que estos son países estructuralmente dependientes precisamente por el rol y las funciones que devieron cumplir en relación a esta acumulación originaria del capital necesario para el sistema comercial internacional que nace a partir de allí. En cambio, los economistas al servicio de los dominantes, como para salir al paso de la manera más digna posible, considerarán la existencia de la plusvalía como algo evidente por sí mismo. Por lo tanto, no sólo se da por supuesta, sino que con ella se da por sobre entendido que una parte de la mercancía lanzada a circulación consiste en producto sobrante, y representa, por ello, un valor que el capitalista no lanzó a la circulación con su capital. Simplemente dan por supuesto que el capitalista lanza a la circulación, con su mercancía producida en los talleres y factorías a expensas de los intereses de los trabajadores, un remanente sobre su capital, que es el que después se sustrae. Pero, lo que no nos dicen es que este capital en tanto es mercancía, antes de volver a convertirse en capital productivo y antes de que pueda invertirse la plusvalía que encierra al final del proceso de rotación, necesita así convertirse en dinero. ¿De dónde saldrá este dinero? Es un problema que parece muy difícil a primera vista y que los autores defensores de las formas del Estado capitalista no pueden contestar hasta hoy por las consecuencias sociales, políticas, culturales e ideológicas que esto significa para sostener en el tiempo, y de la manera más racional posible, los dogmas y directrices que hacen a la dominación y control sobre los trabajadores. Sin embargo, los dogmas del Estado capitalista nos ofrecen una brillante demostración de lo que David Ricardo tuvo el gran mérito de explicar hace apenas dos siglos: que el producto de la actividad humana, la

riqueza creada, debe remunerar los dos factores de producción, es decir, tanto el *capital* como el *trabajo*. A partir de ahí nos plantea que:

"No puede haber un aumento del valor del trabajo sin una caída del lucro. La proporción que puede ser pagada como salario es muy importante para la cuestión del lucro; porque debe notarse que los beneficios serán altos o bajos en exacta proporción a que los salarios sean bajos o altos". (David Ricardo. "The Principles of Political Economy and Taxation". 1817)

Lo que David Ricardo no explicó es como se fija la proporción en que son remunerados el trabajo y el capital. En este contexto, los economistas al servicio de los dominantes intentan crear toda una maraña de razonamientos, de teorías y fábulas, directrices profundamente irracionales, grandes mitos y descabelladas explicaciones, con el propósito de desviar la atención sobre la lógica de la economía del Estado capitalista de los principales interesados que son los trabajadores en tanto son asalariados, en tanto viven de un jornal. Una de esas teorías profundamente descabelladas nos plantea que el nivel del salario real de los trabajadores lo determina el mercado a través de la ley- ya famosa y sagrada- de la oferta y de la demanda que en la práctica conlleva el automatismo del mercado del trabajo en este caso en concreto. Sin embargo, esto implica muchas veces formas de justificar racionalmente el recorte de las conquistas y las leyes laborales- sociales históricas o una indispensable moderación en las pretensiones salariales del trabajador en lo que la acción de los organismos de crédito internacionales, como el Banco Mundial o el FMI, son imbatibles. En todo caso, la verdad es otra y la sostuvo Marx quien magistralmente nos dice que cuando dos derechos se oponen (en este caso los derechos de la *fuerza del trabajo* o de la *acumulación privada de capitales* que en lo más profundo implica la lucha entre la primacía de la vida o la propiedad) termina imponiéndose la fuerza. Muy en especial en el mundo del trabajo donde la falta de organización y de conciencia de los trabajadores implica políticas como la flexibilidad laboral y otras múltiples maneras de humillación del hombre en favor de los dueños de los capitales. Los diversos ejemplos de la historia reciente del régimen neoliberal me dispensarán de aportar la demostración sobre este tipo de asuntos. De este modo, la relación de fuerzas que se produce entre la clase patronal y el trabajador, que implica cierta manera de organización de la producción y la circulación del Estado capitalista- el modo de producción y de circulación de las mercancías- es un buen comienzo para entender en toda su extensión la distribución y la lógica que nos conduce a una distribución del ingreso regresiva, injusta, desigual, expoliadora y criminal que además es velada a través del conocido proceso de fetichización de la mercancía como ya hemos visto. En esta circunstancia,

en el proceso mismo que conlleva crear conciencia para desde ahí militar en favor de la creación de poder popular, tendríamos que empezar por dejar de lado esos vergonzosos discursos acerca de la *competitividad*, de la que son tan adictos los dominantes, e interrogarnos sobre los factores y la relación entre el poder adquisitivo del salario real de los trabajadores y la pérdida de influencia y presión de los sindicatos en tanto representantes del trabajador que es quien crea la riqueza. Descubriríamos que el ejercicio del poder está en manos de los que se sitúan objetivamente del lado de los intereses de la acumulación privada del capital por lo menos en el régimen que sustenta su lógica en el Estado capitalista. [11]

[11] El hecho que el ejercicio del poder real bajo las directrices del Estado capitalista y los regímenes que lo representan esté bajo la conducción de una minoría nos da la pauta para entender también otra forma de expoliación mucho menos estudiada a la que es sometido el trabajador, a su dimensión contributiva me refiero, o sea como pagador de impuestos. En este contexto, es importante el análisis de la *deuda pública* de nuestros países que nuevamente hace casi siglo y medio Marx denunció en la medida que entendió que esta deuda se convierte en apropiación del Estado por parte del capitalista. Nos dice al respecto:

"La deuda pública, en otros términos la alienación del Estado, ya sea despótico, constitucional o republicano, marca con su sello la era capitalista. La única parte de la pretendida riqueza nacional que entraría realmente en la posesión colectiva de los pueblos modernos, es su deuda pública. Por un golpe de varita mágica, ella gratificará el dinero improductivo con la virtud reproductiva y lo convierte así en capital, sin que por ello tenga que sufrir los riesgos, los trastornos inseparables de su empleo industrial e incluso de la usura privada. La deuda pública puso en marcha las sociedades por acciones, el comercio de toda suerte de papeles negociables, las operaciones aleatorias, el agiotaje, en suma, los juegos de la Bolsa y la bancocracia moderna. Desde su nacimiento, los grandes bancos, ataviados con títulos nacionales, no eran sino asociaciones de especuladores privados establecidos a la vera de los gobiernos y, gracias a los privilegios que obtenían de ellos, en situación de prestarles el dinero del público".

A partir de estos dichos de Marx, que la propia experiencia e historia del hombre nos confirmará, vemos que lo que el gran empresario no logra quitarle al trabajador en las negociaciones salariales, lo recupera bajo forma de impuestos y tasas que pagan los más vulnerables social, económica y políticamente hablando. Ejemplo paradigmático al respecto es el IVA que es un impuesto tremendamente regresivo pero que es necesario para pagar la *deuda pública*, aquella que produce ganancias desmesuradas para pocos, para los dominantes.

Para terminar y volver al tema de los salarios y del origen del dinero que se convierte en plusvalía, y a guisa de conclusión, debo decir que ni los organismos globales, ni los economistas neoliberales, ni los propios rezos ni plegarias de algunos, ni la ética ni la falsa moral dominante, tienen respuesta para esta cuestión por las consecuencias que esto acarrea para sus formas de control sobre el trabajador. De lo dicho en el sentido que la fuerza determina la primacía de los intereses de unos u otros cuando existe conflicto de interés, entre uno u otro derecho, y que esa fuerza en el neoliberalismo está del lado de los patrones, se desprende que la plusvalía invertida por los capitalistas en dinero, al igual que el salario y el resto del capital productivo desembolsado en dinero por ellos, es producido por los trabajadores. Este produce entonces tanto la parte del producto que la clase patronal le desembolsa en la forma de salario como esa otra parte en que se materializa directamente en la plusvalía de la que hace usufructo el patrón a expensas del bienestar del trabajador en el sentido que el *bien común* se define a partir de los intereses de la mayoría y no de una clase minoritaria como lo son los patrones. La parte del producto que se limita a reponer el capital constante que es invertido en su producción reaparece en la forma de los productos gracias al trabajo desplegado por los trabajadores. En la fase inicial de la industria, es desembolsada por la clase capitalista en dinero que no es parte de la nueva producción, sino del dinero social que circula y que se origina a partir de la acumulación originaria del capital que se caracterizó, al igual que actualmente, por el pillaje, la piratería, el colonialismo y la fuerza de los países mucho más potentes frente a los que se convirtieron así en estructuralmente dependientes y que son sometidos por las reglas impuestas a través del sistema comercial internacional primero y el globalizado después. En cambio, a partir del momento que se repone ya con nuevo producto, con dinero adicional, éste representa el producto del trabajo del obrero. El desembolso de la clase patronal por decirlo de algún modo, del capitalista no es tampoco, en este caso, mas que una simple forma, basada en el hecho que el trabajador no posee sus medios propios de producción de las mercancías necesarias para la vida, ni dispone durante ésta de los medios de subsistencia producidos por los demás trabajadores.

El proceso de rotación del capital, de circulación de la mercancía y la plusvalía.

Para empezar este artículo una primera aclaración para quien todavía le quede alguna duda: el tiempo de rotación del capital es el proceso desde el cual el capital entra y origina la producción de mercancías hasta que vuelve en la forma de plusvalía al dueño de los medios de producción que implica por lo demás la explotación del hombre por el hombre desde el momento que

esa plusvalía lo es porque ese nuevo valor no es retribuído al trabajador en el proceso de producción. En relación a la rotación del capital entonces cuanto más breve sea ese período- cuanto más corto sea, por tanto, el período en el que su plazo de producción y reproducción del capital se renueve dentro de cierto tiempo, un año para el caso- más rápido se convierte la parte variable del capital (que primitivamente fue desembolsado por el capitalista en forma de *dinero*, en la forma- dinero del producto de valor creado por el trabajador para reponer él mismo, con su trabajo, con su sudor, lágrimas e incluso con su vida algunas veces) en plusvalía a favor de los medios y factores de poder que dominan. Por consiguiente, menos durará también el período durante el cual la clase patronal necesitará desembolsar dinero de su propio fondo; más pequeña será, en proporción con el volumen dado de la escala de producción, el capital adelantado en general por él y mucho mayor, proporcionalmente, la masa de plusvalía que obtenga durante el año a base de la cuota de plusvalía dada, ya que de ahora en más podrá comprar con mucho mayor frecuencia al trabajador, con la forma- dinero de su propio producto de valor y poner así en movimiento su trabajo. En palabras más simples, partiendo ya de una escala de producción dada de mercancías, disminuye en proporción a la brevedad del período de rotación la magnitud absoluta del *capital- dinero variable* desembolsado aumentando la cuota anual de la plusvalía que le es extraída al trabajador en el proceso en cuestión. Partiendo de una magnitud dada del capital desembolsado, aumenta la escala de la producción de mercancías y, por lo tanto, a base de una cuota de plusvalía dada, aumenta la masa absoluta de plusvalía producida en un período de rotación, a la par con el aumento de la cuota anual de plusvalía que se logra mediante el acortamiento del período de reproducción. De lo anterior se desprende que, según la duración más o menos larga de la rotación del capital, es necesario desembolsar un *capital-dinero* de una magnitud muy diferente para poner en movimiento la misma masa de capital circulante productivo y la misma masa de fuerza de trabajo con el mismo grado de explotación de éste. Además, el trabajador desde la primera época, desde siempre, en la medida en que es sometido al modo de producción capitalista de las mercancías, de la generalización o dominación de ésta según sea el caso, paga los medios de subsistencia por él comprados para poder así satisfacer lo mejor posible sus necesidades, sean urgentes o no, reales o virtuales, con su salario, con el capital variable desembolsado por el capitalista como falsa retribución por su trabajo y que en sus manos se convierte en simple medio de circulación. Por ejemplo, no se limita a sustraer al mercado pan o frutas, sino que además repone el pan y la fruta consumida con un equivalente en dinero. Se sustraen, pues, al mercado fuerza de trabajo, es decir, medios de subsistencia para esa fuerza de trabajo, para el trabajador, capital fijo bajo la forma de medios de trabajo empleados para llevar adelante

la producción de mercancías. Y para reponer todo eso se lanza al mercado un equivalente en dinero, pero no se lanza a su vez ningún producto para poder reponer los elementos materiales del capital productivo que fue sustraído de ese modo al mercado.[12]

Se sigue que cuando la mayor o la menor duración de los períodos de rotación del capital depende del período de trabajo en el sentido estricto, es decir, del período que es necesario para elaborar el producto final y ponerlo en condiciones de venta, de lanzarlo al mercado, obedece a las condiciones materiales de producción de las distintas inversiones de capital existentes en cada caso particular, que en relación a las materias primas que tienen que ver con la agricultura presentan más bien y en general el carácter de condiciones naturales de producción mientras que en la manufactura, también en la mayor parte de la industria extractiva incluso, cambian al desarrollarse socialmente el proceso de producción que así altera para beneficio de los dominantes las formas de circulación y distribución de los bienes en el caso del dominio de la lógica capitalista. Cuando la duración del período de trabajo obedece a la magnitud de las entregas (a la cantidad de producto que se lanza al mercado), esto tiene un carácter convencional. Pero lo convencional, a su vez, descansa en una base material, que es la escala de la producción, razón por la cual sólo en detalle puede considerarse como fortuito o casual. Finalmente, cuando la duración del período de rotación del capital correspondiente depende de la del período de circulación, tendremos que ésta se halla condicionada por el cambio constante de la coyuntura y contexto del mercado en cuestión, por la mayor o menor facilidad que hay para vender los bienes producidos y, como

[12] Acá nos topamos con una de las tremendas e increíbles contradicciones del modo de producción que hace al Estado capitalista: los trabajadores en tanto compradores de mercancías, en tanto consumidores de bienes y de servicios, son importantes para el mercado. Pero, al tiempo que esto sucede como vendedores de su mercancía- de su *fuerza de trabajo* que crea valor-, el Estado capitalista y su régimen político lo reducen paulatina, progresiva pero ininterrumpidamente al mínimo precio. De hecho, con el neoliberalismo queda claro, por el drama social, político y económico que conlleva su implementación, que por la venta de las mercancías, la realización del capital- mercancías y también, por lo tanto, de la plusvalía, se halla limitada, no por la necesidad de consumo de la sociedad en general sino por la necesidad de consumo de una sociedad donde la gran mayoría de los trabajadores caen en la pobreza estructural, en la marginación y en las más diversas maneras de humillación e indiferencia por parte de los dominantes. Así, por las necesidades del neoliberalismo, que solo extrema el cumplimiento de los intereses de la suba de la tasa media del capital, esos mismos trabajadores, ahora marginados, excluidos y pobres, tienen necesariamente que permanecer siempre en ese estado sin poder consumir al tiempo que se les incentiva a ese banal y desenfrenado consumo que muchos conocemos.

consecuencia de ello, por la mayor o menor necesidad de llevar el producto a mercados próximos o lejanos. Prescindiendo del volumen de la demanda en general, desempeña aquí una función central el movimiento de los precios ya que cuando estos precios descienden se restringe deliberadamente la venta y marcha delante la producción. Por el contrario, al subir los precios de los bienes en el mercado, la producción y la venta se mantienen al unísono o se vende de antemano lo que se produjo. Sin embargo, aquí la base material a considerar es la distancia real que existe entre el centro de producción de las mercancías y el mercado. Marx nos lo explica de la siguiente manera:

"Se venden, por ejemplo, tejidos o hilados ingleses con destino a la India. Supongamos que el exportador pague al fabricante inglés (cosa que los exportadores no hacen de buen grado si el mercado de dinero no marcha bien). La cosa se tuerce tan pronto como el propio fabricante repone su capital- dinero mediante operaciones de crédito. El exportador vende luego su mercancía, los hilados o los tejidos, en el mercado de la India, de donde le remiten el capital por él desembolsado. Hasta que este reflujo se opera, se plantea el problema exactamente en los mismos términos que en el caso en que la duración del período de trabajo exige el desembolso de nuevo capital- dinero para mantener en marcha el proceso de producción sobre la escala dada. El capital- dinero con que el fabricante paga a sus obreros y renueva los demás elementos de su capital circulante no constituye la forma-dinero de los hilados por él producidos. Para esto es necesario que el valor de estos hilados refluya ante todo y llegue a Inglaterra en dinero o también en productos. Es, lo mismo que arriba, capital- dinero adicional. La única diferencia estriba en que aquí lo desembolsa, no ya el fabricante, sino el comerciante exportador, quien acaso lo haya gestionado, a su vez, mediante operaciones de crédito. Y antes de que este dinero se lance al mercado no se lanzará tampoco al mercado inglés un producto adicional que pudiera comprarse con ese dinero y destinarse al consumo productivo o individual. Y si esta situación se mantiene durante mucho tiempo y en gran escala, acarrea necesariamente las mismas consecuencias que antes un período prolongado de trabajo.

Ahora bien; cabe la posibilidad de que en la misma India vuelvan a venderse los hilados a crédito. Con este crédito se comprarán en la India productos, enviados en pago a Inglaterra, o bien se remite una letra de cambio por el importe. Si este estado de cosas se prolonga, se producirá una presión sobre el mercado de dinero de la India, que, al repercutir en Inglaterra, podrá provocar aquí una crisis. Esta crisis, a su vez, aunque relacionada con la exportación de metales preciosos a la India, provocará en este país una nueva crisis, debida a la bancarrota de las propias casas

comerciales inglesas y de sus filiales indias, alimentadas por el crédito de los bancos locales. De este modo, surge una crisis simultánea tanto en el mercado en contra del cual, como en aquél a favor del cual, se manifiesta la balanza de comercio. Y este fenómeno puede presentar un carácter todavía más complicado. Puede ocurrir, por ejemplo, que Inglaterra haya enviado a la India lingotes de plata y que los acreedores ingleses de la India hagan efectivos allí sus créditos, con lo que aquel dominio se verá poco después en la imposibilidad de restituir sus lingotes de plata a Inglaterra.

Cabe la posibilidad de que el comercio de exportación a la India y el comercio de importación de la India hacia Inglaterra aproximadamente se compense, aunque el segundo (si prescindimos en realidad de circunstancias especiales, tales como el encarecimiento del algodón, etc.), se hallará así determinado y estimulado en su volumen por el primero. Entonces, la balanza comercial entre Inglaterra y la India podría parecer nivelada o acusar sólo débiles oscilaciones a uno u otro lado. Sin embargo, tan pronto como estalla la crisis en Inglaterra, nos encontramos con que en la India se estancan los géneros textiles invendidos (es decir, no se transforman de capital- mercancías en capital- dinero: superproducción en este aspecto) y con que, por otra parte, en Inglaterra no sólo se estancan los productos de la India invendidos, sino que además queda sin pagar una gran parte de las existencias vendidas y consumidas. Lo que se manifiesta, por lo tanto, como crisis en el mercado de dinero se traduce a su vez, de hecho, en anomalías en el proceso de producción y reproducción.

Tercero. Con respecto al mismo capital circulante empleado (tanto el variable como el constante), la duración de los períodos de rotación, cuando obedecen a la duración del período de trabajo, se traduce en esta diferencia: cuando el capital describe varias rotaciones al año, puede ocurrir que algún elemento del capital circulante constante o variable sea suministrado por su propio producto, como sucede en ramos de producción de carbón de bulla, de confección de ropas, etc. En otro caso no, al menos dentro del año".

De ahí la importancia central del desarrollo de las comunicaciones, de la información y del transporte en el sentido que corresponden y son parte del proceso de circulación de las mercancías disminuyendo de esa forma la distancia real entre el centro de producción de las mercancías y el mercado de consumo haciendo más expedito este último. Pero, además ese desarrollo implica una mejoría sustancial de la producción vía mejoras en la tecnología, etc. Es ahí donde vemos más íntimamente la relación que hay entre el modo de producción, circulación y distribución de las mercancías en la generación de la plusvalía tan necesaria para los dueños de los factores de producción y sus intereses de acumulación privada de los capitales. De hecho, por ejemplo,

solo la revolución en las comunicaciones y en la información en cuanto a su disponibilidad y acceso a ésta de gran parte de la población (población para nada mayoritaria pero ese es tema para otro lugar) hizo posible el desarrollo del neoliberalismo pues este basa sus políticas y su estructura lógica central y originariamente en la especulación financiera y el movimiento de capitales, en la flexibilidad del trabajo, en la apertura económica y otras tantas medidas que no habrían sido posible sin esa revolución que así implicó la constitución de un sistema comercial global. Y necesariamente este proceso de mejoría y de avances en el campo de la tecnogía debe producirse porque tiene que ver con la productividad de la *fuerza de trabajo* que entonces y de esa forma baja los costos de producción de mercancías para mejorar en general la tasa de plusvalía media a que tienen acceso los dueños del capital que mejora a su vez el rendimiento del capital invertido. Es en esas circunstancias cuando el capitalista encuentra los incentivos necesarios para la ampliación de la escala de la producción empleando una parte de la plusvalía en mejoras que o bien sólo aumentan la fuerza productiva del trabajo aplicado, o bien permiten al mismo tiempo explotarlo más intensivamente de manera que a partir de ahí va construyendo y reconstruyendo, va definiendo y dando una lógica y razón, metas y objetivos al modo de producción. Además, allí donde la jornada de trabajo no se halla tan limitada por la ley por el fuerte poder de presión de los factores de poder dominantes que siempre trabajaron en favor de políticas como las de la flexibilidad laboral y la desregulación general del mercado de trabajo que conlleva la imposición del automatismo de los mercados, basta con una inversión adicional de capital circulante en materiales de producción y en salarios de los trabajadores para ampliar la escala de la producción sin necesidad de engrosar el capital fijo, limitándose a prolongar su utilización diaria, a la par que se acorta proporcionalmente su período de rotación. Otras veces, también la plusvalía capitalizada, cuando la coyuntura del mercado le es favorable, permite especular con los precios de los recursos naturales y las materias primas, operaciones para las que no basta el capital primitivamente desembolsado. Pero es evidente que en la medida que el régimen neoliberal extrema sobremanera la explotación de la fuerza de trabajo a través de su proceso estructural de inclusión y exclusión del trabajador de los mercados del consumo, de sus derechos y así de la propia ciudadanía, se presentarán también períodos en los que no podrá prolongarse la jornada de trabajo ni se podrán tampoco introducir mejoras de detalle en cuestiones de tecnología, mientras por otra parte la ampliación de toda la industria en una escala que sea proporcional, en parte en cuanto a la planta total del negocio que se trate, los edificios, por ejemplo, y en parte mediante la ampliación del fondo del trabajo, como ocurre en el caso de la agricultura, sólo es posible dentro de ciertos límites que requiere un volumen de capital adicional que suministra

solo la acumulación de plusvalía al cabo de un período más largo, de varios años. A su vez- y siempre refiriéndonos en el más largo plazo- realmente solo puede mejorar su rendimiento a través del desarrollo de tecnología que en este caso preciso es conveniente para los intereses del Estado capitalista que contradicen las políticas tendientes al bienestar de las mayorías.

El valor de la mercancía, la plusvalía, la inversión, la acumulación de capitales y la relación conflictiva entre el trabajador y el patrón.

Mientras los trabajadores crean valor a través de la *fuerza de trabajo* una vez que esta es apropiada por los dueños de los capitales (cuestión que no es nada menor porque en manos de los trabajadores la *fuerza de trabajo* no crearía valor, existe solo en potencia, existe solo como este ejército de reserva que lleva de hecho el salario a la baja) son los capitalistas como clase los únicos que realmente están en condiciones de invertir y acumular capital dada la lógica del Estado y su régimen político. Algunos capitalistas incluso retendrán parte del dinero obtenido a través de la venta de sus productos, sin retirar a cambio otros productos del mercado. Sin embargo, otra parte no menos importante de los patrones convierte todo su dinero en productos, en bienes, con excepción del capital que toma la forma de dinero y que siempre es necesario volver a invertir para seguir hasta el infinito con la producción, para que esta no se vea interrumpa por la falta de recursos. Una parte de las mercancías que en esas condiciones los dueños de los capitales lanzan al mercado como portador de plusvalía se forma por medios de producción o por los elementos del capital variable, por artículos de primera necesidad. Por lo tanto, puede directamente usarse para ampliar la producción. Pues no se da por supuesto que una parte de los capitalistas acumulen capital en la forma del dinero mientras los otros consumen de manera íntegra la plusvalía generada, sino que más bien se dará que una parte efectúa su acumulación en forma de dinero, de capital- dinero latente, al tiempo que los otros acumulan de modo efectivo, es decir, amplían la escala de producción a partir de la ampliación de su capital productivo. Entonces, la masa de dinero existente sigue siendo suficiente para cubrir las necesidades de la circulación, aunque se de el caso que parte de la patronal se dedique a acumular dinero mientras otros amplían la escala de la producción y viceversa. En este punto es muy importante aclarar que fuera de esta clase patronal, que es la que invierte e inicia así el proceso de producción de los productos, los bienes y servicios que constituyen los diversos mercados de consumo a partir de la compra de la *fuerza de trabajo*, no existe más clase que los trabajadores que además son

todos aquellos que viven de un jornal, son los que necesitan vender en el mercado laboral su *fuerza de trabajo* para poder sobrevivir.[13]

Lo importante en todo caso es comprender que en la medida que todos somos trabajadores, en el sentido antes expuesto, lo que el trabajador compra para intentar satisfacer sus necesidades equivale a la suma de su salario real, a la suma del capital variable desembolsado por los patrones en su totalidad en el proceso de producción. De ahí que solo es la clase capitalista la que está en condiciones de invertir y apropiarse de la plusvalía generada por la fuerza del trabajo. Además, el dinero en forma de salario de los trabajadores refluye constantemente desde el mismo trabajador hacia el patrón porque este último le venderá sus productos en el mercado de consumo. De este modo, el capital variable, que constituye el salario real del trabajador, entendiendo por *real* lo que verdaderamente puede comprar, o sea, el poder adquisitivo de su jornal, que se desenvolsará en el proceso recobra su forma originaria en el dinero. Para que nos quede un poco más claro, supongamos que la suma del capital variable sea de doscientos mil pesos o sea, igual a la suma, no del capital variable desembolsado, sino en primer lugar del capital variable empleado durante el año de producción de las mercancías. Con el capital que constituye los doscientos mil pesos, la clase patronal compra cierta masa de fuerza de trabajo o pagará los salarios de sus trabajadores. Ahí tenemos una primera transacción. La segunda transacción se da cuando los trabajadores, con esa misma suma de dinero que es su salario retribuido por cierta jornada laboral,

[13] Es importante esta amplia definición de la clase que es constituida por los trabajadores porque hoy en día, con la imposición de la lógica neoliberal que altera las estructuras e idea tradicional del obrero, de la fábrica y la organización en base al sindicato y la solidaridad de intereses de clase que caracterizó la etapa del mal llamado *Estado de Bienestar* y sus diversas manifestaciones, nos ayuda a entender mejor la realidad que se construye en base a la ruptura de esa lógica que por lo demás impone el individualismo, etc., que es tan funcional a los grupos de intereses neoliberales. Además, esta definición nos desafía a plantear un tipo de organización política y de solidaridad de clase que nos considere a todos en base a experiencias de vida, condiciones de trabajo, necesidades y urgencias comunes de manera de construir un arte de lo posible realmente mayoritario, de gestión popular de los asuntos que nos afectan a todos. No olvidemos que bajo el dogma de los neoliberales son los trabajadores el sector socialmente más vulnerable en todos los términos. En realidad, en los países en que todavía perdura el régimen neoliberal, como en Chile, vemos como los sectores más vulnerables son los que buscan todos los días nuevas formas de vivir de su trabajo, de un salario o jornal. Es decir, cuando el neoliberalismo se impone es una odisea trabajar, educarse y capacitarse, es una odisea sanearse sin morir en el intento, en algún rincón del hospital público, como también es una odisea sobrevivir e incluso hasta viajar en micro por Santiago.

compran al capitalista una cantidad de productos que consideran necesarios para sí de forma que hacen refluir a manos de la clase patronal otra vez la suma de los doscientos mil pesos. Lo importante de estas dos transacciones que conforman la base de los intercambios sobre los que se erige el Estado capitalista con su correspondiente modo de producción, de circulación y de distribución de los bienes producidos, es que este proceso de compra y de venta se repite todo el tiempo, de manera continua. Por lo tanto, la suma de los doscientos mil pesos nunca permitirá al trabajador comprar la parte del producto que representa el capital constante, es decir, la maquinaria o los edificios, etc., ni mucho menos la parte en que se contiene la plusvalía de la patronal. De ahí que con estos doscientos mil pesos que constituye el salario, el trabajador solo pueda comprar parte del valor del producto social que sea igual a la parte de valor que representa el valor del capital variable que es desembolsado por el patrón.

Este proceso de compra y venta además nos conduce a la inversión del capital variable en *fuerza de trabajo*, en la medida que ésta es la mercancía que por excelencia crea valor, que valoriza el capital que es invertido por la clase patronal, que a su vez nos conduce a la incorporación de ésta al proceso capitalista de producción, en la que el trabajador ahora será el que venderá su mercancía *fuerza de trabajo* mientras el capitalista es el comprador al tiempo que, por la otra parte, en la venta de la mercancía, va implícita la compra de ellas por el trabajador y así su consumo individual. Aquí los trabajadores-siempre entendidos como clase social que involucra interés y padecimientos comunes que van más allá de la especificidad del tipo del trabajo que cada uno de nosotros realiza una vez inserto en el modo de producción capitalista- aparecen como compradores en relación al capitalista y éste como vendedor de mercancías en relación al trabajador. Tema no menor es que también la circulación del capital en la forma de mercancía incluye la circulación de la plusvalía y con ella, por lo tanto, las compras y las ventas en que se traduce el consumo individual del patrón, el consumo de la plusvalía. En lo que se refiere al valor- dinero que funciona en parte como medio de circulación y en parte como ahorro, éste existe, como algo adquirido, al lado de la fuerza de trabajo, al lado de los medios de producción y de las fuentes naturales que hacen a la riqueza. No es posible considerarlo como el límite de éstos porque cuando se convierte en medio y factor de producción mediante y a través del intercambio mismo, lo que hace es aumentar la escala de producción. Pero eso también presupone la necesidad que el dinero siga desempeñando igual que antes su rol de dinero. Entonces, según la menor o la mayor duración del período de rotación del capital, será necesario contar con una masa mayor o menor de ese mismo capital en la forma de dinero para poner en movimiento el capital productivo. Hemos visto también que en la medida que el período

de rotación del capital es determinado por la duración del período de trabajo en cuestión, se halla determinado además, siempre que las condiciones no varíen, por el carácter material del proceso de producción y, por lo tanto, no por el carácter específicamente social de este proceso. Pero, sobre la base del modo y las formas de producción del Estado capitalista, operaciones de más larga duración en el tiempo exigen mayores desembolsos del capital en la forma de dinero y por mayor tiempo. En este terreno la producción depende de los límites dentro de los que el patrón de forma individual disponga del capital necesario en la manera de dinero. Ahí es donde nace el crédito que a través de acciones y medios ligados al ámbito de lo financiero y especulativo resuelve este inconveniente.

Por esto es bastante importante el aspecto financiero en la definición del régimen político- la regulación de éste- y el incentivo a la producción en ciertas condiciones específicas que busquen la satisfacción de las urgencias y necesidades de las mayorías; en primer lugar la necesidad de trabajo y de una vida más digna en términos de salud, educación y bienestar general. De ahí la importancia además de batallar contra las perturbaciones producidas en el mercado del dinero que paralizan este tipo de negocios siempre entendidos desde el ámbito del interés de un régimen popular en lo cultural, soberano en lo económico y nacional en lo político. Sobre la base de la producción social de bienes y servicios considerados de necesidad y prioridad social tenemos que determinar también la medida en que estas operaciones financieras, que sustraen fuerza de trabajo y medios de producción durante un largo período de tiempo en el cual no aportarán producto, bien ni un efecto útil, pueden realizarse sin dañar las ramas de producción que, continuamente o varias veces al año, absorben la fuerza del trabajo y medios de producción, pero suministrando a cambio de ello medios de producción y de vida. Lo mismo en la producción social que en la producción que caracterizará al Estado y modo capitalista, el trabajador ligado a las ramas de aquellas industrias con períodos de producción y de tiempos un poco más cortos de trabajo sustraen durante ese tiempo bienes sin reponer otros a cambio de ellos, mientras que en las ramas de las industrias en que el período de trabajo de por sí más largo estarán durante largo tiempo sustrayendo esos bienes antes de poder restituir. Por lo tanto, esta circunstancia dependerá de las condiciones materiales del proceso de trabajo correspondiente, no de su forma social. En la producción social, el capital en forma de dinero lo que hace es simplemente desaparecer. Es el régimen, en tanto genuina expresión y manifestación de la forma en que organiza institucionalmente la sociedad, de la manera en que se desenvuelven los actores y sujetos sociales- políticos que componen y darán forma a la agenda de gobierno, quien tiene la tarea de distribuir entre las diversas ramas industriales la fuerza del trabajo y los medios de producción. En la medida en

que se impone la necesidad de contar con capital en la forma de dinero para la continuidad de las formas de la producción de bienes, se nos revela que la duración del período de trabajo está determinada por dos circunstancias. La primera es que el capital en la forma del dinero lo es precisamente porque debe convertirse en capital ligado a la producción de mercancías, en capital productivo, que es lo que al fin nos exige la esencia del modo de producción, de circulación y de distribución del capitalismo. La segunda circunstancia al respecto es que la cuantía del dinero que se desembolsa y es necesario para la continuidad del Estado capitalista y sus maneras nace del hecho que durante un período más largo de tiempo se sustraerán constantemente a la sociedad fuerza de trabajo y medios de producción sin restituirse durante ese tiempo un producto equivalente en dinero. El hecho que el capital sea desembolsado necesariamente en dinero para la continuidad de la producción se mantiene en pie cualquiera sea incluso la forma de éste, es decir, se trate de dinero en metálico o en forma de bonos (...)

Finalmente, en cuanto a la inversión en el proceso de producción por parte de la patronal, que implica el desarrollo de la tecnología y los adelantos técnicos en general que alteran la fisonomía y entonces defienen el modo de producción capitalista, también involucra cuestiones no menores que tienen que ver con el modo y con el sentido de la producción de mercancías del capitalismo relativo con un mayor grado de intensificación de la explotación de la fuerza de trabajo, de los trabajadores, de la ya conocida política que gira alrededor de la idea de productividad del obrero con la que tanto nos insisten los neoliberales para acrecentar sus capitales, la tasa media de sus ganancias. De hecho, al capital se incorporan elementos de producción cuya extensión es, dentro de ciertos límites, independiente de la magnitud del capital- dinero desembolsado. Lo que digo es que con la misma retribución en dinero, en salarios y dependiendo por supuesto de la evolución de la lucha de clases, la fuerza del trabajo puede ser explotada más o menos extensiva o intensivamente por los factores de poder dominantes. Además, prescindiendo todavía de los adelantos de la técnica en la producción, el capitalista puede usar y abusar hasta cierto punto de los mismos medios de trabajo. Por tanto, esta vez es el capital fijo quien puede emplearse con una mayor eficacia, ya sea prolongando el tiempo diario durante el que se usan y abusan o dándoles un empleo más intensivo, sin necesidad de una inversión adicional de dinero en concepto de capital fijo. En esos casos, la rotación del capital fijo se opera más rápidamente como también se movilizan con mucha mayor rapidez los elementos de su reproducción. De todas formas, lo que hay que considerar en relación al tema de este artículo en particular y a modo de conclusión es que es totalmente cierto que la potenciación de las fuerzas productivas del trabajo a través de un mayor grado de explotación de los trabajadores o a través del

uso y abuso de los medios técnicos que constituyen la parte del capital fijo, de las máquinas, cuando no suponga una inversión adicional de valores de capital, sólo acrecienta primordialmente la masa del producto, no su valor, pero en el mismo proceso crea nueva materia de capital, y con ella la base para incrementar la acumulación de éste para desde ahí generar plusvalía.

La base de la producción del Estado capitalista.

Por lo tanto y a modo de resumen, mientras que la parte del capital que es invertida por el patrón en *capital variable*, en salarios de sus trabajadores, mediante la compra de la *fuerza de trabajo* del mismo, funciona dentro del proceso de producción como *fuerza de trabajo* en activo y gracias a la propia acción de esta fuerza es producido de nuevo este capital variable, es decir, reproducido como nuevo valor en forma de *mercancía*, lo que se traduce en una reproducción, o lo que es lo mismo, en una nueva producción del *valor-capital* que en su momento fue desembolsado, el trabajador invierte el valor, es decir, el precio de su *fuerza de trabajo* vendida al capitalista en medios de supervivencia, o sea, en medios que reproducirán su *fuerza de trabajo* como son todos los productos relacionados con la vestimenta, con la alimentación, con la salud o la vivienda, etc. Su salario, o sea su ingreso, su renta, que sólo durará lo que dura la posibilidad de vender su *fuerza de trabajo* a la patronal, representa una suma de dinero igual al *capital variable* de forma que cierre la ecuación en favor del capitalista que como vimos es en verdad el único que invierte capital en el proceso de producción de plusvalía y la correspondiente acumulación privada de éstos. La *mercancía* del trabajador en tanto que es un asalariado- su *fuerza de trabajo*- además funciona como mercancía solo en la medida que se incorpora al proceso de producción de mercancías y lo hace solo cuando se incorpora al capital de la patronal, que es cuando realmente funciona como capital. De otra parte, el capital que la clase patronal invierte en forma de dinero, que invierte así en comprar *fuerza de trabajo*, funciona como renta en manos del vendedor de la *fuerza de trabajo*, en manos de los trabajadores. Aquí, se entrecruzan el proceso de circulación y producción de las mercancías en los términos del Estado capitalista y sus regímenes. Actos que pertenecen al proceso de circulación son los que se establecen cuando el trabajador en la necesidad de procurarse los medios necesarios para la vida vende al mejor postor y al precio de mercado su mercancía *fuerza de trabajo* al capitalista. El dinero con el que el patrón a su vez compra esa mercancía- no olvidemos que es la única que crea valor y por tanto constituye la base de la generación de la plusvalía- es para él dinero invertido en producir un valor determinado, es decir, capital en forma de dinero que entonces no es dinero gastado sino adelantado, invertido, para dar inicio al proceso de producción.

Este particular fenómeno no lo es tanto porque se da en todas las ventas de la mercancía donde el trabajador en tanto vendedor de su *fuerza de trabajo* se desprende de un *valor de uso* (que precisamente es su *fuerza de trabajo*) y obtiene su valor (realiza su precio) en dinero. Por su parte, el comprador, es decir, el patrón se desprenderá de su capital en forma de dinero y obtiene a cambio la mercancía, pero obtiene una mercancía que tiene la particularidad de generar más valor y que es otra vez la *fuerza de trabajo*. Así, en el proceso de producción, la mercancía *fuerza de trabajo* comprada por la patronal para iniciar el proceso de producción constituye una parte del capital en funciones y el propio trabajador actúa simplemente como una forma natural específica de este capital, distinta de los elementos del mismo existentes bajo la forma natural de medios de producción. Entonces, durante el proceso de producción capitalista, el trabajador (esta vez prescindiendo de la plusvalía que él mismo genera) añade a los medios de producción convertidos por él en productos, bienes y servicios- mediante la inversión de su *fuerza de trabajo*- un valor igual al de ésta. Lo que digo es que reproduce, por tanto, para la patronal que es la que invierte, en forma de mercancía, la parte de su capital que el propio capitalista en el proceso de compra y venta de la *fuerza de trabaj*o le adelanta en salario. Producirá un equivalente de éste lo que significa que produce para el patrón el capital que éste eventual y falsamente le "adelantará" de nuevo para la compra de *fuerza de trabajo*. Por último, una vez que la mercancía se vendió, una parte del precio de esta venta resarce al patrón por lo que el *capital variable* adelantado en la forma de salario al trabajador lo coloca en una situación de ventaja en el momento que crea las condiciones para otra vez comprar la *fuerza de trabajo* al tiempo que permite al trabajador volver a vendérsela.

Si solo nos fijamos en esta transacción se deduce de ella que en todas las compras y ventas de mercancías es totalmente indiferente lo que pase en manos del trabajador en tanto vendedor con el dinero que él sea capaz de obtener por su mercancía y en manos del comprador, ahora el patrón, con los artículos de uso por él comprados en el caso concreto de la compra y venta de *fuerza de trabajo* por un equivalente en dinero a partir del salario. Además es totalmente indiferente, fijándonos solamente en el proceso de circulación, el hecho que la *fuerza de trabajo* comprada por la patronal reproduzca para ellos el valor del capital y que, de otra parte, el dinero conseguido como precio de compra de la *fuerza de trabajo* constituya la renta, el salario real de los trabajadores. La magnitud de valor del artículo comercial del trabajador, que definitivamente es su *fuerza de trabajo*, no resultará afectada ni por el hecho de que constituya renta para él ni por el hecho que el uso del artículo comercial por parte del comprador reproduzca el valor del capital de éste. Que el valor de la *fuerza de trabajo*- el precio que sea adecuado para la venta

de esta mercancía en particular- se determine por la cantidad de trabajo que es necesario para su reproducción y ésta, a su vez, por la necesaria para producir los medios de vida indispensables para el trabajador en el sentido de poder sustentar su vida a partir del consumo de ciertos bienes básicos para ella, hace que el salario sea la renta que en este proceso, siempre basado en el modo de producción del Estado capitalista, los trabajadores obtienen para el consumo personal que le permite reproducirse, vivir. Así, la fuerza de trabajo es una mercancía y no es un capital en manos del trabajador y es además una renta para él siempre que pueda repetirse y renovarse de forma constante su venta. En otras palabras, los trabajadores al no poder vender su *fuerza de trabajo*, al encontrarse para el caso desempleado, no obtiene de su mercancía renta alguna. Solo después de venderla, una vez que logra conseguir empleo y siempre en manos de la clase patronal, además durante el propio proceso de producción, es cuando funciona como capital. Entonces, la mercancía *fuerza de trabajo* tiene un doble uso, una doble utilidad en el proceso de compra y de venta: por una parte sirve como mercancía que se vende por su valor, en manos del trabajador y por otra sirve como fuerza productiva de valor y de valor de uso, en manos del capitalista que la compra. Por el contrario, el dinero que el trabajador recibe en esta transacción por parte del patrón sólo está en posesión de ese valor antes del pago. Así, contrariamente a lo que plantean algunos, no es el dinero el que cumple esta doble función- primero como *capital variable* en la forma del dinero y luego como salario- sino que es precisamente la *fuerza de trabajo* la que asume esta doble funcionalidad primero como mercancía, al ser vendida y luego en proceso de producción, donde actúa esta vez como capital, como elemento creador de valor de uso y de valor en manos de la patronal. Antes que el patrón pague su equivalente al trabajador en dinero un salario, ésta ya suministró a aquél el equivalente en forma de mercancía. Entonces, deduzco de todo el proceso anterior que es el trabajador el que crea el fondo que se convierte en su salario a costa del cual le paga el patrón. Desgraciadamente no es este el final del asunto porque el dinero que recibirá el trabajador en el proceso de la venta de su *fuerza de trabajo* por parte de la patronal es invertido por él para sostener su *fuerza de trabajo* (no es otro el sentido de la compra y posterior consumo de los bienes que le son necesarios para vivir) y, por tanto- enfocando la clase capitalista y la trabajadora en su conjunto-, es el trabajador a través del consumo al que puede aspirar a través del salario que le retribuye el propio capitalista, el que asegura al patrón las herramientas sin las cuales éste no puede seguir siendo capitalista, no puede seguir acumulando de forma privada en beneficio de él mismo y a expensas del bienestar de las mayorías.

De una parte, en la base del modo de producción capitalista tenemos la compra y la venta continua de la *fuerza de trabajo* que eterniza la función de

esta como elemento central del capital, a partir del que ese *capital* a modo de ejemplo logra aparecer como creador de mercancías, de los artículos de uso dotados de un valor. De otra parte, el capital invertido en comprar *fuerza de trabajo* constante e ininterrumpidamente crea su propio producto y al mismo trabajador, a la clase trabajadora pero también a la patronal. Se sigue de esta venta continua de la fuerza de trabajo un proceso que se transforma en fuente exclusiva, renovada y continua, del sustento material del trabajador, lo que hace que su *fuerza de trabajo* aparezca como el patrimonio a partir del que sacará la renta que le permite sobrevivir. Además, digo *sobrevivir* antes que *vivir* porque bajo los dogmas y directrices del neoliberalismo ni siquiera es posible hablar de *vida* sino apenas de *sobrevivencia* lo que por desgracia no es una exageración. Ahora la *renta* significa la apropiación de valor obtenido por la venta constantemente repetida, una y otra vez y hasta el final de los tiempos, de la *fuerza de trabajo*, valor cuya finalidad sería la reproducción constante de la mercancía destinada a venderse. Así, el valor de la *fuerza de trabajo*, de esta parte de valor de la mercancía misma, no deriva de la renta como factor independiente que la constituya, ni se reduce tampoco a la renta. El que ese valor nuevo que es producido y reproducido constantemente por el trabajador constituya fuente de renta para éste en el sentido que le permite sobrevivir a través del consumo en términos del capitalismo no significa en absoluto que su renta es parte integral del valor que produce. En palabras de Marx:

"(…) *es la magnitud de la parte alícuota del nuevo valor creado por él, que se le paga, la que determina el volumen de valor de su renta, y no al revés. El hecho de que esta parte del nuevo valor constituya una renta para él sólo indica a qué se destina, el carácter de su aplicación, y nada tiene que ver con el modo que se forma, que es tan ajeno a este hecho como cualquier otra creación del valor. Si ingresó diez táleros a la semana, este ingreso semanal no altera para nada ni la naturaleza de valor de los diez táleros ni su magnitud de valor"*.

Como toda mercancía bajo el modo capitalista de producción, el valor de la *fuerza de trabajo* está determinado por la cantidad de trabajo necesario para su reproducción. Es decir, el hecho que esta cantidad de trabajo dependa del valor de los medios de vida necesarios para la sobrevida del trabajador, siendo, por lo tanto, igual al trabajo necesario para la reproducción de sus condiciones de habitación, implica que el modo de producción, circulación y distribución del Estado que es capitalista y que así actúa en consecuencia, se basa en la operación básica, genérica y originaria por la que los trabajadores venden su propia *fuerza de trabajo*, como mercancía, al patrón en cuya mano

funciona como elemento de su capital productivo, capital que entonces pone en marcha y da sentido a todo el proceso. Esta operación de venta y compra de la *fuerza de trabajo*, que en verdad en primer término pertenece a la órbita aunque no exclusiva de la circulación de las mercancías, inicia el proceso de producción de las mercancías lo que también determina el carácter específico del modo de producción y distribución del Estado capitalista. La producción de un valor de uso e incluso la de una mercancía cualquiera es aquí un simple medio para producir *plusvalía* para los sectores dominantes al interior del Estado capitalista. Por eso, en relación al análisis del proceso de producción, de circulación y distribución se destaca en primer lugar cómo la producción de plusvalía, que es apropiada por el capital, determina al fin la duración del proceso cotidiano de trabajo, la organización social, técnica e incluso política y cultural del Estado capitalista y su correspondiente régimen a través de las formas de actuar y la definición del modo de producción. Por consiguiente, dentro de este mismo se realiza la distinción entre la simple conservación del valor del capital constante, la verdadera reproducción del valor adelantado que equivale a la *fuerza de trabajo* y la producción de plusvalía, del valor por el cual el capitalista no desembolsa equivalente alguno. La apropiación de la plusvalía, del valor que queda después de cubrir el equivalente al valor que es desembolsado por el patrón, aunque se inicia con la compra y venta de la *fuerza de trabajo*, es un acto que se efectúa dentro del proceso de producción que constituye la fase esencial de éste. El acto inicial y original es un acto de circulación, de compra- venta de la *fuerza de trabajo*, que descansa a su vez en la distribución de los elementos de producción, de la técnica, previa a la distribución de los productos sociales y presupuesta por ella, a saber: en la separación entre la *fuerza de trabajo* como mercancía del trabajador y los medios de producción como propiedad de la patronal. Sin embargo, al mismo tiempo, esta apropiación de la plusvalía no altera en absoluto la sustancia del valor ni el carácter de producción de éste. La sustancia del valor en el modo de producción capitalista es la *fuerza de trabajo* invertida en el proceso y la producción de valor el proceso lógico de esta inversión. El siervo de la época feudal despliega su fuerza de trabajo durante seis días a la semana, es decir, trabaja seis días, sin que ponga ninguna diferencia en cuanto al hecho de este trabajo de por sí el que, por ejemplo, invierta tres de estas jornadas de trabajo para sí mismo, en su propio campo, y otras tres en el campo de su señor, al servicio de éste. El trabajo voluntario que realiza para él mismo y el trabajo forzoso que rinde para su señor no se diferencian en nada, en cuanto trabajo. En realidad ahí no se percibe ninguna diferencia en cuanto al trabajo de esos días. La diferencia recaerá exclusivamente en la condición social y política, cultural y económica en que se despliega la *fuerza de trabajo* durante las dos mitades de este período de trabajo de seis días porque llegado el caso no es lo

mismo el trabajo en el Estado feudal que bajo el capitalismo, no es lo mismo trabajar en un país con 25% de cesantía que en uno relativamente igualitario, no es lo mismo ni son las mismas formas de dominio social, de la estructura democrática o no del régimen, en la realidad neoliberal que en la nacional y popular, porque además esa realidad final se basa en los dogmas y directrices que defienden los intereses y necesidades que hacen al modo de producción ya sea en términos feudales o capitalistas, etc. Pues bien: lo mismo pasa con el trabajo necesario y el trabajo excedente del trabajador en el mundo actual.

El proceso de producción, que no es más que el proceso de producción de *plusvalía* se inicia y termina en la propia mercancía. El hecho de haberse invertido en su producción determinada fuerza de trabajo que en su momento fue adquirida por la clase patronal nos dice simplemente que ésta posee una cualidad material que hace necesaria la inversión para que desde ahí arranque la producción en términos y bajo el interés del capitalismo, una cualidad que es única y que tiene que ver precisamente con poseer cierto valor. A su vez, la magnitud de este valor se mide por la magnitud del trabajo invertido en la mercancía. A eso se reduce el valor de la mercancía y en eso consiste. Ni más ni menos. La mercancía puesta a disposición en el mercado por la patronal al final no se diferencia en nada, desde ese punto de vista, de la mercancía que produce un trabajador independiente, una asociación de ellos, el siervo de la gleba o los esclavos. Sin embargo, en este caso el producto de su trabajo y su valor pertenecen íntegros al capitalista. Al igual que cualquier producto, el capitalista es quien convierte la mercancía, mediante su venta, en dinero, para seguir manipulando con él; transfiere a la mercancía la forma de un equivalente general lo que implica cierto modo de producción, de circulación y distribución de los bienes que siempre son socialmente generados y por eso debieran estar al servicio del trabajador. Por su función el trabajador entonces produce un valor- mercancía igual al valor que el capitalista tiene que pagarle por el uso de su *fuerza de trabajo*. En estas circunstancias, los trabajadores le entregarán al capitalista ese valor en la forma de mercancía y el patrón se lo pagará en dinero. El que esta parte del valor de la mercancía represente para la patronal un equivalente del *capital variable* que debe adelantar en la forma de salario no altera en nada que representa un valor de la mercancía nueva creada en el proceso de circulación y en el que consiste de hecho la plusvalía, a saber: en la inversión ya efectuada de la *fuerza de trabajo*. Ese hecho no resulta afectado tampoco en absoluto por las circunstancias que el valor de la *fuerza de trabajo* pagada al trabajador como salario implique para él la forma de renta y de que, a través de ella se reproduzca de continuo a los efectos del Estado y modo capitalista no sólo la *fuerza de trabajo* sino también la clase de trabajadores en tanto asalariados y con ello la base de la producción del Estado y del régimen capitalista.

Capítulo 6: La economía, la lucha por el poder y la (r) evolución.

La inflación como método de disciplina social y política.

Al principio de este libro lo que intenté hacer fue analizar, de la forma más exhaustiva que me fue posible, los ámbitos económicos y materiales que hacen a la conciencia y acciones de la mayoría para en una eventual nueva época estar en condiciones de consolidar la (r) evolución política que implica la imposición democrática del humanismo y el derecho a la vida digna como primacía absoluta de los cambios. En otras palabras, lo que hice fue desnudar con toda la crudeza que me fue también posible la diversa vinculación, real y concreta, entre la política y la economía donde cada una de ellas, en tanto que son ámbitos de convivencia y de definiciones colectivas de las políticas públicas que hacen a la razón del régimen, no pueden ser pensadas y vividas como independientes una de otra. Así, por ejemplo, pensar de forma crítica el tema para nada menor de la inflación, que al final afecta siempre y en primer lugar al trabajador, pensar críticamente el tema de la inflación en un tiempo dominado por las cada vez más periódicas crisis del Estado capitalista y su falsa forma de bienestar general y común, de una época de crisis y caída de sus paradigmas y dogmas, donde además la economía se convierte en una cuestión digna de seres por lo de más irracionales, profundamente ignorantes, simplemente es un intento de ir un poco maś allá de la ignorancia y el interés que asiste a los representantes de los grupos de poder más concentrados; es ir inclusive más allá de un fenómeno meramente económico o comercial como desde siempre han tratado de mostrarnos la economía el grupo neoliberal, es decir, desvinculada total y decididamente de la acción política, del interés de clases. Pensar críticamente el tema inflacionario desde una perspectiva más amplia es tratar entonces de desarticular un antiguo recurso del poder político concentrado en el interior de nuestros países, un recurso que busca e intenta invisibilizar por todos los medios las causas reales del aumento de los precios de los bienes de primera necesidad para transferirlas a determinados actores del régimen. La estrategia dominante en relación a desvincular la suba de los precios- y la probable inflación que ese fenómeno produciría- de las acciones de estos grupos de intereses concentrados es la manera y forma que tienen para disciplinar al trabajador en sus demandas y expectativas; es la manera artera de proyectar la amenaza de lo indiscernible, una suerte de regreso de los dioses dormidos que se lanzarán, ávidos de la sangre popular, sobre el trabajador que es consumidor y que esta vez, una vez más horrorizado ante un fenómeno que muchas veces no comprenden totalmente, suelen volverse carne de cañón de las propuestas de los factores de poder para acabar con la

inflación y que tienen características fuertemente elitistas, antidemocráticas y autoritarias. Políticas que nos propondrán terminar con la inflación que ellos mismos generan en favor de sus intereses de clase que se sintetizan sin más en la suba de la tasa media de la ganancia a expensas siempre del trabajador, a expensas del empleo, de la razón, de la lógica inclusive y de la satisfacción real de las necesidades, urgentes y múltiples, que por derecho le corresponde a la *fuerza de trabajo* para mejorar de forma definitiva sus condiciones de vida. El fenómeno de la inflación, eso hay que recordarlo, suele usarse, junto con el miedo al desempleo, como un instrumento de disciplinamiento social-político, como la puerta de entrada a los planes de ajuste que guardan, todos ellos, un contenido regresivo respecto de las conquistas sociales y políticas históricas del trabajador y de los avances relacionados con la distribución de la renta a favor del sector popular. Despejar este núcleo ideológico del capital corporativo, fuertemente concentrado en unas pocas familias, al interior del Estado y del régimen capitalista significa atacar desde una nueva perspectiva las causas y consecuencias de la inflación escapando a las exigencias de la dogmática neoliberal que siempre insiste en la disminución del gasto público, en el ajuste, en la austeridad y enfriamiento de la economía, que son medidas que redundan en perjuicio del trabajador y así también de la convivencia y la gobernabilidad democrática. Las famosas políticas de los años '90 (donde el neoliberalismo fue implementado de forma brutal inclusive en Chile donde la Concertación ahondó, siempre en contra de la voluntad de la amplia mayoría y haciéndose eco del "realismo político" del que hablara en otro lugar, en las reformas económicas de la dictadura conducida por Pinochet, convirtiéndose así en la peor heredera de la dictadura de la exclusión y de la muerte como política pública) las podemos resumir en las *metas de la inflación*, latiguillo usado para imponer sus puntos de vista e intereses, tendieron a garantizar las ganancias del capital financiero y especulativo que para mantener sus altos índices de rentabilidad necesita del famoso cóctel formado por el control monetario, la austeridad del gasto público, el ajuste fiscal y el enfriamiento de la economía en caso necesario.

Para los sectores de poder históricamente dominantes no existe nada más perverso en términos económicos y políticos que la combinación de las políticas que ahondan en el gasto público, o sea, en la intervención del sector público en la economía, en sectores estratégicos como la salud, la educación, la energía que moviliza nuestros países o la lógica del complejo tecnológico, que son todas áreas de imprescindible accionar de los gobiernos en el sentido que defiende o no el bienestar común (y así tendríamos que hablar antes que de *gasto público* de *inversión pública*, donde los actores públicos intervienen a través de obras de infraestructura, en políticas de tipo sociales de contenido reparatorio- compensatorio y diversas inversiones para sostener el empleo, la

generación de éste y la defensa del mercado interno) y en el aumento de los salarios del trabajador. Ellos le tienen terror al aumento del gasto (inversión) pública combinada con la suba de los salarios. Les aterroriza así el gobierno nacional en lo político, soberano en lo económico y popular en lo cultural. De ahí que la cuestión respecto de la suba de precios, de la inflación, no es un tema objetivo ni inocente ni mucho menos neutral porque son esos grupos dominantes los responsables de ella y llegado el caso militan a favor de ésta en la defensa de su tasa de ganancia. El tema de la inflación encierra dentro de sí una cuestión nada inocente, encierra un tema de prioridad absoluta y de importancia central en la lucha por los intereses de cada clase social que es precisamente el tema de la distribución de la renta e ingresos. Y en la medida que se relacionará de forma directa con la distribución de las riquezas, de las maneras que ésta adquiere en el ámbito de la lucha de clases, remite a su vez a la razón del modo de circulación y de producción del Estado capitalista. En este sentido, los factores de poder dominantes se movilizan continuamente a través de sus políticas públicas que tienden a defender los intereses del poder más concentrado, que las grandes corporaciones usan y abusan para debilitar los procesos democráticos en especial cuando estos apuntan al corazón del litigio por la igualdad en la distribución del ingreso porque todo eso, como ya vimos, se relaciona directamente con el modo y la lógica de la producción en términos capitalistas. De ahí que el aumento de precios de los productos de primera necesidad, a la vez que producen marginación y exclusión a través de la propia lógica de los neoliberales, son una descarga de artillería contra los intereses, la forma de vida, de trabajo y la cultura popular. La recreación de la memoria del miedo, herramienta usada a destajo por el neoliberalismo, encontrará en la subordinación de la política a la economía- que se pretende imparcial y objetiva- una de sus estrategias preferidas, en particular cuando el tema económico se convierte en un fenómeno que escapa al común de los trabajadores para mutar en fuerzas descomunales que amenazan con llevarse los últimos restos de lucidez que le queda a la sociedad.

Dicho lo anterior, la tarea que en estas circunstancias les corresponden a los trabajadores en la defensa de sus intereses de clase es militar y accionar políticamente, con todos los recursos necesarios, sean estos políticos, legales e institucionales como económicos y culturales, para subvertir la razón de los dominantes a través de una inversión de la inercia del poder omnipresente de las corporaciones de modo de inaugurar el tiempo de la real democracia, un régimen de fuerte presencia y de gestión popular, atravesado por políticas de reparación, de equidad y de inclusión política- social. Es contra esta decisión histórica de accionar en favor de la inclusión social y política por la que se alzan los grupos dominantes a través del establishment económico. Entonces, nos hablan de *productividad*, de *rentabilidad*, de *devaluación de la moneda*

nacional en relación al valor del dólar, de la *tasa de ganancia del capital*, de *concentración mono- oligopólica*, de los *formadores de precios*, *libertad del mercado* o del *aumento en el valor de la fuerza de trabajo* para distraernos y enturbiar lo que no es otra cosa que una histórica y concreta puja distributiva que, de la mano de los neoliberales en las últimas décadas del siglo XX fue ganada por el capital pero que, a partir y desde el régimen nacional- popular, ofreció su contracara: la paulatina recuperación de los trabajadores en la distribución de las riquezas que es por todos generada. Este es el núcleo del conflicto y uno de los ingredientes principales en la cuestión de la inflación que no es un tema menor cuando los pueblos se ven sometidos a ésta por las formas de accionar de los factores de poder que dominan desde los orígenes, y aún antes, de nuestros países independientes solo en lo formal. El tema de la inflación, de las formas en que esos grupos de poder accionan en el ámbito económico para subvertir el apoyo a los gobiernos populares para así socavar las bases populares en que se sustenta, es una política usada constantemente contra los intereses del trabajador en varias épocas de la historia del hombre donde los afectados son precisamente el trabajador y la misma convivencia democrática. En realidad, el recuerdo, desde siempre paradigmático, de la devastación económica y política del pueblo alemán como escalón previo al triunfo del nazismo, nos ofrece una clara y fiel muestra de las potenciales consecuencias de vivir un período hiperinflacionario. Simplemente todo se subvierte cuando estalla la economía y los precios entran en una carrera hacia el abismo. Pero, lo que finalmente se resquebraja no es el orden económico porque en general a esos períodos de crisis galopante suelen ocurrir nuevos acomodamientos en la concentración de la propiedad del capital, sino que lo que se quiebra es la trama de la convivencia democrática surgiendo de ahí gobiernos y líderes autoritarios, antidemocráticos y reaccionarios en demasía. El frenesí alucinante de un mercado enajenado se traduce, de inmediato, en el debilitamiento del lenguaje de la representación y la pérdida de legitimidad política ahí donde lo que emerge es un reclamo de orden y de saneamiento autoritario de una sociedad desquiciada por fuerzas que se vuelven, para el común de los trabajadores, indescifrables, jeroglíficos incomprensibles que amenazan con devorar la vida de todos al punto de convertirla en una guerra también de todos contra todos al modo de Hobbes. El colmo de la hipocresía más tremenda, estos mismos grupos de poder a partir del boicot económico, que involucra políticas de inflación, de mercado negro, de desabastecimiento artificial de productos de primera y básica necesidad, de descontrol del tema cambiario, devaluación a favor del capital, etc., nos plantean que el desquicio de la economía (que además amenaza el bolsillo del trabajador, su salario) es producto, así se dice desde las usinas mediáticas, de acciones identificables, de políticas públicas y de políticos que son denunciados a través de un ardid

narrativo como los gestores del mal, como los responsables que deben ser removidos del poder para que vuelva al fin la calma y la normalidad. Muchas veces les resulta. Pero también está ahí la experiencia de la Unidad Popular, que fuera atacada por todos lados por los grupos de poder a partir de este tipo de políticas que desvirtuó todo, que hizo la vida cotidiana mucho más dificil para los trabajadores que sin embargo reaccionaron con su organización y su conciencia, que fuera atacada con un desabastecimiento brutal de bienes de primera necesidad que increíblemente se acabó el mismo día del golpe de Estado. Esa experiencia así nos muestra no solo el poder de los trabajadores a partir de la toma de conciencia, de la movilización y la participación popular, sino también lo que casi nunca es denunciado como causante de la inflación que es el poder económico que suele actuar desde la opacidad y la astucia que lo caracteriza allí donde logra invisibilizar su responsabilidad directa. La experiencia de la Unidad Popular está para recordarnos lo que puede hacer el establishment económico desde las sombras para desestabilizar y destituir la autoridad democrática, nacional y popular. No puede haber espectáculo más nauseabundo que ver de qué modo los grandes causantes de la inflación, de los aumento de precios y del desabastecimiento virtual, se muestran ante la opinión pública como simples víctimas de algo que ellos desencadenan para apuntalar sus intereses corporativos y garantizar, de este modo, su absoluto predominio en la disputa por la distribución de la riqueza.

Lo que trastornó a la derecha de esa época en Chile es que a partir de la conciencia política de los trabajadores durante la Unidad Popular y a pesar de un contexto de increíble y fuerte boicot tanto económico como político de los sectores siempre dominantes, ésta logró aumentar el apoyo a sus políticas populares que así terminó con cualquier posibilidad y estrategia racional y política, electoral y legal de los grupos dominantes para intentar acabar con el proceso democrático, profundamente inclusivo, que significó este gobierno conducido por Allende. En ese contexto, el gran ejemplo de la experiencia de la Unidad Popular es que en general la desesperación por la caída al vacío producida artificialmente por los factores de poder dominantes se traduce en el rechazo de la política y de los políticos para dejar paso, muchas veces, al frenético reclamo de mano dura y orden capaces, según este imaginario falaz y reaccionario, de sanear el desquicio económico que vendría a ser producto de la malversación del sistema de partidos y organizaciones políticas. En esta segunda forma de reacción, que es la más común siendo la Unidad Popular la excepción a la regla, se me viene a la mente la experiencia de la Alemania de Weimar y su bancarrota que se nos muestran frente a la historia como señal ominosa de las respuestas que suele dar el sentido común y la reacción de muchos trabajadores ante situaciones de aguda crisis inflacionaria que sin más provocó el chivo expiatorio de los judíos como base ideológica nazi que

justificó la posterior atrocidad. Entonces, incluso en el caso de la experiencia de la Unidad Popular, por el propio desenlace que significó la instauración de la dictadura conducida en lo formal por Pinochet y sus genocidas al servicio de los neoliberales, lo que en primer lugar se debilita es la democracia y la idea de *lo político* como escenario y teatro de acción para el procesamiento de conflictos sociales y políticos, económicos y culturales que se producen en todo régimen. Por lo mismo, el tema de la inflación y en general del boicot económico siempre se entrecruza y relaciona con la acción política. El núcleo de la inflación y de cada una de estas políticas que intentan el boicot de los regímenes nacionales y populares para llevarlos a la desesperación y la bancarrota no responden entonces a tecnicismos que sólo pueden descifrar los tecnócratas, sino que atraviesa la puja decisiva por el modelo de Estado y de régimen político.

Siguiendo con los ejemplos históricos, esta vez en Latinoamérica y a la luz de los hechos y las crónicas que fundarán esa misma historia de nuestra región, puedo afirmar que ningún régimen saldrá indenme de un proceso de boicot de la economía, sea a través de la hiperinflación o de cualquier otra medida en particular. De hecho, en la Argentina hacia el final del gobierno de Alfonsín los grupos económicos más concentrados, los llamados capitanes de la industria, a través de los golpes de mercado llevaron al país a contemplar el borde del abismo de la hiperinflación que finalmente obligó al Presidente a entregar su mandato anticipadamente ante la falta de una estrategia política eficaz de ese gobierno en particular para hacer frente a los grupos de poder concentrados. De esta experiencia traumática, desoladora y subvertidora del tejido social, político y económico, que a su vez se condice con el triunfo del dogma neoliberal a nivel global con la caída de la Unión Soviética y el mal llamado socialismo real, surge el menemismo (que simplemente traiciona los postulados populares históricos del movimiento peronista) con su política de convertibilidad de la moneda y las consecuencias posteriores que derivan en la crisis del 2001. La Argentina de aquella época neoliberal es un ejemplo paradigmático de que ningún régimen sale indemne de una experiencia así porque deja al gobierno ante una situación de absoluta disponibilidad para las soluciones de regímenes autoritarios, sin recursos propios e inerte frente a la alternativa autoritaria, falaz y brutal auspiciada por los dominantes. Es que en fin, los efectos de la hiperinflación no se agotan ni desaparecen cuando se sale de ella sino todo lo contrario: permanecen en lo más recóndito de las prácticas culturales de los pueblos, se vuelven núcleos que habitan zonas de nuestro inconsciente listos a derramarse sobre nuestra realidad ante cualquier coyuntura en la que los precios comienzan a moverse en alza. El fantasma de la inflación, siempre auspiciada por los grandes formadores de precios que lo son porque a través de la propiedad oligopólica- monopólica de los múltiples

medios de producción en un ámbito específico o global incluso controlan los mercados, tiene consecuencias políticas muy directas que por ejemplo alteran y ponen en vilo no sólo a los actores sociales y económicos, sino que además debilitan el poder democrático planteando de ahí en más la solución política autoritaria en demasía. Lo que hace la inflación es someter al poder político, de nuevo, al miedo, a este terror que emergerá del fantasma arraigado en el lenguaje del imaginario de época. Por eso mismo, necesariamente se impone la eficacia y la eficiencia de los regímenes populares, de la planificación del modo de producción, inclusivo, plural y democrático, que sea conveniente al desarrollo de nuestros pueblos, definido por los mismos sectores populares a partir de nuestra especificidad histórica en un proceso caracterizado por una profunda participación y movilización popular. Participación y movilización popular que involucra el compromiso de todos en la definición de qué país queremos para nosotros y las futuras generaciones. De ahí se nos impone la politización de la economía porque en la politización de ésta encontramos la clave fundamental para profundizar en los cambios radicales de lo político-económico que por supuesto implica el tema de la cultura, de la ideología, de la conciencia y la participación de los trabajadores. En la acción política y su lógica participativa reside la lucha por la consolidación y permanencia de la (r) evolución, de un proyecto que sea más igualitario. En la política reside el impedimiento para que los formadores de precios junto con sus ideólogos mediáticos horaden los logros de los regímenes populares y la eficiencia que le asiste, que ya se convirtieron en sinónimo de bienestar.

El consumo popular, su relación con la acumulación del capital y el sentido final del neoliberalismo.

A esta altura, y siempre en relación al consumo bajo el modo propio del Estado capitalista, tenemos que limitarnos a observar que, al exponer la reproducción y acumulación del capital de la manera más simple posible y solo con fines de análisis, se partía del supuesto que la *plusvalía* se invertía íntegramente como renta. Sin embargo, en realidad cuando damos un paso más allá, cuando consideramos otra serie de variables y de factores del modo capitalista de producción, que necesariamente complejizarán el análisis pero que nos muestran y describen el modo de acumulación del capital tal cual es, inmediatamente notamos que se invierte como renta una parte de la plusvalía, la que queda en poseción del trabajador en tanto éste debe gastarla para así satisfacer sus necesidades básicas a través del consumo de bienes necesarios para ello, mientras que la otra parte de la plusvalía en manos del capitalista, y solo en sus manos, se convierte en capital. Este tema no es menor porque es ésta la premisa necesaria para que exista verdadera acumulación privada de

capitales. Si dijéramos que en términos generales la acumulación privada del capital necesaria para poder sostener en el tiempo las estructuras del Estado capitalista se efectúa a costa del consumo del trabajador o de los capitalistas estaríamos ante una falacia, un mito, en el sentido que es una ilusión porque choca contra el carácter de la producción capitalista al dar por entendido que la finalidad y móvil propulsor del Estado capitalista y los diversos regímenes a través del cual se manifiesta en la historia, es el consumo y no la obtención de plusvalía y su capitalización, es decir, la acumulación. Precisamente como el núcleo de la cuestión del Estado capitalista es la acumulación privada de los capitales, con la constante suba de la tasa media de la ganancia de éste, el consumo de los trabajadores y aún del capitalista será definido a partir de las necesidades de la acumulación que se traducen en políticas que intentarán incrementar todo el tiempo la tasa media de ganancias del capital y cuando esto no pasa, por las circunstancias que son propias del modo de producción en cuestión, cuando decae la tasa media de ganancia del capital, se producen las crisis que en la medida en que los trabajadores se movilicen o no pueden derivar en crisis coyunturales, finales o terminales. Además, este hecho nos remite al sentido de la política de exclusión del Estado capitalista a través del neoliberalismo que por excelencia se convierte en un régimen de exclusión y marginación del trabajador en el proceso que busca incrementar la tasa media de ganancia del capital. En este contexto hay que entender al neoliberal, en el sentido que sus políticas de desregulación de la economía, de liberación de los mercados, de la privatización de empresas públicas y otras tantas políticas tan delirantes como aquellas, como la del *déficit cero* en cuanto al gasto del sector público (que ya vimos es una inversión antes que un gasto) vienen a resolver los problemas estructurales del régimen político anterior, del mal llamado *Estado de Bienestar*, asistencial, que a su vez fue la respuesta que el capitalismo apenas sí estuvo en condiciones de dar frente a la crisis de los años '30 con la caída del liberalismo clásico. En estas condiciones es poco lo que el consumo popular puede hacer en favor de la acumulación de capital.

De hecho, tal y como viéramos en otro lugar, el discurso político de los sectores dominantes, que indica la necesidad de modernizar el Estado y el modo capitalista de producción, se adecúa a la lógica de los neoliberales. Por ejemplo, en el caso del empleo se tiende a reducir la ocupación y el salario hasta el límite en que la disminución del tamaño de la estructura social y política responda a las necesidades del nuevo modelo de producción y de acumulación neoliberal. Esto significa que se requiere marginar a unos dos tercios de la población de modo que se agudizan las diversas contradicciones sistémicas y sociales. La tendencia constante del capital son los de aumentar la fuerza productiva de la *fuerza de trabajo* a fin de abaratar la mercancía porque mediante ese proceso se abarata al trabajador mismo; sin embargo, al

mismo tiempo que esto pasa esos bajos salarios hacen que el gasto en bienes como la alimentación neutralice una parte considerable de los ingresos y los salarios de los trabajadores. Así es como las necesidades de los sujetos, que el mismo sistema les impone, no pueden realizarse más que en una mínima proporción por lo que la calidad de vida de los trabajadores en su mayoría desciende de forma brutal. En otras palabras, los requerimientos relacionados con la educación, con una mejor salud, conjuntamente con el reordenamiento espacial del uso de las viviendas, el uso intensivo y constante del transporte público, el gas, la electricidad o electrodomésticos, que son todas exigencias mínimas de vida urbana, ya no pueden ser satisfechas plenamente por el bajo nivel del salario real de los trabajadores. Y tampoco pueden satisfacerse con la intensificación o con la prolongación de la jornada laboral por eso, cuando a partir de la década de los setenta importantes capitales multinacionales se insertan en nuestra economía periférica, su principal objetivo es explotar las siempre beneficiosas condiciones percibidas por el capital en nuestros países en el sentido de existir una fuerza de trabajo altamente productiva y de bajo costo, con magros salarios reales y precariedad de las conquistas sociales en comparación con los países más desarrollados. La llegada de estos capitales a nuestros mercados nacionales, altamente protegidos a través de las acciones monopólicas, les permite apropiarse de rentas también monopólicas. Por su parte, la gran disponibilidad de trabajadores y los bajos salarios no sólo determinan el advenimiento masivo del capital transnacional sino también la explotación intensiva del trabajador que pasará a ser el factor principal que estimula esta inserción monopólica porque la estructura económica de los países menos desarrollados generan un grado alto de desempleo y subempleo proveyendo así de una reserva de trabajo adicional efectivamente disponible que presiona los salarios a la baja. Queda formado un capitalismo de intensa acumulación de capital y extendida pauperización del trabajador expresado en altos índices de marginalidad y exclusión lo que se traduce también en un magro consumo por parte de los sectores populares de los bienes producidos. Es así como la nueva organización de las estructuras políticas y económicas, con el objetivo expreso de introducir el régimen político neoliberal, hace disminuir aún más la participación de los trabajadores en el ingreso nacional provocando fuertes caídas en el nivel salarial. La conclusión de este proceso es que las políticas neoliberales se orientan a favor de un estrecho sector de la sociedad, a favor de los intereses de los sectores y grupos dominantes y en perjuicio de las mayorías, apoyándose en un modelo de acumulación privada que prevé la centralización creciente del capital a partir de la reconversión industrial, de la desregulación de los diversos mercados, la segmentación y la fragmentación del trabajador y su sindicato. En ese contexto, en el régimen neoliberal es la precariedad del empleo lo que caracteriza y define al sector

informal de la economía pero la novedad, de ahora en más, es que ésta se extiende progresiva pero constantemente al sector formal como resultado de la nueva lógica del régimen político de acumulación neoliberal que fortalece y, a su vez, debilita la razón del Estado de naturaleza capitalista. Entonces, otra vez vemos como lo nuclear del Estado capitalista es la acumulación del capital y bajo ningún aspecto el consumo popular que solo puede importar en la medida que responda o no a las necesidades de la forma de producción del capitalismo en el sentido que se condice con el incremento de la tasa media de la ganancia que, como vimos, limita el consumo de bienes por parte de los trabajadores antes que incrementarlo.

Bajo esta nueva concepción ideológica, los salarios de los trabajadores son un costo en el proceso y modo de producción, entonces, una reducción del salario es positiva desde el punto de vista de los intereses de acumulación del capital, al reducirse los costos de producción de la mercancía *fuerza de trabajo*, es decir, que se reduce ligeramente la demanda de los productos y bienes más elaborados como los televisores, lavadoras o computadoras, dada la baja capacidad de compra del salario medio del trabajador, pero se reducen fuertemente los costos de producción de los mismos. Es así un muy poderoso estímulo para desarrollar la producción de esos bienes si, a pesar de todo, estos bienes, que son más complejos y durables, encuentran salida suficiente en el mercado de consumo. La consecuente alza de la tasa de explotación produce que una masa suplementaria de la plusvalía, de las ganancias del capital, sirva para pagar al trabajador improductivo cuyo nivel de ingresos, más elevados que el del trabajador menos calificado, les permite acceder al mercado de bienes de consumo duraderos y ser una salida suplementaria para estos bienes. Esto implica que el mercado de consumo se hace cada vez más excluyente porque empieza a desplazarse hacia los sectores medios y altos modificando la estructura del empleo lo que, a su vez, permite que un grupo social tenga acceso al mercado de bienes y de servicios duraderos mientras las mayorías son igualmente excluidas. La reducción de los costos salariales y otra política económica son las precondiciones para el desarrollo acelerado de las ramas que producen esos bienes duraderos e instaurar este régimen neoliberal excluyente. La solución de este problema se encuentra así fuera de las fronteras que limitan la lógica del neoliberalismo y del capitalismo como régimen de producción, circulación y distribución. La solución depende de la ejecución de una política económica y social que haga posible la distribución equitativa del ingreso y el neoliberalismo es contrario a esos términos como acabamos de ver. La clase y calidad propia de los bienes de consumo no son lo que dificulta su compra a los sectores más pobres porque, en definitiva, lo que lo impide no es sino una pésima distribución de ingresos. Por eso, en las decisiones acerca de lo que se produce y cómo se distribuye, debe gravitar la

política de ingresos que resulte más justa y más coherente porque de ésta dependerá la capacidad adquisitiva de los trabajadores y la mayor o la menor expansión del mercado y ahorro interno. Por ejemplo, la disminución de la demanda, que recae sobre los bienes de consumo finales por el bajo poder de compra en manos de la población en general, reduce la demanda productiva y comprime el mercado, la ocupación e intensifica el endémico desequilibrio que se produce entre la oferta de producción fabril y su realización a través del consumo. Pero, este desequilibrio es factible de desaparecer con el juego de los factores exógenos como puede ocurrir si en casos de esta naturaleza el régimen político, por las razones que sean, decide mejorar la distribución del ingreso con medidas progresistas que reestablezcan la capacidad adquisitiva de los consumidores finales. Muy por el contrario, el neoliberalismo, en tanto es genuina expresión política de los intereses del Estado capitalista, de sus vicios y prebendas, busca resolver el tema de los excluidos del mercado del consumo a través del crédito al consumo a través del cual los trabajadores, ahora muy endeudados con el sistema de las tarjetas de crédito, entregan sus vidas a un consumo la mayor parte de las veces de poco sentido y claramente desenfrenado que es impuesto por la propia lógica de las formas capitalistas. Por último, es importante señalar que de vez en cuando, por las necesidades que son propias de la acumulación privada del capital, también se aprueban políticas de borrón y cuenta nueva de forma que los morosos otra vez puedan acceder al crédito del consumo para sanear en parte la caída de éste. Bajo ningún aspecto se plantea entonces una mejoría en la capacidad adquisitiva del salario real de los trabajadores como incentivo a una mayor producción porque ese mayor consumo no implica mayor acumulación de capital. De hecho, a partir de la lógica capitalista, la suba de la tasa media de ganancias, de la acumulación y su acrecentamiento, se producen a partir del proceso de exclusión y marginación hasta el límite que sea tolerable para mantener las apariencias del dominio y control sobre las mayorías bajo parámetros para nada racionales. Otra vez se insiste en políticas ligadas a la especulación y lo financiero por sobre la producción y economía real, esa que genera empleo e inclusión, democracia, participación y consumo.

El consumo respecto del fenómeno crítico del Estado capitalista.

Acabamos de ver las incidencias reales o no que tiene el consumo de los trabajadores en el modo de producción capitalista y su lógica, el rol y las funciones que le competen en la estructura de su forma de producción y la relación que este consumo popular establece con las formas de generación de la plusvalía y de cómo los dueños del capital se apropian de esa plusvalía. En este artículo en particular voy a tratar sobre las funciones que necesariamente

le corresponde o no al consumo de los trabajadores en lo que se refiere a la crisis del Estado capitalista sean éstas crisis coyunturales, sean definitivas o terminales. Es importante porque la mayor parte de los economistas de hoy, los más comprometidos con los intereses neoliberales y la tecnocracia que le asiste en sus formas, parte de la falsa teoría tomada de Adam Smith según la cual la crisis de la acumulación del Estado capitalista (el desarrollo del modo de producción en general de este estado de cosas, con sus respectivas formas de circulación y distribución de mercancías) se determina por el consumo, y su modo falso de explicar la realización del producto global de la sociedad el que simplemente queda reducido a la participación del trabajador (obreros en boca de Adam Smith) y a la de los capitalistas en la renta que así conducen inevitablemente a la doctrina de que la crisis solo obedece a la desproporción entre la producción del modo capitalista y el consumo popular. Desde este otro punto de vista, desde la posición reaccionaria, la teoría es ampliamente defendida porque intentará explicarnos la crisis del Estado capitalista por el hecho de que, al crecer la producción de bienes, disminuye la participación del trabajador en el producto, en esos mismos bienes y servicios, postura que no solo buscaría justificar las irracionalidades del capitalismo (no olvidemos que la economía es parte de las relaciones de poder, tema que veremos en el siguiente artículo) sino que también, y en ese sentido, intenta dividir al modo de Adam Smith el producto global de un país, la riqueza de las naciones a su modo de ver, en *trabajo* y en *renta* donde la *renta* es, de acuerdo a su propia terminología, la *plusvalía*, o sea, la ganancia más la renta del suelo. Pero, el análisis de Marx sobre la acumulación en el modo capitalista de producción y el de la realización del producto hace caer de bruces todos los argumentos de esta teoría, demostrando que es precisamente en los períodos que preceden a las crisis del Estado cuando aumenta el consumo del trabajador y que además el consumo popular insuficiente (con el que se pretende explicar la crisis del régimen) ha existido bajo mútliples Estados y sistemas económicos, mientras que la crisis del modo de producción es característica de un solo Estado en tanto sistema económico y político, cultural e ideológico: el capitalismo.[14]

[14] Estos autores al servicio de la lógica dominante desconocen que el valor de los productos bajo el modo capitalista, bajo la lógica de la reproducción del Estado capitalista, se divide en tres partes que son fundamentales para entender la estructura y basamentos de la manera dominante:

a) La primera es la que repone el *capital constante* que es propiedad de la clase patronal, o sea, el valor que también antes existía bajo la forma de materias primas, de medios de producción, materiales auxiliares, máquinas y tantos otros y que se limita a una parte del producto acabado.

Me parece entonces que es más racional la postura de Marx desde el momento que intenta explicarnos las continuas crisis a la que se ve expuesto el Estado capitalista y sus fomas a través de otra contradicción, que no tiene nada que ver con el delirio de los seguidores del automatismo del mercado, y que sí tiene directa relación con la contradicción que se producirá de forma constante entre el carácter social de la producción de la riqueza (que siempre es socializada por el Estado capitalista en la necesidad que le asiste en cuanto a su devenir) y el carácter privado y bien individual de la apropiación de esta producción de las riquezas. Volvemos así a la relación que se establece entre el modo de producción capitalista y su forma de circulación y distribución de la mercancía, de su generalización o dominio dependiendo siempre del caso al que nos referimos. Por lo mismo, el entendimiento del modo y la forma de producción del capitalismo nos obliga a examinar este tipo de teorías de los dominantes en la medida que intentan cegar el camino de la emancipación de las grandes mayorías nacionales para desde ahí favorecer el bienestar de todos nosotros. En este contexto tenemos que empezar por preguntarnos cuál es la profunda diferencia existente, si es que realmente la hay, entre la teoría de Marx y la de los sectores dominantes respecto a este tema en particular, de la relación que se establece o no entre el consumo popular, el consumo de los trabajadores, y la crisis del Estado y del régimen capitalista en sus diversas acepciones. Habría que empezar diciendo que las dos teorías de las crisis de las que hablo, tanto la de Marx como la de los grupos dominantes en general, contienen explicaciones totalmente distintas en relación a esta cuestión en

b) La segunda parte del valor es la que repone el *capital variable*, es decir, el que costea los salarios de los trabajadores en el proceso de producción de las mercancías.

c) Finalmente, tenemos la tercera parte que constituye el valor propio de la mercancía que es precisamente la *plusvalía* que pertenece a la patronal.

De lo recién expuesto en cuanto a la forma en que se descompone el valor de la mercancía bajo el Estado del capitalismo, y que son parte de las premisas centrales en que se basa la teoría de Marx en su análisis del modo de producción y la realización del capital global en un país cualquiera, se contiene en dos tesis. La primera es que el producto global de ese país se forma, al igual que cualquier producto suelto, por tres elementos que precisamente son el *capital constante*, el *capital variable* y la *plusvalía*. La segunda parte es que dentro de la producción capitalista es necesario distinguir dos grandes sectores, que son la producción de los medios necesarios para la continuidad de la producción, de todos esos objetos destinados al consumo productivo, es decir, a la producción, no al consumo de las personas, sino al consumo del capital, y la producción de esos medios de consumo, es decir, de artículos destinados al consumo individual.

particular. De hecho, la teoría de los dominantes en general nos explicará la crisis partiendo de la contradicción que ellos creen existe entre la producción y el consumo del trabajador mientras que por el contrario Marx se refiere a la contradicción existente entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la apropiación de la plusvalía como acabamos de ver hace ya un momento. La teoría dominante encuentra, pues, las raíces del fenómeno de la crisis del capitalismo- y de ahí su hipocresía- fuera del ámbito del modo y la lógica de la producción. En cambio, Marx encuentra las raíces de la crisis (sean del carácter que sean porque finalmente quien define ese carácter es la lucha de los trabajadores lo que, a su vez, nos revela que todas las crisis del capitalismo son sistémicas, es decir, remiten a la caída de la tasa media de la ganancia del capital y por lo tanto de la propia acumulación de éste) en las condiciones y la lógica relacionada con el modo y forma de producción que caracteriza al Estado capitalista. Dicho en términos un poco más simples, la teoría de los grupos dominantes explica la crisis como efecto de un déficit en el consumo del trabajador- a pesar que la realidad del régimen neoliberal nos demuestra que a través de la exclusión de los trabajadores de los mercados de consumo es la que precisamente se convierte en un incentivo para la suba de la tasa media de la ganancia del capital a través de la baja considerable del costo de producción de los bienes- mientras que la teoría marxista insiste en la anarquía del modo de producción del capitalismo. Por lo tanto, aunque las dos teorías explicarán las crisis partiendo de una contradicción inherente al orden económico capitalista discrepan al definir esta contradicción, siempre central y fundamental, de forma que terminan por caminos bien distintos.

¿Pero es que la teoría de Marx al fin y al cabo nos niega la existencia de una contradicción inherente entre el modo de producción capitalista típico y el consumo del trabajador, las formas de éste, nos niega acaso la existencia de un déficit importante en relación al consumo popular de bienes y servicios producidos socialmente? En realidad no lo hace. De hecho, es importante bajo el capitalismo la cuestión relativa al consumo desenfrenado, sin límites, que por ejemplo depredaría no solo los recursos de nuestros pueblos sino que además pone en peligro constante la vida y la supervivencia de los hombres. Evidentemente Marx reconoce plenamente este hecho a través de su postura frente a la crisis pero le asigna el lugar que le corresponde, es decir, un lugar totalmente secundario, como un hecho que sólo se refiere a un sector de toda la producción capitalista. Es desde esta postura que deja establecido que este hecho por sí solo no explica la crisis, ya que ésta responde a la contradicción fundamental y más profunda del modo de producción capitalista vigente: a la contradicción existente entre el carácter social del modo de producción y el carácter privado de la apropiación de la plusvalía. ¿Qué decir, entonces, de quienes, siendo en realidad partidarios de la teoría de los grupos dominantes

se esconden detrás de referencias que en apariencia se dicen representantes del marxismo respecto de las causas de la crisis, al modo del reformista de toda índole, y terminan finalmente comprobando, a expensas de sus propias limitaciones prácticas, la contradicción existente entre la producción y el consumo popular desde el punto de vista que trato acá? Evidentemente estos autores no profundizan en lo que sirve de base a la diferencia entre las dos teorías como tampoco llegan a entender debidamente la lógica del modo de producción capitalista por el compromiso que de hecho y de derecho asumen con los intereses de los clanes familiares anglo- estadounidenses dominantes. Con esto el neoliberal delatará su pleno desconocimiento del problema, de la lógica de la economía política y de la reproducción de la vida del hombre. En estas circunstancias tendríamos que preguntarnos qué es la crisis. Acaso, ¿la crisis del modo de producción capitalista es una crisis que tiene relación con la superproducción de bienes y servicios, la producción de mercancías que no pueden realizarse o que no encuentran demanda suficiente en el mercado de consumo? Por supuesto que las crisis son eso pero también son mucho más. Si las mercancías no encuentran demanda, ello quiere decir simplemente que el fabricante no conocía correctamente esa demanda al momento de producir. Ahora bien, estos autores dicen que las crisis son posibles, pues el fabricante no conoce correctamente la demanda de bienes a producir, y son necesarias, pues en la producción del modo capitalista no puede existir equilibrio entre la producción y el consumo, o sea, no puede realizarse el producto en cuestión; sin embargo, las crisis son posibles no solo porque el fabricante no conoce eventualmente la demanda e incluso son necesarias en la medida que a través de éstas el capital depura sus basuras, pero no, ni mucho menos, se producen porque el producto no pueda realizarse. Eso no es para nada exacto porque el producto en definitiva sí puede realizarse. Las crisis se producen más bien porque el carácter colectivo de la producción de las mercancías, el modo de circulación y la lógica de la distribución choca con el carácter individual de la apropiación de ganancias, la plusvalía, del capital global de la sociedad.

En este punto es bastante claro el constante esfuerzo de los grupos de intereses dominantes y sus cuadros intelectuales por desviar la atención sobre la teoría marxista de la crisis en el sentido en que ésta define correctamente la misma al asociarla al modo más intimo y directo con la lógica y el modo de producción, de circulación y distribución del Estado capitalista. En efecto, si solo explicáramos las crisis por la imposibilidad de realizar los productos, por la contradicción entre la producción y el consumo al modo que lo hacen los dominantes, llegaríamos por esta ruta a negar la realidad más íntima del modo y Estado del capitalismo, llegamos por esa ruta a negar las múltiples imperfecciones y contradicciones que hacen inviable en el más largo plazo el modo de producción capitalista, lo que nos conduce a los desvaríos teóricos

típicos del refomista y sus falsos profetas. Entonces, si derivamos la crisis del capitalismo desde los dogmas y postulados dominantes, inmediatamente hay que admitir que cuanto más se desarrolle la contradicción ésta, más difícil es encontrarle una salida correcta. Por el contrario, si explicamos las crisis por la contradicción entre el carácter social de la producción de las mercancías en general y el carácter individual de apropiación de la plusvalía, reconocemos la realidad y la verdad del Estado capitalista que finalmente nos conducirá a entender en toda su dimensión las consecuencias de la primacía del derecho a propiedad sobre la vida de los trabajadores, rechazando como un reformismo político absurdo cualquier intento por buscar caminos alternativos. De todas formas, es absolutamente natural que los reformistas intenten confirmar sus ideas en base a una realidad que solo pueden deformar en propio beneficio pero este hecho los pone en una postura altamente irracional y más allá de toda lógica democrática. Es que al final se equivocan si continúan creyendo que el contrabando de ideas, de teorías y de factores que reivindican ni más ni menos que los intereses de una clara minoría siempre representada por una tecnocracia altamente soberbia, prepotente y autoritaria, pasará inadvertida porque los trabajadores al final ya no pueden seguir gobernándose por esas falacias teóricas y prácticas a riesgo de seguir hipotecando la satisfacción de sus legítimas necesidades. No pasa inadvertida en la medida que la libertad del trabajador está ligada finalmente a la toma de conciencia que, a su vez, implica entender el modo de producir capitalista en todas sus dimensiones e implicancias para la vida. Por lo mismo el neoliberal nos esconde la realidad con sus irracionalidades y mitos, para que el trabajador no tome conciencia de la básica relación de profunda desigualdad en el contrato establecido entre la *fuerza de trabajo* y el *capital*. Así, al igual que ayer con Adam Smith, los economistas posteriores, el neoliberal para este caso particular, se encuentra ante una errónea concepción sobre la acumulación del capital individual en relación a la forma de explicar la crisis del Estado y del modo capitalista, idea relacionada con la teoría según la cual el producto total, en la economía capitalista, se constituye por dos partes y que le es tan afín a sus intereses de dominio. Estos autores al servicio de los dominantes sostienen, en efecto, que la parte acumulada de la ganancia se desembolsa íntegramente en el salario del trabajador, cuando en realidad el modo capitalista nos muestra que éste se desembolsa tanto en el *capital constante* como en los salarios pero no pueden aceptar este punto toda vez que es un paso más para develarnos el proceso de fetichización de la mercancía como punto característico del modo capitalista. Observaremos además que esos autores, los representantes de los reformistas de toda índole, que se han dedicado en general a restaurar los prejuicios de la economía de los neoliberales y su falso automatismo de los mercados, han sembrado también confusión en esta cuestión de la crisis con su afirmación

de que la teoría de las crisis de Marx no difiere del diagnóstico, soluciones y resoluciones planteadas por los capitalistas.

La relación de lo político y lo económico en la defensa del gobierno popular y la permanencia de la (r) evolución.

Como conclusión de este capítulo tendría que decir que de la mano de los regímenes populares, nacionales e inclusivos, humanistas desde el núcleo, desde sus acciones y políticas reivindicativas de los derechos del trabajador, que los vuelve inexhorablemente más justos, más igualitarios y equilibrados que el Estado capitalista y cualquiera de sus regímenes, quien regresa son los líderes y conductores de la calidad política y humana de Salvador Allende, de José Manuel Balmaceda, de mujeres como Evita o libertadores de la estatura de Simón Bolivar, de San Martín, Manuel Rodríguez, Martí, Artigas y tantos otros que se expresan en los millones de nuevos puestos de trabajo creados y otros derechos y conquistas sociales- políticas que tienen relación directa con la inclusión de los trabajadores, con el ejercicio concreto de su ciudadanía en cuanto expresión y manifestación política plena de derechos. Con el régimen popular, con la (r) evolución y su permanencia, regresó la política y el sector público como imprescindible a la hora de pensar y de militar en favor de un proyecto de país justo, a la hora de reivindicar las funciones de intervención que hoy le corresponde al sector público en la conducción de la economía, en la definición tanto de sus postulados como además de la economía cotidiana que intenta la mejoría sustancial de la calidad de vida de la mayoría a través de una definición netamente política del bienestar común y de las directrices comerciales y económicas que hacen a éste. En esta definición precisamente están involucrados todos y cada uno de los actores sociales y políticos, los diversos grupos de intereses, organizaciones gubernamentales o no (…) que hacen a la agenda de gobierno y su lógica. Esos grandes líderes, siempre de la mano de la (r) evolución que es democrática y que permanece en el tiempo por la lucha y la consecuencia de los trabajadores, de lo mejor de cada uno, hacen que con ellos regrese lo más humano y solidario de nuestros pueblos, lo más consecuente, los viejos y los nuevos líderes, los luchadores sociales, la juventud y el marginado que deja atrás su condición de extrema exclusión, de pobreza e invisibilidad a la que lo somete el neoliberal y sus directrices que giran sobre la poco probable imparcialidad, objetividad e independencia de la economía en relación a otros saberes y en primer lugar respecto de la política que es denigrada en favor de la ciencia económica. Y ahí entramos en el núcleo central del Estado capitalista porque éste necesariamente, si de verdad busca continuar ejerciendo el poder y el dominio en términos de su poco probable eternidad, como él mismo Estado lo piensa, no puede aceptar

la parcialidad de la ciencia económica toda vez que sobre ella y otros saberes que se pretenden racionales, se fundaría la idea de la verdad absoluta, de esa verdad válida para todo tiempo, para toda época y lugar que constituiría el Estado capitalista y su expresión de primacía sobre la *fuerza de trabajo*.

Entonces, no quedaba otra y tenía que pasar, tenían que volver de la mano de la (r) evolución permanente basada en la lucha de los trabajadores, todos esos héroes, dirigentes y conductores que hacen a la cultura del pueblo, a la defensa y mejoría sustancial de las condiciones de trabajo para desde ahí, precisamente desde ahí, mejorar las condiciones de vida de todos. De una u otra forma tenía que pasar, tenía que regresar el movimiento, la organización y la participación de los trabajadores, la cultura popular que se construye en la medida que también se construye y expresa el derecho de todos a gestionar la agenda pública del gobierno a partir de los intereses de las mayorías, esa mayoría que en tanto regrese deja de ser silenciosa y silenciada. Tenía que suceder entonces: regresará el movimiento de los trabajadores pero lo hace como una categoría distinta y superadora de los clásicos y gastados partidos políticos que nacieron, crecieron y se agotaron en el siglo XX por la lógica reaccionaria del Estado capitalista y la defensa de sus asuntos. Esta es una señal de cambio paradigmático que no siempre es consignada en los análisis de coyuntura que también involucra a la razón del capitalismo y desde ahí la relación de la economía con lo político, la definición de la ciencia económica como un saber más que responde y corresponde a ciertas manifestaciones del poder, de la lucha de intereses de clase. Una ciencia económica para nada inocente, nada vulgar ni mucho menos verídica en términos empíricos. Será así probablemente porque la raíz y dinámica de los movimientos populares si bien impactan sobre lo inmediato del hombre, sobre la cotidaneidad de la vida de las mayorías, además nos interpela y convoca a cambiar la historia, la crónica de nuestras acciones y reacciones, las formas de la participación y la movilización, inclusive la definición de nuestros puntos de vistas, de nuestras posturas, necesidades y urgencias. Por eso, cada acto y cada movilización de los trabajadores tiene militancia, pasión, sus contradicciones también, tiene su cultura, su expresión, el orden y desorden de la multitud, los empujones, el olor y el sabor que genera el movimiento, que genera la permenencia de la (r) evolución. Nadie más genera estas cuestiones, la expresión de lo popular. En la medida en que la (r) evolución permanece es el pueblo el que ahora se manifiesta, es la cultura popular en movimiento, ahora movilizada detrás de un proyecto de país, de la economía, de la política y las relaciones que entre ellas se produce en el ámbito de lo colectivo. En la medida que permanece estamos ante ejes y políticas públicas que reivindicarán la cultura popular. La resultante es la reconstrucción del movimiento, de la organización de los trabajadores, en su única misión histórica posible que es la (r) evolución, que

es la permanencia de la transgresión, la rebeldía, la reparación y construcción de los derechos sociales como parte y antecedente de los derechos políticos, del respeto por los derechos del hombre bajo la primacía de la vida, la más digna que sea posible. Bajar los héroes anquilosados y odiosos, defendidos a rajatabla por la historia nacional- oficial, esa que nos miente todo el tiempo, continuamente, y subir al mismo tiempo a los hacedores de las crónicas de nuestro pueblo que hace a la historia, al mejor relato de la misma, enfrentarse con los factores de poder económicos tanto locales como globales para desde ahí reivindicar lo más justo, es el sello distintivo de la permanencia de los cambios a partir de la organización y la defensa de la economía en términos inclusivos. Es un *movimiento* en tanto se nutrirá de los mejores elementos y valores políticos- culturales. Incorpora la cultura del movimiento, en tanto es expresión de multitudes que protagonizan la acción política, que la hace suya y resignifica en un proceso de continuo cambio. Incluso logrará incorporar la permanencia del cambio a los procesos de independencia de los pueblos de América respecto de España en tanto esta independencia fue una revolución liberal- democrática. Incorpora a líderes como Salvador Allende en el camino ascendente de la inclusión del trabajador y la justicia social que caracterizó su gobierno pero también todo su accionar público. Y al mismo tiempo y en la medida que lo hace, que incorpora a los trabajadores, la inclusión de éstos, también incorpora la lucha de los anarquistas, socialistas y los comunistas, de Luis Emilio Recabarren, del propio Miguel Enríquez y la resistencia heroica a la dictadura. Es movimiento y será organización del pueblo porque tiene un proyecto, una idea bien definida a partir de la defensa de la vida y así tiene además conducción política. Y así además tiene mística, pueblo y juventud. Tiene raíces culturales hundidas y extraídas de la historia de la Patria, de esa que se escribe con mayúsculas, la que es soberana. De ahí que la unidad, que la solidaridad y organización a que nos convoca la permanencia de la misma (r) evolución corresponde con esta fase del movimiento. Por esto mismo, la permanencia de la (r) evolución a través del movimiento significa y además se traduce políticamente en establecer, entre tantas cuestiones, la relación simbiótica que se produce y existe entre lo político y lo económico y en tanto es tal se convierte, a su vez, en una consigna y en una expresión de poder y respuesta más o menos adecuada a las crisis políticas, sociales y económicas provocadas por la banda de tecnócratas al servicio del Estado capitalista que nos azota desde su origen en tanto y en cuanto se basa en la expoliación y en la explotación de la fuerza de trabajo en favor del capital.

Por otro lado, a mayor desestructuración del comercio, de la economía y de los regímenes políticos de los países de Latinoamérica lanzada desde el interior o desde el exterior por parte del poder económico nacional y global, a mayor dominio de los medios de poder, a mayor insistencia de que al fin la

economía es cuestión de dioses, que habitan en el Olimpo o en los cielos de los peores fundamentalistas y que así ninguna relación tiene con los hombres, con lo mundano, con lo natural y material, solo conlleva el eterno sacrificio de los trabajadores en favor de los intereses de la acumulación privada de los capitales que hacen al modo de producción, de circulación y distribución en términos capitalistas. De ahí que el movimiento plantea, desde este puntual tema, de la mayor estructuración posible de lo económico en lo social y en lo político. Solo así estaremos en condiciones de entender finalmente el modo de producción que nos atosiga con sus irracionalidades, sus mitos y fábulas. Aquí nos acercamos otra vez a uno de los núcleos del asunto de la siempre falaz independencia de la economía respecto de la acción política y que es la cuestión que tiene directa relación con el poder, con el control de la minoría sobre la mayoría de la manera más racional posible para que este control no sea cuestionado desde las usinas de la cultura popular.

Cuando estamos en condiciones de entender la simbiosis y ligazón de lo económico con lo político, de sus aspectos y ámbitos del régimen político y sus implicancias, que no es más que la expresión institucional de aquellos temas colectivos de los hombres, los que nos interesan a todos, ahí, en este momento es cuando se produce tensión en las alturas, en algunos políticos y en los medios de comunicación e información al servicio de intereses que no solo son espurios sino también minoritarios, como nos plantea la conciencia de las necesidades del trabajador. Es que el hecho maldito del humanismo es disputar el poder para construir una democracia menos formal y más popular, en un nuevo país, uno más justo e inclusivo, integrado a la región y no a los medios de poder que responden y se corresponden a la razón de los centros de poder financiero nacionales y globales. Desde esta mirada panorámica, el desarrollo y el crecimiento bajo los paradigmas de los regímenes nacionales-populares, de la eficacia y eficiencia de sus políticas públicas en relación a la inclusión de los antes excluidos, empobrecidos y los marginados de los falsos beneficios del capitalismo, sirven para eso, sirven para lograr la permanencia de la (r) evolución que involucra así cambios tanto en el ámbito económico como en el ámbito comercial, cultural, político, social e inclusive ideológico. La eficiencia mostrada por las políticas públicas de los regímenes populares, la definición de las bases que forman el despliegue y el desenlace de la nueva economía, de la economía política en el sentido que interpelaría al poder y la razón ideológica, involucra la posibilidad de crear hegemonía a favor de los sectores populares. Hegemonía en favor del trabajador que solo permanece y se consolida en el tiempo a expensas y contra la hegemonía de los grupos más concentrados, de los dominantes de otras épocas que solo fueron capaces de militar en favor de la exclusión de los intereses de la mayoría. A partir de esta nueva interpelación y esta defensa de la economía política, el control de

la realidad y la verdad, sea esta absoluta o relativa, la hegemonía política y cultural, la conquista el pueblo movilizado, del pueblo consciente que ahora se encuentra impertérrito en relación a la participación activa en los asuntos que considera importantes, los que define como socialmente prioritarios, se vuelve parte de un proceso tangible a través del cual el trabajador participa y se involucra en su conjunto a través de organizaciones políticas que él mismo considera representativas de sus intereses de clase. Es esa disputa ideológica, que además es cultural, la que nos conduce a la lucha por el control del poder bajo los auspicios de un régimen político nacional, democrático, popular e inclusivo en su sustancia y materialidad, en contraposición directa con el otro régimen, al que ni siquiera podemos catalogar como democrático, me refiero al neoliberalismo que por la misma formalidad y abstracción de los derechos del trabajador ya no puede ser catalogado de esa manera, la que nos explica en toda su dimensión la revalorización de nuestra propia historia, la defensa de la economía política como ámbito real que nos ayudará a mejorar la vida de todos y, en consecuencia, nos explicaría también el bombardeo constante contra la esperanza colectiva ejecutada por las corporaciones y sus grupos de intereses.[15]

[15]Para entender en su real dimensión lo que nos pasa en el Chile actual es necesario comprender que no estamos en democracia sino en una dictadura que con nuevos métodos, simplemente más refinados, reprime el movimiento social. No exagero porque la razón de ser de la Constitución de 1980 es negar por todos los medios y con todos los recursos a su alcance cualquier expresión de la cultura y soberanía popular. En este sentido, se impone desde siempre la represión de los trabajadores y estudiantes porque además el régimen neoliberal se encuentra estructuralmente incapacitado para resolver los problemas de la mayoría.

Si la Constitución, sus leyes y normativas se encargan de negar y reprimir cualquier manifestación de la soberanía popular (en su momento el artículo 8 fue paradigmático al respecto en el sentido de revelarnos el auténtico sentir y lógica de la ley de la dictadura) estamos simplemente ante una estrategia política de los sectores dominantes que busca evitar por todos los medios el surgir de cualquier experiencia como la de la Unidad Popular, como si en realidad una ley, incluso una Constitución pudiera evitarlo. Así, serían los sectores populares, trabajadores y estudiantes todos, los únicos responsables del "quiebre de la institucionalidad" y por eso del golpe de Estado. Siguiendo con este razonamiento, la Constitución define a los sectores populares como enemigos, como "enemigos internos" de la estabilidad, de la racionalidad e inclusive de la gobernabilidad democrática. El asunto es que al convertirnos en enemigos internos de la estabilidad en términos neoliberales, el régimen basa su ideología ni más ni menos que en la Doctrina de Seguridad Nacional. Por eso nuestro país no es democrático y por eso las fuerzas del orden se ensañan con nuestra gente. Lo interesante en todo caso es les queda cada vez menos margen para seguir en esa aptitud.

La participación y movilización activa del trabajador en defensa de sus formas de vida, de una manera de producción y de una economía que se presente como alternativa auténtica al dogma neoliberal necesariamente debe acompañarse de medidas transformadoras de la realidad de las mayorías y del claro, decidido y pleno liderazgo de la gestión de gobierno por parte de los trabajadores a través de las organizaciones, líderes y conductores que los representan en sus intereses, en sus sueños y alegrías. Del mismo modo, la contracara de la reacción nos plantea la demonización de la política, la falta de racionalidad de ésta (que entonces viene acompañada del falso diálogo y del consenso en favor de un también falso crecimiento y desarrollo nacional) y la gallardía de una economía que se pretende independiente de los hombres a pesar que la razón y la historia nos digan exactamente lo contrario. Pero ellos, los neoliberales contrariando, alterando y burlando toda experiencia de los hombres, lo que hacen es falsear la historia, mentirnos descaradamente en beneficio propio a través del realismo que dicen representar. La contracara de la reacción demoniza entonces no solo la política, la acción y el verbo en su mejor conjugación, el verbo compuesto por el mayor sustantivo, las acciones y reacciones, sino que además falsea y demoniza a los sectores populares, su constitución, su estructura y sus formas de expresarse en el ámbito social lo que nos demuestra que ya todos saben cuál es el juego. La corporación jugará al desgaste y a la destitución de los regímenes populares, pero ya no juega a su antojo, en la cabina de mando, porque ya no está en condiciones, cuando la (r) evolución se impone, de comandar la vida de todos a expensas también de todos. Entonces son desplazados cuando la economía y la política logran recuperar su domicilio real, sea ésta la Casa de la Moneda, la Casa Rosada, la de Nariño, la Casa Pizarro, el Palacio Quemado, el de Miraflores (…) desde donde se decide en definitiva el destino de los trabajadores latinoamericanos, sus vida, sus sueños, anhelos y esperanzas.

Capítulo 7: Análisis del sentido epistemológico de algunas ideas y conceptos en los que se basa la ideología neoliberal.

La relación entre el Estado, el régimen político y el mercado.

La relación entre el sector público y el mercado, que nos remite a dos dimensiones básicas en la organización de la convivencia del hombre, de la sociabilidad que se establece entre ellos, frecuentemente aparecen, desde el punto de vista teórico y conceptual, bajo una fórmula de dicotomía, o sea, donde una excluye a la otra; aparecen como dos términos que aunque no son independientes implicarían contradicciones que nos conducen a ideologías a veces, muchas veces, peligrosas como la del enemigo interno o como la de la primacía de la propiedad privada que defiende la libertad en base a la idea del mercado privado por sobre la vida de todos. En este contexto, el Estado (en realidad debieran hablarnos del "sector público" en tanto nos referimos a todos los actores y sujetos sociales y políticos que conforman dicho sector y que así actúan al interior del régimen) se constituiría como el "no mercado" al tiempo que el mismo mercado sería lo contrario a lo público, a lo estatal. En ningún momento entonces se planteará una relación de reciprocidad, una relación bien planificada que se instituye a partir del protagonismo de los sectores populares, para lograr las metas del crecimiento, del desarrollo y de la satisfacción de las necesidades de la mayoría. Tampoco se nos plantea una relación donde el núcleo directriz se establezca a partir de la primacía de la vida del trabajador, de satisfacción de sus urgencias y requerimientos, como sí lo hace el humanismo. Pero, esta asociación está más generalizada a partir de la vinculación que ella exige ante las dicotomías que se establecen entre lo público y lo privado, entre el Estado y la sociedad o entre la política- esta vez entendida como escenario de crisis, de la lucha de clases y de conflictos- y la economía que vendría a ser una ciencia objetiva, racional e independiente, mucho más allá de la lucha de clases que caracterizaría a la política. De todas maneras, la realidad práctica del Estado en Marx nos aclara un elemento que es inobjetable. Es decir, más allá de analizar el Estado como "instrumento de clase"- lo que en realidad es una provocación de Lenin- la institución política del orden social, el régimen, en su accionar vemos que "no necesariamente" está dispuesto al servicio de los sectores dominantes sino que muchas veces éste, el régimen por ejemplo en manos de los trabajadores, puede contradecir los intereses capitalistas del Estado mismo. Se entiende mejor al plantear que si bien el Estado está al servicio de la acumulación privada del capital, es el garante de última instancia en este proceso, el régimen político no siempre estará al servicio del sistema dominante y es por lo mismo que la burguesía

existe como clase que batalla contra los trabajadores. Así, la realización de la relación que existe entre el Estado, el régimen político, la clase patronal y los trabajadores se traduce en cierto orden y lógica política, es decir, se traduce en determinado régimen que no siempre representa a cabalidad los intereses del Estado capitalista ni de los sectores oligárquicos. Sin embargo, esto no quiere decir ni mucho menos que el Estado no sea capitalista.[16]

El renacimiento es importante en términos políticos porque marca la consolidación de los poderes dispersos de los señores feudales heredados de la Edad Media que en lo central invocará la necesidad de constituir la unidad territorial, política y económica de los países que se expresa en "lo nacional" que implica a su vez el desafío de formar el Estado- Nación que directamente irá unido, como una amalgama, al modo capitalista de producción a pesar que los teóricos al servicio de los dominantes, tanto los de ayer como los de la actualidad, nos insistirán en la dicotomía entre el Estado- lo político- y el mercado- lo económico- como si este último fuera independiente, en verdad objetivo y más allá de las mezquindades de lo político y su orden público. De hecho, diferentes cambios, que se expresan en el ámbito de la relación íntima que a pesar de los dominantes sí existe entre lo político y lo económico, entre la necesidad del Estado, del orden, del régimen y del desarrollo del mercado, son necesarios para consolidar definitivamente la forma capitalista de hacer cada cosa. En particular, se presenta el problema de constituir infraestructura en comunicaciones porque la ausencia de ella limitaba la apertura de nuevas rutas de comercio, las cuales, no obstante, se ampliaban continuamente en la medida que avanzan los descubrimientos tanto materiales como geográficos e intelectuales. Otro problema que limitó por la época la conformación del Estado- Nación, que también es capitalista, es el relacionado con la seguridad y la defensa del territorio, que imponían restricciones considerables en la lucha por instituir una supremacía mundial. A esto se sumaba la provisión del medio circulante como uno de los elementos indispensables para posibilitar la potenciación del mercado. Esas limitantes podían evaluarse en términos de

[16] Al respecto tenemos los ejemplos de los regímenes políticos de algunos países latinoamericanos, como Bolivia, Ecuador, Venezuela y en mucho menor medida Argentina o el Uruguay si se quiere, que si bien buscan una alternativa al neoliberalismo, una opción que supere sus preceptos, sus políticas e inclusive al propio Estado y modo capitalista de hacer las cosas, aún son regímenes que no acaban con la logica y las estructuras centrales del capitalismo. En ese sentido, la lucha por construir un Estado del humanista, contrario al capitalista, se da en un escenario donde aún este último es dominante. Es decir, el llamado socialismo del siglo XXI en Venezuela o el Estado plurinacional en Bolivia, la revolución ciudadana de Ecuador o el gobierno nacional y popular argentino si bien no son regímenes neoliberales, en el sentido que actúan como una opción superadora del mismo, también está claro que esos Estados siguen siendo capitalistas.

costos. En esta perspectiva, renacía el problema de centralizar el poder y la soberanía que son dos cuestiones muy ligadas a la problemática de formación del Estado nacional capitalista. Por esta razón se buscó que el Estado ahora nacional, en tanto capitalista y no feudal, podría contribuir a la disminución de los costos de transacción, y a la ampliación del tamaño de los mercados. Acá vuelve a surgir la íntima relación que existe entre el Estado, el régimen político en general y el sector público en particular, respecto de la lógica del mercado. Es decir, el Estado nacional- aún incomprensible en los términos del Estado moderno, como finalmente se constituirá hacia mediados del siglo XIX- fue una condición indispensable de la institución del libertinaje de los mercados. Es importante rememorar que en este contexto la preocupación primera de los dominantes de la época trata sobre la necesidad de un Estado del orden, nacional y capitalista. Esta expresión del orden, a su vez nacional y capitalista, dará cuenta del proceso histórico de la necesidad del mercado y de la lógica capitalista de consolidarse institucionalmente a través de cierto orden legal, de normas que racionalicen el Estado como un poder político que supondrá la institución de la sociedad en tanto unidad política pero que en primer lugar, y al mismo tiempo, consolide al Estado en tanto garante de última instancia del proceso de acumulación privada de capitales.

El problema de un orden político- social que traiga seguridad, es decir, certidumbre jurídica para el capital y sus intereses, aparece en primer lugar bajo una hermenéutica política a la manera de un Leviatán hobbesiano, el que se mostrará compatible con la identidad económica que prefigurará el mercantilismo. Lo que resulta de esta relación entre el Estado y el mercado, que se manifiesta en la necesidad del Estado nacional- capitalista, es un tipo particularizado de intervencionismo del sector público en la economía que a pesar de ello intenta dibujar un límite institucional de intervención de éste sobre el mercado. En realidad, se trata que el Estado, siempre a través de su régimen político, intervenga decididamente en la economía cuando se trate de defender de los intereses de la patronal pero que invoque el libertinaje de los mercados, ese falso “dejar hacer”, cuando se trata de concretar o defender los derechos de los trabajadores. De todas formas, y viendo este asunto en perspectiva, vemos que esta tesis mercantilista y la experiencia concreta del capitalismo en la construcción de su dominio, su experiencia en relación a la defensa y racionalización de la acumulación privada y desenfrenada de los capitales, son prueba fehaciente de la eficiencia de su estrategia por lo menos en esta etapa específica de la historia del hombre. De hecho, a través de esta misma historia podrán crear una base sólida, una realidad tangible y visible caracterizada por un Estado dominante, nacional y comprometido en todo con la defensa del territorio, con una población que se siente comprometida desde ahora con una cultura común e incluso con determinado gobierno. Ese

triunfo entonces se condensa en ese tipo de Estado que implica un régimen político concentrado en el ejercicio del poder lo que a su vez le imprimirá cierta elasticidad corporal y cronológica a las instituciones que manifiestan una lógica de las políticas públicas. Será cuando logre concretarse la idea del orden, de la necesidad del Estado nacional que se impone sobre la totalidad de lo social, que la existencia de este orden nos exigirá leyes que defiendan y que reivindiquen el concepto de "mercado" y el de "competencia". Es en este momento preciso cuando aparecen teóricos como Adam Smith. Para el autor en cuestión, la relación entre lo que él llamaría el "Estado" y el "mercado" aparece bajo un sentido particular: el de la conducta económica fundada en el propio interés que siempre según él desencadena, a través de la ya conocida mano invisible de los mercados, el desarrollo económico y la prosperidad siempre y cuando haya un Estado que nos garantice las condiciones mínimas para ello. Se trata, como es evidente, del Estado "minimalista" que aparece como respuesta a las fallas del mercado y que tiene que ver con lo anterior en el sentido que apela al libertinaje de los mercados en contra de los intereses y urgencias el trabajador y exigiendo la intervención del sector público cuando se trata de los derechos de la clase patronal. Supone un entorno de orden y de visibilidad del Estado que asegura la invisibilidad de los mecanismos de mercado que nos somete a sus designios. Implica al final la invisibilidad de la relación de explotación del capital sobre la *fuerza del trabajo* de manera de proteger el proceso ideológico principal del Estado capitalista a saber, la *fetichización de las mercancías* que niega las consecuencias más dramáticas del libertinaje de los mercados.[17]

Pero, lo de Adam Smith hay que valorarlo a partir de una dimensión según la cual el Estado como orden se propone como su propia garantía: es el marco de garantías mínimas que hacen de la armonía un orden mínimo y necesario para los negociados capitalistas. El mercado, por lo pronto, no se

[17] Algunas de las "fallas" que tienen relación directa con el libertinaje del mercado, tempranamente representado por el "mercantilismo" que abre paso a la necesidad de acumulación de capital para precisamente hacer viable el modo y Estado capitalista de producción posterior, son: las jornadas laborales de la época que duraban entre 16 a 18 horas diarias, el ambiente socialmente congestionado que involucraba un panorama críticamente volátil, es decir, caracterizado por las revueltas campesinas, masas flotantes de desempleados urbanos, inexistencia de leyes sociales, etc., y marcado profundamente por un despliegue amplificado de inhumanidad y falta de respeto por las necesidades del hombre. La necesidad de conseguir mano de obra barata, dócil y disciplinada, conforme y enmudecida, sometida y violada en sus derechos que caracteriza al proceso de acumulación originaria de capital además involucró el "descubrimiento" y "conquista", de los pueblos originarios de América y la introducción en el continente de esclavitud de esos pueblos pero también de los negros venidos del África.

considerará como un factor independiente sino que se postula como un todo unificado en el proceso económico. Sin embargo, después llegó a sostenerse que la regulación por parte del sector público, del Estado de acuerdo a estos autores, previamente considerada como esencial para suprimir la anarquía y el caos y establecer así el orden, era innecesaria. Se creyó que esta regulación era perjudicial porque entorpecía el funcionamiento de economía, provocaba el desequilibrio donde podía reinar el equilibrio de los mercados y porque no había indicio alguno que pudiera lograr resultados efectivos para el interés general. Tal vez el signo de Adam Smith va mucho más allá porque para él ese Estado, que reivindica el orden en primer lugar, un poco después busca la constitución de un Estado en tanto organización. Esto es evidente a partir de los deberes del soberano que nos formularía el autor. En otros términos, en el proceso que se consolida a lo largo de todo el siglo XIX, con más fuerza a partir de la segunda mitad del siglo decimonónico, ve su expresión histórica acabada en la instauración del Estado- Nación que a su vez es capitalista en su modo de producir, de circular y distribuir las mercancías. Conjuntamente con ello aparece el régimen político, burocrático, constitucional y liberal que lo representa y que es antecedente primero del moderno Estado del siglo XX y su neoliberalismo. En este contexto, se produce el tránsito desde el Estado como un orden, como garante en última instancia de la acumulación privada del capital, hacia el régimen como organización para desde ahí establecerse como actor social- político, de carácter público, que representa y actuaría en nombre del Estado. Entonces, el sector público en tanto es un actor social manifiesto del régimen que impera, actúa económicamente al interior de la sociedad para resguardar los intereses de los sectores política y socialmente dominantes aunque no siempre sea así como vimos más atrás. Es decir, ahora el Estado- siempre a través del régimen- nos planteará determinadas políticas públicas que siempre intervienen en el mercado, en la planificación de éste, pero en favor de los grupos de intereses capitalistas. Así, a esta intervención le llaman “libertad de mercado”- más bien constituye un libertinaje de éstos- para posteriormente plantearnos el falso automatismo, la desregulación o la flexibilización del trabajo, solo por dar algunos ejemplos de políticas que caracterizan al neoliberalismo. De todo lo anterior solo puedo deducir, que contrariamente a lo expuesto por los dominantes, la relación entre el Estado, el régimen político y el mercado, que ellos expresan teóricamente como una relación entre lo político y lo económico, es una simbiosis que no solo existe sino que es íntima, más bien estructural, porque busca resolver los asuntos relativos a los problemas derivados con los límites impuestos desde lo social y lo político a la acumulación privada del capital.

En este caso, la crítica de Marx a la economía política clásica, crítica relacionada con las crisis económicas y más específicamente con el sistema

de “anarquía de la producción” no estuvo en realidad dirigida en el sentido de interpretar literalmente el funcionamiento del mercado como un dominio “caótico” otrora “desordenado”, sin orden por decirlo de alguna manera. Más bien entiende esa crítica como una objeción ante el péndulo de los equilibrios y desequilibrios económicos- políticos de los que se valdrá la mano invisible de Adam Smith para gobernar el mercado. A partir de ahí, el Estado y su régimen político no pueden ser simplemente definidos como el marco de desenvolvimiento social por excelencia, al modo como nos lo plantean los mercantilistas, sino también como parte de la dinámica social y política que en tanto organización, que en tanto régimen formado por diversos actores y sujetos políticos en lucha por el poder, intenta ser expresión concreta de los intereses del capital y su acumulación privada. Desde el punto de vista del Estado y del régimen político entendido como orden capitalista es necesario entonces presentar a éstos no solo como un Estado capitalista y un régimen político regulador de la economía sino también como un Estado gendarme en el sentido que es un ente que resguarda y garantizará en última instancia la acumulación de los capitales y en tanto el régimen neoliberal se presenta ideológicamente basado en la idea del “enemigo interno” que fundamenta la Doctrina de Seguridad Nacional. Es decir, el neoliberalismo es eso y mucho más. Simplemente su rol es racionalizar ese dominio que en otras épocas, en la época de los golpes de Estado, se mostraría mucho más brutal y menos, bastante menos simulado en su accionar y reaccionar. Desde esta perspectiva, se impone finalmente la idea del Estado capitalista y del régimen neoliberal entendido no solo a partir de su dimensión organizativa, en cuanto conforma un orden social propiamente, sino también y principalmente como dominio sobre las mayorías para de esta manera resguardar el modo capitalista de producir, de circular y distribuir mercancías. Ni la postura keynesiana ni las que promueven el mercado como sistema social, o sea las de Von Hayek, las de la segunda “Escuela Austriaca” o las convicciones de Milton Friedman, dudan que se trata de la organización económica de lo social como dominio. Ese dominio así se expresaría políticamente en el libertinaje del mercado, en su falso automatismo que constituiría además una especie de Estado mínimo. A partir de ahí y desde la teoría económica legada de los clásicos, el Estado intervencionista es muy problemático porque retardaría el crecimiento y la acumulación del capital. A pesar que ya sabemos que el mal llamado “Estado de Bienestar” en primer lugar hace crisis porque sus políticas de asistencia y de beneficiencia son de por sí ineficientes, en términos económicos inclusive, porque actúan sobre las consecuencias de la pobreza, de la marginalidad o de la exclusión y no lo hacen sobre las causas de las mismas. No podría ser de otra forma porque ir a las causas de semejantes dramas sociales y políticos se traduce en reconocer la invialidad del Estado y modo capitalista en general y

de cualquiera de sus regímenes políticos en particular para traer bienestar a la mayoría. A pesar de esto, tanto Von Hayek como Friedman- este último un personaje siniestro que conocimos en Chile, por lo menos las consecuencias de su reforma- al unísono y en ocasiones cada uno por su lado, nos definen al mercado, a su libertinaje y automatismo, como opción válida para impedir el camino al subdesarrollo, a la servidumbre y a la pobreza como si ellos nada tuvieran que ver al respecto.[18]

Libertad de los mercados.

El régimen nacional y popular fundado en el humanismo, es decir, en la primacía del derecho a la vida como rector de las relaciones sociales y políticas, culturales, económicas e ideológicas que le dan el sentido común y una orientación específica al Estado y sus estructuras lógicas, en ese contexto se entiende como el resultante institucional de una auténtica transformación desde toda perspectiva, de una (r) evolución popular y democrática con todo lo que esto implica, es decir un profundo cambio no solo de las políticas que hacen a la nueva gobernabilidad del régimen sino también un cambio de la actitud y orientación ético-política de la opinión pública que se manifiesta de ahora en adelante en otras formas particularmente significativas de vivir, de satisfacer las diversas urgencias que tienen que ver con el bienestar de todos. Se trata que el humanismo va más allá de ser un régimen que simplemente se convierte en otra forma, quizás más refinada y subliminal, de racionalizar ese Estado capitalista que en realidad no da para más por sus propios méritos. Así, solo es posible hablar de humanismo cuando estamos ante un cambio de paradigma de las relaciones sociales porque la supremacía de la vida de las personas sobre incluso el derecho a la propiedad es condición primera de la

[18] Es cierto, empíricamente verificable, que las políticas de asistencia y de beneficiencia que caracterizan al mal llamado “Estado de Bienestar” son bastante ineficientes en todos los términos; es cierto además que ellas actúan sobre las consecuencias y no sobre las causas de las políticas públicas que responden y se corresponden con el Estado capitalista de producción. Sin embargo, cuando estas políticas se aplican bajo las directrices del régimen nacional, popular e inclusivo, es decir, cuando se aplican como parte de un plan de desarrollo mayor, que busca la inclusión de todos los trabajadores, la democracia concreta y la dignidad de la condición humana a través de la primacía de la vida, cuando estas políticas son parte de una estrategia pensada en esos términos digo, entonces no son para nada ineficientes porque buscan resolver las necesidades y requerimientos urgentes de los sectores sociales más vulnerables. Es decir, no son ineficientes porque son pensadas como políticas transitorias, de alivio de las condiciones de estos grupos sociales, hasta que sea resuelto el asunto central de la pobreza, de la exclusión y de la marginación estructural a la que conduce el Estado capitalista.

creación del poder y de gestión popular. Se trata de construir un régimen que basado en la estrategia del reformismo definitivamente radical barra con las miserias del Estado capitalista y la estructura en que se basan sus relaciones sociales, el contrato propio que éste establece entre los dueños del capital y la *fuerza de trabajo* en la que el Estado capitalista siempre juega en favor de los primeros y contra el interés de aquellos que viven de un jornal. Sin embargo, a pesar de los éxitos indiscutibles del régimen popular, la acción de ellos es duramente atacada por los factores de poder dominantes. Para muchos que se dicen de centro- izquierda (concepto que me parece de lo más antinatural y absurdo como todo lo que tiene que ver con la razón neoliberal) al final solo se trata de ser reformistas políticos, los de peor calaña, de esos que embaucan al pueblo para que éste no pueda hacerse responsable de su destino. Para esos reformistas solo se trataría de entender el neoliberalismo como la máxima expresión de la libertad del hombre mientras el régimen popular sería todo lo contrario. Sería el reinado del autoritarismo, del populismo y la demagogia, de la irracionalidad de sectores sociales resentidos del éxito personal de los otros como si en realidad el éxito personal de esos otros solo dependiera de factores individuales y no de la miseria y la coacción profunda en que están inmersos la mayor parte de los trabajadores. La programación de la economía en términos populares así sería la máxima irracionalidad, el peor pecado de los enemigos del Estado capitalista.[19]

Para los incorregibles defensores y fundadores del neoliberalismo en el ámbito teórico (me refiero a autores como Hayek, Popper, Mises, Ropke o Friedman entre tantos otros) el régimen popular o cualquier otro régimen que postule la intervención en la economía contra los intereses dominantes, aún el mal llamado "Estado de Bienestar" simplemente corroen desde su raíz más profunda las estructuras y valores de la sociedad libre porque desarrollaría una muy peligrosa tendencia a la burocratización de la vida colectiva y a la reglamentación por parte del sector público sobre los demás actores y sujetos sociales que conforman el régimen. Según esos críticos, toda intervención del régimen en el mercado es irracional y populista porque sería una amenaza a la libertad individual del sujeto y una peligrosa manera de concesión que se

[19] Es necesario en este punto aclarar que estos sectores representantes de los intereses dominantes están contra la programación o la intervención del tipo *popular* en la economía por parte del régimen político porque sería una falacia tremenda creer que en verdad el régimen no interviene en ésta, en los mercados. De hecho, la libertad o desregulación de los mercados es simplemente otra de las grandes mentiras de la razón dominante porque simplmente no existe. En el caso de la imposición del neoliberalismo lo que sí existe es la intervención de éste en favor de los intereses de los dueños del capital que siempre tienen todo a favor en esas circunstancias de control sobre la mayoría nacional.

hace al colectivismo. Además, el Estado asistencial y del falso bienestar del trabajador reduciría sensiblemente la eficiencia y aún la eficacia del Estado capitalista y su modo de producción lo que redundaría en un freno definitivo a la expansión económica de éste. Entonces, desde sus cátedras plantean que cualquier intervención del régimen político sobre la economía (insisto en que se refieren a la intervención de los sectores populares sobre la economía que además así buscan construir un régimen humanista) es una solución que conduce a la pérdida de la libertad individual del sujeto (ellos de manera muy general hablan de *sujeto* en términos de consumidor racional, desde el punto de vista que así se le plantean diversas elecciones entre varias alternativas auspiciadas desde la libertad del mercado) que solo puede conducirnos, de acuerdo a esos autores, al dominio burocrático y totalitario del sector público y sus intereses sobre los actores y la iniciativa de los privados. Desde este punto de vista la primacía de los intereses del sector público sería la negación radical del ya mítico reino de la libertad de los mercados que desde siempre plantearon. De todas formas, lo que me parece una obviedad desde hace un buen tiempo es que este falso libre mercado y su filosofía del *laissez faire* ya cumplió su ciclo, tanto por razones estrictamente económicas, de eficiencia y eficacia de sus políticas incluso, como por razones políticas, sociales y éticas.

El eje del problema es que la economía desregulada bajo los términos de los teóricos y políticos que responden a la lógica de los neoliberales y sus grupos de poder, es que genera automáticamente un fuerte contraste, por lo demás intolerable en cierta etapa de la historia, entre la opulencia privada de los sectores dominantes y la miseria pública de la mayor parte de quienes solo intentan vivir de su trabajo: Produce una incongruencia estructural entre la gran cantidad de bienes producidos, la forma técnica de esa producción, la circulación de los bienes y su distribución en el ámbito del régimen político. Se produce a partir de ahí una deficiencia crónica de acceso a los servicios públicos, los del tipo sociales, que precisamente hacen a la mejoría sustancial de la calidad de vida de la amplia mayoría como tendrían que ser la salud, la educación en todos sus niveles y las amplias facilidades para acceder a la vivienda y al trabajo como parámetros básicos y germinales de un programa político de desarrollo de nuestros países que sea sostenible, creíble y viable en el largo plazo. Esta incongruencia intentará sin éxito ser eliminada o, al menos, sensiblemente reducida, en los países donde los principios del Estado de Bienestar lograron triunfar luego de la debacle que significó para toda la humanidad la Segunda Guerra Mundial. Pero, una vez producida nuevamente la crisis por la caída de la tasa media de las ganancias que responde a la lógica de la acumulación privada del mismo capital, se volvió a las políticas auspiciadas por el liberalismo claśico, ahora más reaccionario e irracional, bajo el ropaje y el embuste de la ideología de los sectores neoliberales. Y otra

vez la misma historia, es decir, las crónicas y los hechos definidos a partir del automatismo del mercado que postula el sistema de mercado abandonado a sus espontáneos mecanismos de desarrollo que sin embargo, lo digan o no lo digan esos autores, genera un flujo constante de tensiones sociales y políticas que se convierten en una amenaza permanente frente a instituciones y valores democráticos que en su momento son conquistados por el trabajador después de muchos años de sacrificios, de luchas y entrega de la vida incluso. Genera fuertes tensiones y presiones en el sentido que al final no se trata de libertad de los mercados sino de libertad de los sectores y grupos de poder claramente dominantes para hacerse con los recursos y bienes socialmente producidos. De hecho, bajo los parámetros de los neoliberales los sectores sociales más vulnerables son quienes intentan vivir de un sueldo, son los que a través de un jornal intentan alimentarse, intentan educarse y capacitarse, son los que buscan sanearse sin morir en el intento, en algún rincón del hospital público, son en definitiva los que buscan jubilarse y tener una vida tranquila, en paz, luego de toda una vida de sacrificio. El colmo de la irracionalidad y los mitos del neoliberalismo los sectores y grupos sociales y políticos más vulnerables son los trabajadores, todos los que buscamos vivir de nuestro esfuerzo, sudor y trabajo. En ese contexto, no tenemos que olvidarnos que los bienes sociales lo son porque en realidad son generados por el trabajo de todos y de todas lo que supone, al menos como paso primero en la búsqueda de la justicia social, una mejor distribución de los mismos. Por último, la política del libertinaje y automatismo del mercado genera muchas tensiones en la gobernabilidad del régimen político y sus objetivos de largo plazo porque alimenta determinadas orientaciones políticas extremistas, tanto de parte de los grupos de la derecha como también de parte de la izquierda. Es que el neoliberalismo es enemigo de los matices, antes bien nos habla en términos de blanco y negro, es de por sí enemigo declarado del diálogo y del consenso, salvo del que los favorezca, y terminan colcándose de una buena vez en la vereda de los equilibrados, de los justos y racionales. Por esto mismo, la ideología neoliberal ha pretendido crear una certidumbre irracional pero que se dice parte del sentido común donde lo fundamental para entender al hombre, que es la propia autonomía operacional del sujeto individual, no se produce. Por ejemplo, si examinamos las características que fundan el neoliberalismo se verá que se constituye por el dominio del mercado, por el constante recorte del gasto del sector público en especial en lo relativo a servicios sociales como la salud o la educación, la privatización, la desregularización de la economía e incluso el fin de la idea del bienestar y equidad social, la liberalización de la inversión extranjera, el individualismo y la competitividad de la economía en sus propios términos, que son todas caracterizaciones que propician la exclusión porque evitan la solidaridad que se produce en relación al gasto social y vinculan la propiedad

a niveles fundamentalistas que nos lleva a plantear la ideología del enemigo interno. Así, sobre el neoliberal y su libertinaje de los mercados simplemente creo que estamos ante un engaño de proporciones épicas al creer y considerar siquiera que se puede crear un país individualista, carente totalmente de los valores de la solidaridad, que niegue además al otro que es hundido por la competencia imperfecta a la que nos conduce el Estado capitalista, porque la naturaleza y la realidad de los hombres en tanto que son trabajadores, es la conciencia del *ser social* donde la libertad es creación de circunstancias que liberan en el ser social un profundo impulso solidario y colectivo que lo lleva al desafío de plantear formas más humanas de convivencia para todos.

Por el contrario, el humanismo cuando logra imperar políticamente en nuestra realidad es la primera vez que estamos en presencia de algo que es nuevo, de lo que es mejor del hombre porque ciertamente busca incluir social y políticamente a todos los que las políticas de los neoliberales excluyeron de los falsos beneficios de su régimen que decae. El humanismo es una máxima más altruista del hombre porque además esta inclusión la hace a través de las políticas de generación de derechos, garantías y de búsqueda de satisfacción de las necesidades de las mayorías, a través del pleno empleo de la fuerza de trabajo. Ahí está la gran diferencia de este humanismo respecto del Estado de Bienestar: el régimen nacional y popular se estructura a partir de la creación de empleo como forma de inclusión mientras que el *Estado de Bienestar* solo le basta con la asistencia y la beneficiencia. Así, los dirigentes que conducen el proceso de cambios populares brillan políticamente reivindicando nuestra soberanía, el derecho a vivir como mejor nos parezca, el derecho de disfrutar de nuestros recursos naturales, de satisfacer las urgencias de todos y defender la cultura y el bienestar del trabajador. Los dirigentes políticos que conducen participan del proceso defendiendo la idea de un país justo con una mirada que defiende los recursos de los pueblos del sur. Es posible soñar, también es posible organizarse, cambiar y hasta seguir soñando y esa es precisamente la tarea que hay por delante. Sabemos que el régimen neoliberal estalló porque es inviable en todo sentido y son muchos los que hoy lo admiten. Lo admiten inclusive dirigentes partidarios y mediáticos opositores al humanismo pero lo admiten de la boca para afuera para eventualmente no responsabilizarse por semejante verdad. No les queda otra porque el movimiento nacional- popular es el único espacio social- político que en la práctica (ahí estará otra vez la historia reciente para afirmarlo) logró reconstruir el tejido de nuestros países latinoamericanos siendo el único que además lograría interpretar el terrible momento histórico para cambiar la realidad. Es que el movimiento humanista es la suma de los sectores medios, de los trabajadores y la cultura popular en general. El proyecto de país liderado por el régimen nacional y popular es quien amalgama mejor a todos los sectores sociales con políticas de gestión

del gobierno y con la dinámica que le imprime la etapa de participación del trabajador. El punto central del cambio en favor de los sectores populares es que una democracia de la inclusión, más justa que cualquier otro régimen, ni hablar del neoliberalismo, con un gobierno que ahora representa el interés del trabajador y que demuestra tener claro hacia dónde se conduce, ya no puede volver atrás porque es el pueblo quien no retrocede. Es decir, a partir de ahí se avanza siempre. Es cuando la memoria colectiva se expresa en las franjas de trabajadores movilizados activamente y no en aquella franja etaria más envejecida cultural y políticamente. Los sectores de la derecha hace mucho que ya agotaron su cantera cuando logra imponerse el régimen popular de la mano de la eficiencia y de la justeza de sus políticas. Más todavía cuando los sectores reaccionarios se quedaron sin sus catedrales, sin sus cuarteles y sin la época dorada del pillaje neoliberal dado que el movimiento social no es una simple organización política que representaría al grupo social y político más vulnerable sino que es un movimiento forjado por los trabajadores para determinar por sí mismos, por todos, las soluciones más justas a partir de la encrucijada histórica en la que nos envuelve la reacción política más atroz con su neoliberalismo que transpasa incluso los límites de la razón a favor de los intereses de la acumulación privada del capital. Es decir, el movimiento de los trabajadores no es para nada apolítico, tampoco es espontáneo, mucho menos sale a la calle para protestar por la imposibilidad de comprar dólares o a golpear las cacerolas cuando el alimento y el bienestar abundan, tampoco es una masa uniforme moldeada por los medios masivos de comunicación, la mayor parte del tiempo opositores, sino que el movimiento del trabajador es una organización social y política, económica y cultural que tiene su lógica, que cuenta con sus conductores y en primer lugar con un plan y proyecto de país inclusivo, democrático, más justo y equilibrado.

Cuando se trata de defender sus intereses de clase dominante, de élite, cuando se trata de defender sus formas de vida y la acumulación privada del capital ahí sí no se muestran para nada solícitos en condenar la intervención política del régimen sobre el mercado. De hecho, en realidad nunca militaron a favor de esa libertad de los mercados. De lo que se trata es de defender sus privilegios de clase, sus granjerías y su ética a como de lugar, con todos los recursos a mano. A través de sus políticas- y tal como hemos visto en otro lugar- controlan la lógica y las bases sobre las que se conforman todas y cada una de las acciones del mercado bajo los dogmas del Estado capitalista y los regímenes políticos que les llevan el amén. Ellos no defienden la libertad o la desregulación de los mercados, la no- intervención de la política o de los intereses sectoriales y de clase en la economía. Ellos tampoco defienden la objetividad, por lo demás también bien falsa, de la ciencia económica sino que defienden sus intereses en tanto son dueños del capital. Y esto a expensas

de las necesidades de la mayoría. Es por eso que no tienen derecho a plantear las que consideran las formas de vida que se corresponde mejor a sus formas de pensar. No tienen este derecho porque sean minorías sino que no lo tienen porque sus intereses contradicen el bienestar común, colectivo. Es cuando se nos impone como trabajadores, desde las usinas de la cultura popular, desde la organización y la movilización, la participación de todos en la definición de qué intervención en la economía postulamos para de una buena vez poder satisfacer las necesidades de los subalternos pero que sin embargo, a pesar de ser subalternos, en cierto momento histórico nos levantaremos para hacernos responsables de nuestra vida y convertimos en protagónicos y en dominantes. En la medida en que entonces estemos en condiciones de plantear un tipo de intervención en la economía de carácter popular, en la medida que estemos en condiciones a partir de ahí de plantear la auténtica defensa de la vida del hombre, el movimiento nacional, popular y democrático es el régimen del futuro por su eficiencia, por la eficacia de sus políticas y el compromiso que adquiere con los valores de la cultura y del saber popular que defiende las necesidades del trabajador, la mejoría de la calidad de vida de las mayorías. Cuando pasa, cuando el cambio logra por fin imponerse bajo la conducción popular de los asuntos públicos, la falsa ética, la forma y la razón ideológica, política e histórica de los neoliberales se pierde en la nebulosa de una historia que ya no vuelve porque es parte del pasado ignominioso. De lo que se trata es de confrontar con nuestras ideas, de una manera civilizada, democrática y con argumentos racionales a los grupos representantes del conservadurismo y de la reacción para defender el derecho de vivir cada día mucho mejor. Se trata de vivir en un régimen basado en el humanismo, en una sociedad más igualitaria, más latinoamericana y soberana.

La relación del Estado capitalista con la igualdad del hombre.

Estadísticas, números y cifras en mano a las que el grupo neoliberal es tan afecto, la historiografía de esos grupos dominantes a través de los valores de su cultura, de lo que conocemos como la cultura del Occidente cristiano y democrático, capitalista e individualista al extremo, tratan de mostrarnos con bastante éxito que la revolución industrial tanto en su fase inicial como hoy tuvo como primera consecuencia el mejoramiento sustancial de la vida de los trabajadores haciendo caso omiso de la explotación terrible a la que fueron sometidos los antiguos obreros por la revolución iniciada en la Inglaterra de la época luego extendida hasta nuestro días por el mundo entero. Inclusive a pesar que es hecho conocido que la condición de estos primeros trabajadores fue vivida como una intolerable degradación de la vida humana y así también fue consecuentemente descrita por observadores de la época que en realidad-

y siempre salvando el contexto de época y las distancias- es más o menos lo mismo que ocurre hoy con los trabajadores sometidos al régimen neoliberal. Un fenómeno que determinó esta explotación primera del trabajador fue el aislamiento moral, espiritual, político y social del proletariado de entonces, que simplemente fue abandonado a su suerte en el sentido que ni la nueva clase poseedora- la burguesía- ni el Estado a través del régimen se ocuparon por su condición de vida. Pero, a su vez, por las consecuencias del modo de producción capitalista y por la necesidad del Estado de justificarse en todo senntdo, políticamente digo, de justificar su legitimidad y sus pretensiones de dominio, control y gobernanza de la minoría sobre las mayorías, y aunque parezca extraño, esta misma necesidad de legitimidad- que en Latinoamérica adquiere una manera bastante restringida en la práctica- produjo un cambio importante en la mentalidad dominante que estuvo ciertamente determinada por la difusión del credo democrático, fraterno e igualitario como base de las nuevas formas colectivas de convivencia. Aquí, la función central y decisiva la desempeñó la revolución francesa que entiendo como el aspecto político y democrático de imposición del Estado capitalista al tiempo que la revolución industrial a la que me refiero se entiende como la imposición de los aspectos comerciales- económicos que tienen relación con las nuevas manifestaciones que en este ámbito expresará el modo de producción, de comercialización y de distribución capitalista.

La importancia de la revolución francesa es que más allá de responder a la necesidad de legitimidad de las nuevas autoridades ahora auspiciadas por el Estado capitalista, produce su primera contradicción al convertirse también en vehículo para la toma de conciencia de los derechos de grupos y sectores socialmente dominados. Los valores de la revolución así lleva al trabajador a una profunda reinterpretación de su condición de vida a la luz de los nuevos valores proclamados por los revolucionarios. Esto solo puede conducir, al principio de forma bastante confusa y luego de manera mucho más clara, a la reorganización del régimen en beneficio implícito de las mayorías. Y a pesar que los trabajadores siempre son mayoría también siempre estuvieron y están excluídos de los beneficios del régimen político; pareciera que la fraternidad, la libertad y la igualdad es solo para algunos. De hecho, hoy los pobres en las grandes ciudades que habitamos están marginados y están excluídos del goce de “lo público”. La reacción lógica es así pretender el pleno derecho de la ciudadanía política y social. La reacción lógica es entonces la de apremiar al empleador, a los gobernantes, a toda la sociedad para obtener un estatus igual al de los otros grupos que articulan la colectividad nacional. La protesta de los trabajadores, sea ya radical o reformista, nace del resentimiento colectivo contra los sectores dominantes y no está mal decirlo porque ante semejante realidad de explotación tenemos el derecho de no sentir ninguna obligación,

ni moral, ni ética ni menos política o institucional, frente a los victimarios que militan a favor de la acumulación privada del capital. Así, el pasaje de un rédito per cápita de subsistencia que caracteriza al feudalismo a un rédito per cápita en continua expansión, el progreso del conocimiento y del saber, el progreso científico- tecnológico, la organización bastante más racional del trabajo y la explosión demográfica que implica el abandono del campo para trabajar en las ciudades, todos fenómenos relacionados con la expansión del Estado y del modo capitalista, representan discontinuidades centrales en el desarrollo económico- político del capitalismo. Todas esas discontinuidades, sintetizadas con la expresión referida a la "revolución industrial", produjo el cambio, es decir la transición de la sociedad feudalista, con base agrícola, al Estado capitalista con su generalización o dominación de la mercancía según sea el caso. El impacto de las fuerzas que convoca la imposición del modo de producción capitalista sobre la forma y calidad de vida del trabajador fue una tremenda revolución, fue un verdadero trastorno para todos, una catástrofe en muchos sentidos, en todos los ámbitos.

Como ya vimos más atrás, el avance y la posterior consolidación del modo capitalista de producción, con su correspondiente forma de circulación de mercancías y de distribución de los beneficios, lo que hace será erosionar sin más un importante conjunto de valores y vínculos tanto políticos, como sociales y económicos. Es decir, en el proceso de consolidación del Estado capitalista se debilita gravemente la cohesión interna de importantes grupos sociales que pierden sus referentes. Esa gran transformación que significa la llegada del capitalismo a tierras europeas y que luego se globalizará por la necesidad propia de expansión del capital, produjo una movilidad social que además tuvo la característica de convertirse en un inhumano proceso de desarraigo en el que millones de trabajadores son arrancados de sus lugares de origen, de sus tierras y hábitat sociocultural, para involucrarse como mano de obra barata, como mercancía, en un nuevo sistema de relaciones sociales entre la *fuerza de trabajo* y el *capital* a partir de la idea de un mercado ahora desregulado y de su libertad en el que sin embargo se pierde el sentido de pertenencia comunitaria y la solidaridad en favor de la despiadada lógica de la ganancia. El mercado así desregulado no es viable. Este es el problema porque en estos términos para él no existe el hombre en toda su dimensión sino solo en su carácter de mercancía. Tampoco existen los valores morales, la ética, el sentimiento y mucho menos la posibilidad de igualdad. De ahí que el siglo XIX es un avance continuo de la falsa libertad de los mercados que coincide con una profunda agudización de los fenómenos patológicos de la vida social (que tienen que ver por ejemplo con alienación, la anomia social, etc.). La comunidad es sustituida por un sistema de relaciones puramente contractuales establecidas entre la *fuerza de trabajo* y el interés del *capital*

que se basa en el cálculo utilitarista de los costos y beneficios más allá de toda legitimidad relacionada con el bienestar del trabajador. El trabajador que quedará comprometido en el ciclo manufacturero y fabril es de ahí en más considerado como simple fuerza productiva, como mera mercancía entre mercancías donde de una vez y por siempre se diluye el ideal de igualdad, de fraternidad y de libertad. Ya estamos ante un conjunto de sujetos egoístas y despersonalizados, carentes de raíz cultural y abandonados a su suerte. La raíz profunda de la cuestión obrera está en el doloroso sentido de abandono que advierte el trabajador una vez que queda inserto en el ciclo productivo del modo capitalista más que en la penosidad de su trabajo y en los bajos salarios que son también la constante. En esta circunstancia, en la medida que la situación desde ahora lo permite, la nueva clase dominante asume la plena dirección política de la clase subalterna bajo diversas formas de control porque finalmente lo que le importa es el uso del trabajador como fuerza de trabajo que explota a su arbitrio y en propio favor. De ahí a exigir también que el régimen se convierta en el garante de relaciones capitalistas y que solo corrija y se involucre en defensa de las leyes del mercado, del libre juego de la oferta y la demanda.

Mientras el Estado capitalista es el sustento de las relaciones sociales así instituídas, el régimen que le asiste es la estructura institucional, política y legal que protege con sus acciones el propio mercado; es el que garantiza las normas esenciales para que funcione el Estado, para que esas normas no sean violadas al mismo tiempo que se presenta como falsamente neutral, como si se abstuviera de involucrarse a favor de los intereses del capital en la relación contractual que instituye con la *fuerza del trabajo*. De ahí que en el fondo el Estado capitalista y su régimen político, unos más que otros, carecen de toda sensibilidad social porque los costos del cambio- de la transición que supone el reemplazo del feudalismo por el capitalismo- digo, absolutamente todos los costos y cualquiera que éstos sean, se vuelcan sobre los trabajadores y sin embargo el Estado pretende mostrarse como algo natural, lógico, inevitable e inmodificable. De esta manera, en la base del modo capitalista el surco entre los sectores integrados plenamente a los beneficios del Estado- los grupos de los dominantes- y el trabajador proletarizado se hace cada vez más agudo al punto de preceder a una escisión vertical en el cuerpo social. Sin embargo, ante esa realidad progresivamente los sectores y grupos populares, que son los que ocuparán una posición periférica en la jerarquía política, exigen convertirse en ciudadanos de pleno derecho a pesar que bajo la estructura capitalista esa igualdad no es posible lo que a su vez nos conduce por la ruta de la fermentación continua de las demandas populares. Se verifica así el fenómeno de una revolución en las expectativas crecientes del trabajador que nace de una reformulación del cuadro de referencia político y axiológico. El

sector popular en esa situación no está dispuesto a aceptar ya como irracional sus demandas, como inmodificable e inevitable su condición de ciudadano de segunda o tercera categoría y actúa en consecuencia. De hecho, de ahora en adelante pretende un status igual al del grupo dominante. ¿Dónde encuentran las herramientas para ejercer presión sobre las minorías para satisfacer sus requerimientos? Esa herramineta es la protesta organizada, son los mitines, son la plena participación y la construcción de la conciencia de clase, de los intereses que le asiste en el proceso de búsqueda del bienestar de todos y de todas. Pero, de una u otra forma el Estado capitalista siempre se las arreglará para detener todo lo posible y en el mayor grado del que es capaz en cierta situación, el avance del principio de igualdad y solidaridad a través de una serie de múltiples estrategias.

El Estado capitalista queda marcado a fuego por un conflicto central donde por un lado está el mercado que busca conquistar la autonomía plena respecto de la acción política del trabajador, de su religión, de su moral y en general de cualquier instancia no estrictamente económica al tiempo que, por otro lado, tenemos un valor -la igualdad- que se difunde como contagio en la medida que las generaciones se suceden adquierendo una formidable fuerza histórica en el sentido del cambio que busca esa igualdad. Ahora, el mercado desregulado y su política del automatismo en su foma neoliberal, en su forma más fundamentalista, y el principio de igualdad tienen exigencias que son del todo incompatibles entre sí, porque mientras el mercado y su libertad exige como condición la no intervención del régimen en sus asuntos, que al fin y al cabo tampoco son sus asuntos porque nos involucran a todos, la aspiración a la igualdad de oportunidades, muy por el contrario, postula que es obligación del régimen asumir la responsabilidad política de eliminar todo obstáculo que impida al trabajador gozar de estos plenos derechos políticos y sociales que solo formalmente son reconocidos por la abstracción de la falsa democracia dominante que no es tal. El trabajador así busca diversos medios y formas de acción- reacción para defenderse de esas políticas que se estructuran en base al automatismo de los mercados porque son medidas que producen miseria, marginación, exclusión, desigualdad, desempleo y alienación. La lucha de la clase de trabajadores contra los factores de poder que dominan a expensas de la mayoría como primera fase de combate y de reacción, de construcción de un arte alternativo a la lógica de la acumulación privada del capital entonces necesariamente tiene que plantear una profunda reorganización del mercado, de sus metas, su modo de producción y circulación de la mercancía al tiempo que busca otras formas de distribución de los beneficios que en el proceso de producción son convertidos en bienes para la satisfacción de las necesidades de bienestar de todos. Por supuesto, esto en el marco de la primacía de la vida como ley rectora del cumplimento cabal de los derechos de los hombres.

Los trabajadores no pueden ser abandonados al arbitrio y necesidades de un mercado desregulado. El trabajador no es una variable más de las leyes de la economía porque es mucho más que una estadística, es más que un número. El trabajador es un hombre de pleno derecho, con necesidades que deben ser satisfechas por el Estado y el régimen político les guste o no a algunos.

En su momento y para ser un poco más justo tendría que decir que los dominantes plantearon alternativas para la mejoría de las condiciones de los trabajadores pero estas se circunscribieron al ámbito de la lógica del Estado capitalista. Fue lo que en Occidente conocimos como "Estado de Bienestar" que se basó en los teoremas de Keynes con los que nace un régimen político asistencial y benefactor que si bien genera una sociedad mucho más opulenta por su extraordinaria capacidad productiva no se traduce en una alternativa a la lógica del capitalismo a pesar que esta opulencia vuelve posible y real que el régimen político pueda destinar una cuota considerable del rédito nacional con fines sociales. El problema es que la base de esta mal llamada revolución keynesiana está en la necesidad de seguir ejerciendo el poder de las minorías, es decir, el control y el domino sobre las mayorías, por lo que estas políticas públicas, así lo demostraron posteriormente los hechos, son circunstanciales, son transitorias. Es la posterior crisis del mal llamado "Estado de Bienestar" la que demostró lo mal que el Estado capitalista se lleva con la igualdad de oportunidades. La política que desde el régimen asistencial buscaría mejorar la vida de los trabajadores no es en el largo plazo compatible con la lógica de la estructura del Estado capitalista y su modo de producción por la razón que inexhorablemente hacen caer la tasa media de ganancia de los capitales cuya resolución solo puede venir en última instancia de las políticas neoliberales que precisamente son las que conducen a la crisis social, política, cultural, comercial y económica que solamente puede ser resuelta fuera del ámbito del Estado capitalista. En ese sentido, la política asistencial del falso régimen de bienestar- y tal como vimos en otra oportunidad- son ineficaces e ineficientes pero no solo para el capitalista sino también para los trabajadores porque así no pueden aspirar a la igualdad en el ámbito del régimen político que impera. La política de asistencia y beneficiencia no está en condiciones de garantizar para los dominantes el equilibrio en el largo plazo del modo de producción capitalista lo que a la larga impone que sea el trabajador quien tome cartas en el asunto.

El Estado capitalista no puede resolver la crisis social y política que él genera, no puede resolver el tema de la igualdad de oportunidades para todos porque es la política de redistribución de la riqueza (que es la que produce igualdad de oportunidades) la que lo conduce a las crisis sistémica que tiene relación con la caída de la tasa media de la ganancia de los capitales. En este contexto, el Estado capitalista está en crisis no solo por la insensibilidad que

muestra ante las necesidades y urgencias del trabajador en tanto clase social subalterna sino que además lo está por su orgánica incapacidad de evitar las crisis económicas que nos involucran a todos. Para eliminar estos defectos estructurales del capitalismo de por sí increíblemente individualista en sus fundamentos teóricos- prácticos, la cultura occidental dominante no encontró otra solución que recurrir a la intervención del régimen en la economía pero ya no a partir de políticas de mantenimiento de cierto equilibrio económico general que persiga los fines de la justicia social (como es la política de lucha contra la pobreza o de redistribución de las riquezas) sino que actualmente planteará políticas relacionadas con el neoliberalismo que solo agudiza el conflicto y la crisis en todo sentido. En lo relativo a la cuestión política, de la lucha por la supremacía de unos intereses de clases sobre los otros, la crisis se manifiesta más o menos espontáneamente como un choque frontal entre la necesidad de intervención del régimen en la economía desde una perspectiva humanista, de la urgencia de la (r) evolución, y la política de desregulación y automatismo del mercado auspiciada desde las usinas más reaccionarias del poder dominante.

Falacias de la economía de la especulación y las finanzas.

Como al fin el Estado y modo de producción capitalista, representado fielmente por el neoliberalismo en su etapa más reaccionaria y conservadora, no está capacitado para resolver el tema de la igualdad de oportunidades para todos, como acabamos de ver hace solo un momento, solo le quedará recurrir al mito, a la fábula y sus múltiples irracionalidades detrás de las que esconde la relación de dominación de la patronal sobre los trabajadores, aquellos que intentan vivir de su jornal y de su esfuerzo. Por esto, es importante insistir en el combate contra las irracionalidades y múltiples falacias que caracterizan la economía de los neoliberales (la que se fundamentará en la especulación, en la volatidad de los capitales y en las finanzas en desmedro de esa economía de la producción real, la que está capacitada para generar trabajo, empleos y consumo, etc) en el proceso de crear conciencia entre las clases populares de la situación que nos tiene como primera víctima. Son una serie importante de interrogantes las que hay que responder. Acá van algunas.

¿Es cierto el efecto positivo que la economía, la de la especulación y sus finanzas está teniendo en el aumento de la productividad, del crecimiento del empleo, así como en la reducción del paro estructural, en el aumento del crecimiento potencial y en el poder de compra del consumidor por lo menos en el caso de algunos países como Chile? Tendría que empezar por advertir al lector que responder estas interrogantes significa comprender que existe una serie de percepciones e ideas más bien erróneas, conceptos antojadizos, del

todo falaces, que conviene esclarecer. De hecho, existe una creencia cada vez más extendida de que con la revolución de las tecnologías en el campo de la información y comunicaciones, que se traduce en la aparición de por ejemplo los medios digitales, de internet o redes sociales, será toda la base tradicional de la economía la que se modifica por lo que estaríamos en una nueva era en la que los principios económicos que dominaban hasta ayer dejarían de tener vigencia. Sin embargo, nada más lejos de la realidad que plantear una postura en ese sentido. La revolución tecnológica que alterará la forma de acceso a la información y a las comunicaciones transforma además la manera concreta de transmitirla pero ello no significa otra matriz económica o productiva en construcción, una que altere la íntima relación de explotación de la patronal sobre el trabajador. Más bien, la economía de la especulación, que reivindica ese sector en detrimento de la producción de bienes y servicios, extrema esta relación de explotación del capital sobre la *fuerza del trabajo*. Es muy cierto que el neoliberalismo introduce importantes modificaciones en el mercado laboral, también en el sistema educativo, pero esto no supone un cambio tan radical ni de tal magnitud como para alterar en su núcleo la estructura de la producción del modo capitalista, de la forma de distribuir y de circular de las mercancías. A lo más se puede traducir en un cambio importante en la forma de comercialización que no alcanzará en todo caso a alterar los principios en que se fundamentará la actividad económica. Es decir, el cambio tecnológico no significa un cambio en las leyes o en los conceptos por los que se rige la economía y la acumulación privada de capitales. Entonces, no es cierto que la economía neoliberal sustituya la economía de la producción de bienes y de servicios. Sin embargo, los dominantes nos insistirán en hacer una distinción tajante entre las empresas de la “economía clásica” (las empresas de "ladrillo y cemento") y las empresas virtuales e intangibles de la nueva economía pero nada es más erróneo que este análisis. Es cierto que la empresa virtual crea redes, pero al mismo tiempo esas redes deben sostenerse, deben vender algún producto, transportarlo y entregarlo al cliente o al consumidor final. Ese algo, que puede ser petróleo, un auto, un libro, un servicio o cierta información, necesita en todo caso de productores y transportistas que los almacenen y los lleven por tren, por automóvil, por barco o por avión, y para eso hace falta que alguna empresa de la economía clásica cree y suministre aquellos medios logísticos; esta infraestructura no es nada virtual sino muy real. Además, lo que muy por el contrario ocurre es que, con el desarrollo de esta economía y sus redes de información y comunicación, que reduce bastante las distancias entre productores y consumidores, las empresas tradicionales que se adaptan a las ventajas que supondrá lo anterior en términos de menores costos, de una mayor productividad y rentabilidad, se benefician también de estas nuevas redes de información y llegan a colonizar esas redes y afianzarse aún más en

sus sectores productivos lo que genera un proceso que concentra la riqueza y las propiedades en sus manos. Esto extrema las consecuencias sociales más dramáticas del modo capitalista como lo son la pobreza. Lo importante es que esa *nueva economía*, con su desarrollo en tecnologías de comunicación e información, deberá estar al servicio de la economía real, de la que produce bienes tangibles, para bajar costos, para mejorar la productividad y la calidad de los bienes generados. Cuando se da el proceso inverso, es decir, cuando la tecnología, los adelantos en las comunicaciones y la performance del capital financiero sobrepasa los límites de los intereses y las barreras de la economía real, es cuando estamos en problemas porque se impone el neoliberalismo y su fuerte tendencia a la especulación e intangibilidad de los productos y los propios servicios de capital.

El problema para la economía neoliberal en cuanto a la acumulación de capitales es que finalmente, más temprano que tarde, la única manera real, concreta y efectiva de conseguir que la rentabilidad de la inversión supere el coste del capital que se utilizará, es obtener rentas derivadas de una serie de ventajas competitivas sostenibles en el tiempo y transformarlas en beneficios netos o efectivos. Lo demás es un deseo o una expectativa no contrastada por la realidad, más bien negada por la crisis financiera actual que se produce en primer término por la burbuja inmobiliaria en países como Estados Unidos y que rápidamente se trasladará al viejo continente, al mundo. Entonces, la idea que se puede valorar una empresa de forma distinta a la tradicional- o sea, de que su valor en el presente sea igual al flujo de aquellos beneficios esperados descontados a un determinado tipo de interés previsto- es falsa a pesar de lo que puedan decirnos los neoliberales. Pensar que se puede valorar compañías por el volumen de ventas o incluso por el número de clientes potenciales o, en el caso de los portales de Internet, por el número de visitas o visitadores, sin tener en cuenta los costes de dicha operación, los ingresos esperados y, en definitiva, los flujos de caja o beneficios previstos, es absolutamente erróneo. Hasta ahora, esta creencia cuasi religiosa no planteaba problemas graves ya que eran los fondos de capital de riesgo los que suministraban el capital a un coste elevado a estas compañías a sabiendas del riesgo que corrían y de que muchas de ellas desaparecerían, pero se suponía que, a la postre, la inversión en algunas de ellas generaría una rentabilidad lo suficientemente importante como para compensar las pérdidas en las demás. Pero, fue una cantidad muy elevada de estas empresas virtuales las que salieron a la Bolsa y al poco tiempo de su creación, aprovechando la moda de la especulación financiera, obtuvieron fondos a un coste muy bajo sin que los pequeños inversores del área privada se dieran cuenta del riesgo que corrían. Es decir, el hecho que la bolsa de valores de esta globalidad neoliberal esté cumpliendo una función de suministrador de capital riesgo a empresas cuyo futuro siempre es incierto

crea problemas graves cuando muchas de ellas no cumplen las expectativas esperadas. Esto hace que, aunque la valoración se corrija, la volatilidad de sus cotizaciones sigue siendo muy elevada. Se sigue que una corrección de esta burbuja provocada por la elevada valoración de las empresas basadas en la especulación termina desatando un pánico bursátil. En otras palabras, no hay que olvidar que bajo las directrices de la economía de los neoliberales se vive en una continua situación de bajo coste de capital y elevada rentabilidad potencial, lo que hace que las valoraciones de estas empresas se incrementen de forma exagerada para atender la especulación y que así sean muchos los trabajadores, en particular los pertenecientes a los sectores medios, los que se endeudan usando como garantía precisamente las acciones de las compañías que compraron en la Bolsa. Sin embargo, cuando la correción es importante conduce a que esos trabajadores y sus familias de los sectores medios vendan parte de sus acciones para hacer frente a las mayores garantías bancarias, ante la caída del valor de las acciones usadas como colateral, provocando una caída mayor de la inicial que desencadena el pánico bursátil. Por desgracia, las consecuencias de esta economía de las finanzas y de la especulación no son nada abstractas y de hecho afectarán la vida de millones de trabajadores. Por eso, la actual crisis global no es solo financiera sino que es también una crisis de la economía en su conjunto que afectará la generación de empleo, de riqueza, de inversiones y consumo popular exponiendo otra vez al trabajador a ajustes y medidas de reducción del gasto que favorecen al mismo tiempo a los financistas y especuladores que generaron la crisis.

Entonces, la clase dominante justifica los recortes presupuestarios por la necesidad de reducir el gasto público en sí mismo, ya que supuestamente el sector público consume recursos que necesita el sector privado. Es de esta manera que buscando reducir ese gasto público se busca liberar esos recursos para que el sector, la empresa privada, pueda usarlos en el crecimiento, en el desarrollo y en la reactivación de la economía. Sería lo que los neoliberales denominan “efecto expulsión” pero al final cuando dicen liberar “recursos” están diciendo liberar el “dinero”. Ahí está el núcleo del asunto porque cada peso que pide prestado cualquier gobierno de nuestros países en manos de los sectores neoliberales, cada centavo que pedimos al FMI o al Banco Mundial a modo de ejemplo, a cualquier organización de crédito global, deja de estar disponible para ser prestado a la empresa privada, limitando las posibilidades de crecimiento de la economía. Dicho así parece que fuera el sector público el responsable de la escasez de los créditos que atenazan a las empresas y a los consumidores, lo cual es totalmente falso. Al respecto, algunas falacias de la economía neoliberal son *la escasez de recursos que limita el crecimiento*. Muy por el contrario, en nuestros países no faltarán estos recursos y por lo mismo en una situación de normalidad y racionalidad el sector público y el

privado no tendrían porque competir por ellos. En este sentido, no hay que confundir el "dinero" con los "recursos". En la creación de riquezas, esto es, de bienes y servicios útiles a la población toda, necesitamos recursos: mano de obra, maquinaria, materias primas, instalaciones… incluso el "talento" es un recurso. De esto sobra en nuestros países: hay mano de obra disponible suficiente para que tanto el sector público como el privado puedan usarlos en tareas útiles. Nuestros campos y minas son tan fértiles y productivas como hace unos años, y nada ha esterilizado los recursos agrícolas, de la ganadería o minería para impedir suministrarnos los bienes necesarios. Las fábricas siempre han sido infrautilizadas, o sea, nunca trabajaron a su plena capacidad porque el neoliberalismo produce para el que puede comprar y no para todos. De ahí que esas fábricas estén disponibles para atender cualquier pedido de producción, provenga del sector público o del privado, por lo menos en los primeros años de incentivo y defensa de la industria y producción nacional.

El *dinero* es simplemente un accesorio cuya mala programación puede distorsionar los logros de una política fundamental como es el pleno empleo de los trabajadores. Por tanto escasea el *dinero*, no los recursos. Es decir, una segunda falacia sería que el *dinero* escasea por falta de credibilidad del sector público, cuyo abultado déficit elevaría la prima del riesgo y ahuyentaría a los prestamistas. Esto es falso. De hecho, si consideramos el caso de los países más desarrollados en términos capitalistas que hoy están en crisis, me referiré al caso de España en particular, resulta evidente que falta *dinero* porque de la mano del euro (ese costoso gran capricho de la economía de los neoliberales) se construyó un sistema monetario- financiero muy ineficiente en todos los ámbitos. Así lo demuestran las nulas posibilidades de solucionar las crisis. El *dinero* es entonces una institución, es una creación social y política, es un artificio, papelitos de colores debidamente numerados que en lo concreto no crean riqueza sino que apenas es el mecanismo que facilita el intercambio de mercancías; es el equivalente general y su escasez, como ahora ocurre con la crisis, entorpece el funcionamiento normal de la economía. El "dinero" es el equivalente general, es el vehículo que permite transmitir información de los consumidores a las empresas: el "dinero" es como un mandato de producción y su escasez envía un mensaje equivocado a las empresas, es decir, les dice que dejen de producir porque el trabajador y sus familias no van a comprar nada. El problema es que cuando el sistema financiero- monetario de un país, en este caso bajo el yugo de la lógica neoliberal, por lo mismo no permite emplear los recursos a su plena capacidad, significa que está mal diseñado porque no busca resolver los asuntos de la mayoría, limita estas opciones. Al instituirse el euro como moneda única la política monetaria en manos del Banco Central Europeo (que es una institución subordinada a los intereses del capital y dirigida por banqueros privados que además no cumple con las

funciones mínimas encomendadas por cualquier manual de economía al Banco Central, como lo es supervisar de forma correcta el sistema financiero o actuar como prestamista de última instancia ante una crisis) logra que éste se convierta en un obstáculo mayor para quienes nos interesa la economía de la producción en la resolución de las crisis constantes. La política monetaria de la Comunidad Europea negará la soberanía económica de los pueblos para que apliquen las políticas que estimen convenientes y en su lugar reemplaza esa soberanía por ese híbrido llamado Banco Central Europeo. Eso se traduce en una política monetaria contraproducente porque los países ahora en crisis necesitan *dinero* abundante y barato para que el sector público y el privado financien sus déficits sin tener que recurrir a los especuladores. El diseño del Banco Central Europeo, conjuntamente con otros organismos que conforman la Troika, tiene un enorme poder político y económico pero que solo cederá en favor de las empresas y de los bancos privados. Tanto que les ha permitido incluso chantajear a la clase política para que se altere y cambie la ley contra la voluntad mayoritaria de los trabajadores. Se llega al extremo de reescribir la Constitución en España que no hace otra cosa que liquidar de una buena vez el Estado de Bienestar de modo que los sectores populares nuevamente serán las víctimas de la moneda común, de las directrices del Banco Central Europeo y de su política monetaria.

Por último, una tercera falacia es la que nos dice que la recuperación de la economía vendrá de manos del sector privado y por eso hay que apoyar estas políticas que fomentarían la confianza. Pero, inmediatamente después habría que preguntarse cuándo va a crecer la economía, cuándo los bancos se decidirán a prestar. Lo único que se sabe es que el actual sistema monetario convierte a los trabajadores en rehenes de bancos atenazados por el miedo a la insolvencia; insolvencia que ellos mismos crearon con sus políticas. No prestan por miedo a no cobrar y, no prestando, la paralización no solo se mantiene sino que también aumenta y con ello la insolvencia y la crisis de la economía. Hoy los bancos, los organismos de crédito globales en general son los creadores de insolvencia, son un obstáculo para la producción y entonces para todas aquellas políticas que buscan el pleno empleo. Este círculo vicioso construido a partir de la economía que insiste en los bienes intangibles, en la economía especulativa, deberá romperse desde la acción del sector público, que conjuntamente y en complicidad con los sectores populares, debe apoyar la producción e industria nacional, la generación de empleos y el consumo como motor de inversión y ahorro. Hay un amplio abanico de necesidades sociales que cubrir y a las que hay que aplicar los recursos de los que dispone el país. Hace falta batallar sí contra la lógica y falacias neoliberales.

Epílogo:

Una honda inquietud agita el alma de los trabajadores, de los chilenos en este caso, muchas veces expresada en el cantar y el caminar de multitudes por nuestras calles y avenidas, plazas y alamedas, con ecos y protagonismos en una comunidad ya cansada de seguir postergando, casi indefinidamente, sus necesidades y requerimientos que giran alrededor de un mayor bienestar para todos. Desde hace un tiempo que nuestra población se hace cada vez un poco más intolerante ante la desigualdad e inequidad que sufren millones de nuestos trabajadores y sus familias. De hecho, cumplidos los doscientos años de la emancipación de la España imperial, Chile aún no logra la justicia para sus habitantes ni mucho menos la equidad en términos de acceso a servicios que si bien debieran por definición ser públicos hoy se encuentran en manos privadas. Me refiero en primer término a la educación y a la salud. Tampoco hemos alcanzado el ideal que nos reafirmaría que no existen clases ni grupos privilegiados porque todos seríamos iguales ante la ley. Precisamente allí es donde nace la necesidad de entender en todas sus implicancias el asunto de la igualdad ante la ley, de la igualdad de oportunidades para cada trabajador. Es urgente entender las bases materiales de la (r) evolución para entender a que nos referimos cuando hablamos de la igualdad, concepto muy manoseado por todos. De hecho, incluso la derecha nos habla de igualdad y acto seguido nos plantean que ésta solo es posible a partir del libertinaje de los mercados y del individualismo o del egoísmo más atroz. Pero, la igualdad no es asunto de la derecha porque ella nos remite inmediatamente a la distribución de la riqueza que es por todos generada. ¿Cómo ellos podrían buscar una distribución de las riquezas más justa si precisamente son los que militan siempre a favor de una impresionante concentración de la producción en unas cuantas manos, en las de ellos?

Una cuestión, que es el motivo central de mi libro, es que la igualdad, de la que en teoría todos somos partidarios pero que llegado el momento son pocos los que la reivindican, al remitirnos a la distribución de las riquezas, de las mercancías, se nos muestra como un proceso bastante más complejo de lo que la mayoría piensa porque la distribución de las mismas a su vez implica la circulación de las mercancías, de los bienes y servicios que se compran y se venden en el mercado. Además, la circulación de esos bienes y servicios, sean públicos o sean privados, nos remiten a la forma y la manera en que se producen. Es decir, la igualdad tiene que ver con la distribución de bienes, de las riquezas, ésta con la forma en que circulan e inclusive con la forma en que se producen. Así, definitivamente la igualdad se relaciona con el Estado y con el modo de producir. El problema para los sectores dominantes es que

la forma de producción del Estado y modo capitalista es injusto, no es para nada equlibrado ni mucho menos es progresista: éste se basa sencillamente en la explotación del trabajo, del esfuerzo ajeno. Entonces, para trabajar en verdad por la igualdad de oportunidades, que implica una concreta igualdad ante la ley, es necesario plantear un modo de producción, de circulación y de distribución de las mercancías diametralmente distinto, alternativo al Estado capitalista. De ahí que la derecha en todas sus expresiones políticas, ya sea la más reaccionaria y conservadora, o la que se dice progresista, la falsamente socialdemócrata digamos, al final no puede postular la igualdad ante la ley por no estar capacitada para defender en todas sus implicancias políticas que tengan que ver con la igualdad de oportunidades. ¿Qué hacer? ¿Deberemos permanecer de brazos cruzados y quedarnos quietos? ¿Soportaría la sociedad algo así por tiempo indeterminado?¿Es posible la estabilidad del Estado, del régimen y la gobernabilidad democrática sobre una base que se sabe tan débil? ¿Podemos siquiera exigir sensatez al trabajador indignado, al excluido y marginado de los falsos beneficios de la mercantilización neoliberal?

Para superar la indignante desigualdad, cambiar el Estado actual de las cosas y mejorar la calidad de vida de la mayoría, no hay más alternativa que salir y caminar para adelante. Se debe construir la fuerza nueva sin detener la marcha ni renunciar a la identidad propia, a la cultura del pueblo. Avanzar y adelantar, hacer camino en medio de la lucha y la movilización social aunque algunos aflojen y se queden a la vera del camino. El asunto no es nada fácil pero el destino es una vida mejor, mucho más digna. Además, es un camino que recorren actualmente algunos países de Latinoamérica con excelentes resultados para sus respectivas poblaciones. Lo importante en el proceso de cambio que hace camino al andar, que se construye día tras día y entre todos, es entender que la herencia de la dictadura, la peor de ellas- me refiero al neoliberalismo- en Chile no goza de tan buena salud como muchos plantean. Es cierto que continúa haciendo de las suyas como si nada y también es muy cierto que su clase política y dirigencial se hace la distraída ante todos los problemas, como si nada pasara. Es cierto todo eso pero a pesar de lo anterior creo que en primer lugar los trabajadores se han organizado por una cuestión de sobrevivencia que deriva en una nueva toma de conciencia: si el régimen en general y el gobierno en particular no están capacitados para resolver los problemas de las mayorías, de los pobladores, entonces ellos mismos toman cartas en el asunto. Es ahí donde empieza el cambio porque la solución de fondo a los problemas que nos aquejan nos conducen a plantear otras formas de organización, otra Constitución y otras reglas de juego. Lo que digo es que el trabajador se moviliza e incluso se organizará por sus necesidades y en el proceso adquiere una nueva toma de conciencia porque ahí percibe que el problema de uno es a la vez el problema de todos. En ese momento estamos

hoy en Chile y otros tantos países que insisten en el neoliberalismo. Estamos en un momento en el que el movimiento social está totalmente capacitado para gobernar el país en la medida que durante todo ese tiempo se transformó en una fuente importante de contrapoder respecto de la lógica neoliberal. Lo que sí falta, lo fundamental, es una candidatura y un liderazgo social basado en un proyecto político popular, que sea inclusivo, democrático en su forma, una conducción que unifique en un solo partido, en un solo ente o alianza, al movimiento social, al estudiante, al ecologista, a los trabajadores en general.

Es interesante este proceso de organización de los trabajadores porque es allí donde encontramos el germen del poder popular. Veamos: la población en general, los trabajadores y los estudiantes, llegado determinado momento se dan cuenta que el gobierno en particular y el régimen en general no puede resolver los problemas que nos aquejan e involucran a todos por una cuestión estructural, porque sus demandas e intereses son otros que no tienen mucha relación con el bienestar de las mayorías. Ahí empieza la organización de los mismos para intentar paliar las dificultades, para sobrevivir y eventualmente resolver esos problemas que se expresa en una primera organización barrial y comunal. En este proceso primario los vecinos van adquiriendo no solo la necesaria experiencia en la organización sino también conciencia del rol que les corresponde, conciencia que sus derechos son legítimos y que pueden y deben ser resuletos. Ahí ya no hay marcha atrás, estamos en el núcleo propio del poder popular, generado desde las bases. Luego, se impone la necesidad de plantearnos la unidad del movimiento social en lucha, la coherencia de sus demandas y necesidades y la coordinación de las mismas porque todos los problemas de los trabajadores y estudiantes están indefectiblemente ligados unos con otros. ¿El factor unidad entonces dónde lo buscamos? En el respeto por los derechos humanos porque ellos son los que nos unifican. Es decir, la lucha por la educación pública es una lucha por la igualdad de oportunidades y de acceso lo mismo que la lucha por la mejor salud; esto implica respeto por los derechos humanos. La lucha contra la hidrolećtrica en Aysén o donde sea, la lucha contra la contaminación, por la recuperación de los recursos y materias primas nacionales, del cobre, del litio, del yodo y los del mar, del acceso al agua, a la memoria, la verdad y la justicia etc., también son todas luchas que buscarán una mejoría sustancial de la calidad de vida de todos y así son profundamente respetuosa de la vida de las personas, de los derechos humanos. Nuestro proyecto político popular hará hincapié entonces en el pleno respeto por la vida y en el derecho a una mejor calidad de ésta para los trabajadores como primer paso a una sociedad que defienda la dignidad del hombre. En ese contexto, los dirigentes sociales y los trabajadores en general que todavía insisten en luchar insertándose en la actual gobernabilidad, por ejemplo dando su apoyo a la Concertación, sus dogmas y candidatos, deben

preguntarse si esos candidatos, y en primer término la misma Bachelet como muy posible abanderada presidencial de ese sector, tiene o no una trayectoria política respetuosa de los derechos humanos. Me parece que para nada ya que ella fue quien aplicó la ley antiterrorista al pueblo mapuche en su lucha por sus derechos, fue quien reprimió y engañó al movimiento estudiantil y fue quien se mostró complaciente con el poder dominante, incluso en el tema de la violación de los derechos humanos a pesar que ella y su familia también fueron víctimas directas de la barbarie militar.

A estas alturas de la lucha el asunto fundamental ya no es sobre qué políticas implementar en el camino hacia el cambio social y político que sea una alternativa al neoliberalismo (porque de hecho la mayor parte de los que formamos el movimiento social en nuestro país compartimos las bases de un programa de gobierno popular), sino que el asunto es qué estrategia defender, cómo hacerlo para cambiar la realidad. A modo de ejemplo tendría que decir que es inconstitucional llamar a un plebiscito para conformar una Asamblea Constituyente que postule otra forma de organización de nuestro régimen. En verdad, toda expresión de soberanía popular es negada en la Constitución de 1980 porque aquella es precisamente su principal función. ¿Qué nos queda? Este es el problema del que adolecen principalmente la mayor parte de los programas de gobiernos alternativos: el "cómo". Y ese no es un asunto menor porque hoy el mayor escollo para la consolidación de una alternativa política de los trabajadores, surgida desde la base del movimiento social, es que aún muchos continúan depositando sus esperanzas de cambio en Bachelet, en la Concertación o simplemente luchando desde dentro de la institucional, al modo del PC, cuando estos años nos dejaron la lección que nada se logra en base a "las reformas en la medida de lo posible" y el falso realismo político, cobarde y miope más bien, en que sustenta sus dogmas. Entonces, se vuelve imprescindible plantear una estrategia insurrecional en el sentido que va por fuera de la legalidad heredada de la dictadura y consolidada durante los años de la Concertación. Una “vía insurreccional” que nada tiene que ver con la lucha armada o cosas por el estilo, sino relacionada con el fortalecimiento de las movilizaciones y participación de los trabajadores y estudiantes, de las bases, a través del movimiento social en ascenso. ¿Después qué? En base al contexto particular en que se exprese la lucha serán las bases, nucleadas en torno al movimiento social, quienes deberán decidir democráticamente, en asambleas, con la calle como protagonista, qué dirección tomar para que la conducción política unida, democrática, popular, inclusiva y unitaria se haga realidad. No hay posibilidad más racional que instalar un proyecto político de gobierno surgido desde la base, por y para el sector popular, que enfrente el paradigma neoliberal y el ordenamiento del régimen político oligárquico sea donde este se exprese y se manifieste, en la Alianza o en la Concertación. No

sólo desde la lógica de la satisfacción de las demandas sociales en educación, en salud, en jubilaciones y pensiones o en la recuperación social de nuestros recursos naturales, sino también en las demandas políticas que estas mismas fuerzas levantan como necesarias para lograr una mejoría sustancial de la calidad de vida en términos de inclusión, de participación y representación democrática, tal como la elaboración de una nueva Constitución redactada por una Asamblea Constituyente que sea expresa representación de la amplia mayoría. Hay que debatir y luchar por un programa democrático, popular y claramente contrario al neoliberalismo que nos permita, al ir profundizándolo con movilización y participación social, crear nuevas formas de convivencia para superar la lógica de la estructura del Estado capitalista y su manera de producción, circulación y distribución de mercancías. Se trata de dejar atrás el neoliberalismo chileno, depredador y generador de fuertes desigualdades.

Los cambios fundamentales que consoliden esas políticas públicas y creen poder popular serían en primer lugar la democratización profunda de la institucionalidad. No olvidemos que esta es heredera y expresión máxima del autoritarismo de la dictadura. Es central entonces convocar a la elección de la Asamblea Constituyente que redacte una Constitución democrática donde el pueblo recupere la soberanía para regirse y gestionar su presente y futuro. La campaña para la elección de constituyentes sería financiada únicamente por el sector público y comenzaría apenas instalado el gobierno popular, el de los trabajadores y su movimiento social. Es en ese sentido un gobierno en estado de asamblea permanente porque la primera medida que éste tendría que tomar es abolir la Constitución de 1980 por ser ilegal y viciada de origen. Simplemente este gobierno democrático no podría regirse por las leyes de esa Constitución sin caer en la misma ilegalidad de origen. Por último, nada podría concretarse si no es el mismo pueblo quien garantiza este estado de asamblea permanente, donde la transición nunca acabará, donde la transición es ya una (r) evolución permanente porque se construye y eventualmente se consolida con las acciones y omisiones de los trabajadores en lucha todo el tiempo, todos los días.

Referencias bibliográficas:

Repetto Saieg, Alfredo Armando: Más allá de la crisis y la utopía neoliberal. - 1a edición, Buenos Aires: el autor, 2010.

Carlos Marx: “El capital: El proceso circulatorio del capital” Tomo II. Digitalizado por LibroDot.com

Carlos Marx: “El capital: El proceso global de la producción capitalista” Tomo III. Digitalizado por LibroDot.com

Carlos Marx: “Crítica al Programa de Gotha” Editado por elaleph.com

Carlos Marx: “El trabajo enajenado” Manuscritos de economía y filosofía”, (1844), Madrid, Alianza, 1977.

Carlos Marx: “Una interpretación materialista del sujeto humano. Selección de textos ” Manuscritos de economía y filosofía”, (1844), Madrid, Alianza, 1977.

Carlos Marx y F. Engels: “Tesis sobre Feuerbach (1845)” Publicado en *La ideología alemana*, Barcelona: Grijalbo, 5a ed, 1974.

C. Marx y F. Engels : “Feuerbach . Oposición entre las concepciones materialista e idealista ” Publicado en *La ideología alemana*, Barcelona: Grijalbo, 5a ed, 1974.

Gustavo Espinoza M: “Marx: teoría y acción” Publicado en revista Rebelión.

Antonio Aponte: “La humildad” Publicado el 24 de mayo del 2012 en http://ungranodemaiz.blogspot.com.ar

John Holloway: “La revolución anticapitalista debe crear grietas en el sistema” Publicado en http://www.elclarin.cl

Luis Felipe Sáenz: “Centroamérica: ¿Dónde está el Leviatán?” en revista Ballotage de la edición del 27/5/2012.

“Resoluciones” Primer encuentro nacional Partido Socialista de Chile. Frente Allendista, diciembre del 2010.

J. Vilas Nogueira: “Igualdad jurídica y desigualdad económica en el Estado capitalista. Los derechos sociales”

Lenin, V. I: “Obras escogidas” Tomo I. Edición Progreso, Moscú, 1961. Digitalizado por Koba.

“La voz de la universidad” En El Clarín de Chile de la edición del 29 de noviembre del 2012.

Eleonor Concha Venegas y Leopoldo Lavín Mujica: “Propuesta de Programa de candidatura de trabajadores y de movimientos sociales: Parte II” en http://www.elciudadano.cl

José Francisco Puello Socarrás : “Estado o mercado: entre Gournay y Lenin. La eterna disyuntiva entre el dejar hacer y el qué hacer”.

Reconocimiento-No comercial-Compartir Igual 3.0 Unported

Creative Commons Corporation no es un despacho de abogados y no proporciona servicios jurídicos. La distribución de esta licencia no crea una relación abogado- cliente. Creative Commons proporciona esta información "Tal cual". Creative Commons no ofrece garantías sobre la información suministrada, ni asume responsabilidad por los daños y perjuicios que resulten de su uso.

Licencia

La obra(tal como se define a continuación) según los términos de esta licencia pública de Creative Commons ("CCPL" o "Licencia"). La obra está protegida por derechos de autor y/u otras leyes aplicables. Cualquier uso de la obra diferente al autorizado bajo esta licencia o derecho de autor está prohibido.

Mediante el ejercicio de los derechos a la obra que aquí, usted acepta y acuerda estar obligado por los términos de esta licencia. En la medida en la presente licencia se puede considerarse un contrato, el licenciante le concede los derechos contenidos en consideración de su aceptación de los términos y condiciones.

1. Definiciones

a) **"Adaptación"** significa una obra basada sobre la Obra o sobre la Obra y otras obras preexistentes, tales como una traducción, la adaptación, la obra derivada, el arreglo de la música o demás transformaciones de una obra literaria o artística, o fonograma o de rendimiento y incluye adaptaciones cinematográficas o cualquier otra forma en la cual la Obra puede ser reformulada, transformada, o adaptada incluyendo cualquier forma reconocible derivada del original, excepto que una obra que

constituye una Colección no será considerada una Obra Derivada a los efectos de esta Licencia. Para evitar dudas, cuando la Obra es una obra musical o fonograma, la sincronización de la Obra en una relación temporal con una imagen en movimiento ("sincronización") será considerada una Obra Derivada a los efectos de esta Licencia.

b) **"Colección"** significa una colección de obras literarias o artísticas, tales como enciclopedias y antologías, o ejecuciones, fonogramas o emisiones, u otras obras o prestaciones distintas de las obras que figuran en la Sección 1 (g) siguiente, que por razones de la selección o disposición de las materias, constituyan creaciones de carácter intelectual, en los que se incluye la obra en su totalidad y forma inalterada, junto con una o más de otras contribuciones que constituyen obras, cada una separadas e independientes en sí mismas, que en conjunto se integran en un todo colectivo. Una obra que constituye una Colección no será considerada una Obra Derivada (como se define más arriba) para los fines de esta Licencia.

c) **"Distribuir"** significa poner a disposición del público. original y copias de la obra o adaptación, en su caso, mediante venta u otra transferencia de propiedad

d) **"Elementos de la Licencia"** significa los siguientes atributos de alto nivel de licencia seleccionados por el Licenciante e indicados en el título de esta Licencia: Atribución, No Comercial, Compartir en igualdad.

e) **"Licenciante"** significa el individuo, las personas, entidad o entidades que ofrecen (s) de la Obra bajo los términos de esta Licencia.

f) **"Autor original"** significa, en el caso de una obra literaria o artística, el individuo, las personas, entidad o entidades que crearon la Obra o si ninguna persona o entidad puede ser identificado, el editor, y además (i) en el caso de una actuación de los actores, cantantes, músicos, bailarines y otras personas que representen un papel, canten, reciten, declamen, interpreten o ejecuten en cualquier forma obras literarias o artísticas o expresiones del folclore, (ii) en el caso de un fonograma, la

productor es la persona física o jurídica que fija por primera vez los sonidos de una ejecución o de otros sonidos, y (iii) en el caso de las emisiones, la organización que transmite la emisión.

g) **"Obra"** significa la obra literaria y / o artística ofrecida bajo los términos de esta licencia incluyendo, sin limitación, cualquier producción en el campo literario, científico y artístico, cualquiera que sea el modo o forma de expresión, incluido el formato digital, como un libro , panfletos y otros escritos, el trabajo de una conferencia, discurso, sermón u otra de la misma naturaleza; una obra dramática o dramático-musicales; una obra coreográfica o de entretenimiento en pantomimas, una composición musical con o sin letra; una obra cinematográfica a la que se asimilan las obras expresadas por procedimiento análogo a la cinematografía; una obra de dibujo, pintura, arquitectura, escultura, grabado o litografía; una obra fotográfica a las cuales se asimilan las obras expresadas por procedimiento análogo a la fotografía; una obra de arte aplicado; una ilustración , mapa, plano, croquis o trabajo tridimensional relativa a la geografía, la topografía, la arquitectura o las ciencias; una actuación, una emisión, un fonograma, una recopilación de datos en la medida en que esté protegido por derecho de autor como un trabajo, o un trabajo realizado por una variedad o un artista de circo en la medida en que no se considera de otra manera una obra literaria o artística.

h) **"Usted"** significa que es un individuo o entidad ejerciendo los derechos bajo esta Licencia quien previamente no ha violado los términos de esta Licencia con respecto a la Obra, o que ha recibido permiso expreso del Licenciante para ejercer derechos bajo esta Licencia pese a una violación anterior.

i) **"Ejecutar públicamente"** significa hecer recitaciones públicas del Trabajo y de comunicar al público las recitaciones públicas, por cualquier medio o procedimiento, incluso por medios alámbricos o inalámbricos o al público espectáculos digitales; poner a disposición de las obras públicas, de tal manera que los miembros del público puedan acceder a estas obras desde el lugar y en el lugar que ellos elijan, para realizar la obra al público por cualquier medio o procedimiento y la comunicación al público de las actuaciones de la Obra, incluso pública digital

rendimiento, para transmitir y retransmitir la obra por cualquier medio, incluso los signos, sonidos o imágenes.

j) **"Reproducir"** significa hacer copias de la obra por cualquier medio, incluyendo, sin limitación, grabaciones sonoras o visuales y el derecho de fijación y reproducción de las fijaciones de la Obra, incluyendo el almacenamiento de una interpretación o ejecución protegida o de un fonograma en forma digital o cualquier otro medio electrónico.

2. ***Feria de los Derechos de Negociación.*** Nada en esta licencia tiene por objeto reducir, limitar o restringir los usos libres de derechos de autor o los derechos derivados de las limitaciones o excepciones que se prevén en relación con la protección de derechos de autor bajo la ley de derechos de autor u otras leyes aplicables.

3. ***Concesión de licencia.*** Sujeto a los términos y condiciones de esta Licencia, el Licenciante otorga a Usted una licencia mundial, libre de regalías, no exclusiva, perpetua (por la duración de los derechos de autor) para ejercer estos derechos sobre la Obra como se establece a continuación:

a) Reproducir la Obra, incorporar la Obra a una o más colecciones, y para reproducir la Obra incorporada en las Colecciones;

b) para crear y reproducir adaptaciones a condición que cualquier adaptación, incluyendo cualquier traducción en cualquier medio, toma medidas razonables para etiquetar claramente, demarcar, o identificar de otra manera que los cambios se realizaron en la obra original. Por ejemplo, una traducción debe marcarse como "La obra original fue traducida del Inglés al Español", o una modificación podría indicar "La obra original ha sido modificado.";

c) para distribuir y ejecutar públicamente la obra, incluyendo las incorporadas en las colecciones y,

d) para distribuir y ejecutar públicamente Adaptaciones.

Los derechos mencionados anteriormente pueden ser ejercidos en todos los medios y formatos ahora conocidos o desarrollados en un futuro. Los derechos antes mencionados incluyen el derecho a efectuar las modificaciones que sean técnicamente necesarias para ejercer los derechos en otros medios y formatos. Sujeto a la Sección 8 (f), todos los derechos no concedidos expresamente por el licenciador quedan reservados, incluyendo, pero no limitado a los derechos descritos en la sección 4 (e).

4. Restricciones. La licencia otorgada en la anterior Sección 3 está expresamente sujeta a, y limitada por las siguientes restricciones:

a) Usted puede distribuir o ejecutar públicamente la Obra sólo bajo los términos de esta Licencia. Usted debe incluir una copia de, o el identificador uniforme de recursos (URI) para esta Licencia con cada copia de la Obra que Usted distribuya o ejecute públicamente. Usted no puede ofrecer o imponer ninguna condición sobre la Obra que restrinja los términos de esta licencia o la capacidad del destinatario de la Obra para ejercer los derechos otorgados al receptor bajo los términos de la Licencia. Usted no puede sublicenciar la Obra. Usted debe mantener intactos todos los avisos que se refieran a esta Licencia ya la limitación de garantías con cada copia de la Obra que Usted distribuya o ejecute públicamente. Cuando Usted distribuya o ejecute públicamente la Obra, Usted no puede imponer ninguna medida tecnológica vigente en la Obra que pueda restringir la capacidad de un destinatario de la Obra de para ejercer los derechos otorgados al receptor bajo los términos de la Licencia. Esta Sección 4 (a) se aplica a la Obra cuando es incorporada en una colección, pero esto no exige que la Colección, aparte de la obra misma quede sujeta a los términos de esta Licencia. Si Usted crea una Colección, previo aviso de cualquier Licenciante Usted debe, en la medida de lo posible, retirar de la Colección cualquier crédito requerido en la cláusula 4 (d), según lo solicitado. Si Usted crea una Obra Derivada, bajo requerimiento de cualquier Licenciante Usted debe, en la medida de lo posible, quitar de la adaptación cualquier crédito requerido en la cláusula 4 (d), según lo solicitado.

b) Usted puede distribuir o ejecutar públicamente la obra derivada solamente bajo: (i) los términos de esta Licencia, (ii) una versión posterior de esta Licencia con los Elementos de la

Licencia que esta Licencia, (iii) una licencia de Creative Commons jurisdicción (ya sea este o una versión de la licencia posterior) que contiene los elementos de Licencia que esta Licencia (por ejemplo, de la Attribution-Noncommercial-Share Alike 3.0 EE.UU.) ("Licencia Aplicable"). Usted debe incluir una copia de, o la URI, por licencia pertinente con cada copia de cada adaptación que usted distribuye o realiza públicamente. Usted no puede ofrecer o imponer ninguna condición sobre la adaptación que restrinja los términos de la licencia pertinente o la capacidad del destinatario de la adaptación al ejercer los derechos otorgados al receptor bajo los términos de la Licencia Aplicable. Usted debe mantener intactos todos los avisos que se refieran a la Licencia Aplicable ya los descargos de responsabilidades con cada copia de la Obra tal como se incluye en la adaptación que usted distribuye o realiza públicamente. Cuando Usted distribuya o ejecute públicamente la Adaptación, Usted no puede imponer ninguna medida tecnológica vigente en la adaptación que restringen la capacidad de un destinatario de la adaptación de para ejercer los derechos otorgados al receptor bajo los términos de la Licencia Aplicable. Esta Sección 4 (b) se aplica a la adaptación cuando es incorporada en una colección, pero esto no exige que la Colección, aparte de la propia adaptación debe estar sujeta a los términos de la Licencia Aplicable.

c) Usted no puede ejercer ninguno de los derechos otorgados a Usted en la Sección 3 precedente de modo que estén principalmente destinados o directamente a conseguir un provecho comercial o una compensación monetaria privada. El intercambio de la Obra por otras obras con derechos de autor a través de la tecnología digital de intercambio de archivos o de lo contrario no serán considerados para ser destinados o directamente a conseguir un provecho comercial o una compensación monetaria privada, siempre y cuando no haya pago de ninguna compensación monetaria en conexión con el intercambio de obras protegidas.

d) Si usted distribuye o ejecuta públicamente la Obra o las adaptaciones o colecciones, para que, a menos que una solicitud ha sido hecha de conformidad con la Sección 4 (a), mantenga intactos todos los avisos de derechos de autor para la Obra y

proporcionar, razonable para el medio o medios Usted esté utilizando: (i) el nombre del autor original (o seudónimo, si procede) si fue suministrado, y / o si el Autor Original y / o el Licenciante designa otra parte o partes (por ejemplo, un instituto patrocinador, entidad editora, una revista) para la atribución ("Partes del Reconocimiento") en la nota de derechos de autor del Licenciante, términos de servicios o por otros medios razonables, el nombre de dicha parte o partes, (ii) el título de la Obra si está provisto; (iii) en la medida en que sea posible, el URI, si los hubiere, que el Licenciante especifica para ser asociado con la Obra, salvo que tal URI no se refiera al aviso de derechos de autor o información de licencia de la obra, y (iv) de conformidad con la Sección 3 (b), en el caso de una obra derivada, un aviso que identifique el uso de la Obra en la adaptación (por ejemplo, "Traducción Francesa de la Obra del Autor Original," o "Guión basado en la Obra original del Autor Original"). El crédito requerido por esta Sección 4 (d) puede ser implementado de cualquier forma razonable, siempre que, sin embargo, que en el caso de una adaptación o colección, en como mínimo dicho crédito aparecerá, si un crédito para todos los autores que contribuyeron a la Adaptación o Colección aparece, entonces, como parte de estos créditos y de una manera por lo menos, tan destacada como los créditos de los demás autores contribuyentes. Para evitar dudas, Usted sólo podrá utilizar el crédito requerido por esta Sección con el propósito de reconocimiento en la forma prevista anteriormente y, por ejercer sus derechos bajo esta Licencia, Usted no podrá implícita ni tácitamente aseverar ni dar a entender ninguna conexión, patrocinio o aprobación por parte del autor original Licenciante y / o Partes del Reconocimiento, según corresponda, de usted o de su uso de la obra, sin el permiso independiente, expreso, previo y por escrito de, al Autor Original Licenciante y / o Partes del Reconocimiento.

e) Para evitar dudas:

i. I**rrenunciable Esquemas licencia obligatoria**. En las jurisdicciones en las que el derecho a cobrar regalías a través de cualquier sistema de licencias legales u obligatorio no podrá ser cancelado, el Licenciante se reserva el derecho exclusivo a

cobrar las regalías para cualquier ejercicio de su parte de los derechos garantizados por esta Licencia;

ii. **Esquemas de licencia obligatoria renunciable.** En las jurisdicciones en las que puede ejercerse el derecho a cobrar regalías a través de cualquier sistema de licencias legales u obligatorias renunciado, el Licenciante se reserva el derecho exclusivo a cobrar las regalías para cualquier ejercicio de su parte de los derechos concedidos bajo esta licencia, si el ejercicio de tales derechos es con una finalidad o uso que de otra manera no comercial, que según lo permitido bajo la Sección 4 (c), y por otra parte renuncia al derecho a cobrar regalías a través de cualquier esquema de licenciamiento obligatorio o legal y,

iii. **Planes voluntarios de la licencia.** El Licenciante se reserva el derecho a cobrar regalías, sea individualmente o, en el caso de que el Licenciante sea miembro de una sociedad de gestión colectiva que administre los regímenes voluntarios de concesión de licencias, a través de esa sociedad, de cualquier ejercicio de su parte de los derechos concedidos bajo esta licencia es con una finalidad o uso que de otra manera no comercial, que según lo permitido bajo la Sección 4 (c).

f) Salvo que se acuerde lo contrario por escrito por el Concedente o como puede ser de otra manera permitida por la ley aplicable, en caso de que se reproduzca, distribuya o ejecute públicamente la Obra, ya sea por sí mismo o como parte de las adaptaciones o colecciones, no debe distorsionar, mutilar, modificar o tomar otra acción despectiva en relación con el trabajo que cause perjuicio al honor del autor original o reputación. Licenciante acuerda que en esas jurisdicciones (por ejemplo, Japón), en el que cualquier ejercicio del derecho concedido en la Sección 3 (b) de esta licencia (el derecho a hacer adaptaciones) se considerará como una deformación, mutilación, modificación o cualquier atentado contra el honor del autor original y la reputación, el Licenciante renuncia o afirmar que no, según el caso, esta Sección, en la máxima medida permitida por la legislación nacional aplicable, para que pueda ejercer razonablemente su derecho en virtud de la

Sección 3 (b) de este Licencia (derecho a hacer adaptaciones) pero por lo demás no.

5. Declaraciones, Garantías y Limitación de Responsabilidad.

A menos que se acuerde mutuamente por escrito entre las partes y en la medida máxima permitida por la ley aplicable, el Licenciante ofrece la obra tal cual y no hace ninguna presentación o garantía de ningún tipo respecto de la obra, ya sea expresa, implícita, legal o de otro tipo, incluyendo, sin limitación, las garantías de título, comercialización, aptitud para un propósito particular, no infracción, o la ausencia de latentes u otros defectos, exactitud, o la presencia de ausencia de errores, sean o no sean descubiertos. Algunas juridicciones no permiten la exclusión de garantías implícitas, por lo que esta exclusión no se aplique en su caso.

6. Limitación de Responsabilidad.

Excepto en la medida requerida por la ley aplicable en ningún caso el Licenciante será responsable ante usted por cualquier otra teoría legal por cualquier daño especial, incidental, consecuente, punitivo o ejemplar, proveniente de esta licencia o del uso de la obra, aún cuando el Licenciante haya sido advertido de la posibilidad de tales daños.

7. Terminación.

a) Esta Licencia y los derechos aquí concedidos finalizarán automáticamente en caso que Usted viole los términos de esta Licencia. Las personas o entidades que hayan recibido adaptaciones o colecciones de usted bajo esta Licencia, sin embargo, no verán sus licencias finalizadas, siempre que estos individuos o entidades sigan cumpliendo íntegramente las condiciones de estas licencias. Las secciones 1, 2, 5, 6, 7, y 8 subsistirán a cualquier terminación de esta Licencia.

b) Sujeto a los términos y condiciones anteriores, la licencia otorgada aquí es perpetua (por la duración del derecho de autor aplicable a la Obra). No obstante lo anterior, el Licenciante se reserva el derecho de difundir la Obra bajo condiciones de licencia diferentes oa dejar de distribuir la Obra en cualquier momento, siempre que, sin embargo, que ninguna de tales elecciones sirva para retirar esta Licencia (o cualquier otra

licencia que haya sido, o se requiere para ser concedida bajo los términos de esta Licencia), y esta licencia continuará en pleno vigor y efecto a menos que termine como se indicó anteriormente.

8. Misceláneo.

a) Cada vez que Usted distribuya o ejecute públicamente la Obra o una Colección, el Licenciante ofrece a los destinatarios una licencia para la Obra en los mismos términos y condiciones que la licencia concedida a Usted bajo esta Licencia.

b) Cada vez que Usted distribuya o ejecute públicamente una Obra Derivada, el Licenciante ofrece a los destinatarios una licencia para la Obra original en los mismos términos y condiciones que la licencia concedida a Usted bajo esta Licencia.

c) Si alguna disposición de esta Licencia es inválida o no exigible bajo la ley aplicable, esto no afectará la validez o exigibilidad del resto de condiciones de esta Licencia y, sin acción adicional de las partes de este acuerdo, tal disposición será reformada en la lo estrictamente necesario para hacer tal disposición sea válida y exigible.

d) Ningún término o disposición de esta Licencia se estimará renunciada y ninguna violación consentida a menos que esa renuncia o consentimiento sea por escrito y firmado por las partes que serán afectadas por tal renuncia o consentimiento.

e) Esta Licencia constituye el acuerdo completo entre las partes con respecto a la Obra licenciada aquí. No hay entendimientos, acuerdos o representaciones con respecto a la Obra que no estén especificados aquí. El Licenciante no será obligado por ninguna disposición adicional que pueda aparecer en cualquier comunicación proveniente de Usted. Esta Licencia no puede ser modificada sin el mutuo acuerdo por escrito entre el Licenciante y Usted.

f) Los derechos concedidos bajo, y hace referencia a la materia, en la presente Licencia se elaboraron utilizando la terminología de la Convención de Berna para la Protección de las Obras Literarias y Artísticas (enmendado el 28 de septiembre de

1979), la Convención de Roma de 1961, el autor de la OMPI Tratado de 1996, la OMPI sobre Interpretación o Ejecución y Fonogramas de 1996 y la Convención Universal sobre Derecho (revisada el 24 de julio de 1971). Estos derechos y prestaciones en vigencia en la jurisdicción relevante en que los términos de licencia se trató de hacerse cumplir de acuerdo con las disposiciones correspondientes de la aplicación de las disposiciones de los tratados en el derecho nacional aplicable. Si el conjunto estándar de los derechos concedidos en virtud del derecho de autor aplicable incluye derechos adicionales no concedidos bajo esta Licencia, tales derechos adicionales se considerarán incluidos en la Licencia, esta licencia no se pretende restringir la licencia de ningún derecho bajo la ley aplicable.

Aviso Creative Commons

Creative Commons no es parte en esta Licencia y no ofrece ninguna garantía en relación con la Obra. Creative Commons no será responsable frente a Usted o cualquier parte en cualquier teoría legal de ningún daño, incluyendo, sin limitación, cualquier daño general, especial, incidental o consecuente, originado en conexión con esta licencia. No obstante lo anterior dos (2) oraciones anteriores, si Creative Commons se ha identificado expresamente como el Licenciante, tendrá todos los derechos y obligaciones del Licenciante.

Excepto con el propósito limitado de indicar al público que la Obra está licenciada bajo la CCPL Commons, Creative no se autoriza el uso de cualquiera de las partes de la marca registrada "Creative Commons" o cualquier otra marca o logotipo relacionado a Creative Commons, sin el consentimiento previo y por escrito de Creative Commons. Cualquier uso permitido se hará de conformidad con los vigentes en ese momento de Creative Commons directrices uso de la marca, según lo publicado en su sitio web o puesto a disposición a petición de vez en cuando. Para evitar cualquier duda, esta restricción de marca no forma parte de esta Licencia.

Creative Commons puede ser contactado en:
http://creativecommons.org/